

# Movimientos Sociales, Territorio y Política

**Compiladores**  
**Parisí, Alberto**  
**Peralta, María Inés**

**2016**



facultad de ciencias  
**sociales**



Universidad  
Nacional  
de Córdoba

**Movimientos sociales,  
territorio y política**

# Índice

- 7 **Prólogo**  
*Nora Aquín*
- 9 **Introducción**  
*María Inés Peralta y Alberto Parisí*
- 15 **Capítulo 1: Sociedad, economía y política: un acercamiento al fenómeno de la exclusión, en la Argentina de finales del siglo XX**  
*Alberto Parisí*
- 53 **Capítulo 2: Movimientos sociales y práctica política. Reflexiones conceptuales desde los aportes de Ernesto Laclau, Enrique Dussel y Boaventura de Sousa Santos**
- 54 **2.a | Dilemas contemporáneos en la construcción de la hegemonía**  
*Alberto Parisí, Silvina Cuella y Valentina Suárez Baldo*
- 66 **2.b | Giro cultural y política efectiva**  
*Roberto Follari*
- 78 **2.c | Reflexiones sobre la dimensión ético-política de las prácticas profesionales desde los aportes de Enrique Dussel**  
*María Inés Peralta, Gabriela Pinotti, María Teresa Bosio y Vanesa Carla Videla*

isbn  
autores  
créditos

- 95 **Capítulo 3: Las bases materiales: necesidades, reivindicaciones y sujetos. Mujeres y protagonismo territorial**  
*María Teresa Bosio, Nicolasa Bertotto, Milena Salinas Gómez y Vanesa Carla Videla*
- 135 **Capítulo 4: La organización y la política: relaciones y construcciones subjetivas entre dirigentes y bases**  
*María Inés Peralta y Javier Sueldo*
- 177 **Capítulo 5: El lugar del Estado: estrategias de apelación e interpelación de las organizaciones sociales**  
*Silvina Cuella, Noelia del Aguila y Erika Giovana*
- 203 **Reflexiones Finales**  
*María Inés Peralta*

## Prólogo

Los temas que aborda el libro pueden inscribirse, sin esfuerzo, en aquellas producciones que pretenden aportar a la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado, parafraseando a Lechner. Y ello porque, además del rigor metodológico con que son abordadas las investigaciones, las páginas trasuntan, una a una, el horizonte de sus autores y compiladores: la construcción de justicia. En efecto, se trata de una trayectoria de investigación en la que se entrelazan preguntas sobre la política, las relaciones de género, la educación, los movimientos sociales, las organizaciones populares, los procesos que enfrentan necesidades en el enclave territorial, el poder, la identidad, la práctica política, la exclusión, la pertenencia, la occidentalización latinoamericana y los procesos de decolonización, la hegemonía popular.

Análisis como los que se refieren a los cambios ocurridos a finales del siglo pasado, adquieren una inusitada –y quizá una inesperada– actualidad. Así, por ejemplo, la exploración de las condiciones sociales, políticas económicas y culturales de la producción de la exclusión, resulta un análisis de alguna manera anticipatorio de los tiempos actuales y nuestro futuro inmediato. Otros, como la compleja discusión en torno a la construcción de hegemonía popular, abren al debate categorías y enunciados centrales, tales como “pueblo” y hegemonía, con el telón de fondo de lo que sus autores adjetivan como dramática fractura entre lo social y lo político; y, al abrir el debate, otorgan pistas firmes para pensar las implicancias de una práctica política direccionada a la construcción de justicia en estos tiempos, precisando simultáneamente las posibilidades y límites de la acción colectiva.

El “fantasma que recorre el libro” es el abandono de la política y sus consecuencias regresivas para las mayorías populares; en tanto la política constituye el único recurso a través del cual tales sectores pueden proyectar un horizonte de vida digna.

De manera que los temas que abordan los distintos autores, enfrentan y descifran conceptos que son de central importancia para quienes

están inscriptos o tienen interés en inscribirse en una práctica política emancipatoria, y que, sin embargo, en numerosas ocasiones se tratan a partir de sobreentendidos en torno a sus definiciones, como modo de eludir la complejidad que su abordaje supone.

Por otra parte, el esfuerzo de mediación teórica para analizar las prácticas profesionales desde el enfoque filosófico y político propuesto por Dussel, además de resultar un significativo aporte para las profesiones en general, señala un camino fructífero para la elaboración de teorías de la intervención. De igual modo, el dar cuenta de resultados de investigaciones empíricas a la luz de las posiciones de distintos autores, ofrece con generosidad un diálogo fecundo entre teoría y empiria, capaz de regir nuevas sendas en investigaciones que, como las que aquí se informan, tienen una preocupación básica: la desigualdad social, las asimetrías en las posibilidades de ser, y los desafíos que ellas colocan a los investigadores, a los interventores sociales y a los militantes políticos.

En definitiva, y parafraseando a Michel de Certeau, el libro se pone a discutir cuestiones fundamentales, de la sociedad, del conocimiento, de la política; en cada uno de sus capítulos el debate supera las especialidades, transforma a los espectadores en actores, y ofrece, no sólo perspectivas teóricas y empíricas sustantivas, sino también, y fundamentalmente, opciones de futuro.

Nora Aquín

## Introducción

Investigar la realidad social y política desde “la utopía de la Dialéctica de la Diferencia” conlleva, en la realidad, distintos procesos, que suponen siempre “trabajar las contradicciones”, para poder visibilizar las diferencias reprimidas (el “reclamo de las víctimas”, en el lenguaje de W. Benjamin). Este es un proceso que siempre está recomenzando, porque las relaciones sociales, humanas, nunca son transparentes y lo comunitario y social siempre debe estar reconstruyéndose. Pero esa reproducción de la vida en sociedad tiende, casi por inercia, a generarse según la lógica de subordinación Ego/Alter. Como bien lo señala Alberto Parisí (2008):

*Lo novedoso es imaginar la forma de pensar y constituir las totalidades sociales como articulación no subordinada entre diferencias. Es difícil hasta conjeturar cómo podría hacerse, pues la experiencia milenaria de la humanidad ha ido, mayoritariamente, en otra dirección (reproducción-subordinación) y, dramáticamente, así ha funcionado. Claro, los costos ya los conocemos (en ficha interna de equipo de investigación).*

Las producciones reunidas en este libro están orientadas por esa gran preocupación y son fruto del trabajo de un equipo de investigación de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Córdoba, dirigido en primera instancia por el Lic. Alberto Parisí y luego por la Mgter. María Inés Peralta.

Desde el año 2008 la línea de investigación se centró en la cuestión de “la política”, recuperando la temática central de los derechos y la exclusión, que veníamos trabajando en investigaciones de años anteriores, desde 1999 a 2007, cuyo foco eran tres temáticas de las ciencias sociales: género, educación y política.

En el proyecto “El problema de la Diferencia en las ciencias sociales: género, educación y política (I)”, desarrollado durante los años 2008/9, nos propusimos estudiar el campo categorial de la dialéctica histórico-social –privilegiando la categoría de diferencia y su relación con la

totalidad, la contradicción y los conflictos– y la praxis o acción colectiva crítica; para ello, trabajamos en profundidad textos de Boaventura de Sousa Santos y retomamos un clásico texto de Karel Kosik. Luego, trabajamos con producciones en ciencias sociales que utilizan la categoría de diferencia y su trama conceptual: abordamos aquí un texto de Ranciere y uno de Dussel.

En el bienio 2010-2011, con el proyecto “El problema de la Diferencia en las ciencias sociales: género, educación y política (II)” nos propusimos analizar en qué medida estas categorías estaban presentes en los discursos prácticos de sujetos de organizaciones sociales, relacionando esta búsqueda con los tres tópicos que investigábamos desde un comienzo: la política, el género y la educación.

El objetivo de la investigación fue indagar en movimientos sociales locales las representaciones y significados otorgados a sus prácticas colectivas en los campos de la política, la cuestión de género y la educación; apuntábamos a identificar tensiones y convergencias entre el carácter social y político que le asignan a las mismas, y a relacionar estas problemáticas con las percepciones de la construcción de la unidad, el sentido de los conflictos y las representaciones de la pluralidad y las diferencias.

Elegimos como objeto de la investigación a dos movimientos sociales locales (o con expresión local): Aníbal Verón (AV) y Túpac Amaru (TA), entendiendo que tenían un relativo desarrollo, base territorial y que llevan a cabo estrategias de acción colectiva pretendiendo impactar en el espacio público. Trabajamos con grupos focales constituidos por miembros de base de dichas organizaciones; esto es, que no ocuparan el lugar de dirigentes-representantes públicamente reconocidos como tales, sino que fueron miembros activos y con un cierto tiempo de participación en la organización.

Con las mismas organizaciones desarrollamos posteriormente nuestra investigación “Política y subjetividad: nuevas construcciones de sentido sobre lo social y lo político en las prácticas colectivas de organizaciones de base territorial”, en el bienio 2011-2012. Retomamos los rasgos enunciados de la práctica socio-política de las organizaciones y nos abocamos a reconstruir las trayectorias de participación sociopolítica de participantes de base, sumando también a dirigentes de las mismas. Nuestro objeto de investigación se enfocó en los significados de la

política y sus procesos de construcción, en los sujetos –particularmente, mujeres– de sectores de pobreza que participan en organizaciones sociales urbanas de base territorial.

Se utilizó una metodología de tipo cualitativa, complementando las técnicas ya utilizadas de grupo focal en la investigación 2010-2011, con historias de vida de dirigentes y de miembros de base de las organizaciones sociales Aníbal Verón y Túpac Amaru. Nos propusimos ampliar y complementar el conocimiento de significados y prácticas desde una mirada diacrónica, a través de la reconstrucción de seis historias de vida, con una muestra intencional compuesta por dirigentes y miembros de base, mujeres y varones.

La última investigación es la que se titula: “Sectores Populares y Política: estrategias organizativas movimientistas que transitan la tensión entre lo social y lo político”, desarrollada en el bienio 2014-2015. En ella nos propusimos como objetivo general, conocer las estrategias organizativas y de resolución de necesidades que se despliegan al interior de las organizaciones de base en proceso de crecimiento y de articulación como movimiento.

Dicho objetivo surge al constatar, en el transcurso de las investigaciones desde el año 2010 al 2013, un proceso de redefinición de identidades y pertenencias de los movimientos, asistiendo a la recreación de nuevas organizaciones: durante el año 2012 se inicia un proceso en el cual la agrupación Aníbal Verón se inscribe en el Movimiento Evita, y en el 2013 un grupo de miembros de la organización Túpac Amaru de Córdoba se aleja de la misma formando una cooperativa, la Felipe Varela, que se incorpora también en el Movimiento Evita.

Estos cambios de identidad tienen que ver con lecturas y estrategias de las organizaciones en la búsqueda de hegemonía, expresándose en ellas la emergencia y resolución de conflictos propias de las tensiones entre lo social y lo político. Ello nos ubicaba en un lugar privilegiado para profundizar en este movimiento dialéctico permanente entre lo particular y lo general, entre lo “reivindicativo y la política” como lo expresa una de nuestras entrevistadas, o como lo expresa otra de ellas cuando dice “nosotros tenemos que alinear al que venga para que no se olvide de los pobres. Este movimiento tiene que seguir y alinear al tipo que vaya a gobernar, que sea un presidente o una presidenta que

siga el proyecto nacional”. Estos movimientos –y un ejemplo son las dos organizaciones con las que desarrollamos nuestra investigación– despliegan estrategias de articulación con el Estado que les permiten captar recursos y emprender un camino de identidad e institucionalización.

En este libro nos hemos propuesto reunir una parte de los contenidos producidos a lo largo de ocho años de trabajo. Los mismos están estructurados de la siguiente manera: En el **Capítulo 1**, llamado “Sociedad, economía y política: un acercamiento al fenómeno de la exclusión, en la Argentina de finales del siglo XX”, Alberto Parisí efectúa un análisis necesario para comprender el contexto de surgimiento de las organizaciones populares y sus prácticas, al finalizar el siglo XX.

En el **Capítulo 2**, que hemos llamado “Movimientos sociales y práctica política. Reflexiones conceptuales desde los aportes de Ernesto Laclau, Enrique Dussel y Boaventura de Sousa Santos”, se presentan tres artículos acerca de las complejas relaciones entre los movimientos sociales y las prácticas políticas formales, intentando bucear analíticamente en los vínculos problemáticos entre la militancia social y la militancia política. Se ponen en juego aquí las discusiones surgidas en torno a preocupaciones tales como el poder, la práctica política, los desafíos que enfrenta la construcción de hegemonía popular, la dimensión ético-política de las prácticas profesionales. Los tres artículos que conforman este capítulo son: “Dilemas contemporáneos en la construcción de la hegemonía”, a cargo de Alberto Parisí, Silvina Cuella y Valentina Suárez Baldo; “Giro cultural y política efectiva”, escrito por el Dr. Roberto Follari, investigador de la UNCuyo; y, finalmente, “Reflexiones sobre la dimensión ético-política de las prácticas profesionales desde los aportes de Enrique Dussel”, a cargo de María Inés Peralta, Gabriela Pinotti, María Teresa Bosio y Vanessa Carla Videla.

Desde el **Capítulo 3** en adelante nos centramos en un estudio de caso, dando cuenta de los principales hallazgos de las investigaciones desarrolladas desde el 2010 al 2015, años relevantes en la experiencia social-política de las organizaciones con las que hemos trabajado. En estos años también se ha ampliado el equipo con investigadores, docentes, estudiantes de posgrado y de grado, que se sumaron en distintos momentos del desarrollo de los proyectos de investigación y que participaron en la producción de los **Capítulos 3, 4 y 5**.

El **Capítulo 3** ha sido llamado “Las bases materiales: necesidades, reivindicaciones y sujetos. Mujeres y protagonismo territorial” y estuvo a cargo de María Teresa Bosio, Nicolasa Bertotto, Vanesa Carla Videla y Milena Salinas Gómez. El **Capítulo 4**, a cargo de María Inés Peralta y Javier Sueldo lleva por título “Dirigentes y bases: relaciones y construcciones subjetivas”. El **Capítulo 5**, “El lugar del Estado: estrategias de apelación e interpelación”, ha quedado bajo la responsabilidad de Silvina Cuella, Erika Giovanna y Noelia Del Aguila.

En síntesis, un recorrido de ocho años, en el que nos propusimos investigar las prácticas sociales y políticas de actores del campo popular local, con la dirección del profesor Parisí y lecturas centrales de Boaventura de Sousa Santos, Enrique Dussel, Alvaro García Linera, Luis Tapia y otros autores, cuyos nombres integran el repertorio bibliográfico.

María Inés Peralta y Alberto Parisí

## Capítulo 1

# **Sociedad, economía y política: un acercamiento al fenómeno de la exclusión en la Argentina de finales del Siglo XX<sup>1</sup>**

*Alberto Parisí*

### **Introducción**

Lo que pretendemos en este escrito es analizar y exponer algunos componentes sociales, políticos, económicos y culturales que conduzcan a una comprensión crítica de la problemática de la exclusión en nuestro país; en otras palabras, necesitamos plantear un “mapa de la crisis”, donde se visibilicen las condiciones que hicieron posible la exclusión vivida en la Argentina, en las últimas décadas del siglo XX.

En las páginas que siguen nos acercaremos, entonces, a aquellos tópicos que creemos centrales para explicarnos los cambios estructurales que dieron lugar a una “nueva Argentina”, en la que se tornen más comprensibles los niveles de regresión político-social y económica y la exclusión concomitante, en un importante segmento de la segunda mitad del siglo XX. Dichos tópicos son: a) los cambios producidos en la estructura social (i.e., la regresividad en la “morfología social” de nuestra sociedad); b) las modificaciones producidas en el patrón de acumulación (esto es, desde el modelo económico “semicerrado” al aperturismo irresponsable); c) las transformaciones acontecidas en el modelo de desarrollo (esto es, el colapso paulatino del sistema de contención,

---

1. El presente capítulo está elaborado sobre la base de una ponencia presentada en el Congreso **El Bicentenario desde una mirada interdisciplinaria: legados, conflictos y desafíos**, organizado por la Universidad Nacional de Córdoba, en mayo de 2010, producto del proyecto de investigación dirigido por Alberto Parisí.

protección, inclusión y participación de los ciudadanos en estándares determinados de bienestar social y ejercicio de ciudadanía); d) cambios en el rol del Estado (es decir, el proceso que llevó al surgimiento de un Estado débil, *ausente* y cómplice de una extrema corporativización en el ejercicio de sus responsabilidades; e) finalmente, cambios y modificaciones en la cultura y las ideologías.

La propuesta de análisis precedente supondrá tener en cuenta una triple dinámica que subyace a los procesos mencionados: la dinámica sociedad, mercado y Estado; la dinámica de los actores sociales y, por último, la dinámica de lo nacional, la cuestión regional y la dimensión global (globalización). Debe quedar en claro, pues, que no nos detendremos focalizadamente en torno a la exclusión (datos estadísticos, ámbitos afectados específicamente, diferentes expresiones del fenómeno, etc., cuestiones muy estudiadas, por cierto), sino en lo que podríamos mencionar como las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales de su producción. Conscientes de la enormidad de tal intento, está de más decir que estas reflexiones son, como antes se dijo, un *acercamiento* a una problemática de dimensiones que, por demás, nos exceden.

## 1.1 | Cambios estructurales explicativos de la crisis argentina

### 1.1.a | Cambios en la estructura social

Existe un sostenido consenso, desde los estudios de G. Germani (1965),<sup>2</sup> respecto de que la estructura social argentina a lo largo del siglo XX tendió a desarrollarse hacia un modelo de estratificación relativamente inclusivo, que se expresó en el crecimiento de los sectores medios. Por su historia previa y por la acción del populismo, Argentina fue el país del subcontinente (junto con Uruguay) que de manera más temprana logró ampliar sus clases medias y tener mayor población urbana que rural (ya hacia 1950 un 80 % de la población, era urbana). Este grado relativo de

---

2. Véase también Germani, G. (1992). *Exploraciones sobre estructura social de la Argentina*. Bs. Aires: Ed. Paidós.

inclusión y equidad económica se manifestó, asimismo, en la forma de participación del sector asalariado en la renta nacional: a comienzos de la década del '50 del siglo XX era de alrededor de un 50 % (Aspiazú, D., Basualdo, E., Khavise, M., 1968).

Esta estructura social relativamente progresiva, que en 1974 tenía un desempleo de solamente el 2,7 % de la PEA y donde la distancia entre los ingresos del primer decil de hogares y el más bajo mantenía una relación de 12 a 1, fue severamente agredida, ya desde el primer ajuste que se expresó en 1975, con el nombre de “Rodrigazo” y, básicamente, desde la instauración de la dictadura de 1976-83. A partir de la dictadura se producirá una modificación regresiva de la “morfología social” del país, entendiéndose por ello importantes cambios y modificaciones en la estructura social: a) la “cúpula” de la pirámide de estratificación se achicará notablemente, expresando con ello un grado inédito de concentración económico-financiera. b) Los amplios sectores medios existentes iniciarán un prolongado proceso de descenso social vertical (que se prolongará durante los '90), dando lugar al fenómeno de los “nuevos pobres” (o pobreza por ingresos). c) Y en cuanto a la base de la pirámide, se producirán dos fenómenos fundamentales: I. El crecimiento y consolidación de la pobreza estructural que, de constituir un fenómeno puntual (es decir, hasta 1976 había “bolsones” de pobreza estructural, solamente), pasó a ocupar la franja más baja de los estratos sociales; y II. la incorporación de masas de individuos que descendían de estratos más altos, ampliando sensiblemente el sector de “pobres”.<sup>3</sup>

Debe notarse que, por estos motivos (fuerte crecimiento de la pobreza estructural e ingreso aluvional de nuevos pobres), el mundo de la pobreza creció en términos relativos y absolutos y se fracturó; por ello, diversos autores han hablado de “pobrezas”, como fenómeno que integró una sustantiva heterogeneidad.<sup>4</sup> Crecimiento, fracturación y heterogeneidad del mundo de la pobreza y, simultáneamente, polarización

---

3. Véase Nun, J. (1987). Cambios en la estructura social de la Argentina. En Nun, J., y Portantiero, J.C. (Comps.). (1987). *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Bs. Aires: Ed. Puntosur. También: Torrado, S. (1983). *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*. Bs. Aires: Ed. De la Flor.

4. Esto ha sido estudiado claramente por un trabajo pionero en la Argentina: *Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Bs. Aires: Ed. Losada-Unicef. 1992.

de la estructura social en general; hacia 2004, por ejemplo, todavía la distancia de ingresos por hogar entre los deciles primero y último estaba en una relación de 28 a 1. Y la participación del sector asalariado en la renta giraba en torno al 25 %. Estos fenómenos llegaron a cifras alarmantes durante la crisis del 2001-2002, alcanzando la pobreza a la mitad de la población y el desempleo quedó por encima del 20 % de la PEA. Debe acotarse que estos indicadores han sufrido modificaciones progresivas: en el 2010 la pobreza afecta a menos de un 30 % de la población y la desocupación se halla por debajo del 10 % de la PEA, según datos del INDEC; asimismo, se debe tener en cuenta que en estos datos se consideraban también asalariados a aquellas personas que percibían planes sociales tales como el llamado Jefes y Jefas de Hogar.

### 1.1.b | Hacia un nuevo patrón de acumulación

La cuestión central que debe desarrollarse aquí es la modificación estructural profunda de un *patrón semicerrado* de crecimiento económico, a otro de una *apertura irresponsable*. Este proceso se inició con la dictadura instalada en 1976 y tuvo una concreción pauta en un marco formalmente democrático durante la gestión Menem (1989-99).

Antes de tratar este núcleo central de la cuestión, tendremos que definir lo que se entiende por patrón *semicerrado* de crecimiento económico y *patrón abierto*, en la coyuntura específica en que se produjo dicho tránsito. Para ello, además, sería necesario tener en cuenta las distintas coyunturas por las que atravesó el crecimiento económico de la Argentina, asunto que no puede abordarse en los límites de este capítulo; no obstante, en el siguiente apartado efectuaremos una mención de esos jalones o momentos coyunturales, para centrarnos en el punto específico de nuestro interés.

La “Argentina moderna” se configuró en torno a la hegemonía del roquismo (década del '70 del siglo XIX en adelante; presidencia de Roca: 1880-86), época emblemática en que se produce su inserción al mercado mundial, como proveedora de materias primas e importadora de productos industriales y servicios (Cfr. Jitrik, N., 1968; Cortés Conde, R. y Gallo, E., 1973). Este fue el proyecto oligárquico hegemónico, que creó un país próspero (con fuertes desigualdades regionales y de distribución de la riqueza), básicamente abierto *a* y dependiente de los mercados a los que se había conectado.

Este proyecto de una Argentina abierta y dependiente tuvo su gran crisis en 1929, al calor de la gran depresión y crisis mundial iniciada con la quiebra de la Bolsa de Nueva York. A partir de allí y durante la década del '30, se insinuó una segunda alternativa o nuevo patrón de acumulación y crecimiento económico: la sustitución de importaciones. Debe advertirse que en este primer intento de sustitución (urgido, además, por el progresivo cierre de los mercados europeos que iniciarían en 1939 la llamada “Segunda Guerra Mundial”), lo que se buscaba era una industrialización para el campo, sector duramente golpeado cuando Inglaterra decide privilegiar a sus excolonias (Nueva Zelanda, Australia, etc.) como mercados proveedores de carnes y granos. Esto puede advertirse aún en el proyecto más lúcido de la declinante hegemonía oligárquica de la época (el famoso “Plan Pinedo”), que contrastará con otra concepción industrialista que surgirá a partir del golpe de 1943 y se expresará con claridad a partir de los inicios del populismo peronista: la búsqueda de una industrialización para el conjunto del mercado interno.<sup>5</sup>

Es a este patrón de crecimiento económico que se lo denominará “semicerrado”, en cuanto se desarrollará en función de los requerimientos del mercado interno, con débiles intercambios externos (industriales y financieros). Es decir, Argentina seguirá exportando materias primas del campo, pero comenzará a sustituir importaciones industriales y de servicios. Este es el período que con propiedad debe llamarse “primera sustitución de importaciones”. Los intereses industriales (industria liviana para el mercado interno) se desarrollaron en el primer ciclo peronista (1946-55) y adquirieron una nueva modalidad, la de importación de bienes de capital (para iniciar procesos de industrialización pesada), con el *desarrollismo*; esta nueva etapa de la sustitución de importaciones se iniciará con el Gobierno de Frondizi (1958, interrumpido en el '62 por un golpe de Estado) y tendrá una específica problemática, relacionada con los requerimientos del mercado interno y una visible *dependencia* de inversiones externas; por ello, enfrentará con creciente explicitación el dilema de una apertura que le permita crecer, en el marco de una

---

5. Véase, al respecto, Murmis, M. y Portantiero, J.C. (1972). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*/I. Bs. Aires: Ed. Siglo XXI. Asimismo, Peralta Ramos, M. (1978). *Acumulación del capital y crisis política en Argentina (1930-1974)*. Bs. Aires: Ed. Siglo XXI.

mayor dinámica e interrelación con otros mercados, pero sin que los lazos de dependencia económico-financieras con los países poderosos le marcaran las posibilidades y límites a su patrón de crecimiento. Este dilema signará el rumbo de los años siguientes.<sup>6</sup>

En los hechos, una opción de crecimiento equilibrado se evidenció inviable; el desarrollismo como patrón de crecimiento económico transitó un camino lleno de rispideces: la dictadura '66-73 fue un intento en otra dirección, en la medida que profundizó la desnacionalización del mercado interno.

El tercer Gobierno peronista (1973-76) no logró revertir esas tendencias, tanto por el poco tiempo en que actuó dentro de una línea de coherencia interna, cuanto por sus propios conflictos internos que lo llevaron a colapsar y dejar abiertas las puertas al siniestro período de la dictadura '76-83. Al respecto, economistas del IDEP de ATE (Instituto del Estado y la Participación, de la Asociación de Trabajadores del Estado) afirman:

*A nuestro juicio la irrupción militar abierta en marzo de 1976 implicó en el terreno económico un viraje muy importante. Significó pasar de un esquema centrado en la industrialización con destino dominante hacia el mercado interno a otro basado en la valorización financiera y en la remisión de recursos hacia el exterior (Basualdo, E., López, A., Lozano, C., 1990).*

Se apunta aquí a una cuestión central: la dictadura instalada desde 1976 no pretendía terciar en la vieja alternancia que la Argentina había vivido desde la década de 1930: predominio de la renta agraria o de la incipiente industria (lo cual llevó a dirimir esas confrontación a través de golpes militares, el último de los cuales fue el de Onganía en 1966). Lo que ahora se buscaba era un nuevo patrón de crecimiento económico. Así lo expresa un texto fundamental para la comprensión de la última dictadura, al proponerse analizar *los objetivos de largo plazo de la dictadura militar*:

---

6. Véase para ello a Portantiero, J.C. (1989). Economía y política en la crisis argentina. En Ansaldo, W. y Moreno, J.L. (Comps.). (1989). *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. (Vol. 2 y 3, pp. 301 y sgs). Bs. Aires: Ed. Cántaro.

*El análisis de las motivaciones básicas que sustentaron al régimen militar de 1976 revela la persistencia de un objetivo fundamental: refundar estructuralmente la sociedad argentina, tanto en términos económico-sociales como políticos, consolidando un nuevo proyecto dominante. (...) Este objetivo implicaba entonces, en primer lugar, agredir una estructura económico-social constituida a lo largo de varias décadas en el marco de las distintas etapas de la industrialización sustitutiva. En ellas se fue conformando una sociedad urbana con una compleja articulación de sus sectores sociales. En segundo lugar, por la propia solidez de la estructura económico-social de la Argentina y las propias contradicciones y necesidades de la economía capitalista, esta reestructuración tenía que producirse necesariamente a través de una crisis y no mediante una fase de expansión económica, que lograrse así la marginación de ciertos sectores sociales, la redefinición de otros y, finalmente, el predominio de los restantes. En tercer lugar, los cambios a producir en los pilares fundamentales de la industrialización sustitutiva y los rasgos del nuevo patrón de acumulación deberían volverse irreversibles, en tanto no se buscaba pasar de una variante de industrialización 'distribucionista' a otra 'concentradora' de los ingresos, sino de remover las propias bases económicas y sociales de aquel modelo (Aspiazu et al, 1986).*

La "valorización financiera" a la que se alude, como medio-meta no es sino la versión perversa que asumirá una creciente globalización en un país periférico, cuyo capitalismo subdesarrollado no verá otra forma de subsistir que engancharse a la internacionalización financiera, en beneficio de los sectores más concentrados, y desbarrancar con ello lo que con aciertos y contradicciones se había construido durante varias décadas (Feldman, E., y Sommer, J., 1986).

Esta es la agenda que la dictadura estableció en lo que hace a la viabilidad económica de la Argentina. El Gobierno posdictatorial de Alfonsín expresó un cúmulo de contradicciones respecto de aquella, intentando desviarse de sus férreos carriles. Debió concluir su gestión antes de tiempo, vencido por los poderosos intereses que no pudo, no supo o no quiso enfrentar. Será el menemismo durante la década '89-99 el encargado de profundizar los objetivos de la dictadura, en el marco de una

gestión formalmente democrática. Básicamente, a través de una apertura totalmente irresponsable de la economía, vía privatizaciones de las empresas de producción y servicios, propiedad de la nación argentina (telefonía, aviación, hidrocarburos, agua, electricidad, etc.); a ello deberá sumarse una fuerte desregulación del mercado de bienes y servicios y laboral y, en el campo financiero, a través de la Ley de paridad cambiaria, se establecerá la equivalencia uno a uno entre peso y dólar.

Los efectos de estas políticas llevaron a una sensible desindustrialización, el crecimiento exponencial de todo tipo de importaciones (sobre todo ligadas al consumo y al consumo suntuario) y a un endeudamiento impresionante del Estado para sostener la equivalencia peso/dólar, hecho que llevaría el endeudamiento interno y externo del Estado a cifras récord. Como se sabe, esta irresponsable apertura de la economía argentina no generó ningún nuevo modelo que hiciera sustentable la existencia del país; y sí creó problemas gravísimos cuya expresión política a fines del año 2001 (Gobierno de la coalición denominada “Alianza”) y 2002 no son sino el punto de partida para la posible reconstrucción de un país sustentable que, con iniciativas loables y fuertes contradicciones, marcaron el escenario de la Argentina en la primera década del siglo XXI.

### 1.1.c | Avatares del modelo de desarrollo

Entendemos por “modelo de desarrollo social” al grado de ampliación e inclusión de los actores sociales en una red de interacciones institucionalizadas, que propicia su participación material y simbólica en el bienestar general y los procesos de gestión y emancipación (entendido todo ello en el sentido de la ciudadanía social).

Con la paulatina disolución de la “Argentina oligárquica” (1880-1930), período de grandes asimetrías sociales y carencia de instituciones de protección social, comenzó a desarrollarse ya, desde el Gobierno de H. Yrigoyen (1916-22; 28-30) una visión de responsabilidad, desde el Estado, hacia los sectores sociales mayoritarios. Si bien el radicalismo yrigoyenista tuvo fuertes dificultades para relacionarse con la base social trabajadora (que respondía en buena medida al anarcosindicalismo y a organizaciones sindicales alejadas del Estado), sí fue más eficaz en sus contactos institucionales con los sectores medios (promoción de la educación; defensa de la Reforma Universitaria del '18, etc.). Si bien

la gestión radical del '16 al '30 tuvo fuertes contradicciones internas (la corriente “antipersonalista” apoyada por Alvear –que gobernó entre 1922-28– significó un retorno abierto al estilo y demandas de la vieja oligarquía), Yrigoyen dejó una marca institucional importante en el país, referida a la responsabilidad del Estado, la obra pública y la anticorrupción (Plá, A. et al, 1971).

La “Década Infame” (1930-1943) implicó una entronización efímera de las demandas de nuestro “antiguo régimen”; a ello se sumó, además, la participación militar golpista como nuevo actor en los conflictos políticos y un retroceso generalizado en los beneficios sociales logrados durante la gestión yrigoyenista.

El populismo peronista avanzaría en un encuadre más preciso del modelo de desarrollo (Portantiero, J. C. y Murmis, M., 1972); para ello no debe prestarse tanta atención a la profusa obra de beneficencia desarrollada en la época (por ej., por la Fundación que presidía Eva Perón), sino a dos o tres cuestiones básicas que signaron la vida política y social de la época y períodos subsecuentes. Por una parte, la concepción *dignificada* del trabajo y la “función social del capital”, provenientes de la doctrina social católica de ese tiempo, se plasmaron en la Constitución de 1949; previamente, en 1947, se había promulgado la Ley del voto femenino. Por otro lado, procesos estructurales de inclusión de los sectores laborales que, no sólo crecieron en su participación en la renta nacional, sino que *desde el Estado* se les proveyó de formas organizativas y de articulación: la alianza entre el Estado y la CGT es, desde este punto de vista, fundamental para el modelo de desarrollo social del populismo peronista. Por último, la participación de representantes de los trabajadores en el terreno estrictamente político: hubo por el partido gobernante, parlamentarios, lo cual era toda una novedad.

Es importante señalar que este modelo de desarrollo social iniciado formalmente por el populismo, tiene un carácter de *concertación social acotada*: involucraba a gran parte de los sectores bajos y parte de sectores medios de la sociedad argentina; y confrontaba explícitamente con los sectores altos, no pudiendo darse en ese momento una política de articulación más amplia y pluralista (como es obvio, no nos remitimos a todos los actores que confluyeron en el populismo peronista, sino a las *fracciones de clase* que lo integraron). Esto último, será un dato a tener

en cuenta a la hora de la destitución de régimen: el carácter de revancha y ajuste de cuentas que le seguirá tendrá un sesgo muy extendido. No obstante, los sectores más lúcidos de la llamada “Revolución Libertadora” advirtieron que sin la presencia política de la base social del populismo, cualquier proyecto futuro se tornaría inviable. Es por ello que, en la reforma constitucional de 1957, en la cual son abolidas una serie de instituciones de la Constitución del '49 (la reelección, por ejemplo; además, se vuelve al sistema de elección indirecta vigente desde 1853, etc.), se precisan los derechos del sector del trabajo en el famoso artículo 14 bis de la Constitución. Con ello no se innovaba sustantivamente en relación al período anterior, sino que se daba una señal política en el sentido precisado anteriormente.

Las modificaciones posteriores a este relativamente avanzado modelo de contención y protección social se mantuvo, aunque la participación del sector trabajo en la renta nacional fuera disminuyendo; asimismo, las obras sociales de los sindicatos (que siguieron siendo peronistas), que eran uno de los pilares básicos de la atención médica del sistema global, comenzaron a vivir una crisis prolongada. Estaban en juego los cuantiosos fondos financieros que manejaban, en el marco de internas políticas de fuerte resonancia.<sup>7</sup> Esta crisis fue ampliamente visible cuando se semiinstitucionalizó la división de la CGT; no obstante, aun la dictadura que se prolongó entre 1966-73 no modificó sustantivamente los beneficios públicos instituidos en el sistema laboral, en general, y de protección a otros sectores sociales, en particular. En todo caso, debe decirse que el “Estado de bienestar criollo” existente había ido perdiendo su sustento estructural, en la medida que el patrón de desarrollo económico no logró superar los desafíos que en la etapa desarrollista le aparecieron.

A partir de la dictadura de Onganía (1966) comenzará a virarse hacia las exigencias de la incipiente globalización, cuya expresión en el país fue la desnacionalización creciente del sector industrial y la alianza decisiva entre el capitalismo nacional más desarrollado y los sectores

---

7. Para el estudio de este proceso, consultar a: Fernández, A. (1986). *Ideologías de los grupos dirigentes sindicales* (Vol. 2). Bs. Aires: CEAL. Como así también a: Abós, A. (1984). *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Bs. Aires: CEAL.

económicos y financieros transnacionales. Estos nuevos actores en el escenario nacional apenas si se *eclipsaron* momentáneamente durante el tercer Gobierno peronista (1973-76), para reaparecer con visible potencia desde la instauración de la dictadura en 1976. Desde este nuevo escenario, sí se modificará sustantivamente el modelo de desarrollo social, cuyos orígenes, según hemos visto, se remontan al populismo de los '40.

Por supuesto que para comprender los cambios esenciales en el modelo de desarrollo social, es básico relacionar su dinámica involutiva con lo que sucedió en los campos de la economía y la política. Cambios fuertemente involutivos en los campos de la salud, la educación, la justicia, los derechos humanos, el ejercicio de libertades básicas, etc., todo ello se enmarca en lo que los autores Aspiazu, Basualdo y Khavisse (1986) denominan una *refundación* de la sociedad argentina, según otro paradigma. Como hemos indicado al hablar del patrón de crecimiento económico, la dictadura hizo su parte (en el marco de una extrema violencia hacia los derechos humanos básicos) y la tarea prosiguió posteriormente en Gobiernos civiles, democráticos; desde la “economía de guerra” de Alfonsín y las hiperinflaciones de los años '89-90, hasta la segunda “década infame” del menemismo, se consolidará la destrucción sistemática del viejo “Estado de bienestar criollo” y aparecerán sus efectos más notables en la sociedad argentina: la desocupación, la pobreza estructural, la nueva pobreza, la indigencia y las nuevas formas de violencia. Todo ello, expresión de extremas formas de exclusión social.<sup>8</sup>

### 1.1.d | El rol del Estado

Si hubo una característica que signó al Estado argentino durante el siglo XX, fue la existencia de largos períodos de endeblez, básicamente, como producto de una inestabilidad institucional que se desarrolló intermitentemente a lo largo de más de medio siglo (1930-1983). Los planteos

---

8. El período que se extiende desde el Gobierno de Alfonsín y recorre, evaluando, el largo Gobierno de Menem y sus efectos sobre la sociedad argentina, puede consultarse (además de la enorme bibliografía al respecto), en: Nun y Portantiero (Comps.). *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. ed.cit.; AAVV (1992). *El menemato: radiografía de dos años de gobierno de Carlos Menem*. Bs. Aires: Ed. Letra Buena; Minujín A., Kessler, G. (1996). *La nueva pobreza en la Argentina*. Bs. Aires: Ed. Temas de Hoy-Ensayos. Y, obviamente, las publicaciones del INDEC, desde 1984 en adelante.

y golpes militares que asediaron a los Gobiernos de Yrigoyen, Castillo, Perón, Frondizi, Guido, Illia y el tercer Gobierno peronista no sólo expresaban la existencia de grupos civiles y militares poco propensos a un encuadramiento en instituciones republicanas, sino una realidad más compleja: el carácter fuertemente corporativo del Estado argentino.<sup>9</sup> Ello debe interpretarse en una doble dimensión: primero, como incapacidad de que el Estado lograra una articulación medianamente madura del conjunto de los intereses sociales en pugna; lejos de ello y, en segundo lugar, el Estado era expresión de cerrados intereses corporativos yuxtapuestos.

Mientras el proyecto oligárquico fue hegemónico, sus intereses fueron dominantes y preponderantes y a ellos respondió la configuración estatal y su conducta política. Este corporativismo se mantuvo a lo largo de gran parte del siglo XX: variaron los intereses hegemónicos en su relativa universalidad (vgr.: durante el populismo, el bloque social expresado en la hegemonía estatal correspondía a un volumen mayor de intereses), pero el carácter corporativo seguía siendo notorio. Las clases dominantes, la Iglesia, la corporación militar e intereses sectoriales sindicales percibieron, muy a menudo, que “parte” del Estado era de su dominio y competencia. Esto condujo paulatinamente a que las luchas y confrontaciones políticas en nuestro país se constituyeran en “conflictos suma cero”: todos los actores (o coaliciones coyunturales de los mismos) tenían capacidad de veto, pero ninguno expresaba capacidad para catalizar la iniciativa del conjunto y expresarla en una nueva forma de hegemonía. Podría decirse que este fue el mayor problema político de la Argentina en gran parte del siglo XX y la causa de los reiterados fracasos de sus instituciones democráticas y republicanas.

Este “empate político negativo”<sup>10</sup> tendió a romperse en la medida en que se visualizó que un nuevo proyecto regresivo tendía a imponerse:

---

9. Sobre el fuerte corporativismo de la sociedad argentina y su expresión en el Estado, cfr.: dos textos clásicos: O’Donell, G. (1982). *El Estado burocrático-autoritario*. Bs. Aires: Ed. De Belgrano; y Sábato, J. y Schvarzer, J. (1988). Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabas para la democracia. En Sábato, J., (1988). *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y característica*. Bs. Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

10. Sobre el “empate negativo” y la crisis de hegemonía de la Argentina, cfr.: Portantiero, J.C. (1988). *La producción de un orden: ensayos sobre la democracia entre el Estado y la sociedad*. Bs. Aires: Ed. Nueva Visión. Asimismo, Parisi, A. (1994). El ajuste estructural y la reconstrucción del consenso en la Argentina. *Conciencia Social*, 2 y 3, Año 1. Córdoba, Argentina: Esc. de Trabajo Social, UNC.

como se ha visto en los ítems anteriores, desde las dos dictaduras que ocuparon gran parte del período 1966-1983, pero esencialmente en la última (1976-83), al calor de la nueva globalización en ciernes se fue consolidando un nuevo bloque dominante. El mismo respondía a los intereses convergentes de los nuevos grupos económicos locales y extranjeros, por una parte; y por otra, a sectores militares formados en la “Doctrina de la Seguridad Nacional” y significativas capas de actores civiles de la derecha argentina y de la corporación eclesiástica. Se tendía a romper el “empate negativo” y a establecer un sistema de dominación estatal y social que le diera rumbo “coherente” y permanente a la sociedad nacional. Con la última dictadura se dio la paradoja de que el Estado se sobredimensionó como aparato de coacción, pero fue perdiendo rápida y justamente unidad interna, coherencia, proyecto y capacidad de articulación de intereses confrontados: es decir, todo lo relacionado con la legitimidad estatal (producto, además, de su ilegalidad de origen).

Al amparo de esta situación, el Estado argentino cargó con múltiples falencias y problemas, de los cuales deben recordarse al menos tres, por sus consecuencias ulteriores: la generación de una inédita deuda externa, una corrupción generalizada y el terrorismo estatal. En los hechos, esta nueva “forma Estado” era totalmente funcional a la refundación regresiva de una nueva Argentina, aunque hubiera fracasado su proyecto y, posteriormente a la derrota de la guerra de Malvinas, tuviera que retornarse al sistema democrático. El problema central estaba en la herencia que este “proceso” dejó para las administraciones posteriores.

El país postdictadura era, en gran medida, inviable: los tres aspectos mencionados anteriormente lo condicionaban de modo férreo, lo cual llevó a que sólo los dos primeros años del Gobierno de Alfonsín fueran *governables*; el período posterior hasta su salida antes de tiempo del Gobierno (mediados 1986 hasta la hiperinflación de 1989 y la prematura asunción de Menem) mostró las dificultades estructurales, las contradicciones entre Estado y democracia que se habían heredado de la dictadura. El menemismo será un nuevo ensayo (llevado a cabo con muchos de los actores del período ’76-83) de conciliar en democracia los fines de la dictadura con la formalidad democrática. El “experimento” tuvo

un éxito relativo,<sup>11</sup> en cuanto permitió remodelar al amparo del sistema democrático un nuevo Estado: corporativo en extremo (vale decir, consustanciado con los intereses de los sectores dominantes, el capital concentrado y transnacionalizado; y a su vez, por vía del carisma presidencial, capaz de traccionar a buena parte de los sectores medio-bajos y bajos del país, es decir, los sectores sociales más desprotegidos); alineado geopolíticamente y financieramente con los EE.UU y un tenaz protector de la impunidad militar y la corrupción. Estas características terminaron configurando un “Estado-ausente”, desertor y cómplice, que corrompió la vida política en niveles desconocidos para la Argentina de los últimos cincuenta años. Pareciera que es aquí donde deben buscarse las explicaciones más decisivas de la crisis del 2001-2, más allá del emergente que significó el fracaso de la Alianza.

### 1.1.e | La crisis en la cultura y las ideologías

En la década de los '90 el sociólogo Eduardo Grüner acuñó una expresión muy elocuente, relativa a los efectos de la crisis en el campo cultural argentino. Grüner dijo que se había producido una suerte de “*agujero negro en las identidades populares*”. Con ello se refería a uno de los ejes que signaban la crisis de identidad cultural y política de los sujetos populares: crisis de sentidos, generada en el

*(...) colapso de lo que fuera durante décadas el principal 'edificio simbólico' y referente ideológico del sentido común en la cultura política argentina: lo que llamaremos, rápidamente, el nacionalpopulismo (...) [su] derrumbe ha producido, en una anchísima franja de la sociedad, un verdadero 'agujero negro' ideológico, una carencia de espacios discursivos alternativos en la cultura política, habida cuenta de que el nacionalpopulismo no fue un discurso ideológico de referencia exclusivamente para el peronismo, sino también -con múltiples variantes, claro está- para buena parte del radicalismo, la izquierda tradicional e incluso los sectores más 'clientelistas' del conservadorismo (Grüner, E., 1992).*

11. Esta hipótesis ya está presente en el libro *El menemato*, ed.cit., y es parte de toda la producción que en la década de los '90 llevó a cabo el IDEP (Instituto del Estado y la Participación), de la CTA, dirigido por el economista Claudio Lozano.

La referencia del autor citado es de una importancia realmente relevante: constituye seguramente un dato duro que ayuda a entender lo que sucedió con el *nacionalpopulismo* y, por tanto, con gran parte del entramado de la cultura política del pueblo argentino, desde la violencia desatada en los años '70 en su interior, pasando por la crisis de los '90, hasta la actualidad. Vale decir, lo que se puso en juego en dicha crisis fue la propia existencia de los referentes simbólicos e ideológicos del sentido común de la cultura política argentina, como afirma Grüner. ¿Mutó el *nacionalpopulismo*, desapareció de escena, fue reemplazado? ¿Qué ocupa hoy su lugar? Responder a todos estos interrogantes es complejo; señalaremos algunos puntos que nos parecen relevantes.

Un aspecto relevante es la disociación entre lo social y lo político. Este ha sido uno de los fenómenos más significativos de la conmoción aludida anteriormente, y múltiples factores han incidido para que esta fractura asumiera dimensiones alarmantes: el patético descrédito de la política y los políticos; la “farandulización” de la escena política donde, por ejemplo, los políticos disputaban pantalla con personajes televisivos. Otros aspectos más siniestros de este proceso se vivieron cuando los partidos políticos tradicionalmente populares se transformaron en fríos ejecutores del ajuste antidemocrático (¿qué hizo, sino, Alfonsín, a partir de la declaración de la “economía de guerra” y Menem, durante todo su mandato? Por otro lado, la Alianza se fue a pique empujada por un feroz ajuste en el cual el inefable Cavallo volvió a tener protagonismo). Paralelo a la disociación entre lo social y lo político, el fenómeno del desencanto acerca del mundo de la política, ha causado estragos en la cultura política argentina;<sup>12</sup> por ello, muchos grupos han recorrido el trillado camino de la deserción. Y en múltiples agrupaciones que no han cedido a la resignación, pareciera imponerse una consigna: hay que refugiarse en lo social y no esperar nada de la política.

Lo político, por lo tanto, ha comenzado a ser visualizado como algo perverso en sí mismo, terreno irrecuperable para una militancia en serio. La elección de lo social como ámbito único de acción y trabajo ha sido acompañada, pues, por una suerte de satanización del espacio

12. Ver Echegaray, F. y Raimondo, E., (1987). *Desencanto político, transición y democracia*. Bs. Aires: CEdAL.

político. Anotemos que este hecho es harto problemático, en la medida en que introduce un hiato insalvable entre dimensiones de la práctica social que irrenunciablemente deben estar religadas, articuladas, para que puedan generarse consensos democráticos amplios y participativos.

Otro aspecto de enorme relevancia es la ruptura de los sistemas de solidaridades imperantes en ámbitos sociales diversos del universo popular: en lo territorial (que se ha expresado en la lucha entre pobres y muy pobres), en el hecho de que ámbitos institucionales ligados a lo territorial lo hayan abandonado (el “borramiento” de unidades básicas, iglesias y/o capillas, centros de reclutamiento político-partidario de diferentes signos), el acoso permanente del “marketing” político sobre dichos sectores a la hora de elecciones, etc. Como se sabe, la disolución (¿en qué grado?) del lazo social por vía de los sucesivos ajustes creó el caldo de cultivo necesario para el surgimiento *de nuevas formas de violencia*, frente a las cuales nuestra sociedad no atina a dar respuestas sensatas, porque, en primer lugar, pareciera que no se entiende de qué se trata, exactamente. Lo dicho entonces no es sino una parte de la crisis cultural y de identidades que ha vivido nuestro país en estas últimas décadas.

## 1.2 | Una triple dinámica

Después de haber planteado un conjunto de núcleos centrales que tienen que ver con el “mapa de la crisis argentina” de estas últimas décadas, proponemos ahora distintos enfoques para visualizarla. La diferenciación de “enfoques distintos” tiene como objeto una pura finalidad funcional, pero, en realidad, es el conjunto de estas perspectivas, niveles, enfoques o dinámicas lo puede ayudarnos a dar cuenta de una manera más integral, totalizadora, de los fenómenos que pretendemos estudiar. A continuación, desarrollaremos brevemente cada una de ellas.

### 1.2.a | La dinámica Sociedad, Estado y Mercado

La relación dinámica de estas tres dimensiones es esencial para comprender la índole de nuestras sociedades. Dicho en pocos términos, qué rol jueguen el mercado o el Estado respecto de la sociedad civil, determina el tipo de formación social frente a la cual estamos. Vale decir, según cómo se articulen y cuál de esas dimensiones se torne predominante de

modo unilateral o articulado, la sociedad resultante tendrá características específicas, propias. A modo de ejemplo, no es lo mismo una sociedad donde el predominio de la tasa de ganancia del capital funcione como regulador del comportamiento del Estado y las contradicciones de la sociedad civil; que otra sociedad, donde el Estado regule y limite los derechos de la tasa de ganancia del capital, facilitando la lucha política de la sociedad civil en defensa de sus intereses.

En abril de 1990 se presentaron las conclusiones del proyecto regional (PNUD-UNESCO-CLACSO), titulado “Hacia un nuevo orden estatal en América Latina. Veinte tesis sociopolíticas y un corolario de cierre” (Calderón, F. y Dos Santos, M., 1990). Pese a los años transcurridos desde la publicación de dicho trabajo, sus resultados son por demás elocuentes, ya que se vienen cumpliendo los presagios más problemáticos de aquella investigación (esta expresión adquiere su sentido si miramos la Argentina y la Latinoamérica de finales del siglo XX). El trabajo consistió en un vasto estudio sobre las relaciones entre Estado, sociedad y economía en Latinoamérica, bajo el proceso de globalización, a fin de analizar los efectos del ajuste macroeconómico en nuestras sociedades.

La gran discusión de este importante texto es en qué medida les será posible evolucionar positivamente a nuestras naciones si se tiene en cuenta que la globalización es ineludible y coactiva, y que las relaciones entre Estado, sociedad y economía se deben reorganizar necesariamente en otro sentido:

*En América Latina se acaba el ciclo de un patrón estatal organizador del desarrollo. Esto implica un desplazamiento del núcleo de decisiones hacia el conjunto del sistema político. Dicho desplazamiento no es unívoco, pues puede expresarse en un particularismo corporativo o de grupos de interés en la forma de decisiones o, al contrario, en una capacidad de los actores socio-políticos para asumir tareas globales [es decir, nacionales] (Calderón, F. y Dos Santos, M., 1990).*

Frente a esta primera observación los autores nos previenen que ello se deriva del proceso de mundialización de las economías, lo cual

“(…) implica una inevitable reinserción en ella de los países latinoamericanos” (Calderón, F. y Dos Santos, M., 1990).

La discusión en la que se embarcarán a partir de ello será, por una parte, en negarse a aceptar una visión puramente economicista del ajuste, enfatizando en cómo puede ser asumido y revertido por nosotros en términos también y, básicamente, políticos. Al respecto, es interesante transcribir parte de lo desarrollado en la primera tesis:

*En la reestructuración de la economía mundial y en su incidencia sobre la región hay un alto componente sociopolítico y no meramente económico, pues es falsa la derivación mecánica crisis-ajuste estructural. El ajuste estructural está condicionado por tendencias macroeconómicas que constituyen datos duros de la realidad. Esos son los grandes desbalances en el sector externo de nuestras economías, ya no financiados mediante financiamiento externo ni endeudamiento externo. De allí la inclinación a identificar los elementos antes mencionados de crisis con un inevitable ajuste. Se trataría de una imposición unívoca del sistema económico en operación, no maleable, por lo tanto, en su contenido y sólo superficialmente en sus políticas. Sin embargo, es demostrable que el ajuste estructural, y con él el tratamiento de la deuda externa, se plasma mediante estrategias sociopolíticas de sus actores fundamentales, que lo matizan en cuanto a orientaciones y resultados; inclusive no puede entenderse sino en un contexto de desestructuración de las acciones colectivas y de ineficaces intentos defensivos en el seno de nuestras sociedades. Tanto unas como otros remiten a comportamientos de actores políticos y sociales, a resultantes específicas de interacciones entre ellos. Hay historia aún en lo más predeterminado por el sistema (Calderón, F. y Dos Santos, M., 1990).*

A juzgar por los efectos del ajuste en los países de la región entre mediados de los '80 y comienzos del siglo XXI, imperó de manera despiadada el más descarado economicismo (a lo que debe sumársele un fuerte componente de ineficiencia y corrupción): tanto al interior de los países latinoamericanos, presionados para desbaratar sus matrices productivas preexistentes, como de parte de los organismos multilaterales como el FMI, el Banco Mundial, etc. y los acreedores privados.

Podría decirse que tendieron a imponerse, de los cuatro “escenarios” previsibles por los autores, los dos primeros, los dos más problemáticos.

En la tesis 17 los autores exponen el núcleo central del peor de los escenarios: “*Un primer escenario socio-político a mediano plazo es de caos societal, donde uno de los rasgos principales es la desagregación extrema y anómica de conflictos y la desestructuración estatal*” [piénsese al respecto en países como Colombia, la Bolivia pre-Evo Morales, Haití, por ejemplo, para tener referentes empíricos medianamente aproximados] (Calderón, F. y Dos Santos, M., 1990).

En la tesis 18, está expresado el segundo escenario:

*Un segundo escenario es un escenario de modernización centrífuga con predominio de un proceso de tradicionalización societal. El Estado, racionalizándose, busca asociarse con los actores empresariales más concentrados y combina su acción entre la cooptación social y la coacción política, reiterando ajustes de corto plazo. Este escenario también implica una conflictualidad social alta y probables rupturas o retrocesos democráticos (Calderón, F. y Dos Santos, M., 1990).*

Aquí los referentes empíricos han sido la Argentina del menemismo o la Alianza, el México de Fox o del actual presidente Calderón.

Calderón y Dos Santos, por otra parte, realizan un permanente esfuerzo por tornar racional y aceptable la hipótesis de que, de alguna forma, neoliberalismo económico y democracia pueden converger positiva y crecientemente en nuestros países. El hecho de que en estos tres últimos lustros dicha confluencia haya sido más bien un fiasco, no indica que hoy no puedan y deban hacerse esfuerzos en ese sentido (Calderón, F. y Dos Santos, M., 1990). Es más, pareciera que en los primeros años del nuevo siglo se está en mejores condiciones (para determinados países de la región), después de haber transitado las crueldades del ajuste, de retomar un camino de reconstrucción nacional, pero en un nuevo contexto: ahora, pensado en términos de asociaciones regionales de países, cuya paulatina articulación vuelva posible la sobrevivencia, y dote a las nuevas entidades regionales de capacidades geopolíticas, económicas y culturales inéditas. Estamos, pues, frente a la cuestión regional, que será motivo de reflexión más adelante.

## 1.2.b | La dinámica de los actores sociales y sus imaginarios

Es más fácil, relativamente, hablar de una dinámica global de los actores sociales en períodos históricos de una identidad más definida; tal es el caso del populismo peronista y la modernización desarrollista. Como se verá, en los períodos dictatoriales, especialmente las dictaduras del '66-73 y '76-83 y en las etapas que siguieron: primer período alfonsista, menemismo y Alianza, han debido estudiarse de una manera “no clásica” y recrearse categorías y conceptos para poder comprenderlos.

**a) Populismo y desarrollismo:** en cuanto al populismo peronista, existe una visión más o menos estereotipada, en la que no hay que incluir sin reparos los trabajos de G. Germani, pues éste, si bien tenía una fuerte influencia del funcionalismo norteamericano, fue un pensador profundo y original (Germani, G., 1968; 1992); por ello, vale la pena seguir debatiendo sus ideas, a pesar del tiempo en que fueron escritas.

Lo que llamamos “visión estereotipada” del populismo es considerado por Germani como una unidad corporativa y restringida de sectores de clase, constituida por la interpelación de un liderazgo carismático, en oposición cerrada a los demás sectores sociales. Es probable que el primer peronismo (1946-55) tuviera un cierto carácter de alianza semicorporativa, entre los sindicatos, un sector del Ejército y otro de la Iglesia. No obstante ello, su acceso al poder fue explícitamente democrático y la coalición sindical armada por Perón nunca fue un aparato corporativo del Estado (como sucedió con el sindicalismo fascista, en Italia). Al contrario y, a través de una modalidad propia, se produjo un hecho fundamental como fue la incorporación de los trabajadores a la vida política y a una serie de beneficios sociales, de los cuales no participaban. El autoritarismo de Perón y su indudable carisma tuvieron mucho que ver en este entramado. Lo que la visión funcionalista se pierde es el hecho social y político fundamental, insistiendo solamente en los rasgos “cerrados” del régimen. En cambio, Germani, si bien comparte esta última característica, es capaz de percibir una mutación social y política de indudable trascendencia (Germani, G., 1965: Cap. 9). De todos modos, el primer régimen peronista, si bien institucionalizó el partido, el “Movimiento” (relativamente) y

los sindicatos, otros actores sociales estaban semiinstitucionalizados, no jurídicamente, pero sí en términos políticos (vale decir, que su legitimidad era menor), como, por ejemplo, los sectores patronales, las universidades y, obviamente, la oposición política. En este sentido, la lógica del primer populismo peronista operó restrictivamente, dividiendo el “campo social” entre “amigos/no amigos”; no tanto como para que el conjunto social se paralizara o ingresara en una pugna salvaje, pero sí en un sentido lejanamente parecido al que explicita Carl Schmitt (1986).

En síntesis, el populismo argentino fue el verdadero paso de la sociedad tradicional agroexportadora a la modernización (no como creyó siempre el funcionalismo sociológico). Pero se trataba de una modernización restringida. Para lograr eso la sociedad argentina requería dar pasos fundamentales en el campo económico (i.e., pasar de la industria liviana a la pesada), en lo político-institucional superar la lógica restrictiva de las oposiciones ya mencionadas y, en lo social, no monopolizar iniciativas de la sociedad civil relativas a la expansión de la ciudadanía social y cultural. Esto debería haber sido el objetivo central de la etapa siguiente, conocida como “modernización desarrollista”.

El Desarrollismo tuvo realizaciones significativas, pero no pudo ser lo que se esperaba del mismo, al perder el núcleo duro de la conquista social y política del populismo: el fenómeno de la inclusión de los sectores mayoritarios del país. Aunque se pretendió lo contrario desde la propia reforma constitucional de 1957 (artículo 14 bis, sobre los derechos de los trabajadores), esa fue, en realidad, una “movida política” para aislar al líder exiliado de la adhesión de la clase trabajadora. Y si bien eso tuvo algún grado de éxito más adelante (con el Vandorismo, en la década del '60), lo cierto es que la “nueva modernización” mostró un claro sesgo liberal, poco compatible con los grados de inclusión del populismo. Vale decir, se retrocedió en este capítulo, en vez de avanzarse.

En el campo de la industrialización, comenzó un aperturismo ambivalente: se inició una etapa de industrialización pesada (petróleo, metalmecánica, máquinas, herramientas, trenes, automóviles, etc.), pero el precio que tuvo que pagarse obscureció los beneficios posibles. Argentina había ingresado al Fondo Monetario Internacional y ello le permitió acceso a préstamos e inversiones, pero desde allí se

inició larvadamente un endeudamiento externo, dramático en la historia nacional (nos referimos, claro está, al endeudamiento externo “moderno”; porque en la historia nacional la deuda externa como hipoteca para procesos de independencia económica, se inició el siglo XIX, con Rivadavia). Y en la medida en que se lograron estándares de calidad productiva, el país comenzó a perder activos físicos importantes, a través de procesos de desnacionalización (esto se vio con nitidez a partir ya del golpe de Onganía, en 1966). Y al respecto, el golpe contra Illia en 1966 tuvo mucho que ver con la anulación de los contratos petroleros del gobierno de Frondizi.

Tal vez fue en el campo del desarrollo cultural (donde la presencia de los sectores medios es prevaeciente), donde la “modernización” desarrollista logró mayor presencia: la normalización de las universidades nacionales, donde imperó una mayor libertad de expresión y un pluralismo teórico e ideológico que no se había conocido. Asimismo, es la época en que se crean nuevas carreras, como la de Sociología en la UBA, surgen las universidades privadas, institutos de investigación dependientes del Estado (vgr.: el CONICET, creado en 1958), etc. Tal vez en el campo cultural la creación del Instituto Di Tella por Jorge Romero Brest sea una de las expresiones más interesantes de este período. Así lo atestigua el libro sobre el instituto, escrito por el investigador inglés John King, quien en una entrevista con el periodista Fernando García de la revista cultural “Ñ”, afirma que:

*Lo que a mí más me impresionó del Di Tella fue el alcance y la amplitud de sus actividades. No había entonces en Londres un Centro de las Artes comparable al Di Tella, de hecho el Institute of Contemporary Arts era un pálido reflejo del Di Tella. En París el Pompidou era una institución más rígida, sin la flexibilidad y el dinamismo de su precursor argentino (García, F., 2007).*

En última instancia, el desarrollismo logró una mayor expansión de los actores sociales y un grado de institucionalización (al menos formal) mayor que lo que había acontecido en la etapa previa. Si esta “modernización periférica” fracasó, finalmente, ello se debe a lo anotado previamente: debilitar paulatinamente los grados de inclusión logrados por el populismo, en vez

de profundizarlos en un nuevo contexto. Asimismo, al carácter subdesarrollado del capitalismo argentino, hermanado con los rasgos parasitarios de las clases dominantes.<sup>13</sup> Tampoco le favoreció uno de los rasgos dominantes de la cultura política argentina (de lo cual ya se ha hablado anteriormente): su crónica inestabilidad institucional, desde 1930 hasta 1983.

En el período del desarrollismo modernizante volverá a aparecer la incapacidad de una clase/fracción de clase/coalicón de clases y grupos sociales para hegemonizar un proyecto que hoy llamaríamos de desarrollo social, económico y político sustentable. Reaparecerían los “conflictos suma cero” y el “empate negativo” sería una dominante nuevamente (sobre este tema se ha expuesto ya anteriormente).

**b) Períodos de excepción:** respecto al primer período de excepción institucional completa (la dictadura que se inició con el golpe de Estado del general Onganía, mediados de 1966), se desarrolló una clara polarización entre el “Estado burocrático-autoritario y sus aliados, y movimientos y grupos sociales de oposición.”<sup>14</sup> Como lo indica O’Donell, el Estado Burocrático-autoritario fue un fenómeno propio de una época (los golpes de Brasil en 1964, Argentina en 1966, Uruguay en 1973), consistente en una alianza entre la burguesía más transnacionalizada (en nuestro caso, la Unión Industrial Argentina –UIA– y el capital financiero más concentrado), sectores del campo representativos de lo que fue la vieja oligarquía, los grupos más retrógrados de las fuerzas armadas (los “colorados”), corporaciones civiles y la corporación eclesiástica formal o institucional. Debe destacarse que el pequeño empresariado, agrupado en la Confederación General Económica (CGE), que agrupaba a más de 800 mil empresas (pymes pequeñas y medianas), tuvo otra conducta, ligada a su relación con el mercado interno (en términos de producción y oferta de empleo) y escasas posibilidades de transnacionalización.

---

13. Herederas del parasitismo de la vieja oligarquía, tema este muy trabajado por J. Schvarzer y Jorge Sábato (1988), en su libro *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*, Bs. Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

14. El concepto de “Estado burocrático-autoritario”, pertenece al sociólogo Guillermo O’Donell (1982), desarrollado en un libro cuyo título completo es: *1966-1973, triunfos, derrotas y crisis. El Estado Burocrático autoritario*. Bs. Aires: Ed. edit. de Belgrano. Véase, en especial, el Capítulo 1, pp., 13-69.

El estado de excepción golpista, que siguió al fracaso, finalmente, de la modernización desarrollista, se explica, según O'Donell a partir de las siguientes consideraciones:

*La especificidad del BA (Estado burocrático autoritario, A.P.) respecto a otros Estados autoritarios de América Latina pasada y presente es que aquél surge como crispada reacción de las clases dominantes y sus aliados ante una crisis que, ya fuere que se centre o no en el nivel 5 (una crisis de hegemonía, A.P.), tiene en su tejido histórico un actor fundamental. Esto es, un actor popular (incluyendo la clase obrera de estos capitalismos extensamente industrializados) políticamente activado y relativa, pero crecientemente autonomizado de las clases dominantes. Así, lo que da al BA su especificidad histórica es que quienes llevan a cabo y apoyan su implantación, coinciden en que el requisito principal para extirpar la crisis es subordinar y controlar estrictamente al sector popular, revertir la tendencia autonomizante de sus organizaciones de clase y eliminar sus expresiones en la arena política. Tal reacción a esa amenaza, y su concreción en la gran tarea de “poner en su lugar” a sectores subordinados que, primero como pueblo pero cada vez más también como clase, aparecieron como encarnación de esos temores, en una sociedad dependiente cuyas particularidades desigualzantes y transnacionalizadas parecen hacer aún más necesario exorcizar esos fantasmas, es la médula de la especificidad histórica del Estado BA (O'Donell, G., 1982: 59).*

Ya habíamos indicado, anteriormente, al referirnos a la crisis del desarrollismo modernizante, que su “talón de Aquiles” estuvo en el abandono progresivo de la inclusión de los sectores subalternos que caracterizó al populismo. La profundización de esa tendencia generó un contramovimiento que se enderezó hacia la reafirmación de lo popular/clase trabajadora, con la aparición de un nuevo fenómeno que lo apoyaría: la radicalización de la juventud.

Como se sabe, este último proceso fue complejo y traumático; por una parte, un sector de jóvenes provenientes de la clase media cristiana, que apoyó al “peronismo de la resistencia” y parte del cual formó posteriormente la base del grupo guerrillero Montoneros; y otro

sector de la misma juventud, ligada a partidos de izquierda (en concreto, a una de las vertientes troskistas), que fundó el “Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y fue la superficie política del movimiento guerrillero guevarista Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Hubo también otras expresiones menores, político-militares, relacionadas con los que serían las dos manifestaciones mayores que hemos mencionado.<sup>15</sup>

Dos reflexiones más para concluir esta breve caracterización de nuevos actores sociales o nuevas actitudes de viejos actores. En primer término, que lo relevante de esta época (previa a la fugaz “primavera camporista” de 1973) fue la convergencia de la juventud con la resistencia popular y trabajadora que caracteriza a la Argentina pospopulista y desarrollista, ya bien entrados en la década de los '60. El ideario de la juventud (su ideología o “imaginario”) estribaba en la posibilidad de instaurar una sociedad socialista, a partir del grado de desarrollo y combatividad de los trabajadores: los del peronismo de izquierda como los pertenecientes a los sindicatos con direcciones combativas y clasistas. En esto coincidían los dos grupos político-militares más importantes (Montoneros y el PRT-ERP), aunque no pudieran llevar a cabo una estrategia conjunta (salvo algunas actividades muy focalizadas), a partir de que la “cuestión del peronismo” se convirtió, paulatinamente para ellos, en una valla conceptual y práctica infranqueable. En segundo lugar, que la estrategia global del Estado Burocrático Autoritario preanuncia lo que llevará a cabo la dictadura genocida posterior de 1976-83; si en este primer caso y, debido a una crisis de hegemonía, como lo caracteriza O'Donell, el bloque dominante se impuso la tarea de disciplinar rigidamente a los trabajadores y sectores subalternos “subversivos”, la dictadura posterior, como ya se ha desarrollado previamente en este escrito, se planteó ir más adelante: acabar con un modelo posible de país y extirpar las conductas subversivas y a los propios actores portadores de las mismas. Eso sólo era posible a través de un plan de exterminio, tal como ocurrió.

---

15. La literatura sobre este último fenómeno es amplísima. Puede consultarse, para el primer caso, el libro de G. Morello (2003). *Cristianismo y revolución: los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Córdoba: EDUCC, Colección Thesys 1; para el segundo, Santucho, J. (1988). *Los últimos guevaristas: surgimiento y eclipse del Ejército Revolucionario del Pueblo*. Bs. Aires: Ed. Puntosur.

c) **Una fugaz transición:** ya se ha desarrollado inicialmente también, el significado y fugacidad del tercer Gobierno de Perón; de sus promesas y las *ilusiones* de quienes creyeron ver en el viejo caudillo a un revolucionario que venía a concretar lo que había predicado en los últimos años, al hablar de “socialismo nacional” y legitimar el surgimiento de las “formaciones especiales” (la guerrilla de signo peronista). En realidad, como hipótesis de mínima, el anciano general probablemente venía con el objeto de tentar nuevamente el proyecto de una Argentina “potencia” regional, con determinado grado de autonomía, pero fuerte arraigo en el mundo occidental.

Lo cierto es que con su muerte el 1 de julio de 1974, todo escenario progresista de cualquier signo desapareció, quedando librado el gobierno, el Estado y el país a las peores desventuras, si se tiene en cuenta que la presidencia la ejercía formalmente María Estela Martínez de Perón (“Isabelita”), pero realmente, el *mandamás* López Rega, una suerte de “auxiliar” que Perón incorporó por mediación de Isabelita, desde su exilio en España. Creador del grupo terrorista paraestatal Alianza Anticomunista Argentina (AAA), comenzó a actuar inmediatamente a través de este ejército paralelo (en realidad, ya había iniciado acciones antes de la muerte de Perón), mientras las guerrillas se comprometían cada vez más en una respuesta militar a esta dinámica. Ello presagió lo ominoso que estaba “a la vuelta de la esquina”. Las acciones militares paraestatales pronto confluirían con las FF.AA, a partir del golpe de Estado que acabó con esta fugaz (y en realidad, trágica) *primavera* que ocupó un segmento del período que corrió del 11 de marzo de 1973 al 24 de marzo de 1976.

d) **Dictadura y recuperación democrática:** La dictadura militar que se entronizó desde 1976 a 1983 restringió al máximo a los actores sociales preexistentes de oposición; a base de represión y asesinatos masivos *desaparecieron* la actividad sindical, los partidos políticos, los movimientos de base e intermedios, los centros de estudiantes, etc. Y el propio Estado ya no tuvo la unidad orgánica del Estado burocrático autoritario, sino que se convirtió en una maquinaria balcanizada de destrucción, alejada de toda legalidad y con el sólo apoyo pasivo de una parte de la población y los “socios” tradicionales en estas lides: la corporación patronal más extranjerizada, la Iglesia católica institucional (básicamente

el episcopado), intelectuales del fascismo local y el monitoreo proactivo del Gobierno de los EE.UU.<sup>16</sup>

En estas circunstancias los sectores de oposición dejaron de ser actores más “universales” (clases, fracciones de clase, grupos de base o intermedios), para pasar a ser pequeños grupos dispersos que, paulatinamente, irían estableciendo relaciones. Deben destacarse los grupos y movimientos relacionados con la defensa de los Derechos Humanos, y grupos más o menos dispersos de apoyo, de estudio y discusión política, grupos religiosos de base, etc.

El período inicial de la recuperación democrática (1983-85) planteó una mística en torno a los derechos humanos, la democracia y las instituciones republicanas. El histórico Juicio a las Juntas militares marcó un hito en la historia argentina. De algún modo, se retoma el renovado ideario de la democracia republicana y social, sumada a la idea de un “tercer movimiento histórico” que se potenció por la perplejidad que mostraba el peronismo.<sup>17</sup>

El alfonsinismo se basó en ideas renovadas sobre la democracia, el pluralismo, el republicanismo y otros tópicos, pero las mismas tuvieron un límite infranqueable: no haber acumulado poder político (ni tener base social para ello) para enfrentar los férreos acuerdos corporativos del poder económico-financiero de alta concentración. Por ello, la figura y gestión de este nuevo liderazgo deslumbró sólo por un tiempo. El creciente fracaso en el plano económico llevó a una crisis de descreimiento en la

---

16. El comportamiento de la institución eclesiástica católica en este período ha sido vastamente estudiada. Además de trabajos reconocidos como *Iglesia y dictadura*, de F. Mignone; *Iglesia y transición democrática*, de Ana M. Ezcurra; el periodista H. Verbitsky ha producido trabajos memorables sobre la conducta de la jerarquía en su relación con los *desaparecidos* y la dictadura militar: su libro *El silencio* es por demás elocuente; asimismo, *Doble juego: la Argentina católica y militar* (que abarca un período más extenso). Actualmente, está publicando una importante historia social de la Iglesia argentina, desde 1883 a 1983.

17. El peronismo acababa de perder en 1983 su primera elección presidencial en democracia y todavía era incapaz de una autocrítica, que nunca más volvió a hacerla; el denominado “peronismo renovador”, a cuyo frente estuvo el político Antonio Cafiero, terminó perdiendo la iniciativa y las elecciones internas para la contienda electoral de 1989, a manos de un ex-gobernador de La Rioja: Carlos Menem, político al que nos hemos referido anteriormente y figura central en lo que se conoce como “segunda década infame”; es decir, el período de sus dos presidencias, entre 1989 y 1999. A ello debe sumarse que gran parte de los mejores cuadros intelectuales del peronismo comenzaron a abandonarlo, hecho que se visibilizó públicamente a partir de 1986.

democracia y falta de participación.<sup>18</sup> Tal vez sea éste el rasgo más visible de la conducta e ideología de los sectores que apostaron por la restauración democrática; sectores que probablemente representaban por sobre todo a las clases medias, a intelectuales y políticos noveles. Los sectores más deprimidos de la sociedad (principales víctimas sociales de la dictadura y la impotencia alfonsinista), que ya constituían un nuevo sector social: los pobres estructurales, estuvieron más bien ajenos a estos avatares de transición. No existía estrictamente un discurso para ellos, ya que tanto la Iglesia *tercermundista* como las unidades básicas del peronismo, habían perdido su inserción territorial en dicho espacio. Mantenían, pues, su vieja adhesión al peronismo que, con Menem, sería funcional al carácter regresivo y conservador de ese Gobierno.

Durante la década menemista y hasta el fracaso de la Alianza (año 2001), el fenómeno tal vez más elocuente sea el de la fractura y dispersión de los actores sociales de base. Y en la medida que diversas Organizaciones no-Gubernamentales (ONGs) y grupos confesionales trabajaron para reconstituir esta fractura, ello sucedió bajo el supuesto de una escisión clara entre militancia social y militancia política, como dos órdenes de prácticas incompatibles. A tal punto había llegado el descrédito de la política, como ya se ha comentado antes. Pero la problemática no estaba solamente en el repudio que los militantes sociales expresaban por la práctica política profesional, sino también al interior de los propios grupos y movimientos sociales emergentes: en concreto, las profundas dificultades para concretar redes de sujetos colectivos a nivel de demandas sociales del mismo tipo, y mucho más difícil cuando se tratara de actores colectivos que expresaran “posiciones de sujeto”<sup>19</sup> diferentes.

Las dificultades de articulación que se hicieron evidentes en ese período, tuvieron que ver con una doble problemática: a) el crecimiento de un nuevo actor social producto de la regresividad socioeconómica, los nuevos pobres o pobres por ingreso, y b) viejas taras de la cultura

18. Este problema está bien estudiado en el libro *Desencanto político, transición y democracia*, de Echeagaray, F. y Raimondo, E. (1987). Bs. Aires: CEDAL. Que además posee una muy buena bibliografía.

19. Esta denominación, ha sido tomada del libro *Hegemonía y estrategia socialista*, de E. Laclau y Ch. Mouffe (1988). Bs. Aires: Siglo XXI. Con relativa independencia de los planteos generales de la obra, recurrimos a ella porque nos sirve a los fines del presente trabajo.

política argentina, que pueden traducirse en fuertes dificultades para la acción colectiva, cuyo trasfondo es un corporativismo que nos distingue. No podemos detenernos aquí en las raíces de esta problemática, que se relaciona tanto con la conformación del país a través de una “inmigración aluvional”, como al comportamiento extremadamente parasitario de las clases dominantes, amén de otros factores.<sup>20</sup>

Para concluir este breve recorrido relevando la conducta de los actores sociales y algunos aspectos de sus ideologías, tanto en períodos más definidos de la historia nacional, cuanto en momentos de excepción institucional, señalaríamos una doble problemática:

a) por una parte, la necesidad de crear conceptos y categorías (con base empírica), que permitan pensar la dinámica de los actores sociales a partir de la situación que se expresó cuando el modelo de la dictadura llevado a cabo por el menemismo “en democracia”, implosionó<sup>21</sup> en la crisis del 2001. Surgen a partir de allí nuevas expresiones en los movimientos sociales, que todavía son un enigma en cuanto a su futuro y destino. Se imponen nuevos modos de estudiar la acción colectiva,

20. El tema de la conformación de la Argentina a través de la inmigración aluvional y su falta aún de decantamiento, que se relaciona con el aislamiento de los grupos inmigrantes, su inicial falta de voluntad para una integración plena y el surgimiento de un “espíritu de facción” visible entre inmigrantes entre sí, e inmigrantes y “locales”, es digno de estudiarse. La no voluntad de integración pudo percibirse en la baja adquisición de ciudadanía, en unos casos, y en otros, en el defectuoso aprendizaje de la lengua. Estos hechos, por demás complejos e interesantes para profundizar, deben ser leídos también a la luz del desprecio del nacionalismo del Centenario por los inmigrantes, en su mayoría pobres; y a la vez en las facilidades que la Constitución Nacional otorgaba para la adquisición de la ciudadanía argentina. Esto debe compararse con la inmigración hacia los EE.UU, en igual período –1879-1930– donde proporcionalmente la Argentina recibió más inmigración en proporción a la población local preexistente; en esta última inmigración, el inmigrante sabía que iba a un país “superior”, por lo cual la adquisición de ciudadanía y el aprendizaje de la lengua y su fonética, eran esenciales para no ser excluidos. Para todo ello puede verse el texto de Torcuato Di Tella (1985), *La peculiaridad argentina: el impacto migratorio europeo*, en su libro *Sociología de los procesos políticos*. (pp., 340 y sgs). Bs. Aires: Grupo Editor Latinoamericano. Las reflexiones de Di Tella están hechas en la línea de reflexión de G. Germani; véase el Cap. 7 de su libro *Política y sociedad en una época de transición*, ob. cit.,. Asimismo los capítulos VI y VII del clásico trabajo de José Panettieri (1970), *Inmigración en la Argentina*. Bs. Aires: Ed. Macchi. En cuanto a la problemática del corporativismo, véase el trabajo de Philippe Schmitter (1987). El siglo del corporativismo. *Cuadernos de Sociología, núm. 1*. Bs. Aires. Respecto al comportamiento de las clases dominantes, véase el ya citado texto de Schvarzer y Sabato, *La clase dominantes en la Argentina moderna*, ob. Cit., especialmente, el último trabajo titulado “Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabas para la democracia”.

21. Le tocó al Gobierno de la Alianza estar al frente de la gestión nacional, teniendo como ministro de economía al propio Cavallo, cuando ello sucedió, en las jornadas de finales del 2001 y 2002.

entonces; tanto en los actores sociales medios y subalternos, cuanto en los sectores dominantes. Ello implicará comenzar a comprender qué está sucediendo en nuestro país durante el período excepcional desde la caída de la Alianza, por una parte; y por otra, desde la instauración del régimen democrático actual.<sup>22</sup>

b) Por otro lado, la necesidad de repensar un conjunto de ejes teóricos que aparecen a lo largo de este recorrido; entre ellos están: 1) el histórico corporativismo cerrado de varios actores nacionales (ejército, Iglesia, oligarquía, burguesía concentrada, etc.), y de la cultura argentina, en general; este rasgo involutivo ha impedido en nuestra historia moderna que el desarrollo social de grandes clases medias y la incorporación de los sectores subalternos al mundo político y social se hubieran sumado a una dinámica diferente, en términos de articulación institucional y confrontación política institucionalizada con los factores de poder. 2) Cómo, la no resolución del punto anterior, llevó al “empate negativo” y potenció un retroceso institucional en términos de fuertes confrontaciones de facciones cerradas. 3) Y, por último, cómo estos elementos pueden ayudarnos a entender el carácter salvaje de la última dictadura, donde la relación entre los sectores dominantes se definió en torno a la certeza de que sólo se podía realizar el país (que ellos pensaban) si se aniquilaba a los opuestos. Así, esto se concretó, en el plano económico, con las políticas de Martínez de Hoz; en el plano ideológico, con la hegemonía “institucional” del discurso del nacionalismo fascista y católico retrógrado; en el plano militar, con el genocidio.

### **1.2.c | La dinámica de Estado nacional, la cuestión regional y la dimensión global (globalización)**

¿Qué ganaríamos con (la fantasía de) un retorno al talante de nuestras nacionalidades –en el marco de los viejos nacionalismos– frente al avance arrollador de la globalización? Obviamente que nada. Se impone, no obstante, la consideración de tres cuestiones: a) por qué reivindicar entre nosotros la “cuestión nacional”. En este sentido, tenemos que afirmar

---

22. Importantes acercamientos a parte de esta problemática se estudian en el libro colectivo, compilado por Graciela Di Marco y Héctor Palomino (2004), titulado *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. Bs. Aires: Jorge Baudino Ediciones y UNSAM.

que lo nacional remite a procesos identitarios inconclusos, truncados, cercenados por intrusiones geopolíticas de larga data. b) Reconstruir lo nacional en esta etapa ya no puede prescindir de los condicionamientos duros impuestos por la globalización y el ajuste estructural. c) Reconstruir lo nacional en esta etapa, pues, será pensar en la dimensión regional, a la que llamaremos la problemática de la Unión Sudamericana, en consonancia con planteos que desde hace una quincena están en la agenda de varios países latinoamericanos.<sup>23</sup> Antes de referirnos expresamente a esta última cuestión, trataremos en el siguiente apartado la imposibilidad de lo nacional, en el marco de un paradigma que desconozca –como afirmamos antes– los efectos de la globalización coactiva y el ajuste estructural.

### **1.3 | La cuestión regional**

Es como respuesta al carácter identitario inconcluso de nuestras nacionalidades, a la no viabilidad de un retorno al Estado Nacional según se lo concibió durante el siglo XX, que se han potenciado las ideas y proyectos regionales. Es obvio que la mencionada inviabilidad tiene también sustantivamente que ver con las nuevas formas y modo de interacción internacional impuestos por la globalización. Regionalización no sólo para ganar presencia geopolítica y competitividad en nuevos espacios y mercados, sino, previamente, como forma de asociación para resistir y sobrevivir en un espacio mundial extremadamente hostil para los países pobres, es decir, para la mayoría de los países. En este marco estamos frente a una opción por demás peligrosa –El ALCA– y a la vez frente a otras en las que las alternativas de resistencia, crecimiento relativo e integración política, social y cultural se avizoran como alternativas positivas y posibles: a partir de una potenciación del MERCOSUR, pensar –como lo mencionamos anteriormente– la “Unión Sudamericana” (UNASUR desde 2008).

En relación al ALCA, la propuesta proveniente de los EE.UU, las prevenciones de los países de la región son más que entendibles. Los investigadores Mario Rapoport y Eduardo Madrid afirman lo siguiente:

---

23. Tomo la expresión de la revista *Le Monde Diplomatique*, edición argentina, año VI, núm. 63, septiembre de 2004; véase el excelente artículo de Alfredo E. Calcagno y Eric Calcagno: “¿Hacia un nuevo bloque geopolítico? El motor de la Unión Sudamericana”.

*En realidad, las barreras proteccionistas que rigen en Estados Unidos para la entrada de productos agrícolas, incrementadas por el aumento de subsidios de la farm-bill (Ley agrícola) del 2002 y los mecanismos anti-dumping utilizados regularmente por la política económica norteamericana, junto a las presiones para permitir el libre acceso de los servicios, los derechos de propiedad intelectual y el flujo de capitales, y la inmensa disparidad tecnológica de las industrias norteamericanas, hacen del ALCA un camino de retorno a la división internacional del trabajo del siglo XIX (Rapoport, M. y Madrid, E., 2003).<sup>24</sup>*

Frente a la lapidaria afirmación de los citados investigadores, el periodista Luis Bilbao señala que:

*Nunca en la historia, desde las guerras de independencia, hubo un contexto más favorable para la consolidación de una Confederación Suramericana de Naciones. Nunca fue tan necesaria la intervención de un centro político suficientemente lúcido y fuerte como para neutralizar la dinámica expansionista y eventualmente guerrerista de las grandes potencias. Resta saber si las dirigencias actuales o en gestación serán capaces de combinar, en la exacta medida y al ritmo de las exigencias, la capacidad de libre participación de las mayorías ciudadanas y la hondura de los cambios ineludibles (Bilbao, L., 2004).<sup>25</sup>*

El “programa” para dicho contexto está insinuado en un notable artículo de los economistas Alfredo Calcagno y Eric Calcagno (2004). Allí se plantean tres cuestiones centrales para pensar la cuestión regional; en primer término, se presenta el contexto efectivo y la oportunidad:

*La nueva orientación diplomática de Argentina y de Brasil, así como los resultados del referéndum revocatorio en Venezuela, permiten*

---

24. Véase su trabajo “De la rivalidad a la integración. Una historia de vecinos”, en revista *Sociedad*, núm 22, 2003, Bs. Aires, Facultad de Cs. Sociales de la UBA. En este mismo número hay varios trabajos muy sugerentes sobre la integración de Argentina y Brasil, de autores tales como Alcira Argumedo, Waldo Ansaldi, Renato Ribeiro, etc.

25. Véase su artículo “La espada de Bolívar”, en *Le Monde Diplomatique* (ed. argentina) año VI, núm. 63, sep. de 2004. Este número de *El Dipló* trae un dossier por demás interesante sobre la temática que estamos discutiendo.

*vislumbrar la constitución de un nuevo bloque geopolítico, integrado en un primer momento por estos tres países. En efecto, se trata de tres países con casi 250 millones de habitantes, autosuficientes en alimentos, energía (incluyendo desarrollo nuclear, en el caso argentino) y manufacturas, con un enorme potencial económico, social y cultural aún no desarrollado. Su mayor debilidad es la condición de subordinación y de pobreza en que viven, producto de imposiciones externas, de la deserción de las elites locales y de un sistema económico generador de exclusión (Calcagno, A. y Calcagno, F., 2004).*

En segundo lugar, se profundiza en las razones y mecanismos de las debilidades estructurales:

*¿A qué se debe la sujeción y la pobreza? Una parte importante de la respuesta reside en el sector externo. Si bien existe un notorio superávit de las exportaciones con respecto a las importaciones, la transferencia neta de recursos es fuertemente adversa y la deuda externa llega a casi los 400 mil millones de dólares. La otra parte de la explicación está en la injusticia social interna, que lleva a una inicua distribución del ingreso; (...) el 10 % más pobre recibe poco más del 1 % del ingreso total, mientras que el 10 % más rico se apropia del 40 %. Ambos problemas son de naturaleza política: lo que está en juego es la soberanía nacional y la soberanía popular” (Calcagno, A. y Calcagno, F., 2004).*

Aquí los autores hacen una explícita y prolongada referencia al rol que cumple el FMI para profundizar este estado de cosas, de tal forma que llegan a plantearse la posibilidad de “llevar al FMI ante la Corte Internacional de Justicia de la Haya”. La siguiente cuestión que se plantea el trabajo de los economistas Calcagno es cómo reconstruir soberanía estatal multinacional:

*En el decenio de 1990 todos los países perdieron soberanía. Ahora se dan condiciones favorables para generar nueva soberanía estatal multinacional. Existen por lo menos cuatro sectores estratégicos en los que la creación de áreas de soberanía puede cambiar la configuración política y económica del bloque. Se trata del Fondo Común de Reservas*

*Internacionales, de la creación de la empresa petrolera multietatal, de la construcción de infraestructura y de la difusión organizada de información y cultura* (Calcagno, A. y Calcagno, F., 2004).

Los autores realizan una amplia exposición de estos aspectos, con un fuerte énfasis en la integración cultural. La idea rectora es que en el ámbito cultural se procesan, se juegan y terminan definiéndose los conflictos y la suerte de los procesos de cambio que esta nueva experiencia pondría en juego. Por ello, adquiere una importancia fundamental un sistema multinacional de medios masivos y la correspondiente infraestructura de agencias de producción de información “(...) capaces de explicar las razones de la convergencia y de hacer conocer la realidad política, social y económica de los tres países”.

Por último, dos cuestiones más deben explicitarse: una, que los autores piensan este modelo de integración a partir del MERCOSUR, asumiendo también propuestas geopolíticas que explicitó Hugo Chávez, presidente de Venezuela, de un Estado “asociado” al MERCOSUR. La hipótesis es que esta tríada serviría de tracción para acercar a nuevos “socios”, amén de los integrantes originales y demás Estados asociados. Por otro lado, los autores se refieren a la base política de un proyecto como el mencionado, a la que denominan populismo real, “entendido como defensa del interés popular”: en este sentido, Brasil, Venezuela y Argentina son los países sudamericanos donde esta expresión de lo político adquirió una definición y presencia mayor. Serviría de base, como dicen los autores, para “dialogar, por una parte, con México y Centroamérica; y por la otra, con Cuba y los países del Caribe”. Por supuesto que estas últimas reflexiones no niegan para nada otras posibilidades de articulación, complementarias o diferentes, como la propia UNASUR o el ALBA; más bien, las pensamos en un horizonte de necesarias confluencias.

## Bibliografía

- ABOS, A. (1984). *Las organizaciones sindicales y el poder militar (1976-1983)*. Bs. Aires: CEAL.
- ANSALDI, W. Y MORENO, J.L.(Comps.). (1989). *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. Bs. Aires: ed. Cántaro.
- ASPIAZU, D., BASUALDO, E., KHAVISSE, M. (1986). *El nuevo poder económico en la Argentina de los '80*. Bs. Aires: Ed. Legasa.
- BASUALDO, E., LÓPEZ, A., LOZANO, C., (1990). *Modelo de acumulación y sistema político: el caso argentino*. Bs. Aires: IDEP-ATE.
- CALCAGNO A. y CALCAGNO E. (2004, septiembre). **¿Hacia un nuevo bloque geopolítico? El motor de la Unión Sudamericana**. *Le Monde Diplomatique, ed. argentina, año VI, núm. 63*, pp. 9.
- CALDERÓN, F. Y DOS SANTOS, M.,(1990). **Hacia un orden estatal en América Latina. Veinte tesis socio-políticas y un corolario de cierre**. Conclusiones del proyecto regional PNUD-UNESCO-CLACSO, RLA 86/001, crisis y requerimientos de nuevos paradigmas en la relación Estado/sociedad y economía. Bs. Aires .
- CASTEL R. (1996). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Paidós. Bs. As. Barcelona. México.
- CASTEL, R. (2000). **La dinámica de los procesos de marginalización**. En revista *Topías, Bs.As.*
- BILBAO, L. (2004, septiembre). **La espada de Bolívar**. *Le Monde Diplomatique (ed. argentina), año VI, núm. 63*.
- DI MARCO, G. Y PALOMINO, H. (2004). **Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina**. Bs. Aires: Jorge Baudino Ediciones y UNSAM.
- DI TELLA, T. (1985). **La peculiaridad argentina: el impacto inmigratorio europeo**. En *Sociología de los procesos políticos*. Bs. Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- EZCURRA, A. (1990). **Iglesia y transición democrática**. Bs. Aires: Ideas.
- FELDMAN E. Y SOMMER, J.,( 1986). *Crisis financiera y endeudamiento externo en la Argentina*. Bs. Aires.
- GARCÍA, F. (2007, agosto 25). *Ñ. Clarín. Suplemento cultural*, pp. 29.
- GERMANI, G., (1965). **Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas**. Bs. Aires: Ed. Paidós.
- GERMANI, G. (1965). **Política y sociedad en una época de transición**. Bs. Aires: Ed. Paidós.
- GERMANI, G (1992). *Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*. Bs. Aires: Ed. Paidós.
- GRÜNER, E. (1992). **Las fronteras del (des)orden: apuntes sobre el estado de la sociedad civil bajo el menemato**. En AAVV (1992). *El menemato: radiografía de dos años de gobierno de Carlos Menem*. Bs. Aires: Ed. Letra Buena.
- JITRIK, N. (1968). *El ochenta y su mundo, presentación de una época*. Bs. Aires: Ed. Jorge Alvares.
- LO VUOLO, R. et.al (1999). *Contra la exclusión. La propuesta del ingreso ciudadano*. Bs As: Ciepp/Miño y Dávila editores.
- MIGNONE, F. (1987). *Iglesia y dictadura*. Bs. Aires: Ed. del Pensamiento Nacional.
- MINUJIN, A. (1992). *Cuesta abajo: los nuevos pobres, efectos de la crisis en la sociedad argentina*. Bs. Aires: Ed. Losada-Unicef.

- MINUJÍN A., KESSLER, G., (1996). *La nueva pobreza en la Argentina*. Bs. Aires: Ed. Temas de Hoy-Ensayos.
- MORELLO, G. (2003). *Cristianismo y revolución: los orígenes intelectuales de la guerrilla argentina*. Córdoba: EDUCC, Colección Thesys 1.
- MOUFFE, C. Y LACLAU, E. (1985). *Hegemonía y Estrategia Socialista*. Madrid: Ed. Siglo XXI.
- MURMIS, M. Y PORTANTIERO, J.C. (1972). *Estudios sobre los orígenes del peronismo/1*. Bs. Aires: Ed. Siglo XXI.
- NUN, J. y PORTANTIERO, J.C. (Comps.). *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. Bs. Aires: Ed. Puntosur.
- O'DONELL, G. (1982). *1966-1973, triunfos, derrotas y crisis. El Estado Burocrático autoritario*. Bs. Aires: Edit. De Belgrano.
- PANETTIERI, J (1970). *Inmigración en la Argentina*. Bs. Aires: Ed. Macchi.
- PARISÍ, A.,(1994). *El ajuste estructural y la reconstrucción del consenso en la Argentina. Conciencia Social, año 1, núm. 2-3*. Córdoba: Esc. de Trabajo Social, UNC.
- PERALTA RAMOS, MÓNICA. (1978). *Acumulación del capital y crisis política en Argentina (1930-1974)*. Bs. Aires: Ed. Siglo XXI.
- PLÁ, A. Y OTROS. (1971). *El radicalismo*. Bs. Aires: Carlos Pérez Editor.
- PORTANTIERO, J.C., (1989). Economía y política en la crisis argentina. En Ansaldi, W., Moreno, J.L., (Comps.). (1989). *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*. Bs. Aires: Ed. Cántaro.
- RAPOPORT, M. y MADRID, E. (2003). *De la rivalidad a la integración. Una historia de vecinos. Sociedad, núm. 22*. Bs. Aires: Facultad de Cs. Sociales de la UBA.
- SÁBATO, J. Y SCHVARZER, J. (1988). Funcionamiento de la economía y poder político en la Argentina: trabas para la democracia. En Sábató, J. (1988). *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*. Bs. Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- SCHMITTER, P. (1987). *El siglo del corporativismo. Cuadernos de Sociología, núm. 1*. Bs. Aires: Carrera de Sociología.
- SCHMITT, C. (1986). *El concepto de lo político*. Bs. Aires: Ed. Foilos.
- SCHVARZER, J Y SÁBATO, J. (1988). *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características*. Bs. Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- TORRADO, S. (1992) *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*. Bs. Aires: Ed. De la Flor.
- VERBITSKY, H. (2007). *El silencio*. Bs. Aires: Ed. Sudamericana.
- VERBITSKY, H. (2006). *Doble juego: la Argentina católica y militar*. Bs. Aires: Ed. Sudamericana.

## Capítulo 2

### **Movimientos sociales y práctica política. Reflexiones conceptuales desde los aportes de Ernesto Laclau, Enrique Dussel y Boaventura de Sousa Santos<sup>26</sup>**

#### **Introducción**

Los tres artículos de este Capítulo son resultado de discusiones surgidas en torno de preocupaciones tales como el poder, la práctica política, la construcción de hegemonía popular, la dimensión ético-política de las prácticas profesionales, tópicos que serán analizados a la luz de los aportes de Enrique Dussel, Boaventura de Souza Santos y Ernesto Laclau. Su contexto de producción, fue el proyecto de investigación, titulado “La cuestión de la *diferencia* en Ciencias Sociales: género, educación y política”, cuyo objetivo general fue retomar el análisis epistemológico del trasvasamiento hacia las ciencias sociales de la categoría de *diferencia*, para evaluar dicha operación teórica; asimismo, para ponderar la consistencia de su uso en un conjunto de autores, obras y trabajos empíricos, con especial énfasis en las problemáticas de género, educación y política.

---

26. En este capítulo se plasman tres ponencias presentadas en un simposio propuesto por nuestro equipo de investigación para las **II Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos**, Universidad Nacional de Córdoba, noviembre de 2010. Para el mismo, invitamos a participar al Dr. Roberto Follari, docente e investigador de la UNCuyo, quien tuvo a su cargo la coordinación de uno de los ejes. El objetivo principal de dicha propuesta fue desentrañar problemáticas y resig-nificar planteos, desde perspectivas ligadas a los planteos de Boaventura de Sousa Santos, Enrique Dussel y una visión crítica de los estudios culturales y los planteos posmodernos.

## 2.1 | Dilemas contemporáneos en la construcción de la hegemonía

Alberto Parisí, Silvina Cuella y Valentina Suárez Baldo

La construcción de una hegemonía popular enfrenta diversas dificultades y problemas; ya en el terreno teórico aparece la dificultad que arrastra el concepto “pueblo”, demonizado por corrientes de la teoría social que se han desembarazado del populismo y sus *inevitables y peligrosas ambigüedades*. Revisaremos estas cuestiones a partir de los planteos de Enrique Dussel (*20 tesis de política*) y Ernesto Laclau (*La razón populista*). Las implicancias del concepto de hegemonía también sugieren ambigüedades, en la medida en que no se clarifique si se está pensando en una “cadena de equivalencias” (Laclau) que aglutine y articule las demandas provenientes de las diversas posiciones de sujeto, o si más bien el planteo debe situarse en el campo de una pluralidad de actores y demandas que, para articularse, deben traducirse (Boaventura de Sousa Santos) y articularse, sin perder por ello su especificidad; es decir, lo que en lenguaje de Dussel se denomina “*hegemón analógico*”.

Las consideraciones precedentes son fundamentales para el tránsito que significa pasar de la política como concepto a la práctica política; son esenciales, en la medida en que definirán si se puede hablar del sujeto popular, en primer término; en segundo, porque ello determinará la forma en que deba plantearse la construcción de redes sociales, acción colectiva y, por lo tanto, la posibilidad de producción de hegemonía con capacidad de disputa en la constitución del sentido y dirección del poder político.

De aquí que los movimientos sociales que se planteen la generación de hegemonía, pero lo hagan al margen del debate de la práctica política, dejarán en un ámbito de indefinición la forma en que se constituirá dicha hegemonía; la hipótesis de esta ponencia es que, más allá de esta discusión, se permanecerá siempre ante la dramática opción de “o lo social o lo político”.

Existe la convicción creciente en múltiples estudios sociales<sup>27</sup> acerca de que, desde la expansión de los nuevos movimientos y sujetos sociales

y la progresiva importancia de la acción colectiva crítica, los campos de lo social y lo político se han convertido en dimensiones contrapuestas (Parisí, A., 2000). Esta dramática fractura entre ámbitos que imaginamos deben ser crecientemente convergentes y articulados, tiende a un peligroso distanciamiento, por razones incubadas desde hace mucho tiempo; pero en relación a los intereses y dinámica de los movimientos sociales de nuestra época, por razones generadas a partir de la corrupción de la política, ha llevado a que la militancia política deserte masivamente de la misma.

La corrupción de la política acontece siempre que los depositarios del poder –delegado por el pueblo– lo ejercen como potestad autorreferente, desconociendo a la comunidad política como su sede original.<sup>28</sup> En qué medida los pueblos permitan esta situación, es algo que debe ser también discutido. Por cierto, esta situación lleva a que se descrea de la política, los políticos y la posible capacidad contenedora de lo que denominamos democracia, para albergar, proteger y promover los intereses materiales y simbólicos mayoritarios. En los grupos y colectivos sociales que no han recorrido el trillado camino del desencanto y la deserción de la práctica política y, asimismo, entre los grupos militantes que no han cedido a la pasividad y resignación, pareciera imponerse una consigna: “*hay que refugiarse en el campo social y no esperar nada de la política*”. La misma es visualizada como algo perverso en sí misma, terreno irrecuperable para una acción colectiva seria, comprometida y crítica. La elección de lo social como ámbito privilegiado de acción y trabajo está acompañada, pues, por una suerte de “satanización” del espacio político formal.

Intentaremos debatir esta problemática, en la medida en que supone un hiato insalvable entre dimensiones de la práctica social global que, irrenunciablemente, deben religarse para volver posible trabajar los conflictos sociales y generar consensos democráticos; en otros términos, pensar una rearticulación social tendiente a la inclusión y la participación.

27. Ver, por ejemplo el libro de Di Marco, G. y Palomino, H. (Comps.). (2004). *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. Bs. Aires: J. Baudino Ed./ UNSAM; Laraña, E., Gusfield, J. (1994). *Los nuevos movimientos sociales*. Madrid: CIS [ambos trabajos con amplia bibliografía].

28. Véase este concepto en Dussel, E. (2006). *20 tesis de política*. México: Ed. CREFAL-Siglo XXI.

## 2.1.a | Pueblo y hegemonía

El concepto “pueblo” ha tenido una suerte variada en los discursos sociales; generalmente, o se lo ha usado en su sentido inmediato en el campo de las confrontaciones políticas electorales, o, en los estudios sociales, se lo ha atribuido al populismo; y decir “populismo” ha sido, por años, una mala palabra dentro de las teorías sociales progresistas o conservadoras.<sup>29</sup>

En la obra de E. Dussel se ha trabajado detenidamente el concepto de “pueblo”, relacionándolo con la discusión histórica dentro del marxismo, entre “teoría marxista” e “ideología populista” (Dussel, 2001).<sup>30</sup> En un nuevo trabajo de reflexión política (Dussel, 2006: 89-90), este filósofo argentino residente en México desde hace más de treinta años afirma que “(...) *pueblo es la categoría estrictamente política (ya que no es primariamente sociológica ni económica) que aparece como imprescindible, pese a su ambigüedad, pero su ambigüedad no es fruto de un equívoco sino de una inevitable complejidad*”. A continuación reproduce parte del famoso discurso de Fidel Castro, “La historia me absolverá”, donde el joven alzado en Moncada usa el concepto “pueblo” como central en los objetivos de su levantamiento armado contra el régimen de Batista. Inmediatamente después, Dussel expone una hipótesis central, muy coincidente con los actuales planteos del último Laclau (2005), aunque desde presupuestos parcialmente diferentes, diciendo:

*El ‘pueblo’ establece una frontera o fractura interna en la comunidad política (...) Llamaremos plebs (en latín) al pueblo como opuesto a las élites, a las oligarquías, a las clases dirigentes de un sistema político. (...) Pueblo es un bloque social ‘de los oprimidos’ y excluidos. En eso se distingue la plebs de toda la comunidad dominante... (Laclau, E., 2005: 91-92).*

A partir de esta hipótesis central, el autor derivará varias conclusiones, tres de las cuales nos interesan destacar: por una parte, en la inadecuada

29. Al respecto, véase a Laclau, E. (2005). *La razón populista* (pp. 15 y sgs.). Bs. Aires: Ed. FCE. También, Follari, R. (2010). *La alternativa neopopulista*. Rosario: Ed. Homo Sapiens. Asimismo, ya en la década de los ‘70 lo había anticipado Laclau (1978), en su libro *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo* (pp. 165 y sgs.). México DF: Siglo XXI.

30. El autor lo ha trabajado en una serie de textos; remitimos a una confrontación con ciertos planteos de Laclau, en el libro *Hacia una filosofía política crítica*. Bilbao: Ed. Desclée de Brouwer. 2001, en Cap. X: Pueblo y hegemonía, una conversación con Ernesto Laclau.

categoría que pusieron en juego A. Negri M. y Hardt en su obra *Imperio*, la de “multitud”, a partir de presuponer el carácter necesariamente sustancialista de la vieja noción de “pueblo”. Dussel cita a los autores mencionados cuando se preguntan “¿Sería posible imaginar hoy un nuevo proceso de legitimación que no descansa en la soberanía del pueblo, sino en la productividad biopolítica de la multitud?” (Negri, T., en Dussel, 2001: 91). En segundo lugar y, en consonancia con lo anterior, la afirmación del carácter no sustancialista del concepto pueblo: “El ‘pueblo’ se transforma así en actor colectivo político, no en un ‘sujeto histórico’ sustancial y fetichizado” (Dussel, 2001: 91). Por último, la cuestión que más nos importa: cómo a partir de esta concepción se entiende la constitución del pueblo como sujeto político, es decir, el proceso de construcción de hegemonía popular crítica. Afirma Dussel: “El pueblo aparece en coyunturas políticas críticas, cuando cobra conciencia política explícita del hegemon analógico de todas las reivindicaciones, desde donde se definen la estrategia y las tácticas, transformándose en un actor, constructor de la historia...” (Dussel, 2001: 91).

El concepto clave es lo que el autor denomina “hegemon analógico”. El mismo nos remite a una forma de concebir la construcción de hegemonía, que Dussel relaciona fuertemente con una reinterpretación del concepto de “bloque histórico” en Gramsci; esto es importante porque para el Laclau (1987) de *Hegemonía y estrategia socialista* y de *La razón populista*, también hay una explícita referencia a Gramsci, sólo que para E. Laclau, Gramsci todavía siguió manteniendo una cuota de sustancialismo al relacionar la hegemonía revolucionaria a la acción de una clase preconstituida: el proletariado.

En su clásica obra de la década de los ‘80, Laclau y Mouffe afirman al respecto:

*“(...) el conjunto de la construcción gramsciana reposa sobre una concepción finalmente incoherente, que no logra superar plenamente el dualismo del marxismo clásico. Porque, para Gramsci, incluso si los diversos elementos sociales tienen una identidad tan sólo relacional, lograda a través de la acción de prácticas articuladoras, tiene que haber siempre un principio unificante en toda formación hegemónica, y éste debe ser referido a una clase fundamental” [el proletariado; añadido nuestro] (Laclau, E. y Mouffe, C., 1987: 80).*

En la obra publicada en castellano en 2005, *La razón populista*, se comienza retomando las consecuencias de aquellas primeras afirmaciones, sólo que ahora enfocada a una visión positiva del populismo, a partir de considerarlo una forma del quehacer político, es decir, precisamente la construcción de hegemonía. En el prefacio a *La razón populista*, E. Laclau (2005) afirma:

*Nuestro intento no ha sido encontrar el verdadero referente del populismo [que, como hemos visto en Dussel y veremos en Boaventura de Sousa Santos, es el pueblo, en cuanto “plebs”; comentario nuestro], sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político (p. 15).*

Este es un nudo problemático en la concepción del pueblo y la hegemonía que, en este caso, se refieren a la “forma populista” de la práctica política: para Laclau, la “unidad referencial” de la práctica política populista<sup>31</sup> es contingente, no está predeterminada; este contingentismo (clásico en el pensamiento de Laclau y Mouffe), si bien nos previene contra el esencialismo clasista o populista, termina por reducir las prácticas hegemónicas a procesos formales articulatorios y la construcción política queda reducida a una “lógica social”. ¿Qué es lo que queremos indicar, en última instancia? Que una postura antiesencialista en lo social (común a Laclau, Dussel y Boaventura de Sousa Santos), no conduce necesariamente a conclusiones similares: para Laclau, la ecuación antiesencialismo/contingentismo lo conduce a una primacía de lo político, desdibujando y poniendo en las sombras las condiciones objetivas que siempre están presentes en cualquier sociedad, cuando comenzamos a estudiarla o a actuar en ella; y si hay condiciones objetivas *extradiscursivas*, también hay sujetos reales y efectivos, *capitales en juego* (para usar la expresión clásica de Bourdieu) y posiciones asimétricas respecto de

31. Sería mejor hablar de “neopopulismo”, como lo denomina Roberto Follari (2010), en su reciente libro *La alternativa neopopulista*. Rosario: Ed. Homo Sapiens; el subtítulo de este trabajo es elocuente: *El reto latinoamericano al republicanismo liberal*.

los mismos, es decir, contradicciones en la realidad social. Las luchas políticas siempre se llevan a cabo desde estas condiciones, respecto de las cuales los actores asumen prácticas de confrontación política diversas, en la medida que construyan y expliciten sus representaciones ideológicas en torno al “campo” (otra vez Bourdieu). De no ser así, la lucha hegemónica y la práctica política corren el serio riesgo de volverse formales, meras lógicas de un juego cuasiformal.

A este “formalismo politicista” se ha referido Dussel (2001) en relación a Laclau, en un importante texto; dice el primero respecto del segundo:

*Para Laclau son los antagonismos concretos, sin ningún conocimiento previo ni necesario, los que permiten descubrir el horizonte propio de la contingencia y la lucha política. De donde se deduce la ‘radical contingencia de toda objetividad’. No hay significantes fijos, sino significantes flotantes. (...) Todo esto... le lleva a adoptar un contingencialismo cuasi-rortyano en el que tengo fundadas sospechas de que no le permitirá ya descubrir criterios que permitan a la acción política estratégica encaminarse no sólo a un ejercicio de la hegemonía por la hegemonía misma, sino de la hegemonía a favor de los oprimidos en los sistemas históricos (p. 199-200).*

Y en una nota a pie de página, en el mismo texto y página citados, Dussel concluye taxativamente: “La noción misma de “oprimido” pierde totalmente sentido en un contingencialismo radical y coherente” (como es el caso de Laclau).

Una crítica muy similar ha expresado Roberto Follari, al referirse a las problemáticas que se derivan del *discursivismo* de Laclau (su “reducción discursiva”, según Follari), del cual se derivan su formalismo político y su contingentismo radical. Follari se pregunta: ¿cualquier sector social puede ser populista? Hay que aclarar que el autor usa el término “populista”, porque está refiriéndose al mismo término usado por Laclau, en su libro *La razón populista*; pero, en realidad, Follari habla de “neopopulismo”, como alternativa de construcción hegemónica en América Latina, frente al neoliberalismo que fue dominante hasta hace una década. Dice Follari (2010):

*La referencia al pueblo como 'plebs' es de por sí suficiente para advertir que el populismo no puede asentarse sobre bases sociales 'patricias'; no podría ser asumido por aquellos que jamás podrían identificarse con 'lo plebeyo'. El populismo no es propio de las clases más altas, aun cuando alguien pudiera, a nivel personal, desde allí adherir al mismo. Estructuralmente, los sectores sociales que pueden asumirlo no son cualesquiera. (...) No hay en él [en Laclau; ref. nuestra] referencia a las condiciones sociales necesarias para que el populismo pueda florecer. Parecería que cualquiera puede ser populista, que es indiferente ser o no 'plebs' en los hechos y en el discurso cotidiano, para poder asumirlo en el plano político (p. 76-77).*

### **2.1.b | La cadena equivalencial, el hegemon analógico y el trabajo de traducción**

El aspecto que queremos tratar ahora, después de las consideraciones previas, se refiere específicamente a cómo se concibe el proceso de construcción de una hegemonía crítica y popular; el subtítulo de este párrafo alude a las tres formas de pensar esta cuestión, en los tres autores a los que hemos hecho referencia: E. Laclau y la “cadena equivalencial”; E. Dussel y el “hegemon analógico”; Boaventura de Sousa Santos y el “trabajo de traducción”. Veámoslo brevemente.

1- Ernesto Laclau viene trabajando el problema de la construcción de hegemonía desde la década del '70, pero el texto teórico fundamental donde lo desarrolla es su ya citado libro (escrito con Chantal Mouffe) *Hegemonía y estrategia socialista, hacia una radicalización de la democracia*. Allí plantea la hegemonía como producto de una práctica articuladora entre demandas de *posiciones de sujeto* particulares (movimientos sociales en construcción, como el ecologismo, el feminismo, las minorías sexuales o étnicas, etc.), en camino hacia una *red* de demandas que las englobe; esto es, el pasaje de particularidades diferenciales hacia una universalidad que las englobe. Este proceso se lleva a cabo a través de un proceso que el autor denominó “cadena de equivalencias” (Laclau, E. y Mouffe, Ch., 1987: 147-Sgts.), esto es, las demandas de un movimiento se reconocen como *equivalentes* y articulables con las de otros, de tal modo que van formando un eslabonamiento o cadena de demandas que tiende a expandirse en el

imaginario social y se vuelve constitutivo de las identidades de los actores sociales. Esta temática, presente en varias obras posteriores de Laclau (2005: 91), reaparece en *La razón populista*, para explicarnos la constitución de la identidad popular como proceso de articulación hegemónica, a través de la construcción desde las demandas particulares, de un *universal englobante unívoco*.<sup>32</sup>

2- Para Enrique Dussel el proceso de generación de hegemonía guarda similitudes y diferencias con el planteo de E. Laclau. Dussel comparte la crítica al esencialismo de las viejas posturas populistas y marxistas y, asimismo, entiende que es un proceso articulador el que va definiendo la emergencia de la hegemonía popular y crítica; pero en la definición de cómo debe producirse dicha práctica articuladora es en donde Dussel (2006) se diferencia de Laclau. En las *20 tesis de política* señala:

*Sería posible todavía pensar que las reivindicaciones de los movimientos (...) van incorporando las demandas de los otros movimientos en la propia. El feminismo descubre que las mujeres de color son las peor tratadas; que las obreras reciben menor salario; que las ciudadanas no ocupan funciones de representación; que las mujeres en los países periféricos sufren todavía mayor discriminación, etc. De la misma manera el indígena descubre la explotación de la comunidad en el capitalismo, en la cultura occidental dominante, en el racismo sutil pero vigente, etc., (p. 88).*

A continuación explica lo que, a nuestro juicio lo diferencia del planteo de Laclau:

*Es decir, por mutua información, diálogo, traducción de sus propuestas, praxis militante compartida, lentamente se va construyendo un hegemon analógico (...) [en el cual se da un] proceso de incorporación analógica, guardando la distinción propia de cada movimiento, que incluye a todas las reivindicaciones de alguna manera...” [subrayados nuestros] (p. 88).*

32. Esta es la interpretación que, de Laclau, hace E. Dussel, en su ya citado texto *20 tesis de política*; con mayor precisión, Dussel afirma que Laclau llega a la concepción de un “unívoco equivalencial”, hipótesis a la que adherimos.

Con la afirmación anterior, Dussel se aproxima notablemente a la postura de Boaventura de Sousa Santos; esa aproximación consiste en plantear que el proceso articulador de demandas (en el que se va construyendo hegemonía) no apunta a un “unívoco equivalencial” (postura de Laclau, según Dussel), es decir, a una articulación que globaliza unívocamente las demandas diferenciales de los distintos movimientos sociales. De ser correcta la postura crítica de Dussel, la lógica social de construcción de hegemonía de Laclau conllevaría un retorno a un viejo concepto de totalidad englobante, más propio del discurso moderno-racionalista que el de un discurso posmoderno crítico.

3- En su obra central *El milenio huérfano: ensayos para una nueva cultura política*, el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2005: 97-Sgts.) lleva a cabo una excelente reflexión en esta misma línea (la del “hegemón analógico”) en lo que él denomina *el trabajo de traducción*. En efecto, para él los movimientos sociales o nuevos sujetos sociales en formación son portadores de demandas, propuestas y sentidos (*insumos* fundamentales para la constitución de procesos de hegemonía emancipatoria); de lo que se trata no es de construir ni una *teoría general* del conjunto de esas demandas, ni una estrategia que se propusiera unificarlas unívocamente (al modo de la “cadena equivalencial” de Laclau, según la crítica a éste de E. Dussel); la posición de Boaventura de un “posmodernismo de oposición” expresa, según él lo afirma, que:

*En mi opinión, la alternativa a la teoría general es el trabajo de traducción. La traducción es el procedimiento que permite crear inteligencia recíproca entre las experiencias del mundo, tanto las disponibles como las posibles... se trata de un procedimiento que no atribuye a ningún conjunto de experiencias ni el estatuto de totalidad exclusiva ni el estatuto de parte homogénea (2005: 175).*

A este proceso de “traducción”, Boaventura le ha denominado “hermenéutica diatópica” y la define así: “*Ésta consiste en un trabajo de interpretación entre dos o más culturas con el objetivo de identificar preocupaciones isomórficas entre ellas y las diferentes respuestas que proporcionan*” (p. 175). Para el sociólogo portugués:

*La hermenéutica diatópica parte de la idea de que todas las culturas son incompletas y, por tanto, pueden ser enriquecidas por el diálogo y la confrontación con otras culturas. (...) La hermenéutica diatópica presupone (...) lo que designo como universalismo negativo, [esto es] la imposibilidad de completitud cultural. (...) [en otras palabras] una teoría general sobre la imposibilidad de una teoría general (p. 175).*

### 2.1.c | Lo social o lo político, esa dramática disyuntiva

Las reflexiones anteriores han tenido como objetivo generar una cierta clarificación respecto a cómo es concebido el proceso de construcción de hegemonía popular, crítica, revisando con brevedad las posturas de algunos autores; si bien hemos establecido algunas diferenciaciones entre ellos (especialmente, entre los planteos de Laclau y las muy parecidas concepciones de Dussel y Boaventura de Sousa Santos), la finalidad última de estas elucidaciones no estriba en quedarnos en esa aproximación comparativa.

Hemos podido ver que, a pesar de las diferencias entre los autores revisados, una cosa es clara en ellos: la concepción de la hegemonía popular nunca se queda ligada solamente a los procesos de construcción de movimientos sociales que opten, con exclusividad, por una acción colectiva en el campo social, con exclusión de cualquier acercamiento a la esfera de las luchas y confrontaciones políticas. Vale decir, se entiende la edificación de procesos hegemónicos de las clases subalternas como intentos de generar respuestas y propuestas a nivel de demandas grupales diferentes y, por ello, de generación de consensos parciales y prácticas específicas (i.e., movimientos y actores que luchan por lo ambiental, la cuestión de género, la falta de trabajo, demandas salariales, los derechos humanos, etc.), lo cual tiene una lógica social incuestionable; pero también se plantea que la especificidad de esas identidades sociales sectoriales pueden y deben entretenerse en redes de acción colectiva, con lo cual el grado de poder social aumenta y la capacidad hegemónica se torna más densa.

También se ha discutido que desde allí se plantee una interpelación hacia la esfera de la política en su sentido más *técnico*: el de espacio institucionalizado de confrontación y lucha por la gestión social del poder político y la definición del rumbo que debe asumir el manejo de las instituciones del Estado. Con ello no quiere afirmarse que todo movimiento

social debe entroncar en un partido político o coalición política; de lo que se trata es del *sentido de la acción colectiva y la construcción de hegemonía*: su capacidad de incidir en los procesos de transformación social, no sólo a nivel “micro”, sino a nivel “macro”. Y las definiciones “macro” se juegan *siempre* en el plano de las luchas políticas. El problema es que casi siempre esas luchas políticas carecen de legitimidad, porque se llevan a cabo divorciadas de los intereses sociales de los movimientos sociales, los grupos y las clases subalternas; pero si estos últimos desechan la “arena” política por corrupta *per se*, le hacen el juego a esa deslegitimación, todo lo cual constituye una situación dramática, que suele definirse en prácticas políticas y políticos deslegitimados y actores sociales de base sólo testimoniales.

Uno de los efectos de la crisis en la práctica política es el “vaciamiento de las representaciones”,<sup>33</sup> no sólo a nivel formal (vgr.: cuando un parlamentario no consulta nunca a sus electores), sino de modo sustantivo. Es decir, cuando en la experiencia y percepción de la gente, la política, los políticos y la misma democracia dejan de tener relación significativa con los problemas importantes de su existencia. Cuando los más y los más pobres descubren el *chantaje* de un juego que muy pocas veces es favorable para sus demandas y necesidades, aunque sean convocados a votar cada dos años.

Este vaciamiento profundo de la política y la democracia ha obscurecido peligrosamente la necesaria e irrenunciable articulación que debe producirse entre la acción colectiva llevada a cabo en el “terreno social” (*lugar* donde se conjugan demandas y se construyen consensos parciales) y las confrontaciones desplegadas en el ámbito de la política (*lugar* donde los consensos parciales deberán generalizarse, traduciéndose en mayor fuerza hegemónica que participe de la disputa global que la sociedad mantiene en torno al sentido y gestión del poder colectivo). Sin esta articulación, la política se vacía y pervierte, se vuelve autorreferencial, como lo ha señalado Dussel; a su vez, los esfuerzos desplegados en el ámbito social pierden eficacia, trascendencia y tienden a permanecer aislados, meramente testimoniales.

---

33. A partir de aquí se retoman reflexiones realizadas en París, A. (2000). Un agujero negro en las identidades populares. *Umbrales*, año 7, núm. 14, Córdoba.

## Bibliografía

- DI MARCO, G., y PALOMINO, H. (Comps.). (2004). *Reflexiones sobre los movimientos sociales en la Argentina*. Bs. Aires: Ed. J. Baudino/UNSAM.
- DUSSEL, E. (2001). *Hacia una filosofía política crítica*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- DUSSEL, E. (2006). *20 tesis de política*. México DF.: Siglo XXI.
- FOLLARI, R. (2010). *La alternativa neopopulista, el reto latinoamericano al republicanismo liberal*. Rosario: Homo Sapiens.
- LACLAU, E., Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista, hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Ed. Siglo XXI.
- LACLAU, E. (2005). *La razón populista*. Bs. Aires: Ed. FCE.
- LACLAU, E. (1977). *Política e ideología en la teoría marxista*. México DF.: Ed. Siglo XXI.
- LARAÑA, E., y Gusfield, J. (1994). *Los nuevos movimientos sociales*. Madrid: CIS.
- PARÍS, A. (2000, octubre y noviembre). *Un agujero negro en las identidades populares*. *Umbrales*, pp. 12-17. Córdoba.
- SANTOS, B. DE SOUSA (2005). *El milenio huérfano: ensayos para una nueva cultura política*. Madrid: Edit. Trotta.

## 2.2 | Giro cultural y política efectiva<sup>34</sup>

Roberto Follari

### 2.2.a | Lo posmoderno como giro cultural

A casi un cuarto de siglo de su surgimiento, diríamos hoy que sin dudas lo posmoderno no fue lo mismo que su promesa inicial: de la guerra al todo proclamada como reivindicación del instante no devinieron acontecimientos fulgurantes, sino abandono de la política; del esteticismo proclamado no recogimos intensidad de goce, sino narcisismo encerrado; de la tolerancia no surgió entusiasmo por compartir con la otredad, sino indiferencia hacia la misma y particularismo en los intereses. De tal manera, la caída de las grandes ideologías significó, más que una liberación respecto de cadenas racionalistas, la imposibilidad para asumir nuevas opciones proyectuales, el centramiento en la vida privada, además del ocio y el consumo como nortes principales de la ética en estado práctico realizada por los habitantes del capitalismo avanzado.

En cuanto a Latinoamérica, parecida era –hace veinticinco años– la cuestión cultural (aunque sólo en clases medias y altas), incluso anclada en el desaliento por el fracaso político de las luchas revolucionarias de los años '70. El peso de las grandes ciudades, el impacto de la TV satelital, los viajes y el fracaso de las utopías, hacían que el clima cultural posmoderno también tuviera razones para instalarse en el subcontinente. Desde ese punto de vista, siempre hemos rechazado que lo posmoderno fuera un fenómeno exclusivamente presente en el capitalismo avanzado.<sup>35</sup>

Lo cierto es que la combinación de lo posmoderno con la ofensiva neoliberal, resultó desastrosa para Latinoamérica. Tal situación, dada con plenitud en los años '90 (Salinas de Gortari en México, Collor y luego Cardoso

en Brasil, Menem en Argentina, Fujimori en Perú) implicó, como efectos de lo posmoderno, en tanto fenómeno anclado en el espacio cultural, una disminución de las posibilidades de sentido para la resistencia y un incremento de la tendencia al individualismo o –en el mejor de los casos– a situarse en la micropolítica. Consecuentemente, la posmodernización cultural constituyó un factor importante entre los varios que coadyuvaron a que la ofensiva libremercadista se impusiera ampliamente en el subcontinente.<sup>36</sup>

Se ha con/fundido a menudo lo neoliberal con lo posmoderno, y ello muestra una falta de precisión notoria en el análisis. Lo posmoderno no fue producido a propósito por nadie, es una condición de época que nos atraviesa a todos; lo neoliberal, en cambio, es una postura determinada desde el punto de vista ideológico, que tiene agentes personales e institucionales definidos, y que opera de manera intencional, consciente y estratégica en el plano de la política y la cultura. De manera tal que el hecho de que lo posmoderno, por su acento en lo narcisista y lo *cool* y su abandono de las grandes metas sociales, haya sido suelo cultural fértil para la ofensiva neoliberal de los '90, no debiera ser interpretado como que fue una condición que “estuvo al servicio de lo neoliberal”, ni tampoco que resulte indisoluble de este último fenómeno.

Lo posmoderno, por cierto, se instaló con cierta anterioridad temporal entre nosotros, y es un fenómeno que no hace principal ni exclusivamente a la política. Ha modificado las modalidades de la moral y la convivencia cotidianas de manera que se trata de un horizonte de imaginario vital que se instaló con fuerza en aquella época, y que la política asumió de manera automática, habitualmente sin reflexión ni claridad alguna acerca del mismo.

Hay que agregar un aspecto importante: el peso de la nueva TV en el fenómeno cultural posmoderno, junto a la explosión de las NTIC (Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación) en general, en la cual se incluyen Internet y las múltiples funciones del teléfono celular. La TV actual, sólo de nombre es lo mismo que la de hace treinta años; la transmisión satelital, el zapping, el control remoto, han modificado radicalmente lo que significa “ver televisión”. El ahora

34. El autor retoma algunos aspectos de su artículo **Reflexiones sobre posmodernidad, multiculturalismo y movimientos sociales en la Latinoamérica actual**, publicado en la revista *Utopía y praxis latinoamericana*, hacia mediados del año 2010.

35. Véase Follari, R. (1990). *Modernidad y posmodernidad; una óptica desde América Latina* (Cap. 3) Bs. Aires: Aique/Rei/IDEAS; Follari, R. y Lanz, R. (Comps.). (1998). *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*. Caracas: Ed. Sentido.

36. Ver nuestro trabajo *Inflexión posmoderna y calamidad neoliberal*. En Martín Barbero, J. et al. (1998). *Cultura y globalización*. Ces/Univ. Nacional de Colombia, Bogotá.

omnipresente aparato con su programación perenne<sup>37</sup> promueve un universo predominante de la imagen, con la concomitante caída de la letra y el pensamiento formulado lingüísticamente; a la vez que una especie de *ficcionalización* de la experiencia diaria, por la cual cuesta cada vez más diferenciar la realidad de la ficción e –incluso– se hace necesario admitir que la pseudo-realidad producida por la imagen supera en versatilidad, colorido, matices, brillo y aproximación, a la realidad en cuanto tal. De modo que el actual dicho cotidiano de que “aquello que no está en la televisión no existe” tiene base para formularse: quien no está donde está la *auténtica realidad*, no existe. La aproximación baudrillardiana, con tener mucho de ciencia ficción y de expresionismo, resulta sin dudas útil para comprender qué tipo de mundo semivirtual es el que hoy habitamos, poblado más por el simulacro y la imagen externa, que por cualquier profundidad, subjetividad autoconsciente o reflexión con toma de distancia.

Es eso lo que, desde una posición materialista, ha denominado Jameson “el giro cultural” (Jameson, F., 1999). Un tiempo de crecimiento desproporcionado de lo imaginario y lo simbólico en relación con los referentes reales de los mismos; un tiempo de proliferación de la significancia, aún cuando remita a asuntos insignificantes. Tiempo donde lo cultural tiende a aparecer como si fuese autónomo, en tanto se basa en una economía en la cual lo financiero predomina por sobre lo productivo, y donde el momento del consumo parece disociado del circuito general de la economía. Es por ello que ha sido el tiempo donde las reivindicaciones culturales han aparecido con más presencia que las de clase o de origen económico, y han alcanzado visibilidad en un horizonte histórico que les es estructuralmente propicio.

## 2.2.b | Sobre el multiculturalismo

Lo hemos dicho ya en otra parte: frente a la habitual celebración del multiculturalismo, hay que aprender también a “descelebrarlo”. Demasiado se ha hablado en su favor y se ha hecho su apología, generalmente, a

partir del universo cultural posmoderno, diaspórico y centrípeto, al cual hemos referido brevemente más arriba.

Se ha insistido en la riqueza de albergar la diferencia, de tolerar al otro de manera activa, de comprenderlo y asumirlo. Las nuevas ciudades multiculturales (París, New York, Londres, Roma como ejemplos más notorios) mezclan en los hechos etnias y lenguas, proponen un paisaje desconcertante de multiplicidad y diferencias, exponen la posibilidad de convivencia de lo múltiple, muestran que el multiculturalismo es algo más que un deseo o una pretensión, para exigir ciertamente su encarnación en los hechos concretos.

Mucho se ha insistido sobre el valor de esta mezcla, si se piensa en los exclusivismos étnicos de otras horas de la Humanidad (algunos definitivamente nefastos), o en el centramiento en la propia Nación que ha caracterizado por mucho tiempo a las Repúblicas provenientes de los siglos XVIII y XIX. Es un avance importante la asunción de que estamos todos instalados en el mismo planeta, que las condiciones del mismo son hoy problemáticas a nivel ambiente, recursos, etc., y que, por tanto, la asunción de márgenes crecientes de colaboración mutua (o al menos de tolerancia) son cada vez más convenientes y necesarios.

Lo cierto es que, de pronto, cuando publicidades como las muy conocidas de la multinacional Benetton han apelado al multiculturalismo, uno ha podido preguntarse si el mismo constituye ahora una bandera en retirada, de esas que el sistema retoma cuando ya han perdido su filo crítico. Lo mismo sucede cuando políticas de UNESCO llaman permanentemente a promover lo multicultural; lo decimos no porque esa organización no sea positiva en muchos de los valores que propone, sino en cuanto a que los mismos –en tanto se trata de una típica organización internacional– tienen que conformar a la vez a las más diferentes proveniencias e ideologías políticas, con lo cual operan siempre sobre aquello en lo cual ya hay una especie de consenso previo generalizado.

Y cuando el consenso es grande no puede dejar de desconfiarse. El multiculturalismo se volvió pensamiento *políticamente correcto*, perfectamente adaptado a las condiciones del mundo posmoderno en el cual surgió. Y, consecuentemente, se ubica hoy como una especie de sentido común que sin dudas tiene aspectos centrales rescatables (de ninguna manera podría permitirse retornar a los particularismos étnicos anteriores), pero que a la vez sirve para tapar disfunciones y nuevos conflictos.

---

37. Según lo planteado por González Requena, J. (1992). *La televisión, espectáculo de la posmodernidad*. Madrid: Cátedra.

El principal de todos ellos es, por supuesto, la persistencia de la *desigualdad*. Esta ha tendido a ser identificada con la diferencia, y por cierto que no se trata de lo mismo. Sin dudas que es bienvenida la hoy asumida –y asumida gracias al talante posmoderno y la propuesta multicultural– tolerancia hacia los que son y piensan diferente, extendida a todas las etnias y a las múltiples creencias religiosas. Pero la desigualdad en que estuvieron, están y seguramente seguirán estando los portadores de esas diferentes etnias y religiones, queda obturada por la cuestión de la diferencia. No somos iguales, al contrario de lo que se sugiere en el gráfico de Benetton. No lo somos ni en cuanto a clases sociales diferenciadas dentro de cada país, ni en cuanto a distribución territorial y de riqueza entre los distintos continentes y países que componen el mundo. Las desigualdades son abrumadoras; se implican en ellas, por supuesto, enormes disimetrías mutuas respecto del poder y el acceso a los recursos. Y esto se ha hecho visible de manera frontal cuando, por ejemplo, en Suiza se ha rechazado a los minaretes islámicos con extrañas excusas localistas, o cuando en el sur de la misma España alguna vez colonizada por los musulmanes, los vecinos piden que las mezquitas sean instaladas lejos de sus sitios de residencia (aun cuando éstos fueran barriadas pobres).

En una Latinoamérica donde la mezcla de etnias nunca resultó ajena, sin dudas que las condiciones para el multiculturalismo –en algún sentido– estaban mejor dadas que para los países del capitalismo central. De tal manera, cuando ha llegado la ola multicultural a nuestros países, lo ha hecho con acentos propios: sobre todo ha supuesto la escucha de los pueblos llamados *originarios*, es decir, de los indios, y por cierto también –en medida menor, por diversas razones– de los negros. Así, los indios han adquirido un cierto protagonismo cultural y político que por siglos les fuera negado, a partir de la Conquista; lo cual, por supuesto, no implica que milagrosamente y de un golpe hayan abandonado el lugar subordinado a que se los relegó desde aquella empresa brutal. Los negros, por su parte, han comenzado a ser reivindicados, aun cuando tengan menos presencia cuantitativa en el subcontinente, a la vez que menos recursos simbólicos para apoyarse (en tanto no fueron desplazados territorialmente por el poder colonizador, sino que fueron traídos por éste).

No está de más advertir esta importante paradoja: los movimientos sociales ligados a lo étnico y cultural, tal el de los indios, suelen ser

considerablemente particularistas, y es justamente en ese particularismo que residen su atractivo y su cohesión identitaria. Pero tal autocentramiento puede cuestionarse, ligando respecto a la cuestión de cómo se comunicaban los diferentes juegos lingüísticos de Lyotard, en los comienzos de la discusión sobre lo posmoderno: contra su idea de que los particularismos radicales pudieran configurar algún tipo de nexo social realizable, algunos pensábamos que, bajo la noción de que hay grupos sociales diferentes, subyace la de que existe una especie de *todo social* que alberga dichas diferencias. Es decir, que las singularidades no implicarían la liquidación de la noción de lo social como un todo, sino solamente el abandono de la idea de un todo homogéneo, es decir, de una especie de subordinación de los componentes diferenciados a algún principio común ordenador.

Si se acepta nuestro razonamiento, la afirmación de lo singular supone siempre el implícito reconocimiento del otro y de los otros. Pero aun existiendo, dicho reconocimiento está lejos de resultar suficiente para que se tomen las banderas del otro como propias. Por el contrario: es el particularismo de las etnias el que más frutos rinde a la hora de la lucha. Si los indios pretendieran hablar también en nombre de los negros, difícilmente se les haría caso; y fácilmente serían desautorizados por los mismos negros. Por tanto, a los indios no les atrae –las más de las veces– extender sus reivindicaciones a otras etnias; más aún si se piensa que las prestaciones con recursos limitados que pudiera obtenerse a través de las propias luchas, habría en ese caso que compartirlas con otros, si es que esos otros también resultarían visibilizados en dicho proceso.

De tal manera, el acento en la diferencia conlleva a menudo (sobre todo cuando se abandonan horizontes políticos abarcativos del conjunto social) la asunción de las propias reivindicaciones sin atención a las de los otros o –por lo menos– la secundarización de éstas últimas. Y, si se asume que las desigualdades siguen existiendo, y que ellas abarcan diferenciadamente a distintos grupos sociales subalternos, queda claro que el multiculturalismo conlleva casi intrínsecamente la tendencia a la atomización de las luchas de las diferentes etnias, y promueve la segmentación horizontal de las demandas al Estado. Siendo así, es cierto que tiende a promover la movilización y la protesta en nombre de reivindicaciones específicas, pero también a dividir la posible conjunción

de diversos sectores sociales para presionar al mismo Estado o a otros poderes fácticos (empresariales, eclesiales) a los cuales se requiere exigir, si es que se busca profundizar la democracia en nuestros países.

### **2.2.c | La inflexión posmoderna**

En su momento, hemos planteado la noción de “inflexión posmoderna” para referirnos al hecho de que lo posmoderno, al comenzar a agotarse su impulso inicial, retomaba algunos de los valores modernos, pero en otro formato. La cuestión es fácil de comprender: es bueno bajar el rigor de obligaciones éticas duras, pero la falta total de convicciones éticas lleva al vacío. Es bueno el disfrute más que la coherencia rígida del sentido, pero el sin-sentido permanente lleva al aturdimiento y la perplejidad. Es bueno rescatar el cuerpo y la inmediatez, pero no sólo de ellos se vive a la hora de pensar en los compromisos con lo social.

Por todo lo anterior –que esbozamos en mínima brevedad– es que lo posmoderno fue promoviendo las condiciones de su modificación interna. No es que se haya cambiado nuevamente de época, o que el horizonte posmoderno se haya eclipsado. De ninguna manera hemos dejado de vivir en el universo de la imagen perenne, en la fantasía del goce perpetuo, en el abandono de la promesa del futuro para centrarse en el presente. Pero la absolutización de esas pautas, necesaria en el momento de abolición de las modalidades culturales de la modernidad, dejó de ser sostenible. Ya no había que pelearse contra la modernidad; al punto incluso de que sus defensores teóricos “a la” Habermas, dejaron de resultar visibles, pues no había más que debatir con ellos.

De tal manera vimos retornar, en el vacío de valores promovido por la iconoclasia posmoderna y sobre todo por su total relativismo, algunas posiciones “duras”. Resultaba esperable: el terrorismo islámico es la respuesta de quienes mantienen convicciones ancladas en sociedades tradicionales, hacia una sociedad sin principios éticos rectores. Lo cual fue respondido (en realidad, reasumido) desde el Occidente colonialista como guerra y acción militarizada de contenido fundamentalista premoderno, tal cual puede interpretarse la posición ultraderechista sostenida por Condoleezza Rice, por Rumsfeld y por el ex-presidente Bush (h).

El vacío llama a ser llenado, se dice respecto de la Naturaleza; el vacío repugna. Y lo mismo sucede en el plano de los valores y las

convicciones: el vacío posmoderno, el relativismo para el cual nada es verdad sino para el agente que cree formularla, conllevan un escepticismo y un sin-sentido que se ha transformado en el primer problema de la sociedad contemporánea dentro del capitalismo avanzado.

Ahora bien, ¿cómo se ha dibujado esta realidad en Latinoamérica? Por cierto que lo ha hecho de una manera singular. El primer período, digamos desde la mitad de los '90 hasta el comienzo del nuevo siglo, tuvimos continuidad del neoliberalismo rampante. De tal manera, lo posmoderno se acompañó con una formidable caída de los derechos colectivos y de la calidad de la democracia, asumiendo un talante en el cual el sin-sentido comenzó a asociarse más al fracaso de las posibilidades que al exceso de las mismas, al inverso de como se daba en la situación de los europeos.

Tenemos entonces un período en que la cultura posmoderna lleva a pensar en términos de movimientos sociales y de fragmentación, en contra de la idea de totalidad social y de las políticas que buscaran modificar la misma. De tal modo, el neoliberalismo se benefició altamente de esta situación: menos militantes, y menos decisión militante en quienes seguían siéndolo; menos fe en el futuro, y más decisión de arraigarse al presente; asunción de reivindicaciones parciales y locales, de modo que la idea de lo social-general se evaporara, y por ello, también la defensa del Estado como representante del bien colectivo. Por el contrario, al Estado se lo comenzó a ver como “ogro filantrópico” al decir de Octavio Paz, como enemigo totalizante y totalitario, y en consecuencia la reivindicación de lo individual llevó hacia la asunción del mercado y su ley del “sálvese quien pueda” como una regla no sólo tolerable, sino incluso deseable. Por entonces fue que en Argentina se usaba la noción de “psicobolche” para referirse a quien tuviera ideas de izquierda. Algo así como un “enfermo de ideología” que sólo puede pensar en cuestiones tales como la revolución y la política.

Por cierto que existen sujetos así, y que incluso lo posmoderno puso aire fresco en las formas más cerradas de entender la política como militancia, llevada a veces incluso como expiación y como autoflagelación. Sin dudas que las invectivas de Nietzsche contra “las tarántulas” no eran del todo inmotivadas, y cabía liberar mentes y cuerpos hacia prácticas más variadas y diáfanas (Nietzsche, F., 1981). Sin embargo, la

caricaturización de toda militancia como modo de ser “tarántula o psicobolche”, sin dudas que peca de exceso en lo descriptivo, y de reaccionarismo en lo ideológico.

Para trabajar en lo político (al menos mientras exista la forma/Estado, y da la impresión de que sería muy difícil que la misma desapareciera), se requiere sistematicidad, organización, coordinación mutua de las acciones. Se requiere método y disciplina. Es decir, se requiere todo aquello que repugna al *ethos* lúdico posmoderno.

Por todo lo antedicho, parece indisputable que lo posmoderno configuró un suelo cultural del cual se pudo aprovechar la ofensiva neoliberal. El neonarcisismo coincidía con el individualismo económico que se pregonaba, de modo que se iba con viento a favor en la prédica libremercadista, lo cual era una de las primeras veces que ocurría en Latinoamérica (habida cuenta del peso arraigado de la tradición religiosa, mayoritariamente nada progresista, pero corporativa y antiliberal a nivel de la ética personal, lo cual dejaba poco espacio al ideario individualista).

Pero el neoliberalismo produjo su rechazo. Planteó las condiciones para una cierta antítesis, una especie de “negación determinada” de sí. Y es lo que surgió en el subcontinente (y sólo en Latinoamérica, nada parecido se constata hoy en otras latitudes del mundo) con las nuevas izquierdas; algunas de tipo liberal, otras de formato populista, algunas a caballo entre ambas modalidades, lo cierto es que irrumpieron inesperadamente Gobiernos post-liberales que –al margen de las críticas que reciben por parte de ciertas izquierdas que oponen a la realidad modelos ideales a veces tan irrealizables como irrealizados– puede afirmarse, sin dudas, que no son una prolongación homogénea de las políticas de los años ‘90, ni de las promovidas por los Estados Unidos para la región.

Así surgieron los neopopulismos como las políticas más radicalizadas (Correa, Chávez, Evo Morales, Néstor y Cristina Kirchner, Ortega), y las izquierdas republicanas como versiones más cercanas al libre mercado y a las formas de la democracia establecida (fue el caso de Tabaré Vázquez en Uruguay y, más claramente aún, el de la Concertación chilena, luego desplazada del Gobierno). Otros ejemplos son menos identificables con alguno de estos modelos ideales (el muy decisivo de Brasil, dado su peso estratégico mundial, o el del Paraguay bajo presidencia de Lugo).

Lo cierto es que como hongos aparecieron estos Gobiernos con posiciones que tomaban distancia del capitalismo salvaje impuesto en la década de los noventa, y como reacción contra las desastrosas consecuencias sociales del mismo. A los ya referidos pueden sumarse lo que fue la Honduras previa al golpe de Estado contra Zelaya, así como a El Salvador, y a una Guatemala con fugaz presidente socialdemócrata.

Esta pléyade de Gobiernos que de maneras diversas y con radicalizaciones variadas toman distancia respecto de la directa política imperial, son hijos de su época. Deben trabajar con la dura realidad de no disponer de libreto previo; es decir que, a diferencia de lo que se creía antes de la caída de la URSS, ha dejado de estar claro cuál es el modelo de sociedad al cual se propende. Por lo tanto, hay que “hacer camino al andar” ante enemigos políticos muy fuertes –tanto en lo interno como en lo internacional, niveles mutuamente ligados–, mezclando la táctica política pragmática acorde a relaciones de fuerza, con una estrategia cuyo modelo de llegada final no está diseñado.

Sin dudas, se trata de “miseria de la teoría”. Ésta se abocó por demasiado tiempo a lo microsocioal, a la sociedad civil y los llamados “nuevos movimientos sociales”, y dejó desguarnecida la posibilidad de pensar las nuevas modalidades del cambio social estructural. De tal manera hay que caminar con rumbo fijo, pero sin final de viaje, con una brújula que marca hacia un norte desconocido. Por cierto que esto puede leerse en clave posmoderna (fluir sin teleología), pero de ningún modo podríamos creer que se trata de una asunción hecha a gusto y sabiendas por quienes conducen estos procesos. Más bien, se trata de asumir la realidad tal cual está, y hacer las luchas sin pretender la espera de otro momento histórico supuestamente más adecuado, pero que no se sabe si algún día se dará.

Las ciencias sociales están en notoria falta ante la necesidad de modelos de sociedad emancipada más definidos. Es cierto que los mismos no podrían nacer sólo de la cabeza privilegiada de algún gran productor de teoría, pero también lo es que –a esta altura de las prácticas alternativas desatadas desde hace años en el subcontinente– está faltando capacidad conceptual que esté a la altura de los logros prácticos habidos. No tenemos aún una teoría a la altura de nuestra propia *praxis*, y sin dudas que ello es un hueco importante para el éxito de ésta última. Por

cierto, lo posmoderno está también presente de otra manera. Se trata de la modificación de los métodos para la lucha anticapitalista, con la renuncia a la vía armada y la apertura de opciones dentro del marco de la legalidad establecida.

De tal manera, tres de los países más radicalizados en este rumbo han mostrado cuál sería la vía alterna para obtener la fuerza necesaria desde el gobierno, que pueda enfrentarse con la fuerte concentración de los poderes fácticos (empresarios, geopolítica imperial, iglesias, medios de comunicación). Dado que no se cuenta con la enorme legitimación otorgada por una revolución, se ha apelado ahora a las asambleas Constituyentes. Ellas han abierto la posibilidad de una modificación aguda de las condiciones institucionales, de manera de establecer una ruptura con las condiciones políticas previas y permitir una nueva configuración del Estado y de su relación con la sociedad. De modo que, a falta de revoluciones, tenemos Constituyentes. Y sin dudas que éstas últimas se adecuan mejor a las condiciones de la época. Desde la aceptación más o menos unánime de la legalidad democrático-capitalista como forma legitimada de representación a los estilos culturales de época, todo ello es manejable dentro del rango no abiertamente antagonístico (o, al menos, no establecido en *lucha a muerte*) que se da en la pelea parlamentaria que permita llegar a la modificación estructural de la legalidad que se implica en una Constituyente.

Estamos ante los cambios sociales posibles, entonces. Limitados, pero mucho más profundos que cualesquiera otros que se estén ahora abriendo en otras partes del mundo, en las cuales la hegemonía neoliberal se mantiene en todo su apogeo. De tal manera, hay muchos factores que participan de este enorme cambio de estrategia en relación a lo que se hacía hace cuarenta años (caída de la URSS, mejora de las tecnologías para detección de focos guerrilleros, prestigio de la democracia parlamentaria), entre los cuales hay que calibrar la fuerte importancia del suelo ofrecido por el giro cultural.

En tiempos como los actuales, ya no es común –al menos en Occidente– dar la vida por ideas. Ni morir por ellas, ni vivir por las mismas todo el tiempo e intensamente. Sin dudas que habría hoy mucho menor número de jóvenes dispuestos al martirologio que los que aparecían en los años '70, tras los fulgores iniciales de la revolución cubana. Caben

ahora módicas luchas, entregas parciales, esfuerzos que pueden hacerse prolongados, pero rara vez son la exclusiva ocupación de quienes los realizan. Ante esta caída del militatismo y de aquel ánimo que configuraba las denominadas *vanguardias revolucionarias*, es notorio que la apelación a la vía democrática se hace esperable, y las Constituyentes manifiestan un camino que ayuda a la construcción de poder, pero que no entra en frontal ruptura con la legalidad del sistema, tal cual sucedía con la vía armada al Gobierno proclamada hace cuatro décadas.

Habría todavía que decodificar la mentalidad prevaleciente en estos tiempos, pues llega a estar tan dominada por el universo de la imagen y tan poco por el pensamiento, que el argumento político deja a menudo lugar a la más pura versión de la admiración rendida, o el insulto terminante. En el caso de la Argentina, se ha asistido desde el movimiento patronal agropecuario de 2008, a una especie de *colapso del pensamiento*. Las clases medias, con las mejores condiciones de vida que hayan tenido en mucho tiempo, sin embargo, se oponen al Gobierno por razones simbólicas: por considerarlo izquierdista, por estar ligado a los más pobres, por estar dirigido por una mujer. La decadencia de la discusión y su reemplazo por la simple impresión o el gusto –formados en automatismo por la televisión– resultan una evidente constatación de las tendencias culturales de los actuales tiempos, tan alejados, desde ese punto de vista, del método y la letra que fueran caros a la tradición de la modernidad.

## Bibliografía

- FOLLARI, R. (1990). *Modernidad y posmodernidad; una óptica desde América Latina*. Bs. Aires: Ed. Aique/Rei/IDEAS.
- FOLLARI, R. y LANZ, R. (Comps.). (1998). *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*. Caracas: Ed. Sentido.
- FOLLARI, R. (1998). *Inflexión posmoderna y calamidad neoliberal*. En Martín Barbero, J. et al. (1998). *Cultura y globalización*. Bogotá: Ed. Ccs/Univ. Nacional de Colombia.
- GONZÁLEZ Requena, J. (1992). *La televisión, espectáculo de la posmodernidad*. Madrid: Ed. Cátedra.
- JAMESON, F. (1999). *El giro cultural*. Bs. Aires: Ed. Manantial.
- NIETZSCHE, F. (1981). *Así hablaba Zaratustra*. México D.F.: Mexicanos Unidos.

## 2.3 | Reflexiones sobre la dimensión ético-política de las prácticas profesionales desde los aportes de Enrique Dussel

**María Inés Peralta, Gabriela Pinotti,  
María Teresa Bosio y Vanessa Carla Videla.**

### 2.3.a | Introducción

Nuestras prácticas profesionales nos interpelan en las reflexiones que desarrollamos a continuación, ya sea que nos ubiquemos en el campo de las políticas sociales estatales como en el de las organizaciones de la sociedad civil o los movimientos sociales. Desde el lugar de la intervención en estos campos y en torno a los problemas sociales que las instituciones atienden y sobre los que los sujetos sociales reclaman, se instalan una serie de dispositivos diseñados por las profesiones desde las lógicas de sus conocimientos específicos. Pero más allá de dichas especificidades, podemos afirmar que todas las profesiones tienen una dimensión ético-política, que sus acciones no son neutras ni en los sentidos que las sustentan ni en los impactos que generan en los sujetos destinatarios de la acción profesional.

A lo largo del trabajo de lectura y discusión sobre el texto de Dussel (2006), fueron surgiendo reflexiones e impresiones que permiten nuevos aportes a una dimensión de las profesiones que debe ser profundizada en la formación académica y en los debates profesionales. Dichas reflexiones se organizan en tres tópicos que presentamos a continuación y que seguramente podrían ser ampliados y enriquecidos con nuevas lecturas de la obra de Dussel.

### 2.3.b | Poder fetichizado y poder obediencial en las prácticas profesionales

Las relaciones profesionales están constituidas por posiciones asimétricas y, por lo tanto, atravesadas por el poder, lo que requiere una permanente reflexión sobre el mismo, sobre cómo se ejerce, sobre cómo impacta en ciudadanos/as que acceden a los servicios profesionales y sobre los vínculos intersubjetivos que se tejen en este campo.

Enrique Dussel desarrolla una perspectiva posibilitante del poder, entendiéndolo como la tendencia originaria a la “*voluntad de vivir*”, como pulsión de vida, en contraposición a la noción negativa de poder como dominación. Esta perspectiva es la que desarrolló el pensamiento moderno eurocéntrico de la mano de la experiencia histórica de los países europeos y su expansión dominante sobre el mundo. Por el contrario, el concepto de poder de Dussel contiene la idea de “movilización para”, que implica la resolución de necesidades y, por lo tanto, también, la noción de sujeto activo. En relación a las necesidades desde la perspectiva de su resolución y en la acción social sobre los problemas sociales intervenimos las profesiones; es, desde este lugar, que nos parece central vincular la noción de necesidades a las de demandas, derechos y reivindicaciones, ya que nos permite movernos desde un mayor nivel de abstracción del concepto de necesidades a un componente concreto de reconocimiento de un nosotros en el concepto de reivindicación. Éste contiene necesariamente la noción de construcción de un nosotros y el trabajo sobre la diferencia para constituirse como tal; construcción que está en la base de la acción política que

*interviene en el campo político modificando, siempre de alguna manera, su estructura dada. Todo sujeto al transformarse en actor, más cuando es un movimiento o pueblo en acción, es el motor, el afuera, el poder que hace historia (Dussel, 2006: 111).*

Encontramos vínculos entre esta concepción del poder como potencia, de Dussel con la definición de Boaventura de Sousa Santos sobre teoría crítica, entendida como “*aquella que no reduce la realidad a lo existente. La realidad como quiera que se la conciba es considerada por la teoría crítica como un campo de posibilidades*”. También es común en ambos autores la importancia que tiene esta concepción positiva de poder para pensar los movimientos sociales, ya que al decir de Boaventura (2005),

*el análisis crítico de lo existente reposa sobre el presupuesto de que los hechos de la realidad no agotan las posibilidades de existencia y que, por lo tanto, también hay alternativas capaces de superar aquello que resulta criticable en lo que existe (...) El malestar, la indignación y*

*el inconformismo frente a lo existente sirven de fuente de inspiración para teorizar sobre el modo de superar tal estado de cosas (p. 97-98).*

La voluntad de vivir impulsa al ser humano a satisfacer las necesidades y, por lo tanto, a pretender acceder a los satisfactores socialmente disponibles. Dussel define necesidades como negatividades (falta de algo) que deben ser negadas por satisfactores, ya que para mantenerse vivo, el ser viviente necesita “*empuñar o inventar medios de sobrevivencia*” que le permiten satisfacer sus necesidades. Entonces, el objeto que la satisface está presente en la misma noción de necesidad –lo que remite al concepto de objetualización de las necesidades de Agnes Héller (1978)–, así como la tensión entre la carencia y la potencia –lo que remite a Max Neef (1982)–. De este modo, el poder es poder hacer: poder empuñar, inventar, crear para reproducir y/o aumentar la vida.

Estamos entonces ante una concepción de poder que originalmente reside en el pueblo, en tanto es una facultad o capacidad inherente al mismo (potentia). Pero para que esa producción de la vida humana sea posible es necesario dar un paso hacia el poder constituido (potestas), ya que la “voluntad de vivir en común” no puede resolverse sólo con la pura voluntad, sino que son necesarias una serie de mediaciones que permitan ejercer dicha voluntad de vivir en común desde el consenso racional. Desde el mismo momento en que esta potentia (facultad o capacidad) adquiere una expresión histórico-espacial comienza tanto la posibilidad de su existencia real (la soberanía popular) como la posibilidad de su distancia con el ejercicio de dicha capacidad (formas de corrupción de la política que vulneran aquella capacidad). El poder como facultad, capacidad o potentia, lo tiene siempre el pueblo, aunque sea debilitado, acosado, intimidado. Este poder se despliega como una red por todo el campo político y en ese despliegue, se plasma en expresiones histórico-concretas (mediaciones-instituciones) y es allí donde “*comienza la posibilidad de su existencia real y al mismo tiempo la posibilidad de la distancia del representante al representado, de la institución al institucionalizado*” (Dussel, 2006: 27). Esta tensión potentia-potestas es la tensión entre lo instituyente y lo instituido, en términos de Castoriadis.

Entonces, la *potestas* es una posibilidad de generar un espacio de articulación, de crecimiento, pero también puede generar un poder fijado y

apropiado por unos pocos, ya que ese poder positivo puede corromperse, fetichizarse y desnaturalizarse como dominación. Queda así señalada la importancia fundamental de las instituciones en este proceso de cumplir con el objetivo material y ético de la política. Las políticas públicas y las profesiones que intervenimos en lo social son una de esas mediaciones institucionales. Ubicándonos en el campo profesional que nos interesa, podemos afirmar que el acceso a los bienes y servicios es un elemento central para hacer realidad la voluntad de vivir del pueblo, y que toda situación que aleje a estas instituciones de dicha misión, estaría impidiendo la realización del principio material y ético de la política ya que

*cuando el aparato institucional se escinde y desentiende del origen [la soberanía popular] que lo funda y confiere legitimidad, se fetichiza al pretender invertir la relación con el principio fundante y el resultado es una doble corrupción por parte del gobernante que se asume como soberano y por parte de la comunidad política que se lo permite (Retamozo, M., 2007).*

El poder del pueblo se actualiza y reactualiza permanentemente al circular por las instituciones –en este caso de políticas sociales–, pero cuando los modos histórico-espaciales concretos que adquiere esta circulación se ven marcados por la rutinización, la burocratización, la pobreza de análisis y de propuestas, la fragmentación, la superposición y repetición de acciones, etc., se contradicen los fundamentos que confieren legitimidad a las políticas sociales, orientándose hacia la dominación, la represión y la muerte. Ello es una manifestación del poder fetichizado que comienza cuando “un representante singular”, por placer, por deseo, ejerce omnipotentemente el poder fetichizado sobre los ciudadanos disciplinados y obedientes; es decir, cuando se ejerce *dominación*. El poder funciona así como una instancia separada, dominadora “desde arriba” sobre el pueblo porque se ha expropiado al pueblo su poder originario (potentia), en cuyo caso, las reivindicaciones populares nunca podrán ser cumplidas porque el poder funciona desde afuera, desde arriba, desde la desconexión entre potentia y potestas.

Dussel define la fetichización del poder, las formas que asume y su fundamento antidemocrático como una “voluntad de poder”, como dominio sobre el pueblo, sobre los más débiles, sobre los pobres. Este

poder fetichizado se apoya en grupos que someten violentamente al pueblo: “*Son gobernantes –o funcionarios públicos– despóticos hacia abajo y sumisos y viles hacia arriba*”. Ello se verifica en múltiples ocasiones cuando los objetivos profesionales se confunden indiscriminadamente con los objetivos institucionales, sin mediar un análisis crítico sobre el diseño y funcionamiento de programas y políticas concretas. De este modo, se debilita el poder político originario de la comunidad ya que cuando la *potestas* destruye la *potentia*, el poder fetichizado desune la comunidad e impide el consenso.

También señala que el poder fetichizado espera recompensas, “*reuniéndose en una confusión subjetiva inconsciente el placer por el ejercicio despótico del poder sobre el otro, la acumulación de sus bienes y el dominio erótico de sus cuerpos*”. En el caso de las profesiones podemos llamar la atención sobre una serie de tensiones que encontramos en la relación profesional asentada en la prestación de un servicio público, tales como el asistencialismo, el paternalismo, el clientelismo social (Peralta, M. I., 2006), la manipulación, etc. Es interesante e importante preguntarnos sobre las condiciones de posibilidad de actos desinteresados por parte de las profesiones (Bourdieu, P., 1999)<sup>38</sup>, ya que una de sus características es el exaltamiento del “desinterés” personal por pretender algún tipo de recompensa o compensación por el servicio que se presta al “usuario” de la política pública de que se trate. Ello lleva a un ocultamiento del intercambio de bienes y servicios con valor económico, al desdibujamiento de la diferencia de capitales de los sujetos de la relación y, por todo esto, a una exaltación del intercambio simbólico de modo de sostener la apariencia de reciprocidad y ocultar la asimetría, excluyendo de la escena todo tipo de interés que no se exprese como “desinterés” (Peralta, M. I., 2006: 25).

Estos modos que expresan la corrupción del poder se ubican en el polo opuesto del poder obediencial que propone Dussel. El poder positivo es el entendido como poder obediencial (del que manda obedeciendo); así, el ejercicio delegado del poder se cumple por vocación y compromiso con

---

38. Véase, en especial, Caps.: La economía de los bienes simbólicos; y ¿Es posible un acto desinteresado? Entendemos al interés en términos de Bourdieu como opuesto a desinterés-indiferencia, lo que implica que “*cada campo define y activa una forma específica de interés como reconocimiento tácito del valor de las apuestas propuestas en el juego y como dominio práctico de las reglas que lo rigen*”.

el pueblo, se actúa como delegado y no autorreferenciado; siempre deberá obrar a favor de la comunidad, escuchando sus exigencias y reclamos, es decir prestándole obediencia. En este punto advertimos un peso importante asignado a la “*subjetividad del político*” (Retamozo, M., 2007), lo que nos lleva a resaltar como elemento fundante del acto profesional la relación con el sujeto. Podemos constatar que en la construcción histórica de las profesiones que intervienen en lo social, este elemento ha ocupado un lugar central en los debates teóricos.

Las profesiones que prestan servicios sociales –en un sentido amplio– se sustentan en “poner el cuerpo” en contacto con el otro, siendo necesario descubrir/redescubrir la riqueza y fortaleza de este contacto para reflexionar sobre el ejercicio obediencial o fetichizado del poder. Podemos analizar este vínculo intersubjetivo como una alianza política (profesional-clases subalternas, por un lado), y también como una alianza estratégica ya que esa relación es la principal herramienta de trabajo, es un capital que cotiza para mejorar la posición del profesional en el campo, y además porque la mejora de dicha posición depende de la mejora conjunta de las posiciones más débiles (sujeto portador de necesidades y sujeto intermediario) en el campo profesional.<sup>39</sup>

Este desafío requiere de quienes ocupamos posiciones técnicas y profesionales en las instituciones de políticas públicas: disponer de una voluntad y disposición a la reflexión crítica, contar con herramientas teóricas que permitan desarrollar un proceso permanente de elucidación (Castoriadis, C., 1993)<sup>40</sup> sobre las prácticas cotidianas en las instituciones de políticas públicas y la construcción permanente de la comunidad profesional como un nosotros que forma parte del bloque histórico articulado a los sectores subalternos.

---

39. Entendemos al concepto de campo desde la teoría de Bourdieu y al campo profesional como un espacio ocupado por las siguientes posiciones: el sujeto portador de recursos, que hace referencia a las instituciones de políticas públicas, sean estatales o de la sociedad civil; el sujeto portador de necesidades, que es quien pretende acceder a los satisfactores que maneja o posee el primer sujeto; y el sujeto intermediario entre los dos primeros, que es el poseedor de un capital de conocimientos sobre un área de problemas y de estrategias de intervención que permiten concretar el encuentro de los satisfactores con las necesidades.

40. Castoriadis llama elucidación al trabajo por el cual los hombres intentan pensar lo que hacen y saber lo que piensan.

### 2.3.c | Tensiones entre los objetivos de la intervención profesional –campo profesional– y el ejercicio profesional –campo laboral–

El tópico anterior y el desafío planteado requiere que podamos identificar las reglas de juego en las que nos movemos los profesionales en las instituciones reconociendo que “*el mundo de cada uno, o el nuestro, está compuesto por múltiples campos (...) y cada campo tienen grupos de intereses, de jerarquización, de maniobras, con sus respectivas expresiones simbólicas, imaginarias, explicativas*” (Dussel, 2006: 17).

Ubicarse en la posición de profesional que interviene/ejerce/trabaja requiere moverse en un juego/interjuego de lógicas de, por lo menos, tres distintos campos:

- Posición de profesional, que implica ser el experto, el especialista que maneja un cuerpo de conocimientos que lo distingue de otros profesionales; aquí el conocimiento es el capital que está en juego y que cotiza como carta de triunfo para hacer valer la posición en relación a los otros distintos.

- Posición de trabajador, que percibe un salario a cambio de su trabajo; aquí las reglas de juego son las del campo laboral (relación con el empleador) y gremial (relación con la organización que nuclea y representa al colectivo laboral al cual se pertenece).

- Posición de intelectual,<sup>41</sup> lo que implica posiciones ideológicas, tomas de partido, opciones y decisiones, lecturas estratégicas, reconocimiento de la imposibilidad de la neutralidad, etc.

Pero ninguna de estos capitales y reglas de juego valen por separado. ¿Cuál es el principio orientador para mirar estas distintas y, muchas veces, contradictorias reglas de juego? En cada una de estas lógicas y tensiones la alianza política y estratégica con el sujeto-objeto de la intervención profesional funcionaría como una brújula: el sujeto de necesidades, su voluntad de vivir y su reclamo por la vida buena son el principio orientador si pretendemos ser actores de una intervención social asentada en el poder obediencial y no en el poder fetichizado. Este es el “destinatario” de las

41. Volviendo al referente ineludible en este tema (Gramsci), el intelectual orgánico: “*La distinción que marca a los intelectuales no hay que buscarla en el núcleo intrínseco de las actividades intelectuales, sino en el conjunto del sistema de relaciones en el cual dichas actividades (y, por lo tanto, los grupos que las personifican) se encuentran en el complejo general de las relaciones sociales*”.

políticas sociales –que constituyen el campo de la intervención social– y, ponerlo en el centro del análisis, nos permite develar las contradicciones de las políticas sociales en el sistema capitalista:

*Carácter contradictorio, ya que al asignar el carácter de ciudadanos a todos los habitantes de una nación, lo que presupone es la igualdad abstracta de los sujetos, contribuyendo a ocultar las diferencias de clase constitutivas del modo de producción capitalista. En virtud de esa igualdad, cada uno de los habitantes estaría constituyendo el Estado, eligiendo a sus gobernantes, recibiendo educación y salud, contando con la protección de su propiedad privada, entre otros derechos que se derivarían de dicha condición. Es así que se sustenta una creencia fundamental para la legitimación de las instituciones estatales: el que no hay intereses sistemáticamente negados por ellas, lo que a su vez es el correlato de la creencia de que no existe una clase dominante (O’Donell, G., 1978).*

Los ciudadanos que forman parte de los sectores de pobreza hacen uso –o pretenden hacerlo– de una serie de servicios públicos de salud, de educación, de desarrollo social, de vivienda, de identidad, etc., que son concebidos como derechos, según lo definen la Constitución, las leyes y los principios y objetivos de las políticas sociales en su letra; pero ello no se ve reflejado como tal en los circuitos instituidos y prácticas sociales donde aquellos se implementan.<sup>42</sup>

Enfrentar esta distancia entre titularidad y provisión de derechos constituye un desafío cotidiano que requiere del desarrollo de una capacidad de autonomía relativa de los/as profesionales. Cuando hablamos de autonomía no nos referimos a un estado que se alcanza en forma definitiva, sino a una búsqueda que orienta la forma en la que proponemos posicionarnos como profesionales –y en definitiva, como

42. La contradicción contenida en la categoría de ciudadanía ha sido conceptualizada desde distintas disciplinas y perspectivas de la teoría social: como una tensión entre titularidad y provisión de derechos según Dadhendorff; como ciudadanía formal y sustancial según Bottomore; como ciudadanía emancipada y asistida (Bustelo, 1998); como ciudadanía invertida, regulada, universal (Fleury, 1997), entre otras. Véase en Peralta, M. I. (2006). Acceso a las Políticas Sociales, ciudadanía y clientelismo. Una aproximación teórica e histórica necesaria para pensar la profesión de Trabajo Social (Cap. 4). En Garcés L y Lucero, M. (Comp.) (2006). *Políticas sociales y ciudadanía*. San Juan: Ed. Fundación Universidad Nacional de San Juan.

actor que debe trabajar la diferencia para constituirse en un nosotros-. En este sentido, siguiendo a Castoriadis, entendemos la búsqueda de la autonomía en términos del individuo como el proceso de “*instauración de una subjetividad reflexiva y deliberante*” que nos permita actuar y no ser actuados. Y, en términos institucionales y sociales, como el reconocimiento que toda sociedad democrática es aquella que

*no sólo sabe que ha creado sus leyes, sus normas, sus valores, sino que se ha instituido a fin de liberar su imaginario y de poder alterar las instituciones por medio de su propia actividad colectiva, reflexiva y deliberativa* (Castoriadis, C., 1993).

Esta subjetividad y esta actividad son las que permiten contrarrestar la tendencia a reproducir recurrentemente “excusas” sobre que “nada se puede hacer” con los problemas de las instituciones en las que nos desempeñamos. En realidad, la autonomía profesional no es nunca una concesión de las instituciones, ya sean del ámbito estatal o del ámbito profesional, sino que se construye conjuntamente con la construcción permanente, histórica y colectiva del nosotros profesional para, desde allí, fundamentar la intervención social-profesional.

Encontramos una vinculación de lo anteriormente expresado con lo que Dussel (2006) llama la “*pretensión política crítica de justicia*”:

*El sujeto práctico (ético, político, económico, pedagógico, sexual, etc.) para poder tener ‘pretensión’ significa que es capaz de defender en público las razones que se formuló para realizar una acción. Estas razones deben cumplir con las condiciones materiales, formales y de factibilidad. Si se cumplen dichas condiciones pueden decirse que el acto es ‘bueno o justo’. Pero entre bueno y pretensión de bondad hay mucho trecho. (...) el que tiene honesta pretensión de bondad sabe que su acto imperfecto inevitablemente tendrá efectos negativos. Pero como tienen ‘honesto pretensión no tendrá dificultad en aceptar la responsabilidad del efecto negativo estará preparado para corregirlo de inmediato’. (...) el que cumple el noble oficio de la política debe preocuparse de poder tener siempre esta ‘honesto pretensión’ (p. 157).*

### **2.3.d | Reflexiones sobre el papel que juegan los profesionales en la constitución de actores colectivos que luchan por su “buena vida”**

Partimos de reconocer que toda aplicación de principios o postulados es siempre imperfecta, que los postulados son irrealizables empíricamente, lo que implica aceptar que todo sistema tiene imperfecciones y, por lo tanto, genera víctimas, ya sea porque se encuentran en una condición asimétrica de participación, o porque están excluidas del acceso a bienes y servicios básicos para alcanzar la buena vida. La concepción de poder a la que suscribimos implica también reconocer que “*desde las víctimas surgen movimientos sociales contestatarios en el campo político empírico*” (Dussel, E., 2006: 85). Aportar a estos procesos exige de parte de los profesionales la explicitación de los principios con los que orientan sus acciones innovadoras, cuestionadoras de los errores o efectos negativos del sistema ya que “*a los errores se los puede ignorar (lo que hacen los políticos injustos) o se los reconoce y corrige (propio de los grandes políticos)*” (Dussel, E., 2006: 100).

Para la reflexión que nos ocupa entendemos que Dussel (2006) ubica a las instituciones de la sociedad civil como micro instituciones de la factibilidad política, ya que sus fines públicos son particulares, o sea, dirigidos a un sector de la población y sus intereses; y al Estado y sus instituciones como la macroinstitución de la factibilidad política, ya que sus fines son universales:

*Las instituciones en cuanto tales son mediaciones de factibilidad. Hacen posible cumplir con los fines asignados. (...) Pero de manera más estricta, en el campo político, y en todo sistema político, son necesarias instituciones no sólo materiales (para producir y reproducir la vida del ciudadano), o de legitimidad (para operar dentro del consenso mutuamente aceptado), sino igualmente instrumentos administrativos que permitan cumplir con los fines de las otras dos esferas (la material y la formal indicadas). Esa es la esfera de la factibilidad política (p. 66).*

Toda estrategia de intervención social y profesional que aporte a los procesos de lucha por la redistribución y por el reconocimiento de los sectores subalternos en sociedades profundamente desiguales como las

nuestras, requiere poner en un primer plano el problema de la participación como instrumento imprescindible para la factibilidad política.

En términos de Dussel (2006),

*para que la acción o la institución (y las decisiones que están bajo de ellas) sean legítimas, es necesario, idealmente, que todos los ciudadanos puedan participar de alguna manera simétricamente con razones, no con violencia en la formación del consenso, en los acuerdos que se tomen (p. 62).*

Otra autora que desarrolla en profundidad el problema de la paridad participativa es Nancy Fraser (1997), para quien

*la cuestión del libre acceso no puede reducirse sin más a la presencia o ausencia de exclusiones formales. Exige que miremos también el proceso de interacción discursiva que se da al interior de los espacios públicos formalmente inclusivos[ ya que] los impedimentos informales a la paridad en la participación pueden subsistir incluso después de que todos hayan sido autorizados formal y legalmente a participar. [Entonces] una tarea que debe asumir la teoría crítica es la de hacer visibles las maneras en la que la desigualdad social infecta las esferas públicas formalmente inclusivas existentes y contamina la interacción discursiva que se da entre ellas (p. 111 a 115).*

Son necesarias intervenciones profesionales específicas en distintas áreas de políticas públicas, que identifiquen las expresiones e indicadores concretos de los errores del sistema, que los denuncien estratégicamente construyendo alianzas de modo de fortalecer y empoderar a los grupos subordinados, ya que siguiendo a Nancy Fraser “los procesos deliberantes operan a favor de los grupos dominantes y en desventaja de los subordinados” (Fraser, N., 1997). En dicha intervención encontramos un papel fundamental a cumplir por parte de los profesionales que se posicionen con autonomía relativa en el campo de las políticas sociales, promoviendo y fortaleciendo espacios organizativos diversos donde los miembros de grupos subordinados puedan “deliberar entre ellos sobre sus necesidades, objetivos y estrategias” (Fraser, N., 1997).

Otro elemento fundamental en esta lucha es la formación de la opinión pública, sobre la cual Dussel dice que “penetra la totalidad del cuerpo político, siendo el momento hermenéutico (interpretativo) de todos los otros aspectos de la vida del campo político” (Fraser, N., 1997). En la conformación de la opinión pública, los profesionales a través de sus instituciones de referencia –universidades y colegios profesionales– tienen un papel fundamental a cumplir frente a todos y cada uno de los “errores” del sistema y su consecuente generación de víctimas. Nuevamente aquí resaltamos como elemento fundamental la necesidad de la constitución de un nosotros o comunidad profesional que logre posicionarse no desde la autorreferencia o desde la defensa corporativista, sino desde el poder obediencial por y para la realización de la buena vida del pueblo.

Las estrategias profesionales en este sentido son múltiples, pudiendo mencionarse las de tipo promocional, de prevención, educativas, organizativas, de gestión, autogestión y cogestión. Todas ellas requieren estar orientadas por un sentido que sólo es posible construir en torno a la tarea del “intelectual orgánico” cuya referencia teórica ineludible –e insuperable– está en Antonio Gramsci, ya citado en el tópico anterior.

Interesa remarcar dos niveles o dimensiones necesarias en la intervención profesional que se corresponde con los conceptos aquí vertidos. Por un lado, la intervención directa con los sujetos, conformada por procesos mediadores que nos implican en una relación cara a cara, vivencial, cotidiana y en los que el contenido de dicha relación es lo que impacta en el sujeto generando algún tipo de transformación, cambio o ruptura. Aquí la relación profesional es antes que nada herramienta de trabajo en la que se pone una intencionalidad en función de la lectura que hacemos del problema y del sujeto y que siempre deberá contemplar las dimensiones distributiva y cultural; o material y simbólica, o redistributiva y de reconocimiento.

Por otro lado, un tipo de intervención indirecta, cuyos procesos mediadores nos tienen como actores a los profesionales produciendo discursos contrahegemónicos en los debates sobre la relación Estado-sociedad civil; en la comprensión de lo público como estatal y societal; en la mayor presencia de las organizaciones de la sociedad civil (ONG y movimientos sociales) como actores sociales y políticos que inciden en lo público. En este caso, se apunta a generar transformaciones y/o

rupturas en los contextos institucionales que impactan significativamente en el problema que sufren el pueblo o las víctimas del sistema.

Si bien el sujeto destinatario, desde cuyos intereses el profesional define su posicionamiento político en esa intervención, sigue siendo el mismo, las estrategias de intervención apuntan a lograr transformaciones en otros sujetos y ámbitos (legisladores, opinión pública, medios de comunicación, otros profesionales, etc.) y, en general, están asentadas en la lucha discursiva. Ello requiere poner en juego categorías analíticas para comprender los paradigmas y concepciones en disputa, para caracterizar los campos (espacio público y marcos institucionales) donde discurren dichas disputas, análisis de coyunturas, análisis estratégicos de capitales, cartas de juego y triunfos que circulan en el campo de que se trate.

Cristina Gonzalez <sup>43</sup> identifica dos perspectivas de diferenciación de las necesidades que consideramos pertinentes a esta idea de dos planos o niveles de la intervención:

*Desde el punto de vista de la intervención profesional existen dos perspectivas de diferenciación de las necesidades que interesan particularmente: una, referida al reconocimiento del tipo de necesidades que tienen y expresan los sujetos, a través de sus demandas; la otra, relacionada con categorías de necesidades de acuerdo al carácter que contraen en el sistema social, o bien según las formas que asumen las demandas en el contexto social y político, es decir, quiénes las interpretan y problematizan y la expresión política que adquiere esta problematización.*

En dicha totalidad se juegan permanentemente las intervenciones profesionales, ya sea por acción o por omisión; esto nos lleva a señalar dos cuestiones fundamentales: por un lado, es imposible pretender intervenir en un plano o nivel y mantenerse al margen en el otro; y, por otro, es irreal la escisión entre lo social y lo político.

---

43. González, C. y Mimeo. Cátedra B. Trabajo Social e Intervención con familias. Ficha teórica. Año 2007. ETS-UNC.

### 2.3.e | Cierre e invitación

Reafirmamos la afirmación planteada en la introducción y enriquecida –esperamos– con el desarrollo de estas reflexiones respecto a que la dimensión ético política de las profesiones requiere ser recuperada como elemento de análisis y de reflexión teórica para contrarrestar tanto la neutralidad técnico eficientista y pragmática que se instaló de la mano del discurso neoliberal, como los discursos dogmáticos y limitados que parados desde la negación de las profesiones y las instituciones no aportan a pensar la complejidad y riqueza política que está presente en ellas.

Acordamos con Retamozo en que *“la acción colectiva, la movilización social y la elaboración de demandas no son entonces aspectos que pongan en jaque la gobernabilidad democrática, son precisamente su condición de posibilidad”* (Retamozo, M., 2007). La historia latinoamericana da cuenta de estos procesos y cuando nos proponemos recuperarla nos encontramos con la presencia activa de profesionales que jugaron un papel fundamental en esos procesos reivindicatorios y su incorporación en las lógicas institucionales. Se trata, pues, de volver la mirada hacia uno mismo –las profesiones–, pero no para encerrarse en ellas, sino para reencontrarse con el otro –pueblo– y, en ese reencuentro, redescubrir el *“desafío de pensar los temas cruciales para el futuro de la vida humana y la sociedades de nuestro tiempo y, además, hacerlo desde una mirada crítica, colectiva, comprometida y en un horizonte de transformación social para la liberación”* (Retamozo, M., 2007).

## Bibliografía

- BOURDIEU, Pierre (1999). *Razones prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. Barcelona: Ed. Anagrama.
- CASTORIADIS, Cornelius (1993). *La Institución imaginaria de la sociedad. Vol. I*. Bs. Aires: Ed. Tusquets.
- DUSSEL, Enrique (2006). *20 tesis de Política*. México: Ed. Siglo XXI y CREA.
- FRASER, Nancy. (1997). *Justicia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Bogotá: Ed. Siglo del Hombre. Universidad de los Andes.
- GARCÉS L. y LUCERO, M. (Comp.). (2006). *Políticas sociales y ciudadanía*. San Juan: Ed. Fundación Universidad Nacional de San Juan.
- GONZÁLEZ, C. y Mimeo. Cátedra B. Trabajo Social e Intervención con familias. Ficha teórica. Año 2007. ETS -UNC.
- GRAMSCI, Antonio (1976). *Antología*. (Selecc., traducc. y notas de Manuel Sacristán). México: Siglo XXI.
- O' DONNELL, G. (1978). *Apuntes para una Teoría del Estado*. En *Mexicana de Sociología*, núm. 4.
- PERALTA, M. I. (2006). *Las estrategias del clientelismo "social"*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- RETAMOZO, Martín (2007, marzo). *Enrique Dusele: Hacia una filosofía política de la liberación. Notas en torno a 20 tesis de política*. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Vol.12, núm. 36. Maracaibo.
- SANTOS, Boaventura (2005). *El milenio huérfano. Ensayos para una nueva cultura política*. Madrid: Ed. Trotta.

## Capítulo 3

### **Las bases materiales: necesidades, reivindicaciones y sujetos. Mujeres y protagonismo territorial**

*María Teresa Bosio, Nicolasa Bertotto,  
Milena Salinas Gómez y Vanesa Carla Videla*

#### **3.1 | Las bases materiales según la perspectiva decolonial: de las necesidades a la construcción de demandas/reivindicaciones**

Los autores con los cuales elaboramos nuestro marco de análisis (Dussel, Lineras, Tapia y Boaventura de Souza Santos) construyen una mirada crítica en relación al proceso de occidentalización de América Latina y proponen otro modo de analizar las relaciones de producción y de subordinación. Incorporan la *colonialidad* como matriz inteligible para entender los procesos de dominación en América Latina, analizando cómo la perspectiva desde la cual se organiza la economía occidental es pensada como un sistema de producción únicamente, despojado de otras dimensiones, mientras que desde una perspectiva *decolonial*, la economía occidental debe ser vista como una institución compuesta por sistemas de producción, poder y significación.

Según Lander (2000):

*Los tres sistemas se unieron al final del siglo XVIII y están inseparablemente ligados al desarrollo del capitalismo y la modernidad. Deben ser vistos como formas culturales a través de las cuales los seres humanos son transformados en sujetos productivos. La economía no es sólo, ni siquiera principalmente, una entidad material. Es, ante todo, una producción cultural, una forma de producir sujetos humanos y órdenes sociales de un determinado tipo (p. 16).*

Desde esta posición teórica e ideológica la base material de los sujetos no implica solamente las relaciones de producción que los involucra, ni la resolución de necesidades materiales, sino también los modos de construir esa resolución, los recursos con los que los sujetos cuentan y la relación con el contexto cultural, político y social en el cual resuelven estas necesidades.

Introduciéndonos a la categoría de necesidad, desde una perspectiva marxista del ser humano, Peralta cita a Agnes Heller (1978) quien define a las necesidades como un *“deseo consiente, aspiración, intención dirigida en todo momento hacia un cierto objeto y que motiva la acción como tal”*, siendo dicho objeto un producto social que puede ser tanto una mercancía, una relación, un modo de vida, otros hombres.<sup>44</sup>

Se derivan así los siguientes

*elementos esenciales del concepto: a) la correlación entre necesidad y objeto es mutuamente determinante ya que las necesidades son ‘explicitadas’ en las objetivaciones y en el mundo objetualizado y, a su vez, las actividades que se objetualizan crean nuevas necesidades; b) ‘la objetivación social fija el ámbito, delimita la extensión de las necesidades de los hombres que viven en determinado estrato social’; c) las necesidades son personales y sociales a la vez, ya que sólo las personas anhelan algo y siempre el objeto de toda necesidad vendrá proporcionado por la ‘objetivación social’; y d) la tendencia objetual de las necesidades es lo que les da su carácter activo (Peralta, 2006: 26).*

Desde la economía política y en la perspectiva del desarrollo humano (Max Neef, 1982) también define las necesidades como una tensión entre carencia y potencia, y a los diversos modos de resolverlas como satisfactores, superando el concepto de bienes económicos. Clemente (2004) realiza

---

44. Heller fundamenta el concepto de “estructura de las necesidades” que desarrolla la autora, como una de las estructuras interdependientes esenciales del capitalismo como formación. Al proponer que *“toda formación social es un todo unitario, una globalidad de estructuras ordenadas entre sí de un modo coherente y que se fundamentan recíprocamente, no existiendo entre ellas relaciones de tipo causal ya que su función solamente puede desarrollarse en virtud de su situación recíproca”*, se entiende que las necesidades no tienen una existencia aislada, sino que cada sociedad tiene un sistema de necesidades propio.

un recorrido teórico en cuanto a la pobreza, el concepto de necesidades y las diversas perspectivas en torno a las formas de su medición. La autora recupera la mirada de Max Neff en relación a que *“las necesidades humanas se presentan como un sistema interrelacionado”*, considerando que los objetos de satisfacción o los satisfactores son infinitos y culturalmente determinados. Clasifica las necesidades en dos grandes grupos: existenciales que implican el ser, el tener, el hacer y el interactuar, y las axiológicas que implican subsistencia, protección, afecto, comprensión, participación, creación, ocio, identidad y libertad. En el proceso de satisfacción tienen lugar complementariedades y compensaciones y en cada contexto se estructuran dentro de un sistema, siendo múltiples e interdependientes: *“Una necesidad puede ser satisfecha de múltiples modos y un satisfactor puede cubrir varios tipos de necesidad”* (Clemente, A 2004: 66-67).

Comprendidas en un amplio sentido y no limitadas a la mera subsistencia, las necesidades patentizan la tensión constante entre carencia y potencia tan propia de los seres humanos. En la medida en que las necesidades comprometen, motivan y movilizan a las personas, son también potencialidad y, más aún, pueden llegar a ser recursos. Al expresar las relaciones entre necesidades y el mundo objetualizado, estamos haciendo referencia a las relaciones como mediaciones, entre las necesidades y algún tipo de capital sea material o simbólico que atraviesan en las conquistas/luchas/ demandas de los procesos de resolución.

Según Dussel, la base material es la producción, reproducción y aumento de la vida de los ciudadanos, y es el contenido de toda acción política que se organiza para la resolución de las necesidades. *“La voluntad-de-vida es la tendencia originaria de todos los seres humanos...”* (Dussel, E., 2006: 23). Aquí, en esta búsqueda por inventar los medios de sobrevivencia, se construye el poder político: *“La voluntad de vivir de los miembros de la comunidad o del pueblo, es ya la determinación material fundamental de la definición de poder político”*. Es a partir de esta base material que se edifica la política; al decir de Dussel, *“la política es una actividad que organiza y promueve la producción, reproducción y aumento de la vida de sus miembros”* (2006: 23).

La constitución de una organización que nuclea a ciudadanos en función de sus necesidades-reivindicaciones es un paso de la *potentia* a la *potestas*, en el que la base material sigue siendo el eje rector: la voluntad de vivir,

consensual y fáctica debe intentar por todos los medios permitir a todos sus miembros que vivan, que vivan bien, que aumente la calidad de sus vidas (Dussel, 2006). En los diversos escenarios sociales, cada sector particular tiene reivindicaciones específicas, por lo que se hace necesario construir una demanda hegemónica que logre unificar en una propuesta más global varias reivindicaciones. El autor de referencia (Dussel, 2006) afirma que:

*Cuando una acción se torna hegemónica opera la movilización del poder de la comunidad, del pueblo (potentia), y las acciones de los representantes fluyen apoyadas en la fuerza y motivación de todos, o al menos de las mayorías significativas, hacia sus objetivos. La acción hegemónica es el ejercicio delegado pleno del poder del pueblo (postestas), y cuenta con el consenso, la fraternidad y el fundamento del poder del pueblo. (p. 52)*

Este reconocimiento de las necesidades, que se transforman en reivindicaciones, construye el principio político material, que implica que la norma de toda acción, de organización o institución del ejercicio delegado del poder, tenga siempre como propósito la producción, mantenimiento y aumento de la vida de los ciudadanos de la comunidad política. Ese poder se construye siempre obediente a los reclamos y derechos de este pueblo.

Como ya lo analizamos, las necesidades de los sujetos (individuales y/o colectivos) forman parte de la base material, permiten la afirmación de demandas efectivas que posibilitan la construcción de oportunidades objetivas para satisfacerlas; inclinándose a vivir de acuerdo a las condiciones dadas, al mundo conocido y establecido, pero también generando rupturas/repertorios de movilización para resolver estas necesidades en procesos de interpelación y/o apelación al estado.

En los contextos territoriales analizados los procesos de reconocimiento de las necesidades y sus diversas formulaciones en torno a la construcción de reivindicaciones se conectan con la noción de demanda. Hermida (2014), siguiendo a Laclau, analiza la emergencia de subjetividades colectivas politizadas en cuanto afirma que:

*Diferentes sectores tienen diferentes necesidades, éstas se expresan en demandas. Las demandas democráticas (aquellas que intentan tramitarse vía gestión o reclamo, pero dentro de la institucionalidad)*

*al no ser vehiculizada por el Estado se convierten en demandas populares de grupos determinados, que pueden unirse a otras a través de la conformación de cadenas de equivalencias (p. 4).*

Según la autora:

*Las cadenas de equivalencias emergen por medio de la identificación con un significativo vacío (libertad, igualdad, bien común, un líder determinado), que en tanto no remite necesariamente a un objetivo definido claramente, sino a un espectro de posibilidades de identificación común, que permite que se construya subjetividad colectiva, delimitando una frontera interna, un nosotros/ellos, la posibilidad del antagonismo y la construcción de nuevas hegemonías (p. 4).*

Para Hermida (2014) esta visión de la política concibe a la identidad popular como algo más que la suma de demandas, ya que en ella se juega la tensión entre diferencia y equivalencia de las distintas demandas que se articulan. La demanda como pedido y la demanda como reclamo o exigencia, es decir, se desarrolla una transición de la petición al reclamo, como los dos polos de un mismo proceso:

*A una demanda que satisfecha a o no, permanece aislada, la denominaremos demanda democrática. A la pluralidad de demandas que, a través de su articulación equivalencial, constituyen una subjetividad social más amplia, las denominaremos demandas populares: comienzan así, en un nivel muy incipiente, a constituir al “pueblo” como actor histórico potencial (2014: 13, en Laclau, 2008: 99).*

Podemos entender a la demanda no como necesidad objetiva insatisfecha sino como un movimiento en el que un sujeto –organizaciones colectivas– reconocen un deseo, tienden a un objeto, a un estado diferente al que percibe que tiene en un momento determinado y, a la vez, comprende que eso otro que demanda le corresponde por derecho, buscando ya sea a través del pedido o la exigencia, insertarse en un proceso en el que el Estado (que es un único garante de derechos) deberá dar respuestas.

Observamos cómo las prácticas sociales y políticas de los sectores populares, durante el período estudiado –2010 al 2015– se abren alternativas de resolución de necesidades que transitan de la demanda material y social a la construcción de una alternativa política, la que está directamente vinculada con la resolución de los problemas de la pobreza, en estos casos concretos referidos al acceso a la tierra, la vivienda y el trabajo. La toma de tierras es una acción que resuelve estas necesidades en el sector sureste de la ciudad. En esta acción reivindicatoria se construye una identidad política más colectiva, que permite, a su vez, construir nuevas demandas y soluciones articulando con los agentes y programas del Estado.

Enrique Dussel (2006) ubica la cuestión de las necesidades como una clave de entrada a “la política”, entendiéndolas como “*negatividades (falta de algo) que deben ser negadas por satisfactores. Entonces, para mantenerse vivo, el ser viviente necesita empuñar o inventar medios de sobrevivencia*” (p. 24). En este sentido, entendemos que los significados sobre la política no se construyen teóricamente sino a partir de las experiencias concretas para lograr la resolución de dichas necesidades, articulando, consensuando, disputando con los pares –con los que están en la misma situación– y líderes sociales, para confrontar acerca de cuáles son las estrategias efectivas y posibles, la relación o no con el Estado y sus agentes. En ese camino es que estas organizaciones transitan de la demanda social en pos de mejorar sus condiciones de vida a la dimensión de la política, encontrando interlocutores que les permiten pensarse como actores en un marco de derechos y participación.

Hemos identificado que durante estos últimos años se han redefinido identidades organizacionales<sup>45</sup> que expresan experiencias interesantes para profundizar sobre el movimiento dialéctico entre lo social y lo político. Uno de los procesos más significativos en el campo de la acción

---

45. Desde el año 2012 el equipo de investigación del cual formamos parte comienza a indagar acerca de los procesos organizativos de un movimiento social que se construye en un espacio territorial a partir de una toma de tierras, llevada a cabo por la Agrupación Aníbal Verón. Esta fue parte del Movimiento Piquetero durante finales de la década de los '90. A partir del 2005 redefine sus reivindicaciones políticas alineándose con el Gobierno Nacional. El 18 de julio del 2012 esta agrupación se suma al Movimiento Evita. En palabras de su referente: “*En el marco de este contexto histórico entendemos necesario desde las organizaciones que venimos luchando por la tierra y la vivienda avanzar en mayores niveles de unidad*” (Pablo Montes, de la Agrupación Aníbal Verón). Ver en: <http://www.cba24n.com.ar/content/organizaciones-de-c-rdoba-se-suman-al-movimiento-evita>.

política fue identificar cómo las organizaciones de base territorial despliegan estrategias de articulación con el Estado,<sup>46</sup> que les permiten captar recursos y emprender un camino de identidad e institucionalización.

La resolución de las necesidades se da en la articulación entre

*la vida cotidiana como espacio témporo-espacial donde sucede esta resolución, los capitales con que se cuenta como punto de partida para la búsqueda de respuestas, y los procesos de lucha en torno a las necesidades como constitutivos de dicha resolución* (Peralta, M.I., 2006; 27).

En los procesos de resolución cuando se presentan “efectivamente” las demandas para la obtención de determinados recursos entran en juego saberes y trayectorias, en términos de recursos informacionales y relaciones que se entretajan entre los agentes involucrados. Las demandas construidas en el contexto social, su interpretación y problematización por parte de los diferentes actores, son la expresión política que adquiere esta cuestión, que claramente se encuentra ligada a los procesos organizativos territoriales y condicionada por las relaciones Estado-sociedad a nivel estructural. Por consiguiente, la resolución de la misma genera acciones que se encuentran atravesadas por la tensión entre estas demandas y la acción política en el territorio, y en un diálogo más amplio, con la construcción de una agenda electoral que se despliega, en mayor o menor medida, de acuerdo al escenario de disputa por la hegemonía política de uno u otro modelo de país. El período histórico en el cual desarrollamos nuestra investigación se caracterizó por una fuerte disputa política.

Los sujetos que forman parte de la organización construyen una idea de protección asociada a la construcción de un “nosotros” donde los lazos afectivos y las emociones que surgen del cuidado mutuo son muy significativas frente a las amenazas externas que pueden poner en riesgo logros colectivos, como por ejemplo, la ocupación de tierras y la construcción del barrio. Aquella vivencia de la protección cercana vinculada a lo familiar se proyecta a lo público y recrea una red de solidaridad sobre la que se funda el ideario de la organización social-política, marcando las relaciones entre sus miembros, en general, y entre los

---

46. Este aspecto se aborda específicamente en el Capítulo 4.

miembros de base y dirigentes, en particular. Comparten experiencias de vida propias del campo popular que nos remiten a la tesis 2 de Dussel (2006): “*Para mantenerse vivo, el ser viviente necesita empuñar o inventar medios de sobrevivencia*”. Esta “*voluntad de vivir es ancestral y de tendencia comunitaria, por ello están presentes las estrategias de solidaridad y de tendencia a constituirse en un grupo*” (p.13).

Desde este marco de referencia identificamos que se construye una experiencia organizativa que resuelve necesidades materiales (el asentamiento se consolidó a partir de la toma de tierra, el comedor y copa de leche, una cooperativa de trabajo) y simbólicas (los sentimientos de pertenencia, solidaridad e identidad). Más adelante recuperaremos estos elementos y tipo de necesidades sobre la base de referencias empíricas de los protagonistas del proceso.

La experiencia organizativa se construye sobre una base de procesos de lucha en pos de la resolución de las necesidades. Siguiendo a Fraser (1994) resaltamos que estos procesos de lucha política por las necesidades se expresan en el ámbito de lo público y tienen un componente discursivo fundamental antes de llegar al momento de la asignación de los recursos, ya que la instalación de un tema o reivindicación en la agenda pública y la definición sobre cómo se concibe la misma son momentos previos a la disputa por los recursos. Es de la mano de este proceso que las necesidades adquieren el carácter de demandas –entendidas como expresión o manifestación del reconocimiento de una necesidad que lleva a explicitar un requerimiento y que puede tener un carácter individual o colectivo– y de reivindicaciones –cuando las exigencias objetivas son colectivamente asumidas por los trabajadores o por un sector social– y se manifiestan en forma organizativa.

Por otra parte, la resolución de necesidades-demandas-reivindicaciones de los sectores subalternos involucra ineludiblemente al Estado y las políticas sociales. La relación Estado y sociedad adquiere particularidades históricas y, en el caso argentino y latinoamericano, podemos decir que

*las instituciones estatales latinoamericanas y argentinas abocadas a la protección social se asientan sobre rasgos particularistas, personalistas y de lealtad, pasando los mismos a formar parte de la cultura política de las sociedades. Estas características constituyen un marco*

*institucional y una cultura política favorable a la emergencia de las relaciones clientelares en el campo de las políticas sociales* (Peralta, 2006: 163).<sup>47</sup>

Esta realidad se expresa en las redes de micro poderes instituidas cuando los sectores populares circulan por las instituciones de políticas sociales, en la búsqueda de respuestas a las necesidades, constituyendo disposiciones, trayectorias y estrategias.<sup>48</sup>

Los sujetos (individuales o colectivos) demandan en función de lo que consideran posible o probable pueden esperar, pero también pueden demandar en términos de reivindicaciones, algo que no está previsto o que previsto, no está funcionando como acceso efectivo. En general, esto es protagonizado por sujetos colectivos. Así, se puede diferenciar entre estrategias que “apelan” o que “interpelan” al Estado.

Un contexto de tensión entre modelos de Estado y de enfoque de políticas sociales como el escenario en el que se ha situado nuestra investigación, ha impactado en las identidades de las organizaciones abocadas a la resolución de reivindicaciones de sectores de pobreza urbana. En el acto de nominar, de identificarse como grupo bajo un nombre (significante vacío, pero no por eso caprichoso en su elección), ese colectivo se reconstruye –tanto el grupo como cada individualidad que lo compone se reconoce de una manera diferente– siendo los mismos, pero a la vez siendo otros a aquellos que preexistían a su surgimiento como colectivo (Hermida, 2014).

---

47. Para ampliar este punto: Peralta, M. I (2006). Acceso a las políticas sociales, ciudadanía y clientelismo. En Garcés L. y Lucero, M. (2006). *Políticas Sociales y ciudadanía*. San Juan: Ed. Fundación Universidad Nacional de San Juan.

48. Estela Grassi, trabajadora social y antropóloga, mantiene una línea de investigación sobre esta dimensión de las políticas sociales, vinculando las concepciones de sujeto que subyacen en las políticas sociales y su impacto en la constitución de las identidades de los usuarios, constituyendo un importante aporte en el cruce de cultura, política y subjetividad. Véase en Grassi, E., Hintze, S. y Neufeld, M. (1995, noviembre). Políticas Sociales y sujetos de derechos. *Cuadernos Médico Sociales*, N° 72. También en Grassi, E. (Comp.). (1996). *Las cosas del poder*. Bs. Aires: Espacio Editorial. O Grassi, E. (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*. Bs. Aires: Espacio Editorial.

### 3.2 | Tierra y vivienda: necesidades y la construcción política en el territorio

En el año 2005, dirigentes cordobeses de la organización Aníbal Verón organizan una toma de tierras en el sur de la ciudad de Córdoba. Esta toma de tierras da cuenta de un proceso de resolución de necesidades materiales referidas al acceso a la misma y a la vivienda. Participaron de esta toma aproximadamente cien familias y estuvo liderada por un grupo de personas con trayectoria histórica de militancia en el movimiento piquetero de finales de la década de los '90 e inicios del 2001. En aquel contexto, estas organizaciones (piqueteras) surgen diferenciadas de los partidos políticos y explicitando rechazo a las prácticas políticas partidarias tradicionales, con el objetivo de satisfacer necesidades básicas ligadas a la reproducción cotidiana de la existencia (alimentación, vivienda, trabajo) y generar procesos de lucha-resistencia-protestas por la reivindicación de derechos.

Este tipo de acción colectiva está contenida en el concepto de Tapia (2009) sobre movimientos sociales:

*Los movimientos sociales suelen hablar de algo que no tiene lugar en la sociedad, sobre la ausencia de algo deseable, cuya consecución se busca y conquista en el movimiento y en la reforma de los espacios políticos existentes. Son la forma de la política excedente en un país, casi siempre generada a partir de la experiencia y politización de algún tipo de escasez o pauperización causadas por los principios de distribución existentes. Los movimientos sociales suelen constituirse en torno a cuestionamientos y demandas sobre el orden distributivo vigente o, menos frecuentemente, como proyectos políticos de cuestionamiento y reforma del orden político en su conjunto (p. 2)*

En la década de los '90 las necesidades que movilizaban la acción colectiva estaban vinculadas a estrategias de sobrevivencia, y las acciones de interpelación al modelo económico se desarrollaban en escenarios estratégicamente organizados tales como los piquetes y cortes de rutas.

Uno de los entrevistados (E.1)<sup>49</sup>, referente histórico de los procesos organizativos que se fueron desarrollando en este territorio, da cuenta de cómo se fue transformando el sentido y la acción a medida que iban produciendo una lectura del contexto político:

*(...) Movimiento Evita tiene sus raíces en lo que fue la resistencia política de los '90, y si bien es cierto que hubo algunas experiencias de resistencias políticas muy marginales, decimos marginal por que casi no tenía una expresión a nivel nacional y por eso era una política fragmentada, digamos, donde la llevaban adelante distintas agrupaciones con distintas características (...) a lo largo y a lo ancho del país había resistencias, fundamentalmente en algunas expresiones políticas que fomentaban esas resistencias (...) eso se dio en distintas agrupaciones, en distintas formas, pero se fue nucleando y, en su primer momento, se formaron los primeros movimientos que tomaban los nombres de compañeros que habían sido muertos en esas luchas, y después se hizo una expresión 'patria o muerte' cuando muere Santillán, y ahí nace el Movimiento Evita, cuando empezamos a ver que el proceso político acompañaba a la construcción popular, y digamos, se conforma el Movimiento Evita...*

Se desprende de este testimonio que los sentidos, acción y estrategias desplegadas en la década anterior expresaban resistencia y politización desde "abajo" para interpelar y ampliar la agenda del Estado, el reconocimiento de necesidades y la lucha desde lo público –aunque en los bordes de la marginalidad– para la obtención de recursos y la resolución de las demandas expresadas colectivamente. En este sentido, Natalucci (2012) analiza cómo a partir del 2002, se inicia un proceso de construcción política, planteándose nuevas relaciones entre sociedad civil-Estado, en las que la centralidad del Estado y sus iniciativas en políticas públicas de inclusión dan un marco diferente a la acción política por parte de varias organizaciones territoriales.

49. Referente varón de 42 años. Militante de los '90 del Movimiento Piquetero. Primero, Quebracho y luego Aníbal Verón. Reside en Córdoba, no en el territorio de la toma, sino de otro barrio. Actualmente, es dirigente del Movimiento Evita, Córdoba.

Otra persona entrevistada (E.2)<sup>50</sup> –actual miembro y socia de la cooperativa “Trabajo y Dignidad”– expresa sus percepciones y análisis acerca de lo que significó la toma de tierras y la formación de la cooperativa como estrategia de resolución de necesidades. La suya fue una de las cien familias que llega a la ocupación, invitada por una amiga; en ese momento no tenía muchas expectativas acerca de las posibilidades efectivas de lograr el acceso a la tierra, recordando que fueron asediados por la violencia policial y la justicia. Relata una acción emprendida en el marco de un contexto de incertidumbre, de una manera impulsiva y azarosa; reconociendo: “no tener nada que perder”. De este modo relata sus sensaciones de la experiencia:

*(...) Por un lado, tenía esperanza, y por el otro, también te da miedo de pensar que te puede pasar algo. Y ahí a esperar mucho tiempo, varios meses estuvimos ahí con la policía... Sólo nos corrimos a lo que era la cancha y nos quedamos... todo esto era una cancha y nos quedamos todos ahí. Y de a poco, venía todos los días y teníamos trabajo. Venir dos o tres veces al día, muchas veces (...) Ahí comencé, hice la piccita de madera y un día decidí dejar el alquiler y venirme del todo. Me vine, me cambié, porque ya no aguantaba más estar allá y volver. Estuve mucho tiempo así, porque también llevaba a mi hijo a la escuela, volvía, y hasta que un día dije ‘me cambio acá, cambio a mi hijo a la escuela acá cerca’. A la semana que me cambié, me acuerdo, viene el primer desalojo. La orden de desalojo. Y, creo que era una de las pocas que tenía todo, porque yo ya había dejado el alquiler y tenía todas mis cosas (...) ‘no sé, es el riesgo que voy a correr’, les digo. Y me quedé y dije (...) ‘Los demás tenían, pero tenían una cama, un tele, pero no tenían todo. Pero yo no tengo familiares, yo no tengo a nadie’, y me decían, ‘¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer con el desalojo? ¿A dónde vas a llevar tus cosas?’. ‘Que sea lo que Dios quiera’ (E.2).*

50. Mujer de 35 años de edad. Miembro de base y socia de la cooperativa, casada, con un hijo, trayectoria de militancia política en su juventud ligada al peronismo. Oriunda de la provincia de Santiago del Estero, sus padres aún viven en el interior de Santiago. Llegó a la toma de tierras por necesidad de tener un terreno y una vivienda. Residía en Santa Isabel, II Sección. Actualmente, su participación se encuentra condicionada por su marido “no le gusta, no quiere que participe”, y ante el despido-desempleo de su pareja, aporta a la resolución de necesidades vendiendo ropa en la plaza de la villa.

En este caso, la entrevistada llega a la toma por una necesidad material (tierra y vivienda) y en la búsqueda de la misma construye vínculos que le permiten responder a otro tipo de necesidades, afectivas, sociales y recreativas dentro del espacio de la organización. En este proceso de lucha y resistencia colectiva, podemos observar desde su perspectiva la incidencia de los capitales culturales previos incorporados en cuanto a sus experiencias, ideas, valores y habilidades, que se profundizaron en este contexto, por cierto, crítico y de vulnerabilidad ante la amenaza de desalojo. Progresivamente, en este contexto de acción colectiva, se inician y consolidan relaciones sociales y la pertenencia a un grupo. Su primer referente fue una amiga y, posteriormente, cuando decide trasladarse al terreno, nuevas necesidades comienzan a ser satisfechas, en cuanto al acceso a la educación de su hijo y su propia posibilidad de trabajo.

De este modo, progresivamente se involucra en el proceso de resistencia y organización, y simultáneamente participa de manera activa en otros espacios y estrategias que se desencadenaron en el mismo territorio, que involucra otras acciones organizativas para la resolución de necesidades; en este caso, dirigidas a la población infantil como fue la copa de leche. Desde sus palabras nos relata:

*(...) Claro, de a poco comencé... un día paso por donde estaba P. y me dice ‘chicas, por casualidad, le molestaría si les pido que hoy cubran la copa de leche...’, ‘Sí, sí, lo hago...’, y la otra también, les digo ‘bueno, yo las ayudo’, porque anteriormente, cuando vivía en Tucumán, yo era puntera política. Y a mi marido no le gustaba, entonces me había dicho, cuando llegamos acá, ‘no se te ocurra meterte en nada, porque yo no te voy a ayudar’; ‘bueno’, le dije, y me quedé entonces ahí, dije nada y les dije a las chicas ‘yo las ayudo’. ¿Qué hicieron las chicas? Vinieron una vez, no vinieron más. Me quedé ese día a cargo, por mucho tiempo me quedé en la copa de leche... (E.2).*

Su incorporación en el espacio-proyecto de la copa de leche es una muestra de otra posición, ya no marcada por la satisfacción de su necesidad individual, sino por el involucramiento en una estrategia colectiva, que desde el momento de la toma, incluyó dimensiones simbólicas –necesidades de autonomía, libertad y empoderamiento– a la lucha por

las necesidades materiales, ubicándola en un nuevo rol de protagonismo y referente comunitario.

*(...) Lo que más me queda es seguir agradeciéndoles por la gente, ver a las personas que no tenían terreno para su casita, lo que me ha pasado a mí... las veces que me ha pasado a mí de tener que trabajar para pagar el alquiler y decir 'no me quedo con nada'. Cuando alquilás es así, sabés que toda la plata la tenés que dar para el alquiler. Lo poco que te queda para la comida. Y hay gente que tiene varios hijos y es complicado. Yo tengo uno solo y me sabía ser complicado. Y hoy, cuando veo a las personas así, eso es lo que me lleva más a... lo que me gustaría que todos tengan un techo para vivir bien. Eso es lo que más me queda... (E.2).*

La entrevistada, si bien reconoce que fue parte del proceso de lucha de la toma, se siente “agradecida” con los referentes, quienes no viven en ese territorio y resuelven sus necesidades de tierra y vivienda de otro modo; aquellos que aportan un capital político, lo cual permitió sostener y resolver la necesidad de cien familias. Es así que ella diferencia lo que es “la política” y lo que es “lo social”:

*La política de por sí, siempre me gustó, pero lo social me lleva a ayudar a la gente, a los que más tienen, los que más necesitan, o a los que más les hace falta. Y en la política yo logré mucho por estar en la política. Yo estoy agradecida, lo que es Cristina, por más que la gente diga, yo le agradezco en el alma. Porque por Cristina hoy mi viejo es jubilado y pensionado, en lo cual, mis viejo hoy no tendrían de qué vivir, ni de qué comer (...) la política es... conseguir el voto, salir a buscar gente y cambiar, digamos, la gente no piensa todo lo mismo, y bueno tratar de hablar con la gente, de hacerla comprender qué es lo que le conviene a la gente, y bueno eso es lo que cambia...*

Ella entiende la dimensión de la política como una estrategia ligada a sumar voluntades para un determinado partido y proyecto colectivo general, mientras que en la dimensión de lo social involucra el trabajo comunitario, territorial, en su experiencia concreta, en un inicio vinculado a la copa de leche y posteriormente en la cooperativa,

construyendo así infraestructura, lo que permite otros procesos de reproducción social.

En este sentido, es interesante poder diferenciar diferentes modos de comprender la política entre los dirigentes del movimiento y esta militante de base. Puede que para los dirigentes la política se construye desde lo social, desde el trabajo territorial en la resolución de necesidades, en la disputa y la apelación al Estado, mediante la implementación y la demanda de políticas públicas en los territorios y ocupando espacios como agentes del Estado que permiten efectivizar esas políticas. Esta perspectiva de hacer política se observa en el discurso y en las prácticas de los dirigentes, son ellos los que orientan la acción a partir de las necesidades del territorio. Los miembros de base, como es el caso de E.2, aún tienen una visión de la política estratégica, más orientada a los medios, al “convencer” de lo que es bueno para todos; es decir, un sentido más tradicional vinculado a los procesos de construcción de lo “político”.

En las palabras de los entrevistados se cruzan los diferentes sentidos y utilidades que le otorgan a la acción política; según Dussel, en esta búsqueda por inventar los medios de sobrevivencia se construye el poder político: “*La voluntad de vivir de los miembros de la comunidad o del pueblo, es ya la determinación material fundamental de la definición de poder político*”. Es a partir de esta base material que se edifica la política; al decir de Dussel, “*la política es una actividad que organiza y promueve la producción, reproducción y aumento de la vida de sus miembros*” (Dussel, 2006: 23) .

### **3.3 | Subjetividad, política y resolución de necesidades en las prácticas de organizaciones sociales de base territorial**

En los últimos años las organizaciones sociales de base territorial se han fortalecido y acercado a planteos y posiciones políticas a partir de reivindicaciones ligadas a las condiciones materiales de vida. Este apartado apunta a descubrir los significados que construyen los sujetos participantes en estas organizaciones; significados que entendemos ligados a sus trayectorias de vida en las que instituciones sociales como la familia, el género, la educación, el trabajo y la clase marcan diferencias.

En el trabajo de campo observamos cómo las prácticas sociales y políticas de estos sectores populares, en este nuevo contexto, están

directamente vinculadas con la resolución de los problemas de la pobreza, en estos casos concretos referidos al acceso a la tierra, a la vivienda y al trabajo. A partir de la resolución de estas necesidades se inicia un proceso de resolución de las mismas que direcciona una identidad política más colectiva, que permite construir nuevas demandas y soluciones articulando acciones con los agentes y programas del Estado.

En las entrevistas en profundidad realizadas a cinco integrantes de estas organizaciones, identificamos, por un lado, los espacios sociales en los cuales se han resuelto necesidades materiales y simbólicas, y por otro, las estrategias singulares que hacen que cada historia de vida sea única e irreplicable, pero que confluyen hoy en un espacio social común de participación. Para preservar su intimidad los denominamos con las iniciales de sus nombres: F. (varón y miembro de base), An. (mujer y miembro de base), V. (mujer y miembro de base), y R. (mujer y dirigente) y Ag. (mujer y dirigente)

Familia y trabajo son los dos pilares en los que se sostienen las estrategias de resolución de necesidades materiales en los cinco casos, y también la educación está presente, sobre todo en las mujeres dirigentes, marcando acontecimientos significativos, más allá de los logros y niveles a los que cada uno de nuestros entrevistados hayan llegado.

F.<sup>51</sup> cuenta con una trayectoria laboral que siempre se vincula con redes familiares y de amigos que posibilitan su inserción laboral. El trabajo rural, de jornalero, junto con sus hermanos y sus cuñados fue su primera experiencia laboral, que se mantiene hasta los 26 años, momento en el que ingresa a una empresa (Techint) formalizando su contrato de trabajo. F. rescata a esta experiencia laboral como la mejor:

*Porque era una buena paga y era un trabajo que me gustaba, era un sondeo para una instalación de un oleoducto, para petróleo de allá, de Campo Durán, Jujuy más allá, de Barro Negro más allá, esa zona de*

---

51. F. es varón y tiene actualmente 63 años. Nació en Salta y vivió en esa ciudad hasta su juventud. Es el hijo más pequeño de una familia numerosa (nueve hermanos). La muerte temprana de su padre quedará registrada en su memoria como un acontecimiento que marcaría un giro en su vida, ya que estaba cursando 4º grado de la escuela primaria y a partir de entonces abandonaría la escolaridad para ayudar a su familia. Comienzan así sus primeros trabajos, que hasta la adolescencia se mantendrán dentro de un contexto familiar, a la par de sus hermanos y cuñados, participando en la recolección de frutas y verduras en el cinturón verde de esa ciudad.

*Jujuy, trabajamos todo ese trecho. Yo he trabajado con un ingeniero australiano y un topógrafo de Buenos Aires, porque tenía un buen compañerismo, nos llevábamos bien. Estábamos bien cuidados. Trabajábamos mucho, pero estábamos bien pagados, bien cuidados, Techint. No me voy a olvidar nunca yo de ese trabajo (F.2: 3).*

Al reconstruir su historia laboral reconoce “buenos trabajos” y “malos trabajos”. A éstos últimos los ubica temporalmente a finales de la década del '70 e inicios de los '80, periodo en el que el país transitaba por una crisis social y económica y que no había posibilidades de ejercer reclamos sindicales por la dictadura militar.<sup>52</sup> Si bien cuenta de sus dificultades laborales no las vincula con este contexto político y social, adjudicando un carácter individual a sus estrategias de búsqueda e inserción laboral, siempre articulada con sus redes familiares y sociales.

La empresa Techint cierra y él se queda en su tierra natal con trabajos temporarios y mal pagos. Decide migrar en el año 1985 y se traslada con su familia nuclear (mujer e hijos) a Morón (provincia de Bs. As.) donde contaba con familiares que le posibilitan encontrar empleo en una fábrica textil, a él y a su mujer. Permanecen diez años en Bs. As, pero no consiguen mejorar sus condiciones de vida y migran a Catamarca, a trabajar en el campo, de nuevo con familiares, en este caso de su mujer: “En esa época, nosotros fuimos ya cuando había crisis en Buenos Aires, porque antes me habían dicho que, por ejemplo, usted iba, no le gustaba la paga de acá o el trabajo, y cambiaba” (F.2: 6).

Viviendo en Catamarca, su hijo más pequeño se enferma de leucemia, hecho que trastoca la vida familiar, produciéndose nuevamente una migración, en este caso por razones de salud. Se trasladan a la ciudad de Córdoba. La enfermedad de su hijo cambia su vida laboral y afectiva ya que debe abandonar su familia ampliada y, si bien cuando llega a Córdoba tiene relación con una prima de su mujer, este vínculo sólo le provee la posibilidad de conseguir un lugar para vivir que no implique mayores gastos. Su hijo muere a los cuatro años de edad y finalmente él, su mujer y sus otros hijos, se establecen definitivamente en Córdoba, en Villa Libertador.

---

52. Se trata del proceso militar que se inicia el 24 de marzo de 1976 en Argentina.

Este evento trágico en la vida de F. en los inicios de los años '90, en el marco de la hiperinflación y los albores del neoliberalismo influye en su trayectoria laboral, la que queda signada al cuentapropismo, al trabajo informal y a la dificultad de poder tener una vivienda propia. Estos dos elementos son sus necesidades más fuertes, a tal punto, que cuando revisa su historia laboral se “culpa” de no haber comprado su vivienda cuando era joven y trabajaba en Techint. En el marco de esa necesidad (vivienda) es cuando durante el año 2008 se entera que a tres cuadras de donde alquila se va a realizar una “toma de tierras” y se acerca a la organización. En la entrevista manifiesta que “*observa, escucha*”, y luego se involucra en la medida que, según sus palabras: “*el grupo le gustó*”. Ésta es su primera experiencia de participación activa dentro de un colectivo social y político, la que nace de una necesidad sentida a lo largo de toda su trayectoria de vida: tener una casa propia.

Comienza su participación-militancia recién a los sesenta años, con la toma de tierras en su barrio, acción colectiva que para él implica una respuesta a su necesidad material (vivienda), pero, además, en esa resolución encuentra también la satisfacción de otras necesidades simbólicas, tales como la de pertenencia y de identidad: “*Yo empecé a ver, primero porque me gustaba el grupo. Y después nos empezamos a conocer más acá con la gente, cómo empezaron a trabajar los compañeros. Digo yo, esto está muy bueno, es un proyecto lindo y me integro al grupo, digo*” (E.3: 2).

Este relato pone el énfasis en una relación afectiva, ya que si bien él reconoce que ingresa a la agrupación por el interés a la vivienda, admite que el “grupo” le gusta y califica a los dirigentes como “gente buena”, que “siempre están”. Pone énfasis en la descripción de cómo se organizaron durante el día y la noche, sin dejar el lugar desprotegido, los momentos de la comida comunitaria y las negociaciones que se realizan con el representante de la empresa dueña de la tierra. An.<sup>53</sup> relata una dura historia de privaciones: “*Yo recuerdo haber pasado hambre y frío y no tener, no tener, haberme dormido llorando porque no nos alcanzó comida para*

---

53. An. es una mujer de 43 años, nació en Tupungato, Mendoza. Las condiciones de vida de la familia de An. han sido muy precarias, atravesando numerosas dificultades económicas, lo que implicó la discontinuidad en sus estudios primarios y el trabajo duro desde la niñez. Una de las mayores de trece hermanos/as, An. trabajó en la vendimia, recolectando uvas junto a sus padres y alguno de sus hermanos.

*nosotros, tomar una taza de té con una rodajita de pan, y querer y no, no tener porque éramos muchos*”.

La familia se trasladó a Córdoba en búsqueda de mejorar las condiciones laborales cuando An. tenía ocho años. En ese año (1980-81, aproximadamente) el padre consigue un trabajo en Vialidad Nacional, lo que les permite el acceso a la protección social por vía del mercado formal del trabajo y, además, el acceso de la vivienda familiar a través del crédito, que logran pagar con el trabajo de toda la familia.

En la ciudad de Córdoba la familia de An. participa en el culto religioso evangélico que le permitió construir otras relaciones fuera del ámbito familiar, que ella señala como muy cerrado y conservador. La escuela dominical era el momento en el cual podía realizar actividades que le generaban placer como ser parte del coro, participar en el espacio de los jóvenes, generando vínculos afectivos, como por ej. sus dos noviazgos

A los quince años la madre la envía “*engañada*” a vivir a Bs. As, a la casa de un pastor en la que trabajó como empleada doméstica. Como ingreso necesario para pagar parte del crédito de la vivienda familiar, su salario era enviado casi en su totalidad con ese objetivo. Su estadía en Bs. As. dura dos años hasta que en una oportunidad que viene a visitar a sus padres decide no volver y continúa trabajando como empleada doméstica en la ciudad de Córdoba:

*Sí, ayudando a mi mamá con las cosas de la casa, estuve unos tres años trabajando, en Urca sí, tres años, y seguíamos yendo a la iglesia, todo ya con, con 20, 21, 22 ya, y bueno, conocí en Enrique, bueno, tuve 24, después ya vino que conocí a Enrique y ya dejé de trabajar (An.2: 9).*

La entrevistada relata experiencias de privaciones económicas y afectivas que la han afectado durante buena parte de su infancia y juventud, manifestando sentimientos de tristeza y dolor por lo vivido. An. cuenta que su crianza fue muy estricta, incluyendo maltrato emocional y físico, con pautas de comportamiento muy restrictivas en cuanto a relacionarse con personas externas a la familia:

*No, no era bueno, a mí me pegaban porque hacía reír. ‘An., ya te vi...’, y paf. Yo los hacía reír, hacía monadas en la mesa, cobrábamos todos,*

*con cinto trenzado o con la manguera del regulador de la cocina. Yo recuerdo haber estado de novia y que mi novio me haya querido abrazar (...) estaba marcada. Únicamente del colegio a la casa, de la casa al colegio, y el colegio y la escuelita dominical los domingos, que de chiquita hasta las 18, 19, de toda una vida así de la iglesia y adentro de la casa, nada más. Nada de baile, nada de cumpleaños (An.2: 3).*

Estas experiencias dejaron profundas huellas en la subjetividad de nuestra entrevistada, quien relaciona su motivación por la participación social con su historia familiar. Por oposición a esa historia, quiere transitar otra experiencia de vida, que le permita circular por otros espacios sociales. La participación en la Iglesia Evangélica constituye un modo de acercarse “a la gente”, un modo de vincularse con otros y realizar actividades que le gustaban cuando era joven, como cantar en el coro y participar del grupo juvenil. En estas prácticas religiosas inicia noviazgos, resultando de uno de ellos su actual pareja. “A mí me criaron como para no querer a la gente, era que no nos miren en la calle, que vayamos a hacer nuestras compras y volver, así criados como que los demás no... eran muy posesivos” (An.2: 4).

La participación de An. en la organización está relacionada en menor medida con necesidades materiales y sí con las simbólicas. La necesidad de un espacio propio, un espacio afectivo, de compañerismo y solidaridad, donde sea valorada, donde “ayuda a conseguir cosas para los demás” es lo que gratifica y motiva a participar a nuestra entrevistada.

An. se compromete con las necesidades de otros y otras, la lucha por el acceso al derecho a la vivienda, a la alimentación, aunque estas necesidades estén resueltas en su familia actual ya que su marido cuenta con trabajo (constructor), sus hijos asisten a la escuela, disponen de alimentos cotidianamente, y aun así, An. acompaña las actividades y participa de la agrupación. “Con la agrupación aprendí un montón, es lo que quiero y estoy agradecida en algo que me ha hecho feliz en la agrupación de compartir todas las cosas... conseguir para el prójimo, para que progrese” (An.1: 17).

An. relata que participa de las reuniones, de las asambleas, actividades festivas y culturales que se organizan, acciones de protesta, demanda y reclamo, instancias de formación y de los encuentros con otras

agrupaciones, movimientos en el espacio público. Se puede decir que hoy participa de toda la vida de la organización:

*(...) Viajé a Buenos Aires, qué sé yo, a juntarnos todos de todas las agrupaciones de todas las provincias. Me recuerdo llegar a Buenos Aires que estábamos ya ahí separados todos por, tocando temas todos así, de todo, de política, de cómo están los comedores, cómo estaba la agrupación acá, cómo iba todo... (An.3: 5).*

La organización le permite construir lazos afectivos, salir del espacio familiar acotado que durante su infancia y adolescencia lo vive como un ámbito hostil y conectarse con la participación política desde la lógica de la relación con los otros y la resolución de las necesidades de los otros.

Los abuelos de V.<sup>54</sup> compraron la casa en Córdoba cuando vendieron un campo que tenían y migraron a la ciudad en búsqueda de mejores condiciones de vida y mayores posibilidades laborales:

*Los padres de mis abuelos tenían chacra, tenían animales. Eran de Río II y mi abuelo vino a probar suerte y se vino a Córdoba. Y bueno, ahí mis abuelos estaban bien económicamente, cuando se vinieron acá, a Córdoba. Tenían cosechas y todas esas cosas. Y bueno, mi abuelo se separó de mi abuela y empezó a vender... habían comprado varios terrenos acá en Córdoba y mi abuelo vendió todo (V.1: 2).*

En su relato sobre la historia familiar resalta que su madre debió afrontar sola la crianza de sus hijos, contando con el apoyo de la abuela materna y su hermana mayor. Aparece el protagonismo de la mujer tanto en los roles de cuidado y atención de los niños/as como en el rol de proveedora, estando ausente la figura del padre-varón proveedor, aunque se reproduce una perspectiva patriarcal de las relaciones familiares, puesto que se liga la figura de autoridad al varón, en tanto surge como referente en este sentido el hermano:

---

54. V. es una mujer de 37 años, es la cuarta de un total de cinco hermanos. Nació y residió siempre en un barrio de la ciudad de Córdoba.

*Me crié en la casa de mis abuelos. Mi mamá nos crió a nosotros sola, no nos criamos con un papá. Así que nos crió mi mamá y mi abuela nos cuidaba, mi mamá trabajaba. Mi mamá se iba a las seis de la mañana y volvía a la una de la mañana, así que mucho no la veíamos. Nos cuidaba mi abuela y mi hermana mayor hacía limpieza en casas de familia, y a la noche trabajaba en un bar haciendo comida.*

En la actualidad, su familia es muy significativa para ella, sus hermanos y sobrinos, incluso éstos últimos ocuparían un lugar afectivo importante, en tanto se involucra subjetivamente cuando los menciona; esto reflejaría la modalidad familiar de brindarse apoyo en las redes más extendidas, ya que su madre también trabajó para cuidar a sus primos, lo cual muestra cómo la familia está de manera incondicional, particularmente, en referencia a las situaciones de desprotección de los hijos/as por alguno de sus progenitores: “Uf, tengo muchísimos sobrinos para renegar” (V.1: 1); “éramos muchos. Éramos siete y mi mamá crió a mis primos que vivían al frente porque mi tía se fue y los dejó. Así que mi mamá crió 17 hijos” (V.1: 2).

De su infancia la entrevistada remarca la presencia de las redes familiares para el apoyo y ayuda; por ej. nos dice que sus tíos solían ayudar a su madre porque ellos estaban en una posición económica mejor y porque eran empleados en una fábrica y podían tener casa propia (V.1: 4).

La escolaridad está ligada a las condiciones de vida, pudiendo la entrevistada llegar a 3<sup>er</sup> año del secundario, pero, en el caso de sus hermanos, no todos pudieron ingresar a la escuela media. Tuvieron que abandonar la escuela ante la urgencia de resolver necesidades materiales tomando mayor relevancia el trabajo. Esta idea de “abandono de la escuela” aparece como una pérdida, y el reconocimiento de que acceder a niveles de mayor escolaridad ayudaría a tener una mejor calidad de vida y mejores puestos de trabajo en comparación con la trayectoria laboral de su progenitora.

En el presente V. tiene expectativas de poder continuar sus estudios más allá de la escuela media:

*Estudiamos hasta donde pudimos, mi hermano, el primario; yo, parte del secundario, pero por la situación de vida que no teníamos un padre que nos pudiera llevar el alimento para ayudar a mi madre; así que,*

*tuvimos que abandonar el colegio. Mi mamá no nos exigía a nosotros. Siempre nos dijo que estudiáramos, para que después fuéramos algo y que no tuviéramos que andar como ella fregando pisos (V.1: 3); (...) sí, dejé el colegio porque quería trabajar, porque quería ayudarla a mi mamá (V.1: 5).*

La carencia de una vivienda digna y propia es una necesidad vivenciada desde la infancia, y en la búsqueda por resolver el problema habitacional, V. ingresa a una cooperativa para acceder a la compra de un terreno, iniciativa en la que promueve que se incluyan también sus familiares:

*(...) Una gente del barrio nos dice: vos sabés que estamos en una cooperativa, nos hemos hecho socios, están bien todos los papeles, le digo, ‘quiero tener un terreno para mí, para mis hijos el día de mañana. Quiero dejarles algo’. Mi hermano también estaba sin terreno, estábamos todos alquilando. Sería bueno que podamos entrar todos, les avisé a mis primos... pienso siempre en mis hermanos... en mi familia, son todo para mí (V.1: 11).*

Todos inician el pago de cuotas, pero finalmente son estafados, no pudiendo concretarse el acceso a la vivienda: “Empezamos a pagar y después descubrimos que nos habían estafado. Cayó preso el tipo” (V.1: 11).

V. valora el “techo” como una necesidad material y también simbólica, relacionada a sus condiciones de vida muy precarias (transcurridas en su infancia y adolescencia) y al hacinamiento y de los esfuerzos de su madre para cubrir sus necesidades mínimas: “Ella (su madre) trabajaba y nos llevaba la comida, lo necesario. No daba para darnos un lugar que tengamos cada uno nuestra habitación, nuestra cama. Nos criamos todos juntos en una pieza. Así era nuestra vida” (V.1: 3).

La trayectoria laboral de V. comienza a temprana edad colaborando con su madre en la venta de pan casero, y luego la ayuda en el trabajo en el que ella estaba a cargo de la limpieza de locales comerciales. La necesidad de trabajar es muy fuerte por las situaciones de carencia vividas, y está ligada a sentimientos de preocupación y pena por el exceso de trabajo que tuvo que asumir su madre. V. rescata, en su trayectoria

laboral, la importancia del esfuerzo individual y no depender de un patrón, valoración vinculada a la percepción subjetiva de los trabajos que tuvo su madre:

*Siempre la veía a mi mamá que todos siempre la mandaban, que limpiara, que hiciera esto, que hiciera aquello. Yo no quería depender de nadie, quería que mi trabajo sea mío y que si yo quiero hacerlo, lo hago, y si no quiero hacerlo, no lo hago (V.1: 7).*

V. busca poder ser autónoma en la generación de trabajo y se propone tener un oficio y herramientas propias que con esfuerzo consigue:

*Mi mamá nos enseñó a hacer muchas cosas, a defendernos en la vida y no depender de un patrón ni nada, por eso yo tengo una máquina perforadora de pozos. No quería que me mandara nadie a mí, yo quería trabajar por mí (V.1: 6); mi amigo me decía ‘vos, para no depender de nadie, te tenés que hacer una de éstas...’; (...) empecé trabajar y trabajar, y así me compraba las piezas. Las llevaba al tornero que me torneara las piezas y me la iba armando mi amigo. Así fui haciendo hasta que me armé la máquina (V.1: 7).*

Actualmente trabaja en la cooperativa de vivienda Felipe Varela y realiza trabajos con una perforadora de pozos de su propiedad; este logro le permite ayudar a otros, a que tengan una posibilidad cuando ofrece la máquina para que trabajen jóvenes del barrio que lo necesitan. “(...) yo estoy en la cooperativa y en mi trabajo, yo tengo una máquina perforadora de pozos... con varios compañeros, dándole algún trabajito cuando sale un pozo. Dándole una changuita. A los chicos de las esquina los llevo a trabajar” (V.1: 7).

V. inicia su participación social y política en un ámbito colectivo luego de la estafa relativa a la compra de un terreno para ella y su familia; esta situación injusta la impulsa a actuar: “(...) Salí de eso [refiere a la estafa] y empecé a ver los terrenos del frente de mi casa. Y dije... vamos a poner una cooperativa, algo tenemos que hacer. Averigüé todo, fui a catastro, fui a rentas, a todos lados” (V 1: 11). Para V. entonces se configura así una manera de resolver una carencia material (habitacional) y

una estrategia colectiva y solidaria con otros, con quienes compartía la misma necesidad.

La experiencia de la toma y las acciones colectivas (marchas) ligadas a la misma son significadas positivamente como vivencias de logros, que dan respuesta no sólo a necesidades materiales (acceso a la tierra), sino también a necesidades simbólicas de reconocimiento del esfuerzo y la participación. Queda claro en el discurso de V. la importancia que tiene el trabajo y el esfuerzo en contraposición a la dádiva como estrategias que se esmeran en diferenciar para acceder a un recurso, en el cual articulan estrategias de acción colectiva, movilización y de negociación con los dueños de la tierra para pagarlas a un precio justo.

*(...) Entonces peleamos por el tema de la expropiación a la provincia y a la muni. Ninguno nos dio bolilla. Entonces, en el 2011, compran para hacer un country, al lado del predio nuestro. No es el mismo dueño. El tipo del country va y le hace una propuesta para comprar las tierras. Entonces nos llama y nos pregunta qué vamos a hacer porque él va a vender las tierras. Entonces automáticamente formamos otra toma, el 26 de julio del 2011. Tomamos las tierras y ahí formamos la cooperativa (Felipe Varela) y negociamos cuánto le íbamos a pagar las tierras, en cómodas cuotas... (V.1: 14).*

R.<sup>55</sup> reconoce a la familia como una institución siempre presente en su historia de vida, ante diversas situaciones de resolución de necesidades, tanto materiales como simbólicas. Expresa sólidos vínculos afectivos con su familia de origen (hermanos y madre, especialmente) como con su primera familia política, siendo mencionados en distintos momentos de las entrevistas, rodeados de significados de afecto, apoyo y contención ante diferentes situaciones de la vida por la que la entrevistada transcurre.

Constituye su familia nuclear a temprana edad, ya que cuando ella tenía 18 años, queda embarazada. Este acontecimiento marcó su vida, en tanto implicó dejar de lado momentáneamente su deseo de continuar

---

55. R. es una mujer de 39 años nacida en la ciudad de Córdoba, donde continúa residiendo. También está presente la migración a otras provincias en esta historia de vida, pero asociada a búsquedas de proyectos de pareja y de vida que reconocen un nivel de análisis, de decisión, y no por procesos de exclusión económica como sí observamos en las historias de F. y An.

estudios universitarios. Luego de un tiempo se produce una ruptura e inicia otra experiencia de pareja.

R. resalta la presencia incondicional de la familia, que asocia a una experiencia afectiva, de contención, de tranquilidad, de diálogo, de análisis y reflexión sobre sus proyectos de vida. No se percibe dramatismo ni angustia ante situaciones conflictivas o momentos críticos como puede ser una separación; el diálogo, el análisis, el acuerdo, la presencia de un “otro” dispuesto a apoyar es lo que predomina en estos momentos de cambio o críticos en su trayectoria de vida. La resolución de los aspectos prácticos de la separación se estructura en torno a las necesidades de los hijos, dentro de las cuales las educativas son prioritarias.

Su trayectoria estuvo marcada por algunas mujeres muy significativas: su madre, su ex suegra. Ambas asociadas con la idea de protección, contención, acompañamiento, como también al compromiso ideológico político. Las necesidades simbólicas (identidad, proyección, trascendencia, posibilidad de decidir) son elementos siempre presentes en su relato que da cuenta de otro lugar social, diferente a los otros entrevistados (F., An., V.).

Respecto a la dimensión laboral, el auto sostenimiento económico y la inclusión en el mundo productivo se asienta también en el apoyo material de su familia política que posibilita un proyecto de autonomía de pareja ante un embarazo adolescente. El trabajo está siempre presente como algo prioritario, instalado en ambas familias de origen (la propia y la política).

El primer trabajo que consigue independientemente de sus familias es de tipo educativo, tarea que le resulta familiar y en el que se siente segura y con recursos debido a su trayectoria familiar (madre docente) y educativa. “Tenía veinte años, recién cumplidos y una escuela donde había algunos chicos repitentes...”. Otro tipo de trabajo fue cocinar viandas, y se vincula con aprendizajes realizados en experiencias previas donde encontró como modelo a su suegra que desarrollaba esa tarea en un camping.

Su trayectoria laboral está marcada por trabajos informales y, por lo tanto, inestables; la forma de acceder es, generalmente, a través de redes horizontales de intercambio-solidaridad: “Vino una amiga y me dice: ‘che, mirá, acá cerca, cerca de ahí del barrio, hay una academia de apoyo secundario, primario’, dice, ‘¿no querés?’ (R.1: 14).

Las decisiones respecto a los trabajos se toman combinando el criterio de la mejor organización familiar en relación al cuidado de los hijos: “Fui

*dejando lo de las comidas y metiéndome más en esta academia, y después un tiempo hice lo mismo, pero en mi casa, o sea, no una academia pero sí me organicé, digamos, los horarios* (R.1: 15). En las distintas estrategias laborales, la familia siempre está presente para el cuidado de los hijos y, en particular, en relación a la escolaridad, aspecto que organiza la vida cotidiana.

La dimensión educativa tiene un lugar distinto en la historia de vida de R. respecto a F. An. y V. Para ella es una necesidad en el plano simbólico prioritaria. En la de éstos últimos, ante acontecimientos familiares que afectan la resolución de necesidades familiares, el trabajo es prioritario frente a la educación. En el caso de R., si bien el trabajo aparece como una necesidad insoslayable a temprana edad, no existe un abandono de la dimensión educativa, ni en relación a su propio proyecto de vida, ni al de sus hijos. Por el contrario, para R. la educación es una necesidad que la involucra en la reflexión, la búsqueda de alternativas y el deseo de continuidad. Cuando el estudio depende de sus propias decisiones sigue siendo una prioridad en su proyecto de vida. Desde los 18 años, ya con pareja y con una hija, el estudio está presente como necesidad y como deseo, lo que es apoyado y reforzado por su familia biológica y política.

Estas decisiones, lejos de ser meras ilusiones, estaban acompañadas de acciones concretas:

*Empecé con el T. recién nacido, que por ahí lo cuidaba un poquito A., lo cuidaba un poquito E., la abuela, pero era muy sacrificado, porque yo tenía que caminar como tres kilómetros para tomar un colectivo, para ir a la terminal de Carlos Paz, para venir acá, y a la vuelta lo mismo, volver ya de noche, caminar. Era realmente muy pesado, pero bueno fui haciendo algunas materias... (R.1: 8).*

En esta etapa la tensión está entre el cuidado de los hijos, el lugar de residencia y el estudio.

Con respecto a la educación de sus hijos, las decisiones sobre cuáles son las instituciones educativas acordes para sus aprendizajes son una necesidad prioritaria, en la cual pone en juego la tensión ideológica sobre lo público y lo privado, que relativiza haciendo priorizar la calidad educativa al valor de la enseñanza y su aporte a las trayectorias escolares de sus hijos.

En cada nuevo escenario educativo por el que transita se suma a iniciativas –se podría decir alternativas– de militancia, y comenzando a andar ese camino, se siente atraída por la dimensión más territorial de la participación política. Las carreras universitarias vinculadas a las áreas sociales y humanas<sup>56</sup> son un ámbito propicio para el interés de participación política, ya que combinan la presencia de pares, jóvenes con las herramientas de lectura de la realidad social y sus contradicciones, aunque ello no implique la elección de la posición de académico para dar desarrollo a estas inquietudes. Se puede decir que éste es el caso de R., quien desde este ámbito y con estas herramientas, elige el territorio como espacio para su participación política:

*Fue más un trabajo barrial, digamos, me acuerdo que fue en los últimos meses de Mestre, esos cierres de los servicios de los hospitales, de obstetricia, ginecología, y qué sé yo, nosotros desde la universidad, yo que estudiaba y algunos chicos más y otros no, eso era como una iniciativa de..., yo todavía seguía militando en Quebracho, pero una iniciativa más de ir a trabajar a los barrios (R.1: 13).*

Luego, desde su militancia territorial, en el año 2009 lidera, junto con otros integrantes de la agrupación Aníbal Verón, la toma de tierras en la zona sur de la ciudad de Córdoba. Esa experiencia marca su vida familiar y le exige mucho esfuerzo para sostener su vida cotidiana, que combina cuidados familiares, trabajo y responsabilidad política.

Ag.<sup>57</sup> pertenece a una familia cuyos padres eran empleados del sector público estatal, trayectoria que se vio interrumpida por cuestiones de salud, en el caso de la madre, y por la decisión de renunciar, en el caso del padre. Su madre trabajó en el Consejo del Menor del Ministerio de Desarrollo Social de la Pcia. de Cba., como docente, hasta los 34 años de edad, cuando debió ser jubilada por sufrir un ACV por el cual tuvo

---

56. R. cursa la carrera de Historia en la Universidad Nacional de Córdoba durante la década de los '90.

57. Ag. es una mujer de 37 años. Nació en Buenos Aires y cuando tenía un año de edad su familia se traslada a Cba. por razones de salud de ella. Es la segunda de un grupo de tres hermanos, y madre de dos jóvenes, hijos de padres diferentes. Desde hace cuatro años está en pareja con un compañero de la organización social en la cual participa.

serios problemas de movilidad y un delicado estado de salud. Su padre fue empleado de la Municipalidad de Córdoba, trabajo al que renunció por el bajo salario que allí percibía, y por la posibilidad de desarrollar su actividad en el sector privado; sin embargo, esta inserción fue moldeada por los cambios estructurales ocurridos en el mercado del trabajo, fundamentalmente, a fines de los '80 y durante la década de los '90, donde experimentó la desocupación, el trabajo en negro y el cuentapropismo. En este proceso de empobrecimiento sufrido por la familia de Ag., ligado a las dos crisis de la última mitad del siglo XX, la hiperinflación de finales de los '80 y las modificaciones en la estructura del empleo y la producción de los '90, la entrevistada reconoce estrategias de supervivencia diferenciadas: en los '80 reconoce que se apeló a estrategias colectivas, desplegadas en el espacio público, mientras que en los '90 la crisis se expresó más en los espacios privados.

*En Alfonsín vi más la cuestión colectiva, me acuerdo, por ejemplo... Me acuerdo de ir a hacer la compra comunitaria, mi mamá juntaba la plata con los vecinos y se iba a un lugar que se compraba al por mayor; era como que había un sistema de ayuda. Yo vivía eso, vivía lo comunitario. Eso en la crisis de Alfonsín. En la de Menem, el individualismo absoluto. O sea, ver a mi viejo mal y ver en la cuadra a los vecinos tomando el mate cocido y las minas laburando. Ya en lo que era La Cañada había un asentamiento, una villa y se empezaba a ir a los súper, con los saqueos. Fue una época en la que ya tenía 17, 18, 19, ya estaba embarazada de mi hijo, me acuerdo. Cuando estalló la crisis, yo vivía en un barrio en donde había muchos empleados de FADEA, entonces hubo despidos masivos en FADEA; entonces era ver a los vecinos ponerse un kiosco, un remis, pero nadie comprando, porque tenías un kiosco, un kiosco, un kiosco, remises por todos lados... La de Menem la vi más individual, más desesperación individual. Todos metidos para adentro, digamos. Porque duró bastante, no fue sólo el estallido, fue de a poco, fueron muchos años... Ver a mi vieja haciendo la cola para pedir la beca, y mi viejo haciendo de todo para que no se note, pero nosotros nos dábamos cuenta. Ahí fue cuando me di cuenta de la necesidad, o de la diferencia (Ag.1: 4).*

La educación y la cultura tienen un lugar preponderante en la familia de origen de Ag., fundamentalmente en la de la madre, ya que sus abuelos maternos ya habían accedido a la educación superior y con importante acumulación de capital cultural:

*Toda la familia de mi mamá eran de la pintura, de los salones literarios, te estoy hablando de la época de los veinte, ¿no? Casa con pianos, vajillas de plata... Entonces eran todos escenógrafos del Colón, pintores reconocidos, todos con plata. Mi abuelo después se hace médico, siempre pintó, pero después se pone a estudiar medicina. Entonces vivían bien. Incluso le pagaban la Universidad de El Salvador a mi mamá (Ag.1: 6).*

Con estos antecedentes familiares, Ag. relata su propia trayectoria educativa resaltando que frente a la crisis que atravesaba el sistema educativo, sus padres apelaron a dos estrategias diferenciadas a los efectos de priorizar procesos educativos de calidad: para el caso de las hijas mujeres su inserción en establecimientos privados, a través del sistema de becas, y, posteriormente, el ingreso a las escuelas preuniversitarias de la UNC, que incluyó también al hijo varón. Finalizada la escuela media, la continuidad de los estudios en el nivel superior –terciario y universitario– fue un desafío asumido por la familia; es así que Ag. y sus dos hermanos cuentan en la actualidad con títulos profesionales.

Los relatos de Ag. respecto al sistema educativo expresan una tensión o conflicto sostenido con la institución escolar, no así con el conocimiento o la cultura; lo que se ve expresada en la permanente confrontación con las pautas, normas y relaciones sociales instituidas en el espacio escolar: lo educativo ocupa un lugar central en la experiencia de Ag. Y sobre todo en el marco de su participación en organizaciones sociales, con sectores de pobreza estructural y en sus expectativas de generar procesos de transformación social.

Su posición desde la educación popular y sus experiencias laborales las articulará con esta perspectiva educativa:

*Me gustaba la educación (...) empecé a ver que había cambios pasado por lo educativo. Yo veía que por todos los sistemas que había pasado, tenía cuestionamientos para hacer, pero también veía todas las posibilidades que tenía al tener tantos años a jóvenes y que el sistema no*

*aprovechaba. Entonces, me hice maestra. (...) iba caminando por el barrio y encuentro la biblioteca de Bella Vista, la biblioteca popular, entré y me encantó lo que veía. Chicos que saltaban por la ventana, libros en cajones de manzana. Y me dije que quería estar ahí. Empecé y después estuve once años ahí, me hice cargo de lo que era animación a la lectoescritura. Ahí conocí autores que me quebraron la cabeza, qué te digo. Me hicieron ir armando lo que soy, más allá que mucho tuvieron que ver mis viejos, esto de la solidaridad, de pensar más en el otro que en uno mismo. Era como una forma de vida en mi casa (Ag.1: 8).*

A lo largo del relato de la entrevistada se evidencian conflictos entre el trabajo educativo y la dimensión institucional de la experiencia educativa, que resuelve cambiando de contexto institucional:

*Después de Bella Vista, me empezaron a llamar de otras ONGs, porque ya habían visto unas experiencias de trabajo nuestro, ganamos un premio nacional en la feria del libro por el trabajo de promoción a la lectura. Dentro de ese mundo o dentro de la universidad misma, íbamos mucho con la Biblioteca, entonces te empezás a hacer conocido y te empiezan a llamar. Nunca tuve la cuestión de no tener trabajo (...) (Ag.1: 10).*

Ag. reconoce como inicio de su participación política a la creación de la organización social Túpac Amaru en Córdoba, acción que encaró junto a otros con quienes se conocía por el trabajo que venían realizando en barrios de la ciudad:

*Yo siempre tuve experiencia de desarrollo social en los distintos barrios. Pero no dentro de una organización social. Siempre llegaba a trabajar en los barrios a partir de alguna institución, algún trabajo puntual, articulación con la universidad o algún programa de la provincia que me contrataban para hacer esa tarea específica. Yo trabajaba más que nada en lo que es alfabetización y animación sociocultural (Ag.2: 1).*

Conocer dicha organización fue determinante para Ag., tanto por la direccionalidad que comenzó a darle a su trabajo territorial, como así también porque comenzó a definir su identidad de clase:

*Si bien yo siempre iba a trabajar a los barrios, mi situación era más cercana a la de la gente de los barrios que a la de otros sectores. Alquilaba, no tenía casa, no tenía laburo estable, no tenía obra social. Yo sentía que mi realidad estaba identificada con esa realidad (Ag.2: 1).*

El reconocimiento de que sus necesidades materiales eran muy parecidas a las de las personas que ella creía asistir, con la única diferencia de un mayor capital cultural por las trayectorias de su familia, pero un empobrecido capital económico que la hacía pertenecer a los sectores populares.

Estas cinco trayectorias y sus dimensiones familiares, laborales y educativas tienen –manteniendo sus perfiles únicos– algunos elementos comunes: el lugar prioritario que ocupa la resolución de necesidades de subsistencia a través del trabajo, la experiencia de la migración, la interrupción de las trayectorias educativas relacionadas con la necesidad de trabajar –con excepción de Ag.– y la apelación a las redes familiares o sociales para la resolución de necesidades. Comparten experiencias de vida propias del campo popular que nos remiten a la tesis 2 de Dussel: “Para mantenerse vivo, el ser viviente necesita empuñar o inventar medios de sobrevivencia. Esta **voluntad de vivir** es ancestral y de tendencia comunitaria, por ello están presentes las estrategias de solidaridad y de tendencia a constituirse en un grupo” (Dussel, E., 2006).

La idea de protección está asociada a la construcción de un nosotros donde los lazos afectivos y las emociones surgen del cuidado mutuo frente a las amenazas externas: el relato sobre la toma de tierras es muy contundente en los entrevistados. Aquella vivencia de la protección cercana vinculada a lo familiar se proyecta a lo público, y recrea en la red de solidaridad que funda el ideario de la organización social-política, en la relación entre los miembros, en general, y entre los miembros de base y dirigentes, en particular.

### **3.4 | Las mujeres y su participación en la resolución de necesidades**

Incluimos la perspectiva de género desde los aportes teóricos de Nancy Fraser (1997), quien sostiene que ante la desigualdad de las mujeres en el sistema social capitalista y patriarcal se construyen diferentes modos de lucha para visibilizar la injusticia: luchas por el reconocimiento de la diferencia y por la redistribución de los recursos. La autora aborda el dilema de

redistribución-reconocimiento, analizando que el paradigma de la redistribución contiene orientaciones centradas en la clase que busca la transformación socio económica para producir justicia, mientras que el paradigma del reconocimiento contiene orientaciones que buscan el reconocimiento cultural y la igualdad social de las identidades injustamente devaluadas.

Una de las características principales del género es su estructuración político-económica, “*división fundamental entre trabajo remunerado ‘productivo’ y trabajo doméstico no remunerado ‘reproductivo’*” (1997: 32); asociando el primer tipo de trabajo al varón, caracterizado por el manejo de funciones en la industria manufacturera y/o profesional, basado en salarios altos, y el segundo tipo de trabajo dirigido hacia la mujer, determinado, principalmente, por desarrollar funciones en el servicio doméstico, basado en salarios bajos.

Esta estructuración político-económica, vinculada a la dimensión de la clase, expresa una injusticia de género para cuya superación es necesaria la eliminación de la explotación, marginación y pobreza. Conjuntamente se construye una diferenciación cultural-valorativa, que es otra de las características relevantes en el género, acudiendo prontamente a la lucha por el reconocimiento:

*Una de las principales características de la injusticia de género es el androcentrismo: la construcción autoritaria de normas que privilegian los rasgos asociados con la masculinidad. De la mano del androcentrismo va el sexismo cultural: la difundida devaluación y desprecio de aquellas cosas que se codifican como ‘femeninas’, paradigmática, pero no exclusivamente, las mujeres (1997: 33).*

Desde esta posición teórica, indagamos la dimensión de género a partir de algunos ejes de análisis, tales como: el mundo de la vida cotidiana de las mujeres y los hombres en las organizaciones de base, y las vivencias que son experimentadas a partir de los roles de género, que se dan a partir de las funciones desempeñadas tanto en el ámbito laboral, como al interior de la organización de base.<sup>58</sup>

58. La metodología que llevamos a cabo para analizar estas categorías fue la realización de grupos focales a diferentes integrantes de la organización, varones y mujeres sobre tres tópicos: política, género y educación.

El análisis se desarrolla a partir de la categoría referida a las *representaciones sociales*, entendidas, según González Rey (2008), como producciones simbólico-emocionales articuladas en la subjetividad social e individual, concibiendo al sujeto como generador en los espacios sociales en los que actúa.

Las mujeres construyen representaciones acerca del mundo y de sus prácticas en la medida que ocupan posiciones en el campo de lo social. La posibilidad de ocupar nuevas posiciones en nuevos espacios sociales habilitan a integrar nuevos sentidos y configuraciones que volverán a conformar una experiencia subjetiva con sentido. Lo que nos interesa caracterizar es si existen en esta experiencia organizativa, reestructuraciones sociales que posibiliten a los miembros constituirse y posicionarse como pares, para lo cual es imprescindible la redistribución de recursos materiales que amplíen los márgenes de independencia y el reconocimiento de la diferencia posibilitando igualdad social.

Los contenidos desarrollados en los subtítulos precedentes nos permiten identificar el lugar y la posición de las mujeres en estos espacios.

Ellas expresan que la participación está conectada con la idea de trabajar para los demás, en el sentido de ayuda, de compromiso, diferenciándose de la política tradicional en la cual el trabajo político redunda en un beneficio propio y material. Las mujeres dicen tener un rol protagónico (en la toma de decisiones), sobre todo aquellas con un mayor proceso de escolarización (por ej., nivel terciario completo, maestras). "(...) Como la mayoría siempre somos mujeres, te diría un sesenta o cuarenta por ciento, estamos en las asambleas de delegado" (S., grupo focal).

De este modo dan cuenta de la participación de la mujer y realizan una interpretación de este dato:

*Tiene más capacidad y se involucra (...) me parece que la mujer se hace el tiempo que el hombre no puede hacerse en base a la necesidad laboral (...) sí, yo opino igual que ella, porque yo veo día a día ahí en el barrio que la mujer tiene que salir a trabajar, ir a trabajar ahí a la cooperativa, atender a sus hijos, su casa...* (M., grupo focal).

Las mujeres son las que organizan, administran y ofrecen los servicios para las familias del barrio, como la copa de leche y el apoyo escolar.

Los varones tienen mayor participación en la construcción del espacio físico colectivo y acompañando las acciones ligadas a la construcción de la vivienda: "*Al hombre le gusta más el trabajo de pintar y no estar con los papeles, y hay algunas que no nos gustan los papeles, a mí y a la Ana nos gusta más estar pintando que hacer los papeles ...*" (A., grupo focal).

Elizabeth Jelin analiza los casos en que las mujeres en situaciones de crisis social y económica salen de sus espacios domésticos para participar en organizaciones y acciones colectivas que les permite aprender, expresar sus necesidades y reivindicaciones; pero también sucede que muchas veces realizan tareas que refuerzan la subordinación de género, como es, por ej., el trabajo comunitario en comedores, en copas de leche... "*A menudo este trabajo no pago, representó una extensión del trabajo doméstico al comunitario, con lo cual puede fácilmente convertirse en invisible y en una forma de reproducción de la subordinación y de clientelismo*" (Jelin, 1996: 2).

Vemos en los testimonios que hay un esfuerzo por visibilizarse, por reconocerse con capacidad de trabajo en tareas vinculadas a la construcción de sus viviendas, donde mujeres y varones colaboran de igual a igual, que permite "*educarte de nuevo*", lo que otorga la igualdad y el reconocimiento en lo referido a los objetivos de la organización. El varón pasa a ser un *compañero* en este marco, un vínculo que no implica amistad o amor, sino la posibilidad de compartir un espacio político, tener objetivos comunes y, en ese sentido, generar relaciones diferentes a las dadas en los espacios tradicionales de la familia o en los vínculos afectivos como la amistad:

*Yo tengo amigos varones, novios varones, pero no era esa palabra de 'compañeros'. Yo creo que en la organización de a poquito empezás a escuchar más esa palabra, como un vínculo que no es la amistad, que no es el amor, tiene que ver con todo un mundo porque implica un montón de cosas (...) discutir, hacer cosas juntos (...) pasaste un montón de cosas, y bueno, son compañeros. Yo por mis compañeros salgo a luchar* (R., grupo focal).

Otro punto que expresa esta dimensión (género) es la forma en que la organización genera apoyos, respaldo y contención ante situaciones de

violencia de género. En estas situaciones la organización se transforma en un referente legítimo que visibiliza la violencia como un problema social no referido al ámbito privado, y lo transforma en una nueva demanda en el marco de la defensa de los derechos. Si bien la organización tiene como prioridad de acción política el acceso a la tierra y a la vivienda, siendo ésta la necesidad que los reúne, se abordan a través de la organización otras situaciones que implican vulneración de derechos. En la organización se genera una *red de vínculos* que contiene y acompaña, por parte de las mujeres que van tomando posiciones de liderazgo y de coordinación frente a este tipo de necesidades.

Las mujeres en el marco de la organización, por el espacio colectivo que, a través de ésta, se construye, generan un proceso de desnaturalización de sus condiciones de vida (afectivas, de pareja, cotidianas) que produce conflictos en ellas y en su entorno familiar, en las relaciones con sus parejas y con sus hijos. En las entrevistas se observa cómo ellas identifican la descalificación simbólica de sus parejas hacia el trabajo cotidiano en el ámbito de lo doméstico:

*(...) Yo tengo otra experiencia con mi marido. A mí me dicen que yo me tengo que levantar temprano, que vos no. Yo me levanto a esa hora porque tengo que llevar a los chicos a la escuela. Pero sí, todo el tiempo te están recriminando que si ellos hacen algo es porque yo me lo gané, porque yo trabajo. Bueno... entonces yo también puedo trabajar, si yo no tuviera los chicos me iría a trabajar. Pero yo a ellos no tengo con quien dejarlos. No... es muy difícil, ellos nunca entienden esa parte. Yo con mi marido lo vivo día a día (A., grupo focal).*

El conflicto aparece también cuando la mujer “sale” al espacio público, ya sea con el objetivo de participar en la organización o para ocupar otros espacios y generar otros intereses, por ej., seguir estudiando o asistir a las reuniones, hecho que implica para su pareja, los “otros” (pareja), descuidar su lugar de reproducción cotidiana.

*(...) Yo me quise anotar en el colegio y él me dijo para qué vas a estudiar ahora, tuviste tiempo para estudiar, ahora hay que atender a los chicos. A mí me pasa lo mismo, él no me entiende, no me comprende,*

*no le gusta, él no lo comparte, pero a mí siempre me gustó. Aquí, cuando empezamos, que iniciamos la toma, el primer día se necesitaba coordinador y él estaba a upa mío y me dio un codazo y me dice: llegás a decir que sí y te quedás sola aquí... no entré ese día, después, al tiempo, me empecé a sumar... empecé reemplazando a una compañera a la copa de leche y terminé teniendo la llave del comedor... y ya me agrupé y ahora estamos en todos los proyectos (N., grupo focal).*

Si bien existe un proceso de reconocimiento e igualdad entre los varones y las mujeres que participan en la organización, también observamos algunas disputas en los roles y actividades que llevan a cabo, reclamando implícitamente la redistribución en el sentido otorgado por Fraser (1997). Por ej.: en la organización de las actividades barriales como los festejos, actividades comunitarias, se dividen tareas: las mujeres cocinan, cortan las verduras; los varones quieren participar, pero las mujeres dicen que ellos no saben, reproduciendo ellas también algunos mandatos en relación a las habilidades de los géneros. Un entrevistado varón dice: “*En la organización no hay muchos hombres... las mujeres trabajan más que nosotros, nosotros vamos y esperamos a ver qué hay que hacer*” (P., grupo focal).

Las mujeres identifican mayor igualdad en la organización que en el ámbito de lo doméstico. El conflicto y la desigualdad se identifican, sobre todo, en el espacio familiar, según la mirada de las entrevistadas, dando cuenta de que participar implica descuidar el rol tradicional de las mujeres al interior de los espacios privados. “*Por ahí tiene problemas en su casa ¿Por qué vas tanto a las asambleas? ¿Por qué te vas a las marchas?... nos ha pasado muchas veces que te cuestionan, el tiempo, el desgaste, te cuestionan un montón de cosas...*” (N., grupo focal).

En la participación comunitaria, fuera y dentro del territorio, las mujeres encuentran un ámbito de construcción de subjetividad individual y social, en el cual se resalta su papel en la toma de decisiones. La participación en los espacios barriales también facilita, ya que permite articular los tiempos del trabajo doméstico, cotidiano, de reproducción social con la acción política. Estos espacios comunitarios, no sólo son una manera de satisfacer necesidades básicas para el entorno barrial, sino que son un espacio de sociabilidad, de compartir con otras mujeres y de participar en la esfera pública. Implican la posibilidad de adquirir autoestima y poder

salir del ámbito doméstico. En este espacio público que se construye en la organización, las mujeres comparten vivencias, expectativas, intereses y ejercen diferentes acciones orientadas hacia las reivindicaciones, las cuales van dirigidas a exigir y participar del mundo público.

En las entrevistas realizadas a los diferentes integrantes de las organizaciones, en los diferentes proyectos y momentos del trabajo de campo observamos cómo mediante la participación de las mujeres, es posible el reconocimiento de sus acciones (por parte de “los otros”) en el campo de lo político, y las acciones de esa política se generan desde las necesidades de la vida cotidiana, en estos casos referidas a la vivienda y el trabajo.

## Bibliografía

- CLEMENTE, A. (Coord.). (2004). *Territorios urbanos y pobreza persistente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Espacio Editorial UBA Social.
- DUSSEL, E. (2006). *20 tesis de Política*. México: Ed. Siglo XXI y CREA.
- FRASER, N. (1997). *Justicia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Ed. Siglo del Hombre. Universidad de los Andes.
- GARCÉS L. y LUCERO, M. (2006). *Políticas Sociales y ciudadanía*. San Juan: Ed. Fundación Universidad Nacional de San Juan.
- GARCÍA LINERA, Á. (Coord.), CHÁVEZ, M. L., y COSTAS MONJE, P. (2004). *Sociología de los movimientos sociales: Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política* (4ª edición). Plural editores / AGRUCO /NCCR Norte-Sur.
- GRASSI, E., HINZTE, S. y NEUFELD, M. (1995, noviembre). *Políticas Sociales y sujetos de derechos*. *Cuadernos México Sociales*, N° 72.
- GONZALEZ REY, F. (2008). *Subjetividad Social, Sujeto y Representaciones Sociales*. *Diversitas. Perspectivas en psicología*, núm. 4. Bogotá: Univ. Santo Tomás.
- JELIN, E (1996). *Las Mujeres y la cultura. Cultura Ciudadana en América*. Argentina: UBA, Conicet.
- HERMIDA, M. E. (2014). *La noción de Pueblo en Laclau: aportes para el problema del sujeto colectivo en Trabajo Social*. Ponencia presentada en la VII Jornadas de Sociología de la UNLP. UNMDP/ CONICET.
- LANDER, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntrico. En Lander, E. (Comp.). (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Bs. Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. pp. 246. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/lander1.rtf>
- NATALUCCI, A. y PAGLIARONE, M. F. (2013). *Revisitando los conceptos de lo social y lo Político: Movimientos Sociales, Procesos de democratización y Nuevas institucionalidades*. *Andina de Estudios Políticos*, Vol. III, N° 2, pp. 77-98. Disponible en: <http://revistas.ojs.es/index.php/revistaestudiosandinos/index>; <http://revistas.ojs.es/index.php/revistaestudiosandinos/index>.
- PERALTA, M. I. (2006). *Las estrategias del clientelismo “social”*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- TAPIA, L. (2009). *Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política*. *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*. Bs. Aires.

## Capítulo 4

# La organización y la política: relaciones y construcciones subjetivas entre dirigentes y bases

María Inés Peralta y Javier Sueldo

### 4.1 | Conceptualizaciones necesarias para abordar la relación dirigentes-bases

Abordar la cuestión de los y las dirigentes, en este caso, de organizaciones de base territorial, nos lleva a recuperar el concepto “intelectuales” y con ello, ineludiblemente, a Antonio Gramsci (1976):

*La distinción que marca a los intelectuales no hay que buscarla en el núcleo intrínseco de las actividades intelectuales, sino en el conjunto del sistema de relaciones en el cual dichas actividades (y, por lo tanto, los grupos que las personifican) se encuentran en el complejo general de las relaciones sociales (...) Por ejemplo, el obrero no se caracteriza específicamente por su trabajo manual o instrumental, sino por ese trabajo en ciertas condiciones y en determinadas relaciones sociales. Así se forman históricamente categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en conexión con todos los grupos sociales, pero, especialmente, con los grupos sociales más importantes (p. 391).*

El papel de los intelectuales en la reproducción del orden social se entiende, justamente, a partir del nivel de organicidad o conexión más o menos íntima con un grupo social fundamental y se ejerce en las múltiples mediaciones que conforman las superestructuras en sus dos planos: la sociedad civil y la sociedad política. Volvemos a Gramsci, para definir a los intelectuales como los “gestores del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político” (1976: 394 y 395).

¿Qué debía caracterizar, según Gramsci, a la nueva intelectualidad, la intelectualidad necesaria, en un período histórico (1932-1935) en el que el proyecto de una sociedad socialista era una posibilidad real y concreta, y el proletariado un grupo social esencial que necesitaba de un grupo social intelectual, orgánico a sus intereses en miras de la construcción y consolidación de esta nueva sociedad? Es necesario ubicar el momento histórico en que se escriben estos aportes conceptuales para comprender la terminología utilizada, que puede ser percibida como extemporánea, pero, más allá de ello, los rasgos siguen siendo esclarecedores y actuales respecto a lo que entendemos por “dirigentes”.

Los rasgos a los que nos referimos son:

1- Una capacidad crítica para modificar su práctica desde una nueva visión del mundo y para llegar a un nuevo equilibrio:

*El problema de la creación de una nueva capa intelectual consiste, por tanto, en elaborar críticamente la actividad intelectual que existe en cada individuo con cierto grado de desarrollo, modificando su relación con el esfuerzo nervioso muscular en busca de un nuevo equilibrio, y consiguiendo que el mismo esfuerzo nervioso-muscular en cuanto elemento de actividad práctica general que innova constantemente el mundo físico y social se convierta en fundamento de una concepción del mundo nueva e integral (Gramsci, 1976: 392).*

2- Una nueva relación entre teoría y práctica:

*El modo de ser del nuevo intelectual no puede ya consistir en la elocuencia, motor exterior y momentáneo de los afectos y las pasiones, sino en el mezclarse activo en la vida práctica como constructor, organizador, ‘persuasor permanente’ precisamente por no ser puro orador y, sin embargo, superior al espíritu abstracto matemático; de la técnica-trabajo pasa a la técnica ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se sigue siendo ‘especialista’ y no se llega a ‘dirigente’ (especialista más político) (Gramsci, 1976: 392).*

Estos rasgos son especialmente significativos respecto al vínculo, cercanía, empatía con el grupo social al cual el intelectual es orgánico; asimismo,

enfatisa en la relación entre conocimiento específico y actividad política, entre teoría e ideología, que sintetiza en el término “dirigente”.

3- En relación al carácter de organicidad de los intelectuales, Gramsci se pregunta: “¿Son los intelectuales un grupo social autónomo e independiente, o bien cada grupo social tiene su categoría propia y especializada de intelectuales?”. Para dar respuesta a este interrogante hace una fundamentación histórica y estructural en base a dos afirmaciones centrales: por un lado, plantea que todo grupo social, en tanto nace en relación a una función esencial en un modo de organización económica particular, “se crea al mismo tiempo y ‘orgánicamente’ una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y el político”. Por otro lado, que todo grupo social esencial, al surgir en la historia a partir de la estructura anterior y como expresión de un desarrollo de ésta, ha encontrado categorías de intelectuales preexistentes y que hasta parecían representar una continuidad histórica ininterrumpida, a pesar de los cambios más complicados y radicales de las formas sociales y políticas. Entender el surgimiento de estas funciones desde la perspectiva de las instituciones sociales permite entender cómo “estas categorías de intelectuales tradicionales sienten con ‘espíritu de cuerpo’ su ininterrumpida continuidad histórica y su ‘calificación’, presentándose ellos mismos como autónomos e independientes del grupo social dominante” (Gramsci, 1976: 390).

Los tres rasgos que caracterizan a los “intelectuales orgánicos” orientan la lectura de la relación que se establece entre los dirigentes de las organizaciones estudiadas con los miembros de base de las mismas, ya que quienes ocupan esta posición se proponen instalar los intereses y reivindicaciones de los sectores de pobreza urbana en la escena pública –lo que ellos/as llaman la “agenda del pueblo”–, acompañando un proceso organizativo de los sectores populares desde la presencia directa y cotidiana en acciones concretas con ellos y, disputando con “otros” políticos ese lugar de referencia, desde un nuevo modo de ver la resolución de las necesidades populares.

Nos interesa precisar sobre los intelectuales que juegan en la arena política; por ello, volvemos a Gramsci, pero desde la lectura que sobre el impacto y presencia de su obra en América Latina hace otro gran intelectual, argentino y cercano en el tiempo –Pancho Aricó (1988)–.

Este autor resalta

*La centralidad analítica de la cuestión de los intelectuales: desentrañar esta cuestión significa mostrar el modo en el que las clases o grupos dominantes organizan toda la trama de relaciones entre gobernantes y gobernados para poder dar cuenta luego de las formas particulares del Estado (p. 122).*

Aricó, respecto al tema que nos interesa, plantea que Gramsci habla “de y para” los intelectuales: “(...)hombres políticos capaces de retener la densidad cultural de los hechos del mundo, intelectuales cuyo saber se despliega y se realiza en el proceso mismo del transformar” (p. 23). Se expresa aquí nuevamente la idea de praxis y de la totalidad de teoría-práctica o reflexión-acción, que está presente en los testimonios de dirigentes y bases de las organizaciones estudiadas.

Por la importancia que tienen los intelectuales y la crítica a lo instituido en los partidos políticos de izquierda, en el texto de Aricó se le dedica un apéndice completo a las contradicciones y limitaciones de la clase de los intelectuales. En el Apéndice N° 4, *Intelectuales y Clase obrera*, desarrolla la conflictividad que caracterizó siempre el nexo entre intelectuales y clase obrera, fundamentándola en una razón de tipo simbólica –la relación conflictiva entre una construcción teórica y una práctica política que hacían de tal nexo un fenómeno necesario– y otra de tipo material –la experiencia vivida de los trabajadores que indicaba en los hechos de qué modo y hasta qué punto era únicamente posible–.

Aricó trae a Gramsci diciendo que “*la burguesía no logra educar a sus jóvenes (lucha de generaciones); los jóvenes se dejan atraer culturalmente por los obreros y se hacen o tratan de hacerse sus dirigentes (...) pero en las crisis históricas vuelven al redil*” (Gramsci, 1952). Por lo tanto, se hace necesario para que haya un nexo entre jóvenes intelectuales y pueblo, “*romper con las ataduras de clase y soldarse con la clase ‘progresiva’, subordinándose a los viejos de ésta*” (Aricó, 1988: 186). También cita a Portantiero al abordar esta cuestión:

*Es necesario liberarse de la tendencia que tenemos los hijos de las clases medias a abdicar del privilegio económico en que nos encontramos,*

*pero sólo a condición de intentar reemplazarlo por el acatamiento que presten las clases proletarias a nuestro liderazgo: es decir si ellas aceptan la presunta superioridad que nos da esta cultura que sólo se debe, justamente, a nuestro actual privilegio económico (Aricó, 1988: 186).*

La cuestión del poder está presente en todas las relaciones sociales, en sus expresiones macro y micro sociales y, por ello, es necesario abordarlo al estudiar las organizaciones sociales. Foucault (1992), respecto al poder y los intelectuales, plantea que:

*Cada lucha se desarrolla alrededor de un centro particular de poder (uno de esos innumerables focos que van desde un jefecillo, un guardia de viviendas populares, un director de prisiones, un juez, un dirigente sindical, hasta un redactor jefe de un periódico). Y si designar esos núcleos, denunciarlos, hablar públicamente de ellos es una lucha, no se debe a que nadie tuviera conciencia, sino a que hablar de este tema, forzar la red de información institucional, nombrar, decir quién ha hecho qué, designar el blanco, es una primera inversión de poder, es un primer paso en función de otras luchas contra el poder (p. 84).*

Desde estos lentes teóricos nos interesa ver las relaciones que se conforman en esta experiencia organizativa popular, evitando desviaciones idealizadoras, “basistas” o “alternativistas”; ya que el sentido emancipatorio nos exige reconocer todas las prácticas que aportan a la búsqueda de la transformación, la equidad y la justicia.

#### **4.2 | Rasgos de la cultura política latinoamericana para ubicar la relación dirigentes-bases**

Los nuevos procesos populistas en nuestra región son el escenario en el que hemos estudiado los movimientos sociales entre 2010 y 2015; se manifestaron como regímenes políticos que promueven el incremento de la hegemonía popular, en tanto que sus liderazgos se acercan a los movimientos sociales incorporando muchas de sus reivindicaciones como parte de la agenda del Estado, ya que como señala Follari, los movimientos políticos populistas son, quizá, la única posibilidad de participar del poder del Estado para las clases populares.

Respecto a la coyuntura actual, Follari acuña el término “neopopulismo” haciendo referencia a que retorna el populismo, repitiendo algunas características de los anteriores, pero renovando otras. Lo que comparten es “*el liderazgo personalista, la apelación a la plebs, el antagonismo hacia los otros partidos y la democracia liberal, la defensa de lo nacional, la tendencia a identificarse con el país en su conjunto*” (Follari, 2010: 103). Y las diferencias se encuentran, en tanto surgen en otro momento histórico con nuevas condiciones: una situación posmodernizada de la cultura, cuyas características son las débiles apelaciones ideológicas y compromisos éticos por parte de la mayoría de la población, y la incorporación de distintos sectores sociales que los apoyan con mayor peso, como los movimientos sociales, heterogéneos en relación a las demandas y objetivos que detentan, y menor peso de los sectores sindicales por los procesos de desindustrialización (Follari, 2010).

En tanto en este capítulo nos centraremos en las construcciones subjetivas ligadas a los vínculos que se tejen *desde y en* las organizaciones estudiadas, seguimos a Sebastián Barros (2012), quien plantea que la experiencia subjetiva de los populismos en América Latina excede el interés de los sectores populares en la resolución de sus necesidades materiales. El autor sostiene que, lo que está en juego es la legitimidad de la enunciación de las demandas sociales, qué sector puede tomar la palabra y constituirse en interlocutor válido. Sus palabras nos resultan esclarecedoras:

*La constitución de un nuevo sujeto a partir de la articulación de este tipo de demandas genera una transformación en la estima de sí y de los demás, que se refleja en el efecto discursivo más relevante que dispara la constitución de un sujeto popular: la obligación de escuchar* (p. 50).

En este proceso, es sustancial para los sectores populares, la existencia de un líder o dirigente que se constituya en su vocero, en el representante de los intereses populares. Retomamos una de las tesis de Dussel (2012) sobre el populismo, cuando se refiere a que en un proceso de lucha:

*No sólo es necesaria la teoría sino la fe, la creencia como convicción subjetiva que permite oponerse al Estado de derecho injusto. Se debe*

*creer en los postulados (el Reino de la Libertad, la Disolución del Estado, la Sociedad sin clases, etc.), pero también en alguien. El pueblo puede estar convencido racionalmente de un plan político, pero subjetivamente debe objetivar en alguien, en su honestidad, entereza, valentía, sabiduría, para entregarle el mandato de hacerse cargo de la responsabilidad de alcanzar la meta estratégica convenida”* (p. 174).

Estas afirmaciones se confirman a lo largo de las trayectorias de vida y los testimonios de nuestros entrevistados sobre su experiencia política pasada y presente.

### **4.3 | Prácticas concretas y construcciones subjetivas**

Desde estas reflexiones teóricas releemos testimonios y conclusiones de tres proyectos de investigación que, como dijimos en el capítulo introductorio, pusieron el foco en objetos distintos, pero todos apuntando a dilucidar las representaciones sobre lo social y lo político que los actores de esta experiencia organizativa ponen en juego en sus prácticas concretas; representaciones que son construcciones de las experiencias vividas en el pasado y en el presente.

Ante la pregunta, ¿quiénes hacen política en el barrio?, en una de las entrevistas de los grupos focales nos contestan: ¿Qué tipo de política? (AV.1). Esta pregunta sintetiza algo que está presente durante todas las entrevistas realizadas: el reconocimiento que la política no es una cosa sola ni unívoca. La devolución inmediata de esta pregunta a la nuestra permitiría afirmar que hay una reflexión preexistente sobre lo que la política es, que se reconocen diversas formas de prácticas políticas. Estos significados diversos sobre la política muestran la presencia de la categoría de la diferencia, construida desde la experiencia y desde la reflexión sobre la misma.

Ante la mencionada pregunta de, ¿quiénes hacen política en el barrio?, identifican varios actores políticos, que desarrollan distintas prácticas y a las que les asignan distintas valoraciones. Mencionan a los partidos políticos, a los centros vecinales, a los gobernantes, a los jóvenes y a los dirigentes de su propia organización, principalmente.

Las menciones concretas que recuperamos respecto a quienes ocupan una posición de “dirigentes” o “referentes”, que despliegan acciones políticas, son las siguientes:

Mencionan a los “partidos políticos” con sus estructuras tradicionales (comité o unidades básicas) y a quienes forman parte de ellos desde una pertenencia construida y reproducida casi naturalmente, independientemente de los cambios que en la vida cotidiana vengan aparejados por que dicho partido político esté en el Gobierno o no.

Los “centros vecinales”, cuya misión no estaría vinculada a los partidos políticos, sino a vehiculizar las problemáticas y necesidades de los vecinos a nivel del Gobierno local. Sobre ellos, los entrevistados dan muestra de una fuerte “desconfianza”, que linda con la “corrupción”:

*En teoría, el centro vecinal tendría que cubrir, no te digo un cien por ciento, pero, por lo menos, la mitad de todas las necesidades que pasan los distintos barrios, como te dicen las compañeras, el agua, el cordón, la luz, todas esas cosas a las que ellos tienen un acceso directo tanto al municipio como a la provincia. Sin embargo, no es así, a nosotros nos pasa que muchas veces hablamos con un montón de compañeros, donde ellos no tienen conocimiento que el Gobierno, a los centros vecinales, por mes, de acuerdo a la actividad, a la participación y a todo lo que haya, se les baja de tres a cinco mil pesos para el mejoramiento del barrio (Mujer, T. A. 2 y 3).*

Otro entrevistado, de la misma organización agrega:

*Y uno dice, la presidenta del centro vecinal no trabaja y el marido no trabaja, ¿de dónde saca la plata? Los que estamos acá nos hacemos la pregunta, creo que todos. El centro vecinal, la palabra vecinal, lamentablemente, la manejan los políticos. Dejé de ser un centro vecinal de la comunidad. Ya ahora todo lo maneja la política, ya no es el vecino quien lo maneja. Lo maneja un vecino a través de un político (T. 10).*

Los “gobernantes”, o sea, el partido que ocupa el Gobierno es otro actor político fundamental, ya que es quien implementa (o no) políticas sociales que permiten el acceso a la resolución de necesidades por parte del sector de la población que requiere del Estado para dicha resolución, apareciendo el trabajo, en primer lugar, y luego diversas coberturas vinculadas a aspectos educativos, culturales de mujeres, niños/as y jóvenes.

Ambas organizaciones valoran positivamente a los gobernantes del nivel nacional, resaltando, por lo menos, por tres razones. Por un lado, se valora el énfasis en el trabajo por sobre la asistencia:

*El trabajo es mayormente, por ejemplo, no acostumbrarnos a que nos den, como la política vieja partidaria, que nos daba. No nos acostumbramos a que nos den, si no que nos organicemos, nos ayudan a organizarnos hacia el trabajo, no acostumbrarnos a que todo nos den. Más allá de que nosotros estamos organizados, estamos organizado hacia el nuevo modelo de trabajo. Tener una cooperativa, ser reconocidos en eso (T. 11).*

Por otro, señalan como algo muy positivo la concreción de los anuncios que se hacen, que otorga credibilidad, en este caso, al Gobierno nacional, marcando una clara diferencia con el perfil del político que no quieren: “Propuestas o cosas de ella que están con hechos. No es una presidenta que les prometo, si todo sale bien. ¡No! Saca las cosas, las anuncia y están, se ven”.

El tercer aspecto significativo es la importancia material y simbólica de políticas que “igualan”, que achican distancias –aunque sean simbólicas– entre ricos y pobres; al respecto, es muy rico el siguiente testimonio:

*Para el pueblo, esa Asignación Familiar... gente que no tenía nada. Y dice, de repente, no tengo trabajo, pero sé que todos los meses, gente de familia numerosa, sabés que tenés eso que lo vas a cobrar, una platita ahí que va a estar... Como escuché decir: saqué el LCD para pagarlos en cuotas, pero bueno, ¿por qué tiene que tener un LCD los ricos no más? Si yo lo quiero tener también, quiero ver la Copa América que se vea así, ¿por qué un tele chiquitito? Hay personas que todavía tienen... pobres... en blanco y negro. Tengan una platita o unas changas y se van pagando las cuotas, ¿por qué no los pueden tener? (AV.22).*

Otro actor político que emerge en el escenario actual es “la juventud”, siendo muy fuerte la “esperanza” depositada en ella, lo que se puede asociar con el significado de acción, proyección y futuro:

*A mí me gusta porque se está alineando mucho la juventud, tengo muchas esperanzas en la juventud, ojalá tengamos suerte que la juventud*

*se encamine bien en la política para dar una mano no solamente social, en todo, para que el país salga adelante y creo que todos tenemos fe en la juventud, eso es lo mejor que se ve por ahora* (AV).

Las expresiones “alineando” y “dar una mano no sólo en lo social” y “para que el país salga adelante” se vinculan con un significado sobre la política como acción colectiva, como diferente a diversas reivindicaciones sectoriales y como expresión de un proyecto o modelo que afecta al conjunto de los habitantes del país.

Finalmente, el otro actor que hace política para nuestros entrevistados, es la “propia organización” a la que ellos pertenecen. Recuperando las diversas expresiones sobre sus propias prácticas podemos reunir una serie de rasgos que estarían alimentando una identidad política propia, distinta a las anteriormente mencionadas. Nos preguntamos entonces ¿cuáles son las particularidades o los rasgos de esta forma diferente de hacer política que estos sujetos construyen en su práctica cotidiana y que les confiere una identidad desde la cual se diferencian de los otros actores políticos?

*“El que hace política es el que se preocupa por la gente”* (AV)

Esta idea es central, tanto en las entrevistas como en la reflexión que hemos ido hilando durante nuestras lecturas y debates anteriores. Se relaciona con algo esencial que proviene de la “potencia” –que es “voluntad originaria de vida”–, lucha por permanecer en la vida humana; pero para que ello sea posible, es esencial el acto de solidaridad, la preocupación mutua para que la vida se torne posible, persistente y sustentable. Los rasgos de esta política con la que se identifican son: a) la solidaridad intergeneracional, ya que ante la emergencia de los jóvenes en la política, expresan que... “También no hay que olvidarse que la gente mayor aporta mucho a los jóvenes” (AV). b) Asimismo, la conciencia creciente de que la práctica política no es lo de siempre: esperar acciones que provengan “de arriba”, sino algo que tiende a ser más horizontal: “Ahora no se está haciendo política de los de arriba, sino que política de la gente, directamente” (AV). c) Otro elemento esencial es que nuestros interlocutores hablan no desde posiciones aisladas o individualistas, sino que es una constante la referencia en la organización o movimiento social: “(...) Acá hay una organización (...)

*claro, esto es una organización”* (AV). d) Remite, obviamente a la temática “utópica” del poder *obedencial*, que cambia el eje de la comprensión de la política (como concepto y como práctica).

Estos significados sobre la política no se construyen teóricamente sino desde la experiencia concreta de los vínculos entre dirigentes y bases de la organización. Ello se ve con claridad en el siguiente testimonio referido a los “punteros políticos”, quienes constituyen un peligro permanente para la construcción de vínculos organizacionales críticos, que doten a los movimientos sociales de una autonomía relativa para el ejercicio de una “nueva política”. Una de los participantes en las entrevistas dice lo siguiente sobre los punteros:

*Es gente que milita en un partido político, ¿me entendés? Entonces, por ejemplo, si el compañero (del movimiento social) no tiene bien en claro lo que es la organización, en qué consiste, en qué se basan, cómo es la lucha en conjunto, en diversas necesidades, todo eso es una lucha constante que a nivel de organización es algo que siempre tenés que estar fortaleciendo, confiando, siempre lo tenés que trabajar continuamente, para hacerle creer al compañero que lo que te dan ellos (los punteros) es para la necesidad del momento (...) los punteros juegan con la necesidad de la gente* (TA).

Estas palabras de nuestra interlocutora señalan el parte aguas cotidiano donde se van dirimiendo dos formas antagónicas de construcción de organización, de construcción de totalidades o vínculos orientados a mantener la subordinación o generar incipientes grados de emancipación. Los punteros desarman todo intento de que los pobladores asuman las herramientas con las que se puede transitar desde la pasividad de las víctimas a su autoconstitución paulatina como sujetos-actores de la autoorganización para la práctica consciente y crítica. Relacionando dos intervenciones en las entrevistas, podemos construir esta frase, muy elocuente al respecto: “Vos estás construyendo un espacio, estás formando a un compañero, le estás dando las herramientas y en una campaña política, viene el puntero... y todo se fue al carajo” (TA).

No obstante lo apuntado anteriormente, los movimientos sociales saben que, como también deben hacer política (“otra” política), no pueden ignorar la presencia de los punteros ni, mucho menos, ingresar

a una lógica de mutua exclusión con esos representantes de la política dominante; van aprendiendo a coexistir y a desarrollar estrategias que apuntan a ganarles la hegemonía territorial, sobre la base de un trabajo intenso de generación organizativa, mayor conciencia grupal y prácticas sostenidas. Éste es uno de sus mayores desafíos ya que a la par de esta convicción en la propia organización como herramienta, hay también una comprensión de las profundas e históricas necesidades de sobrevivencia que empujan a quienes las padecen a seguir esperando respuestas, aún de los históricos modos de hacer política. Tal como vemos en este testimonio recuperado de uno de los grupos focales:

—Pero ¿hay que creer o no entonces?

—Y hay gente que sí va a creer, que le van a dar, que van a ir; y otras como que no.

—La gente siempre está esperanzada. Siempre está esperando un mejoramiento. En que en una de tantas cosas que prometen... o si se presentan, siempre va a estar esperando que todo mejore. Siempre vamos a estar esperando.

—Algunos por necesidad. Si acá entran al barrio, tiempos atrás que la forma en que estábamos viviendo, que no teníamos ni para comprar chapas y el techo que se nos llueve todo, entonces viene el político y te dice te voy a dar dos o tres chapas, más vale que la gente tiene la esperanza de... si las chapas las necesito porque se me llueve todo (AV).

Es contundente el peso de la esperanza por mejorar las condiciones materiales de vida, que se sostiene a través del mecanismo de la promesa por parte de los dirigentes o intermediarios de la política. A pesar de haber experimentado el engaño o la promesa falsa, ante la necesidad, se vuelve a actuar igual movilizados por la resolución de carencias, no porque haya una mayor credibilidad en las nuevas figuras políticas.

Vemos expresado en el punto anterior que en la práctica política de las organizaciones entrevistadas se confronta con una realidad sustantiva: la corrupción de la política, práctica que tradicionalmente tiende a comprenderse como un quehacer que se mueve verticalmente, de arriba hacia abajo (de los que tienen el poder hacia los desposeídos), a partir de la autorreferencialidad de los primeros.

*¿Ustedes reciben visitas de otros políticos, de otros partidos en donde ven que hay este estilo: vayan a tal lado y a cambio le damos tal cosa? (AV). Sí, acá me han ofrecido también. 'Mirá, en tal lado hay una reunión, ¿querés ir? Van a dar chapas'. (AV).*

Esta confrontación es fundamental, porque los desposeídos están en estado de severa necesidad y la corrupción de la política juega con esa situación que, al perpetuarse, deslegitima más a la política y refuerza el estado de carencia y necesidad de los pobres. Esta última temática nos remite a la cuestión del conflicto, entendido como contradicción establecida (estructural) o en proceso de desestructuración (conflicto abierto). Un primer grado de ruptura con este círculo vicioso se da cuando la *potentia* va adquiriendo grados iniciales de autonomía relativa; vale decir, cuando comienza a romper con el círculo vicioso al que nos referimos. La mujer que cuenta y denuncia la corrupción política mencionada (ofrecimiento de bienes a cambio de apoyo partidario), prosigue:

*Pero yo, como estamos acá en la organización, les dije no, no me interesa ir para allá; porque si estamos en la organización respeto a los compañeros, y sí, no estamos trabajando con la política de esa forma, entonces dije directamente que no (AV).*

Como podemos ver, esa autonomía relativa de la *potentia* frente a los poderes instituidos autorreferenciales comienza cuando surgen las organizaciones, los movimientos colectivos de los desposeídos: parecieran ser la garantía de su permanencia y crecimiento. No existe, por lo tanto, voluntad de vivir posible si no es en el marco de solidaridades que se instituyen (el grupo, la organización, el movimiento social).

Todos los entrevistados de ambas organizaciones establecen una relación estrecha entre la política en la que pueden y quieren creer, con hechos concretos que vayan dando respuestas a sus demandas. Se construye así, un nosotros asentado en la identidad de quienes comparten un conjunto de necesidades y carencias, actores sociales que conocen sus vulnerabilidades y la asimetría con quienes detentan el poder institucionalizado, pero expresan la idea de un hacer política que tienda a romper con el verticalismo de “arriba hacia abajo”. Pareciera

fundamental este giro que comienza a darse en las expectativas del movimiento, en la medida que expresa una autoestima colectiva en ascenso de la agrupación y sus integrantes, un reforzamiento de las solidaridades y un sentido positivo de sus prácticas políticas. A sabiendas de la distancia social entre el mundo de los no-pobres y el de los vulnerables, un miembro del grupo dirá al respecto: *“Es que los de arriba siempre piensan que nosotros somos una sociedad al margen”* (AV).

Expresión de este giro creciente de interés por la participación política se encuentra en testimonios que valoran la dimensión formativa y esclarecedora del debate político, el encuentro con dirigentes o referentes –o sea, de actores que ocupan una posición diferente– caracterizada por el capital cultural, donde la palabra, la opinión, la escucha en un contexto especialmente preparado para ello, genera un fuerte impacto subjetivo. Se intuye, en el testimonio que sigue, un asombro, un descubrimiento, una emoción vivenciada en una experiencia colectiva y de vinculación con otros diferentes –jóvenes estudiantes universitarios–:

*Estuvimos todos debatiendo... en SMATA. Muy lindo estuvo eso, largamos las preguntas, todo, y nos reunimos en grupo a debatir a ver qué pensábamos, estuvo muy, muy lindo, todos pensando, bueno, la juventud, veíamos compañeros que venían de qué sé yo, de Deán Funes un grupo, una chica que estaba trabajando con... Fue un debate muy lindo, hablaron estudiantes de la universidad, que son de todo el país, de Jujuy, del sur* (AV. 4).

La experiencia vital de la práctica política como unidad intersubjetiva, como un proceso que compromete acciones, ideología y conflictividad, impacta en el sentido o fundamento de esa nueva unidad en construcción que es la política: *“Antes pensaba para mí y mi familia y nada más, en cambio, ahora no, pienso en los otros y yo me quedo afuera sin mi familia. Es otro pensamiento, ¿entendés?”* (TA). Otra integrante añade:

*Yo antes estaba en mi casa y ahora me gusta ir a ver a la gente (...) es como que estamos creyendo, yo y los otros estamos tratando de que la gente se vaya sumando más al barrio y pelear por el barrio, digamos por los otros también. Y bueno, participar en alguna organización, en la que también peleamos por los otros* (TA).

Se expresa con contundencia la comprensión de que la política es *“jugarse por los demás”*, ir hacia los otros, buscarlos, reunirse, coaligarse. Una de las participantes afirma algo esencial para la constitución de la unidad intersubjetiva: *“Es como que estamos creyendo...”*. La política ha sido por excelencia el lugar del doble discurso, la práctica que los pobres han mirado siempre con desconfianza, que convocaba siempre a sumarse para entregar el voto y recibir, a cambio, una prebenda; por eso, que se exprese el sentimiento de que se ha comenzado a creer, es de fundamental importancia. Las cosas son, entonces así: *“Nos reunimos y organizamos porque hemos comenzado a creer, y por delante tenemos una enorme tarea de auto-reivindicación de pelear a favor de nuestras necesidades”*.

El punto siguiente para nuestra interpretación/reflexión tiene que ver con la recuperación de la legitimidad de la política. Ante el planteo de que hay organizaciones, movimientos o algunos movimientos sociales que no creen en la política porque están cansados de ser engañados por los políticos y la pregunta sobre si: ¿se puede entonces prescindir de la política... condenarla a la política... fue (la política) una gran mentira que siempre nos vendieron? ¿Hay que creerle a la política? Una de nuestras interlocutoras dirá al respecto: *“Hay que creer para mí”*. (AV). Y añadirá otro de los participantes: *“Pero con las reglas, porque si uno no cree en política, ¿en qué va a trabajar uno? ¿En qué se va a expresar?”* (AV).

Como síntesis, consideramos que estos puntos expresan significados sobre la política construida desde la experiencia vivida de vínculos y relaciones concretas con personas que son vistas como “políticos”; todo ello en un juego de diferenciaciones e identificaciones asentados sobre situaciones de conflicto que se han podido resolver hacia la revalorización de la política. Podemos ver en otros testimonios una serie de definiciones que van marcando las diferencias entre la buena y la mala política. La primera se define desde la resolución de las necesidades del pueblo, estar atento a ellas, ocuparse de ellas, la vivencia de la relación cara a cara, poner el cuerpo y sostener esa relación en el tiempo. La dimensión espacio y tiempo vivencial juega un papel definitorio en el concepto de la buena política que construyen los sujetos. Esta característica de “estar junto con” es una experiencia vital de construcción de identidad de los diferentes. La mala política es la que se expresa en alguien que “no se animaría” a tomar este contacto directo y permanente.

Se puede inferir que el político que critican es alguien que le huye a ese vínculo directo que implicaría construir un compromiso y, justamente, por no comprometerse está lejos del pueblo.

De este modo, recuperamos aquí la

*categoría de sentido subjetivo, que representa a diferencia de la categoría de sentido, una unidad simbólico-emocional que se organiza en la experiencia social de la persona, en la cual la emergencia de una emoción estimula una expresión simbólica y viceversa... La subjetividad social es la forma en que se integran sentidos subjetivos y configuraciones subjetivas de diferentes espacios sociales, formando un verdadero sistema en el cual lo que ocurre en cada espacio social concreto, como familia, escuela, grupo informal, etc., está alimentado por producciones subjetivas de otros espacios sociales (González Rey, F., 2008: 234).*

#### **4.4 | Sobre la participación y toma de decisiones desde las bases y dirigentes**

Tanto para miembros de base, como para los dirigentes o referentes, la participación aparece como un criterio que asigna valor y reconocimiento social y eficacia en la propuesta organizativa. El porqué y para qué participar tiene distintos fundamentos e intencionalidades, en función de los diferentes niveles de inserción en el espacio movimientista, pero siempre está presente. La participación –sea comunitaria, o en espacios de debate y toma de definiciones hacia el interior de estructuras orgánicas de mayor envergadura– aparece tanto un medio como un fin. Un medio para lograr creciente legitimidad y fuerza social para el alcance de las iniciativas y demandas que las organizaciones hacen explícitas en los diferentes espacios sociales y gubernamentales, pero también un fin, en tanto se propone construir, en definitiva, poder, o un “hegemón analógico” (Dussel, E., 2006). Son procesos orientados por la construcción de hegemonía popular.

El principio material de la acción política enunciado por Dussel, hace referencia a que la norma de toda acción –de organización o de institución– tiene como propósito la producción, mantenimiento y aumento de la calidad de vida de los ciudadanos de la comunidad política. El mismo principio político material prima a la hora de definir estrategias y tácticas que hagan factible el acceso a los recursos.

Tanto los miembros de base, como los referentes y dirigentes movimientistas, plantean que la base o condición de dicha participación está en las necesidades materiales: trabajo y vivienda, son los ejes y base de toda propuesta significativa para sustentar la organización. No hay organización sin participación masiva y la estrategia es encontrar respuestas a las necesidades de la mayor cantidad de gente, ya que en ese punto estriba la pertenencia a la organización. Se reconoce que la respuesta hegemónica a esta cuestión nodal ha sido el clientelismo, frente a lo cual uno de los dirigentes entrevistados se diferencia explícitamente de dicha práctica poniendo el foco en el acceso al trabajo y en el acceso a la vivienda. En este proceso, la concreción de dicho acceso es la cuestión definitoria: “*En ese andar hacia los objetivos, vamos acomodando la marcha*”.

Una mujer miembro de base expresa que la existencia de la cooperativa les permite articular y vehicular políticas del Estado central, obteniendo no sólo reconocimiento como actor o interlocutor válido, sino permitiendo el acceso efectivo a recursos materiales y simbólicos para el territorio:

*La cooperativa es la base para que salgan todos los proyectos. Por intermedio de la cooperativa bajan todos los proyectos. Todo está relacionado, es lo mismo. (...) Se va viendo también qué es lo que van proponiendo todas las otras cooperativas que hay. Hay que ver qué es lo que puede llegar a salir, porque no vamos a elegir un proyecto que no va a salir nunca. Entonces vamos viendo qué es lo que más se puede, lo que más sale, lo que más se puede producir. Así se van armando los proyectos (N.1.7).*

En el caso de la mencionada entrevistada, miembro de base, el inicio de su participación se vincula con la acción de “ayudar”. Esta disposición tiene un fuerte componente afectivo, de sensibilidad con las necesidades de subsistencia y de identificación con las preocupaciones que se resuelven cotidianamente a través de la triple jornada de trabajo de las mujeres. Una práctica común sobre la cual comienzan estas experiencias organizativas ha sido la resolución de necesidades materiales a partir de merenderos o copas de leche, asunto que, actualmente, continúa siendo un eje y práctica común en diversos proyectos sociales y políticos. Ella explícitamente dice que prefiere el ámbito social de la

militancia, separando las esferas en lo social y lo político, que para ella implica “convencer y lograr votos”:

*También estuve un tiempo [en referencia a una copa de leche], pero también hay que ir cediendo el paso a las otras mujeres, así que les dije a las otras chicas que sigan con eso y yo ahora estoy con la cooperativa y bueno, ahora un poco militando ahí. No te digo mucho, porque me cuesta bastante el tema de los tiempos. No me queda tiempo porque ahora estoy vendiendo ropa, ahora me dedico a vender ropa, y es como que me ocupa todo el tiempo. Salgo de acá y voy a vender a la tarde a la plaza con la A (N.1.3).*

En la expresión “*hay que ir cediendo*”, se puede percibir también la visión de niveles cualitativamente diferentes en la expectativa del proceso participativo de un miembro de la organización, que expresarían un “ascenso” desde las estrategias más centradas en lo social, a las de mayor involucramiento “político”, como puede ser la cooperativa y la militancia desde este espacio organizativo más formal.

La toma de tierras, primeramente, y la constitución legal de una cooperativa, son dos procesos organizativos relacionados, pero que se diferencian en los objetivos. La entrevistada resalta en ambos casos el componente de crecimiento personal y afectivo, de construcción de lazos solidarios, de iguales. La “proximidad” que ofrece el trabajo territorial no sólo es física, sino también social, generando condiciones que facilitan, promueven, llaman a mantenerse participando en la organización. La estructura organizativa de base se asienta sobre espacios de encuentro, diálogo y trabajo que reúne a los “más cercanos” entre sí, para luego poner en contacto a los distintos y llegar a las decisiones consensuadas. Hacia el interior de la comunidad, los espacios de encuentros y toma de definiciones aparecen sostenidamente a lo largo del tiempo, aunque no necesariamente con una sistematicidad y periodicidad regular, destacándose aquí la informalidad de los encuentros más allá de la existencia de órganos de conducción (consejo de administración de la entidad cooperativa):

*Las instancias de toma de decisiones son en el día a día, más informal. No hay reuniones formales. Son unidades productivas pero tenemos*

*la dificultad de generar trabajo, ser más rápidos. La cooperativa debe tener lugar para discutir las problemáticas del barrio, el tema del consumo, el deporte (N.2).*

La entidad cooperativa funciona, entonces, como una herramienta que colabora con el mejoramiento de la calidad de vida de miembros de base, al vehicular políticas sociales en los territorios, pero no se ve su desarrollo como actor con crecientes grados de autonomía y representatividad en la misma comunidad. En el diálogo, la interacción entre miembros de base y actores externos, la construcción de grados crecientes de autonomías aparece como un asunto crítico que con dificultad se alcanza. La creación y participación como miembro de una entidad cooperativa aparece como una opción que posibilita acceder a toda una serie de satisfactores a los que se llega por la gestión de recursos provenientes de diferentes políticas sociales, a partir de poseer una matrícula (sujeto colectivo de existencia legal reconocida) desde la cual postular a diferentes programas y proyectos: colectiviza demandas territoriales desde una sola organización que se adjudica la representación de sus miembros-familias que componen la comunidad. Así, la participación opera como base para la constitución de un actor que es reconocido tanto por otras organizaciones, como por el Estado. Vale mencionar que en Argentina, en general, y en la provincia de Córdoba, en particular, los movimientos villeros organizados de la década del '70, los cooperativistas de las décadas del '80 y '90 e inicios del 2000 que disputaban tierra y vivienda, constituyen claros antecedentes en, y de los cuales, parten y se enriquecen las experiencias estudiadas.

A nivel de los dirigentes del movimiento, un entrevistado detalla la existencia de dos espacios organizativos diferenciados: una “Mesa Política”, donde se analiza la coyuntura y se deciden estrategias y acción política; y una “Mesa Ejecutiva”, encargada de llevar adelante las acciones que se definieron.

Un dirigente de la CTEP explica la dinámica de la misma:

*(...) En la mesa promotora, hay representantes de las organizaciones, y esos representantes llevan a la mesa, digamos, las discusiones que se realizan en el marco de las organizaciones. Entonces lo que hace la persona*

*sentada en la mesa, es traducir lo que se ha discutido, y en este sentido lo que se pretende llevar políticamente, y en base a esa discusión, o se hace un cuadro intermedio para ajustar algunos elementos de discusión con los compañeros de la base, o se decide directamente si es una cosa más operativa, pero siempre hay un tiempo que permite que haya una vuelta a la base de la discusión, no se hacen decisiones de una semana a la otra, de manera que ya está, sino son cosas que llevan un poco más de tiempo, porque necesitamos construir más consenso (T. 1.7).*

En síntesis, la estructura de movilización o sistema de toma de decisiones (García Linera) o principio formal-democrático (Dussel) se expresa en una estructura de mesas con representación de los frentes (por sujetos y por territorios), expresando una estrategia asentada en las decisiones acordadas y miradas “desde abajo”.

Las estrategias de reuniones a nivel nacional, interprovincial, tienden a fortalecer la identidad de los excluidos de las redes de trabajo formal y de la organización de los mismos, aspecto que busca retroalimentar la adhesión y la credibilidad al ver concreciones materiales de otras organizaciones de base que se identifican con la propuesta organizativa mayor de la CTEP. Esta característica las convierte en una estrategia central como repertorio de movilización, más que como herramienta de toma de decisiones:

*Diferentes actividades de la CTEP, como es el caso de, a principio de este año, el encuentro de las cooperativas de reciclado en Rosario, que tenía que ver con un acompañamiento también a la represión y al intento de excluirlos a los carreros de Rosario. Y bueno, hicimos una actividad ahí, en la cooperativa de reciclado con las cooperativas de carreros de todo el país. Entonces, ir consolidando las ramas de las actividades productivas es algo que se da más o menos en el mercado formal también. La gente se aglutina por área de producción, pero entendiendo que todos los trabajadores tienen igualdad en derechos, y esa igualdad de derechos se tiene que transformar en una forma de reconocimiento social y estatal también de modo real (CT. 1-12).*

Los aspectos descriptos nos permiten concluir que respecto a los mecanismos e instancias de participación y toma de decisiones en la

organización cooperativa, habría al menos dos características a resaltar. Una, la centralidad de actores externos como son los referentes del movimiento y profesionales que participan de los diferentes programas y políticas estatales; y otra, la ausencia de espacios formales que contengan a los socios de la cooperativa.

En el devenir de los procesos participativos y de disputas por el reconocimiento de derechos, se producen interacciones entre miembros de base y dirigentes. Los primeros resaltan aquí la necesidad de los actores externos tengan “los pies en el barro”. Es una expresión con una fuerte carga de capital simbólico para marcar una frontera entre quienes pretenden erigirse en “dirigentes” de esta construcción política. Implica resaltar el peso de las acciones “sociales”, a través de las cuales se atienden las necesidades sentidas y de subsistencia de las familias, compartiendo sentimientos de temor, inseguridad, carencias; “poniendo el cuerpo” con el otro. Este perfil de dirigente es el más reconocido en la organización de base.

Es elocuente, en este sentido, el testimonio de la mujer miembro de base:

*A todos los de la agrupación, cuando los conocí y el techo que tengo, hoy día no lo puedo creer y yo les voy a agradecer toda la vida, de conocer a N., a R., a E., a L., a todos ellos. Gracias al esfuerzo de ellos, y de todos los que pusimos un poquito, pero se la jugaron para que todos tengamos un techo y a eso hay que valorarlo (N.1.8).*

Este perfil de dirigentes “siempre presentes” marca una mística central en la construcción política que requiere el ser dirigente: rasgos de educador, promotor y organizador, al que se le adjudican valores tales como servicio, obediencia, coherencia, inteligencia, disciplina. Esta relación pueblo-dirigentes, es un rasgo constitutivo esencial de la identidad colectiva o registro cultural (García Linera, 2010) en la experiencia organizativa analizada. En esta relación, atravesada y orientada por la transformación de la realidad a favor de las mayorías, las identidades colectivas se van forjando y adquiriendo singularidades, en donde se complementan los saberes y prácticas propias del campo y conocimiento popular, con otros de naturaleza técnico-profesional. Esta amalgama, no despojada de tensiones y desentendimientos, permitieron y permiten, en definitiva, el acceso a derechos de modo colectivo (desde un nosotros y para nosotros).

#### 4.5 | Trayectorias de vida y construcciones intersubjetivas de la relación dirigentes-bases

La organización social-política contiene a individuos que ocupan distintas posiciones al interior de la misma, haciéndose necesario precisar cómo viven, cómo construyen y qué aportan cada una de estas posiciones a la totalidad abierta que es la organización. Estas diferentes posiciones no son explícitamente marcadas por los actores en la dinámica organizativa; más bien, por el contrario, podríamos decir que los actores tienden a desdibujarlas. Pero, objetivamente, existen y es por ello que hemos considerado significativo recuperar las trayectorias de vida de quienes ocupan esas distintas posiciones que hemos denominado: “dirigentes” y “bases”, aunque no estemos plenamente a gusto con la terminología.

##### 4.5.a | Las trayectorias de vida de miembros de base y los vínculos con sus “dirigentes”

Recuperamos, en primer lugar, las trayectorias de los miembros de base entrevistados, respecto a los significados construidos sobre los dirigentes o referentes del campo de la política.

F. se define políticamente como “peronista”; definición que él vincula con la identidad política familiar: su padre, madre y hermanos eran peronistas. Pero aclara que nunca participó en el partido ni en ningún gremio. Así, su definición política es una marca ligada a su “ser” más que a su “hacer”, reforzada por emociones atadas a acontecimientos significativos vividos en su niñez:

*Me acuerdo yo cuando era chico, habré tenido como seis años, cuando fue Evita para el Norte en esa época... Yo no la pude conocer a ella... siempre me acuerdo de ella tan bonita, tan buena mujer que era, no la pude conocer, yo me acuerdo en esos vagones de los trenes, lleno de colchones, de mercadería, de ropa, calzado, repartía allá... casas, hicieron hacer casas, pero hermosas casas para la gente (F. 1.8).*

Comienza su participación-militancia recién a los sesenta años, con la toma de tierras en su barrio, experiencia en la que destaca el compromiso territorial de los dirigentes (sin ser residentes de ese barrio) hace

que él los vea diferentes a los otros políticos que aparecen en épocas electorales; aquí los dirigentes conocen sus necesidades y las gestionan junto con ellos.

La participación de An. en la organización está relacionada, en menor medida, con necesidades materiales, y en mayor, con las simbólicas. La necesidad de un espacio propio, un espacio afectivo, de compañerismo y solidaridad, donde sea valorada, donde “ayuda a conseguir cosas para los demás” es lo que la gratifica y motiva a participar a nuestra entrevistada. Acompaña las actividades y participa de la agrupación: “Con la agrupación aprendí un montón, un montón, es lo que quiero y estoy agradecida en algo que me ha hecho feliz en la agrupación de compartir todas las cosas... conseguir para el prójimo, para que progrese” (An. 1:17). Su trayectoria de participación social sí es amplia y continua desde su adolescencia, comenzando en una iglesia evangélica, pasando por un grupo de mujeres, un coro, una cooperativa de trabajo en la construcción de un CIC, en una copa de leche –actividad que sostiene durante años aun sin cobrar “beca”– y, actualmente, es miembro de la Cooperativa Trabajo y Dignidad que se organiza a partir del Programa Argentina Trabaja. An. relata que participa de las reuniones, de las asambleas, actividades festivas y culturales que se organizan, acciones de protesta, demanda y reclamo, instancias de formación y de los encuentros con otras agrupaciones, movimientos en el espacio público. Se puede decir que hoy participa de toda la vida de la organización:

*(...) Viajé a Buenos Aires, qué sé yo, a juntarnos todos de, todas las agrupaciones, de todas las provincias. Me recuerdo llegar a Buenos Aires que estábamos ya ahí separados todos por, tocando temas todos así, de todo, de política, de cómo están los comedores, cómo estaba la agrupación acá, como iba todo... (An. 3:5).*

Respecto a los/as dirigentes de su organización queda claro que son referentes afectivos: expresa admiración por su militancia desinteresada, los diferencia de los políticos tradicionales que ella conoce, ya que según su mirada no trabajan para obtener beneficios económicos o materiales, sino por el bien común, la defensa de los derechos, garantizando el acceso a los mismos:

*De verlos a ellos [los dirigentes] luchar así, sin interés de nada para conseguir..., para que tengan acá, ayudar y qué sé yo, no sé con tanta devoción, o luchar para, para que tengan algo así, todo. Y sí, me gusta, me gusta esta vida de ayudar al prójimo, todo (An. 2:15).*

También al referirse a la Presidenta lo hace desde lo emocional, resaltando los roles asignados al género femenino, identificándose de algún modo con ella:

*Con la Presidenta fue otra cosa, no sé si nos llegó más lo que era mujer, lo que es mujer ella, de la forma de, bueno, primero con Néstor, ves ahora que falleció, de ella llevar un país, todo lo que se le viene encima a una mujer que tenga que anteponer, también está su familia, pero, como presidenta tener que ver todo y que, no sé, cómo será ser presidenta para poder abarcar todo, tener que estar con el cariño de la familia, con las cosas de la gente, la gente que la quiere, la que no, la que la quiere voltear (An. 3:10).*

La afectividad y la solidaridad con el “otro” son valores que la atraviesan desde su infancia y desde los cuales adquiere significado su participación política.

V. inicia su participación en un ámbito colectivo luego de la estafa relativa a la compra de un terreno para ella y su familia; esta situación injusta la impulsa a actuar:

*(...) Salí de eso [refiere a la estafa] y empecé a ver los terrenos del frente de mi casa. Y dije... vamos a poner una cooperativa, algo tenemos que hacer. Averigüé todo, fui a catastro, fui a rentas, a todos lados (V. 1:11); (...) quería formar una cooperativa con la gente que había sido estafada. Entonces digo ‘pero si no tenemos tierra, tenemos que tomar una tierra para poder formar una cooperativa’. Y estas tierras siempre estuvieron abandonadas, las del frente de mi casa. Yo los invite a la cooperativa, a la gente que habían estafado (V. 1:12).*

Desde el comienzo de su participación V. se perfila como impulsora, estratega, con tendencia a la reflexión y evaluación de alternativas antes de actuar:

*(...) Ellos habían sido estafados conmigo, ellos querían formar una cooperativa, pero yo quería no formar la cooperativa primero, sino buscar una tierra. Para saber en dónde. Para qué íbamos a formar una cooperativa. Cualquiera la forma. Así que hice el caminito. Vi esas tierras y los invité a ellos a una reunión para que fuéramos y tomáramos esas tierras, para que apareciera el dueño y negociáramos con el dueño. Me dijeron que estaba loca. Empecé a hablar con todos los vecinos (V 1:12); entonces fui, averigüé. Ya sabía de quién eran. Fui y le dije que le iba a tomar las tierras. Empecé a invitar a los vecinos y les dije ‘el día tanto, a la hora tanto’ que fuéramos con pala y pico que íbamos a tomar las tierras. Y fuimos ese día y tomamos las tierras. Había más de 1.800 familias... el 26 de julio del 2009 (V. 1:12).*

En este sentido, vemos un perfil diferente a nuestros otros entrevistados como miembros de base de la organización, ya que F. y An. se ubican claramente como seguidores, como atentos escuchas de dirigentes en los cuales confían.

Aparece en V. tanto en su trayectoria laboral como en su participación la idea del esfuerzo y la constancia para alcanzar lo que uno se propone, como la confianza en sí misma, poniendo en palabras de su madre la valoración de su modo de ser en este sentido que luego refuerza por sí misma reconociendo que tiene que ver con su historia de crianza:

*Mi mamá siempre ha confiado mucho en mí y sabe que todo lo que hago, lo hago para progresar. Sabe que soy muy de meterle para adelante. Como sabe que no son ideas malas me apoya en todo. Con todo lo que hemos hecho en la cooperativa. Yo he sido la protagonista de la toma de la tierra. (V.1:7); (...) todo lo que me propongo lo logro. Y creo que cualquier persona puede hacerlo. No hace falta de que tenga secundario, tenga estudios, que sea de plata. No hace falta. La persona que se propone hacer las cosas, las hace. Cuando se propone terminar y hacer, lo cumplo. Yo soy así, así me criaron. Todo lo que he hecho, me ha salido bien y lo he hecho... (V.1:8).*

Posteriormente V. relata que a partir de la toma de la tierra se conecta con integrantes de la agrupación Túpac Amaru, pareciendo que

de modo casi inmediato se suma a este movimiento junto con otros con los que refiere haber conversado, con un reconocimiento por parte de V. hacia estos dirigentes que, según ella, los guiaron respecto a cómo proceder con relación a la toma:

*(...) Así surgió. Tomé la tierra y ahí conozco a los chicos de La Túpac, ahí llegan ellos y me ofrecen ayudarme en todo esto de la gestión, de lo que había que hacer. Porque yo hasta ahí daba, pero ya tenía que ver que me... que fueran guiándome en lo legal, en todo, ¿me entendés? Entonces ahí empecé, hablé con la gente y formamos parte de La Túpac. Ahí se conoce La Túpac en Córdoba (V.1:12).*

Respecto a las motivaciones para participar de estas experiencias colectivas, V. se remite a su historia, en la que siempre le gustó ayudar, a experiencias de apoyo y contención entre los integrantes de la red familiar y luego lo extiende a otros no familiares que percibe con necesidades. Esta experiencia colectiva en el ámbito público, es la primera en su historia, reconociendo también la influencia de experiencias sindicales de familiares:

*(...) Siempre me gustó ayudar. Aunque no tengo nada, siempre me gustó compartirlo con el que sea. Me gustaba... siempre pensaba en que el día que tuviera plata iba a comprar una manzana y que iba a hacerle la casa a cada uno de mis hermanos (V.1:15); Mi abuela jugaba a la quiniela y decía que cuando yo ganara algo iba a comprar un edificio e iba a llevar a toda la gente pobre de la calle. Y a los chicos de la esquina (V.1:15); (...) mis tíos eran delegados que defendían a los empleados de la fábrica y luchaban por el sueldo que tenían que pagar y esas cosas. Y hablaban de otras cosas que fui aprendiendo... (V.1:17).*

Si bien V. se asigna un escaso capital cultural institucionalizado, se posiciona desde un lugar “de saber” con habilidades para aportar a la organización en las prácticas colectivas en el territorio junto a la gente, en forma complementaria a los saberes que tienen aquéllos que reconoce como “cuadros” y que tienen otras habilidades que les permiten relacionarse con instancias del poder político. Además de este capital cultural del que ella no dispone, le asigna a sus dirigentes valores como

el compromiso, la lealtad y la presencia en las acciones concretas; resaltando que eso es lo que genera la confianza de la gente:

*(...) No tengo el secundario completo, estos compañeros... son compañeros que tienen estudios, que entienden... hay palabras que vos tenés para hablar con un político, y yo capaz no sepa hablar con los términos que ellos hablan y a esto lo hacemos entre todos... Vamos todos, pero más que todo, ella es la que habla, la que encuentra las palabras, la que se puede negar en una negociación... quizás yo me entiendo más con la gente de allá, haciendo una asamblea o entregando los terrenos, todas esas cosas. Pero mis compañeros entienden más lo que es computación, hacer una nota, cuando hay una reunión saben qué palabra usar para hacer las gestiones... (V.2:1); La gente ha confiado, porque la primer parcela que compramos, yo estuve ahí, marcando los terrenos y ahora hay gente viviendo ahí. Se lo demostramos con hechos. Y nos ven día a día que laburamos. Vienen a las diez de la noche o a la hora que sea y nos van a encontrar trabajando. Sábado, domingo, no tenemos días de franco. Dejamos todo para ellos (V.2:1).*

V. también valora su capital social; se ubica como referente que orienta (reproduciéndose el lugar del que sabe) a la gente en situaciones difíciles cuando las soluciones no se dan rápidamente; no obstante, a esos momentos no los carga con un significado de “conflicto”, sino que los rodea de las ideas de diálogo, acuerdo, consensos en los análisis que tienen lugar entre la gente y los dirigentes. Vemos aquí nuevamente que si bien V. identifica a otros como sus dirigentes o referentes, ella no se ubica en el lugar de los miembros de base de la organización –la gente–:

*(...) Ha habido momentos difíciles. La gente creía que era ya, que tomábamos esas tierras y que ya al otro día tenían hecha la casa. Y no es así. Pero hubo... eran momentos, después se hablaba y ya se llegaba a un acuerdo... (V.1:16); (...) les hacía entender que era una lucha y llevaba tiempo. Como todo. Les daba un ejemplo, de que hay gente que ha trabajado toda la vida y que todavía hoy no tiene un pedazo de tierra... (V.1:16); (...) nos reunimos, cuando hay alguna cosa con la que no estamos de acuerdo, cuando nos parece que hay alguno que*

*no lo entiende, nos reunimos y arreglamos cómo vamos a hacer las cosas, hasta que estemos todos de acuerdo. Sino buscamos algún camino para que salga todo bien (V.2:2); (...) Sí, nos unimos para eso... hacerle entender a la gente que la unión hace la fuerza y que podemos lograr un montón de cosas trabajando juntos. Más allá de las ideas que tenga cada uno, si nos unimos podemos lograr muchas cosas (V.1:18).*

V. no identifica conflictos en la relación entre los dirigentes y la gente o entre los integrantes de la cooperativa, sí los ve en la relación entre los dirigentes. Al respecto, relata la disputa por quien capitaliza, de alguna manera, los logros del trabajo colectivo, incorporando argumentos basados en el esfuerzo y el trabajo aportado para fundamentar a quien legítimamente le corresponde:

*(...) Siempre hay uno que quiere ser más, o que quiere jugar por abajo, de decir 'si tenemos que hacer esta reunión y hacer esta gestión' y después se abren... (V.2:7); (...) cosas que pasan siempre, laburábamos cinco y otros no laburaban. Lo que nos pasó fue porque éramos demasiado buenos nosotros. Éramos pocos los que finalmente trabajábamos. Ahora ya no tenemos ese problema, es como que estuviera con mis hermanos. Si le pasa algo alguno, estamos todos juntos. Ya la pasamos nosotros y ya sabemos... pero nosotros estamos unidos y vamos a seguir hasta el último con esto... (V.2:6); (...) de todo puede surgir, hay problemas en las familias, hay problemas en todo... Pero nosotros tenemos en claro que los cinco tiramos para el mismo lado. Ya la pasamos y sufrimos... (V.2:6).*

V. realiza una analogía entre la organización y la familia, ubicándose allí para expresar el sentido que le asigna a los vínculos entre los miembros: ayudarse entre todos. Ella caracteriza a las relaciones familiares desde la presencia incondicional de brindarse ayuda, lo que traslada a la relación que establece con sus compañeros y a la que se da entre los que ocupan el lugar de la dirigencia con los integrantes de la cooperativa:

*Como si fuéramos todos una familia, todos los meses nos vemos con cada socio y nos ven siempre... como ser, algún compañero hizo la losa con..., otro hizo el asado y estaba la A. poniendo los baldes y es una*

*cosa que vamos haciendo. Somos como una familia, nos ayudamos entre nosotros (V.2:2).*

Ante el gran compromiso de los dirigentes hacia la cooperativa y la dedicación casi exclusiva a la misma hay una relación de agradecimiento hacia ellos y, a su vez, un sentimiento de orgullo por quienes asumen ese rol de conducción:

*(...) Los compañeros se sienten contentos, ellos nos agradecen en cada asamblea, saben que nosotros le dedicamos todo a esto... (V.2:8). (...) muy orgullosa... es compartido. Porque lo organicé yo, pero lo hicimos entre todos... y lo que logramos fue porque todos estuvimos hasta el último. Te sentís contento y decís 'mirá, yo hablé con la gente y le hice entender que esto era así y la gente me sigue. Y mirá, hoy en día tiene el pedacito de tierra para sus hijos' (V.2:10).*

Podemos ubicar a esta entrevistada en un posicionamiento distinto al asumido por los entrevistados F. y An. (miembros de base).

Es interesante observar cómo el paso de lo social a lo político es significado como un aprendizaje a partir de la experiencia organizativa y el intercambio de perspectivas con los otros, que permite hacer una ruptura en relación a su historia vital en la que la política era rechazada:

*(...) Lo aprendo de mis compañeros. Te digo que yo odiaba la política, nunca me gustó, nunca la había entendido, será por mi forma de vida, nunca me interesó. Después fui aprendiendo, estando con los compañeros... (V.2:6).*

A partir de este posicionamiento político y del reconocimiento de los derechos alcanzados aparece el desafío de defender lo logrado, en tanto la apuesta trasciende a un Gobierno. En este sentido, la motivación para continuar participando de espacios colectivos va más allá de la idea de "ayudar a otro" y se constituye para V. en una tarea ineludible desde la perspectiva de una ciudadanía activa. Además, expresa con claridad que los gobernantes deben tomar posición por los pobres, que conectaría con la cuestión del poder obediencial:

(...) *De que estoy en un partido político... y nosotros tenemos que alinear al que venga para que no se olvide de los pobres. Este movimiento tiene que seguir y alinear al tipo que vaya a gobernar, que sea un presidente o una presidenta que siga el proyecto nacional... creemos en el proyecto nacional, porque es el único que nos ha ayudado a nosotros... (V.2:11); (...) pero falta, falta todavía. A la parte más pobre tiene que llegar eso. Esos recursos tienen que llegar a muchos lugares de la Argentina. No ha llegado todavía. Y nosotros tenemos fe de que va a llegar, entonces el que vaya a entrar tiene que alinearse con las organizaciones, con los pobres... (V.2:12) (...) si yo no me intereso en la política, no estoy defendiendo a mi país. Yo no estaba defendiendo a mi país si no participaba... (V.2:14).*

#### **4.5.b | Las trayectorias de vida de los dirigentes de la organización y sus vínculos con los "miembros de base"**

Las trayectorias de vida de las entrevistadas que ocupan posiciones de dirigentes o referentes son diferentes a las de quienes ocupan una posición de base en la organización; en ellas, el capital cultural tiene una presencia de peso –tal como se podrá percibir en sus testimonios–, lo que además les asigna un plus de capital simbólico que habilita a ocupar la posición de “dirigente”, que requiere una capacidad de análisis crítico sobre la experiencia concreta que se está viviendo, una capacidad de persuasión, una capacidad organizativa y de gestión.

R. nos relata una temprana vinculación con la política. Destaca, en primer lugar, un sentimiento de solidaridad con el débil y la rebeldía frente a la autoridad: éstas son para ella dos motivaciones hacia la militancia y participación política. Al hablar de sus motivaciones o interés por ellas, recupera lo siguiente:

*Siempre me sensibilizó mucho el tema de situaciones de injusticia o de dolor ajeno, digamos... como que yo siempre estuve como muy pendiente del otro, o por ahí del más humilde, del que pasaba pidiendo por ahí casa por casa y no sé, siento como que desde chica o desde siempre, tuve ese sentimiento.*

En su infancia recupera a la figura de su madre –docente de una escuela urbano-marginal– como un modelo-referente que expresaba esta actitud solidaria con los más humildes. Respecto a su adolescencia, refiere que:

*La participación en la secundaria quizás tenía que ver más también con una cuestión transgresora, porque tampoco es que teníamos muy claro, objetivos que tengan que ver, por ejemplo, salirnos de fuera de la realidad escolar... sí, por ejemplo, era la lucha contra ciertas arbitrariedades de la directora que tenía toda una impronta así, muy de la época de la dictadura, muy de marcar gente, citar uno por uno, por cuestión muy autoritaria, pero pasaba más que nada por esta cuestión de rebelde digamos, de la rebeldía (R.;2:1).*

Sus primeras experiencias políticas concretas se ubican en un centro de estudiantes secundarios. Cuando se refiere a estas experiencias se esfuerza por aclarar las diferencias entre participación estudiantil (vinculada a intereses o preocupaciones del sujeto adolescente, de la vida escolar, centradas en acciones culturales) y participación política (vinculada a acontecimientos políticos del contexto, externos a la vida escolar). La amistad, el compañerismo y las relaciones afectivas están unidas a la participación política en los orígenes de su trayectoria de militancia:

*En realidad, empezamos a armar un grupo, con ella y con otras compañeras de distintos turnos, para hacer una obra de teatro que tenía que ver con romper, así, ciertos esquemas, y a partir de ahí se fueron tejiendo amistades con pibes que, que como que los que nos unía, era, digamos, cierta rebeldía en torno a aquellos años o a aquel clima también de la escuela... actividades o algún video debate sobre, justamente, qué sé yo, los años digamos, la década perdida o la cuestión, qué sé yo, La noche de los lápices, cuestiones así, y se mezclaba ambas cosas, ¿no? La cuestión de la amistad o compañerismo con algunas actividades concretas (R.2:2y3).*

Otra mujer aparece como modelo-referente de sus convicciones en la etapa adolescente:

*Una profe en la escuela que nos marcó un montón... nos habilitó, por ahí, un montón de herramientas para pensar de otra manera la realidad... a mí, personalmente, también como que me ayudó mucho a ver que era posible pensar otro tipo de sociedad, desde todo, de pequeñas*

*cosas, escuchar otra música que no sea la que, por ahí, te pasa la FM a esa edad digamos (R.2:3).*

Terminado el secundario, conforma una pareja y tiene una hija y se trasladan a Trelew motivados por la elección de una carrera que se dictaba en dicha Universidad. Este tipo de decisiones, orientadas por una necesidad y expectativa educativa, con apoyo paterno, es una clara diferencia con las trayectorias presentadas con anterioridad. Las necesidades que han marcado las trayectorias de nuestros entrevistados han sido abordadas en el **Capítulo 2**.

Su militancia en la juventud se mantiene en ámbitos educativos y las experiencias tienen un perfil de promoción o impulso a la constitución/organización de agrupaciones nuevas, más que de sumarse a organizaciones ya existentes:

*En Trelew armamos con mis compañeros de la facultad una agrupación que todavía existe... que en esa época no había nada, porque realmente yo me acuerdo como que tenía como muchas inquietudes y ganas de hacer algo, y en Puerto Madryn había una persona que era la madre de un amigo nuestro, que era como solidaria con la asociación Madres de Plaza de Mayo (...) bueno y cuando me vine empezaron los cortes de ruta en el sur y todas las cuestiones así, del polo industrial, los textiles, estaba todo eso de la..., que yo decía: 'justo que me vuelvo' [se refiere a que en ese momento deciden volver a vivir a Córdoba] (R.1: 7).*

En cada nuevo escenario educativo se suma a iniciativas de militancia y comenzando a andar ese camino, se siente atraída por la dimensión más territorial de la participación política. Esto se reafirma en su experiencia en la segunda universidad por la que transita, la UNC, cuando ya tiene dos hijos pequeños y donde conoce a su actual compañero:

*Estudiando ahí en la Escuela de Historia con unas compañeras una vez pasamos por la legislatura y vimos una familia que se había instalado con una carpa, y ya era de noche, o sea, nosotras estábamos por estudiar, eran los días que a mí me correspondía no estar con los chicos, digamos, y de golpe vemos esa familia que nos puso como muy*

*mal porque tenían dos bebés chiquitos, qué sé yo, y nos acercamos y de ahí nos empezamos a acercar las veces que podíamos... y yo ahí lo conocí a P. que también se ve que se acercó junto con otra gente porque estaba en un organismo de derechos humanos, Unidos, se llamaba. Y bueno, lo fui conociendo, pero, en realidad, él además de estar en Unidos, estaba en una organización política, en Quebracho (...) tenía algunos compañeros que estaban ahí que me habían pasado algo de material y qué sé yo, entonces como que, teníamos ahí ese vínculo, ese espacio de discutir un poco y, bueno, yo me fui sumando y al poco tiempo empezamos así una relación (R.1: 11).*

Sus primeras vivencias de tensión entre estudio-cuidado de los hijos-militancia se expresan en esta época:

*No pude mantener cierto equilibrio, de decir le sigo poniendo pilas al estudio pese a que era difícil la cosa porque... con los chicos y por ahí la cuestión económica... quizás canalicé, puse mucha energía, digamos, en esa experiencia, y bueno, y lo demás ahí funcionaba. Con los chicos siempre a cuestras porque, en realidad, nunca fui de decir, los dejo o los dejo tantas horas, que me los cuide alguien o mi mamá o lo que sea, sino que... (R.1: 11).*

Las carreras universitarias vinculadas a las áreas sociales y humanas son un ámbito propicio para el interés de participación política, ya que combinan la presencia de pares, jóvenes con las herramientas de lectura de la realidad social y sus contradicciones, aunque ello no implique la elección de la posición de académico para dar desarrollo a estas inquietudes. Se puede decir que éste es el caso de R. quien desde este ámbito y con estas herramientas, elige el territorio como espacio para su participación política :

*Fue más un trabajo barrial, digamos, empezando con, me acuerdo que fue en los últimos meses de Mestre, esos cierres de los servicios de los hospitales, de obstetricia, ginecología y qué sé yo, nosotros desde la universidad, yo que estudiaba y algunos chicos más y otros, no; yo todavía seguía militando en Quebracho, pero una iniciativa más de ir a trabajar a los barrios (R.1: 13).*

Expresa un fuerte sentido de responsabilidad con los compromisos asumidos en el trabajo y la militancia. En este testimonio se expresa con contundencia una combinación de construcciones subjetivas que remiten a sus modelos femeninos vinculados con el cuidado y solidaridad hacia los otros, llegando a situaciones personales cercanas al sacrificio:

*Yo hacía comidas también, había enganchado así una obra de construcción, y me acuerdo que cuando estaba embarazada de E... Y, bueno, yo ya tenía mi compromiso de cocinar todos los días, está el menú, y voy a la mañana bien temprano al control y me dicen: 'No, ya queda porque el bebé ya está por nacer', qué sé yo. Y yo: 'Bueno, voy a buscar la ropa y vuelvo'. Y volví a mi casa y cociné todo, entregué todo, y después que entregué todo le digo: 'Mirá, P. tengo que volver'; pero, bueno, menos mal que no pasó nada" (R.1: 15).*

También se encuentran tensiones entre la militancia y el cuidado de los hijos. Los costos personales y familiares vinculados a momentos críticos de la organización, quedan plasmados en este relato:

*La toma de tierras... en el 2009... fue un gasto personal y familiar muy grande... era todo un trajín, no sólo para mí, sino, por ejemplo, para mi hermana, que también estaba en la misma historia, y los chicos, como iban, van, a la misma escuela en donde ella todavía trabaja, era toda una organización entre nosotros. Por ejemplo, yo estaba a la mañana, la L. me los llevaba a la escuela, me los traía. A la noche se iba ella, porque también de noche había que estar como acompañando por las dudas... hasta guardia teníamos que hacer entre nosotros con la misma gente que estaba ahí para cuidar que no, qué sé yo, ningún tipo, nadie robe, o no se produzcan situaciones de, por ejemplo, de ninguna pelea de gente de afuera que pudiera provocar alguna situación como para que se desencadene un desalojo. Era toda una cosa como muy..., y eso, en esos meses así, bueno fueron, así, también costosos a nivel familiar (R.1: 18).*

Se puede encontrar en estas expresiones un sesgo de responsabilidad y protección casi maternal entre los hijos biológicos y los "otros", a los que

se debe proteger del peligro externo y de los posibles abusos entre pares.

Pero en el mismo relato, expresa, la contrapartida de tamaño sacrificio, en términos de logro, premio o fruto del esfuerzo:

*Fue un año muy terrible, así, a nivel en lo personal, en lo familiar, porque fue estar varios meses, desde la mañana hasta la noche y a veces a la noche misma, fue ese año así... la toma fue super, en términos colectivos, digamos, re fuerte y... (R.1: 18).*

Se podría decir que hay un componente casi místico en la experiencia de sacrificio-recompensa.

Ag. reconoce como inicio de su participación política a la creación de la organización social Túpac Amaru en Córdoba, acción que encaró junto a otros con quienes se conocía por el trabajo que venían realizando en barrios de la ciudad:

*Yo siempre tuve experiencia de desarrollo social en los distintos barrios. Pero no dentro de una organización social. Siempre llegaba a trabajar en los barrios a partir de alguna institución, algún trabajo puntual, articulación con la universidad o algún programa de la provincia que me contrataban para hacer esa tarea específica. Yo trabajaba más que nada en lo que es alfabetización y animación sociocultural (Ag.2: 1).*

Conocer a dicha organización fue determinante para Ag., tanto por la direccionalidad que comenzó a darle a su trabajo territorial, como por cómo analizaba y definía su identidad de clase:

*A su vez yo tenía la situación, que si bien yo siempre iba a trabajar en los barrios, mi situación era más cercana a la de la gente de los barrios que a la de otros sectores. Alquilaba, no tenía casa, no tenía laburo estable, no tenía obra social. Yo sentía que mi realidad estaba identificada con esa realidad. A veces los que tenemos ciertos accesos a ciertos conocimientos académicos o no formales, y que es un valor, generamos un pensamiento que pertenecemos a otro estrato social, que podría ser el del intelectual, el profesional, el artístico... pero nuestra realidad estructural se parece más a la gente de los barrios vulnerables, porque tenemos las*

*mismas condiciones económicas o sociales, que a los de clase media, por ejemplo. Ese también fue un proceso mío, interno (Ag.2: 1).*

Ag. realiza reflexiones políticas sobre el trabajo territorial, tomando como ejemplo muy impactante para ella, lo que logró conocer del funcionamiento de la organización Túpac Amaru cuando viajó a Jujuy, acontecimiento que ella ubica como un momento de descubrimiento y quiebre en su trayectoria de militancia social y política. Por ejemplo, destaca el lugar central del sujeto en los procesos de cambio: “*El eje en el sujeto de transformación. Es la persona que vive en el barrio, es la que tiene que hacer la acción de revolución en su contexto, sin depender del otro*” (Ag.2: 1). De ello se desprende una manera particular de pensar las relaciones con los otros diferentes “los externos”, los que no son del barrio y/o de la organización:

*Porque, por supuesto que siempre tenés gente que te asesora, gente con la que estás (...) al fundarse [la organización], personas con conocimiento, pero los que toman las decisiones son los protagonistas. Las decisiones las toman los protagonistas, por ejemplo, una cosa puntal, tenían asesoramiento de arquitectos, pero los que toman las decisiones es el maestro mayor de obra, que es del barrio. Hay trabajadores sociales, pero ellos hacen un trabajo de transformación con los adolescentes, pero los adolescentes se forman y estudian, y finalmente se reciben de trabajadores sociales, y son los pibes del propio barrio. Ahí tenés un proceso revolucionario, eso fue lo que me partió la cabeza (Ag.2: 2).*

*Porque los pilares que sostienen esto, es la gente en proceso constante de transformación. Entonces es imparable, vos ves que hacen la guardería, la primaria, la secundaria, hacen los terciarios y ahora van por la universidad. Entonces, tenés mamás que no sabían leer y escribir y aprendieron, y después fueron al secundario y ahora están aprendiendo hotelería y turismo, no paran. Esa es la diferencia que yo veo con otros procesos que también son buenos, no digo de compararlos como antagónicos, pero tienden a generar una cuestión asistencial, por decirlo así, y te lo digo por ser parte de eso (A.2: 2).*

Hay un reconocimiento de las relaciones asimétricas que circulan en las experiencias territoriales, donde uno de los capitales en juego es el conocimiento, y, en tal sentido, hay una tarea política para construir otro tipo de relaciones como forma de empoderar a los “sujetos de transformación”. Este tipo de relaciones no sólo refiere a los del barrio y los externos, sino también entre pares:

*Lo que pasa es que hay que tirar de los dos lados. Los que hemos accedido a cierto conocimiento creemos que es parte de un capital, parte de un patrimonio personal. Lo hacemos valer como un patrimonio personal, por eso hacemos un currículum. Una vez yo inventé un currículum, porque dije 'a ver, ¿cómo es esto?'. Y me inventé un currículum. Nos empezamos a creer eso, nos empezamos a creer que es un... pero, ojo, en esto del aprender hay mucha voluntad, mucho sacrificio, mucho de dejar en juego en el aprender. ¿Por qué si el aprender te aísla en vez de juntarte con otros? También están los del otro sector de sentirse vulnerable y hasta es cómodo de que vengan a hacer otro la tarea por mí, que la piensen otros por mí, que cometan los errores otros por mí. Y bueno, también hay que poner en la mesa esas tensiones. Los tenés que poner en la mesa. Qué sé yo, hay una computadora y el que fue a la escuela, el que la sabe manejar, se sienta ahí, y el otro 'no, yo no sé', 'bueno, aprendé' (Ag.2: 5).*

Conocer a la organización Túpac Amaru en Jujuy, experiencia que la marcó profundamente también, es leída por Ag. desde sus propios marcos teóricos e ideológicos sobre la dimensión educativa que como ya hemos visto, ocupan un lugar primordial en su mirada sobre la realidad:

*Ahí fui conociendo la forma de tratar a la gente, la forma de hacer reuniones, la forma de resolver un conflicto, la forma de gestionar. Ahí hay una cosa que me sorprendió, uno tiene esto de lo educativo como un valor, y ver un chico de 22 años encarando un proyecto para una escuela para múltiples discapacidades, que no tiene el secundario terminado y que escribe con errores de ortografía. Que el tipo juntaba a todos los profesionales de todas las áreas, que hablen con el capataz de obra y en tres meses armen una escuela. Eso me rompió el coco, hasta todo lo que había leído*

*de educación popular. Porque no era la educación sólo como herramienta para poder expresar ideas, sino también, lo que me enseñó la Túpac en relación al conocimiento, es que es fundamental la voluntad. Y la voluntad no está puesta dentro de los valores para la transformación como parte de la cuestión del conocimiento... (Ag.1: 12).*

Podemos advertir que en esta posición protagónica a construir es donde se deposita la esperanza de las modificaciones de las condiciones de vida, que a lo largo de la entrevista refiere no sólo a la dimensión simbólica, sino también material:

*O sea, vamos y venimos nosotros, pero la realidad de fondo, la realidad estructural, sigue siendo la misma. Algunos pibes tienen más conocimientos, pueden hacer murga, usar la computadora, ir a una biblioteca popular, las madres van a la universidad a dar un taller sobre lo que hacen en el barrio. Pero siguen sin agua, sin luz, siguen cagando en un pozo. Sus problemas estructurales no se modificaban (Ag.1: 13).*

Otra dimensión vinculada a los sujetos es la asociación que la entrevistada hace entre necesidades y derechos, y son éstos últimos los que dan sustento a la acción colectiva para lo cual apela a la idea de la voluntad:

*Son los sujetos de transformación los que viven la necesidad. Y la transforman en un derecho y en gestión y organización. O sea, no sólo la transforman en un derecho, porque, por ejemplo, vos podés transformar una necesidad en un derecho desde una acción simbólica. O sea, ya el hecho de reclamar que tu necesidad es un derecho, estás accionando. Ahora, hay una diferencia entre la acción simbólica, que es válida porque es un estado de conciencia, a la gestión. Porque cuando empezás a dar los pasos de gestionar y realizar, ya para mí eso se convierte en un acto revolucionario (Ag.2: 1); la voluntad, la voluntad. La voluntad individual y colectiva. O sea, por ahí no sabés gestionar o no sabés escribir bien, pero tenés voluntad de hacerlo y no tenés vergüenza y lo hacés y sale (Ag.2: 4).*

En síntesis, las trayectorias de vida nos muestran la constitución de distintos capitales que van moldeando el modo de encarar los

acontecimientos y que también, se ponen en juego en la experiencia organizativa, marcando las posiciones que los distintos sujetos ocupan en ella. Así, vemos la diferencia entre las trayectorias de vida de R. y Ag., por un lado, y de F., An. y V., por otro: en primer lugar, la ubicación de las familias de origen en clases sociales distintas (R. y Ag. a sectores medios, V. a trabajadores urbanos informales y An. y F. a trabajadores rurales y) y la radicación (urbana en los tres primeros casos y rural en los segundos) son condiciones objetivas que pesan en la estructura y volumen del capital que se pone en juego ante los acontecimientos de las trayectorias singulares laborales y educativas, marcando diferencias sustanciales en los sentidos subjetivos con los que se leen, analizan y se proyectan alternativas de resolución, y en las posiciones que se ocupan al interior de la organización. Estas diferencias influyen en la posición que ocupan los tres entrevistados en la organización: R. y Ag. como dirigentes, y F. y A. como miembros de base y V. con características intermedias.

Puede decirse que la experiencia organizativa vivida entre los años 2010 y 2015 permite a los integrantes entrevistados de estas organizaciones saber que el territorio ya no se agota en los límites del barrio; por el contrario, se extiende a otras zonas de la ciudad, a otros territorios de igual situación o condición social. Ahora bien, constatamos que quienes ocupan la posición de dirigentes son quienes comienzan a conectar demandas de distintos barrios de la ciudad, a través del desarrollo de una red de movimientos políticos que ya no responde sólo a resolver necesidades particulares de un sector de la población, incidiendo alguna política sectorial del Estado, sino también jugando como actor en la disputa política general.

Siguiendo a Dussel (2012):

*El paso de lo social a lo político tiene que ser una convicción subjetiva de los sujetos que en él participan. Entrar al juego político implica relacionarse en los partidos o generar un partido nuevo, que tenga posibilidades de representación en los espacios de la democracia representativa o directa. Un movimiento político no es un partido, puede generarlo, pero en un inicio es poder generar un grupo de opinión, de incidencia, de manifestación, es más flexible y más amplio que un*

*movimiento*, y ahí la sociedad civil tiene más expresión. Todos los movimientos son afirmación de negaciones y se lucha demandando a la autoridad política y esa autoridad *tiene que obedecer a ese movimiento porque le ha delegado el poder*.

En este tránsito de la organización social a la política, el desafío es poder contener a quienes iniciaron el proceso de participación desde sus necesidades materiales (por ejemplo, el acceso a la tierra y a la vivienda) y simbólicas (de reconocimiento, organización colectiva y de solidaridad). Es poder, al mismo tiempo, promover la inclusión en este camino que transforma las demandas y necesidades de la población, en derechos efectivos y qué sentidos subjetivos construyen sobre esta experiencia.

## **Bibliografía**

- ARICO, José (1988). *La cola del diablo – Itinerario de Gramsci en América Latina*. Bs. Aires/Uruguay: Puntosur Editores.
- GARCÍA LINERA, Á. (Coord.), CHÁVEZ LEÓN, M. y COSTAS MONJE, P. (2010). *Sociología de los movimientos sociales: Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política* (4º ed.). Plural editores / AGRUCO /NCCR Norte-Sur.
- GRAMSCI, Antonio (1976). *Antología*. (Selecc., traduc. y notas de Manuel Sacristán) México: Siglo XXI.
- GONZÁLEZ REY, F. (2008). *Subjetividad social, sujeto y representaciones sociales*. *Diversitas*, Bogotá: Univ. Santo Tomás.
- DUSSEL, E. (2006). *20 tesis de política.*, México DF: Ed. Siglo XXI.
- DUSSEL, E. (2012). *Taller con organizaciones sociales*. Material recuperado del taller a cargo del equipo de Investigación. Secretaría de Extensión Universitaria (SEU). Universidad Nacional de Córdoba.

## Capítulo 5

# El lugar del Estado: estrategias de apelación e interpelación de las organizaciones sociales

Silvina Cuella, Noelia del Aguila y Erika Giovana

### 5.1 | El lugar del Estado

En el presente Capítulo nos proponemos presentar las visiones y prácticas que las organizaciones sociales construyen respecto al Estado en los procesos de resolución de sus necesidades-reivindicaciones y las estrategias que despliegan en torno a este espacio.

Dichas estrategias, para el caso de las organizaciones estudiadas y en el momento histórico de desarrollo de la investigación (2010/ 2015), se inscriben en la disputa por el ingreso a la esfera de la política, entendida como el espacio institucionalizado de confrontación y lucha por la gestión social del poder político y la definición del rumbo que debe asumir el manejo de las instituciones del Estado.

Estos procesos se desarrollan en un contexto en el que, siguiendo a Aquín (2004),

*se observa el intento de inversión de tres subordinaciones que han sido claves en la década de los '90, en tanto clivajes de consolidación del neoliberalismo, y que se inician en nuestro país con la instauración de la última dictadura militar: la subordinación de la política a la economía, del Estado al mercado, de lo público a lo privado. Hoy asistimos, en nuestro país y en otros de América Latina, a un proceso que intenta colocar a la economía bajo la órbita de la política, a lo privado bajo la órbita de lo público y al mercado bajo la óptica de la nación. Este incipiente movimiento de inversión de las subordinaciones aludidas –que recién asoma y que no nos permite vaticinar su desarrollo– debe ser atentamente seguido, desde una perspectiva crítica, en tanto*

*estaría expresando que renacen condiciones de posibilidad para que la política recupere su función originaria, que es la de poner escollos al mercado para controlar su irrupción (p. 75)*

Los autores con los que hemos trabajado –ya mencionados en capítulos anteriores– son Enrique Dussel, Álvaro García Linera y Luis Tapia, quienes construyen conocimiento sobre la política y la acción colectiva desde la perspectiva de “las víctimas”; política y acción colectiva que no puede estudiarse si no incluye las relaciones que las organizaciones sociales establecen con el Estado. Entendemos a éste último como

*una relación y un conjunto de estructuras que es resultado de la lucha política. El Estado es un campo de lucha y una forma de lucha política, a la vez que se pretende que sea la forma de unificación de territorios y poblaciones divididas por criterios de propiedad, poder político y cultura. La lucha política se está desplegando fuera y dentro del Estado, un Estado dividido por el modo en que los sujetos que gobiernan diferentes niveles y espacios relacionan las estructuras estatales con las estructuras sociales. El Estado es campo de disputa por la reproducción o reforma del orden social (García Linera, 2010:05).*

Entendemos a las organizaciones sociales en el sentido que le asigna García Linera (2010) como

*un tipo de acción colectiva que busca modificar los sistemas sociales o defender algún interés material por el cual se organizan y despliegan acciones públicas, son sistemas organizativos de participación social, de formación de discursos identitarios y de elaboración de propuestas capaces de afectar la arquitectura institucional de los Estados (p. 21).*

Este concepto nos permite abordar las disputas y la construcción de nuevos consensos que las organizaciones desarrollan, en tanto estructuras de acción colectiva, a partir de un interés material, para la resolución de sus necesidades y reivindicaciones.

Uno de los rasgos del desarrollo de un movimiento social es que su accionar tiende a la factualización de las formas alternativas de

apropiación, gestión, organización y dirección de recursos y procesos sociopolíticos. La factualización de alternativas está dirigida a incidir en el Estado y en las representaciones de la sociedad civil, sobre la posibilidad de hacer, organizar, dirigir y vivir las cosas de otro modo; y en la capacidad ya desarrollada por el movimiento para pasar de la crítica a la reorganización de las cosas. Según Tapia (2009),

*un movimiento social ha madurado cuando ha desarrollado la capacidad de proyectar formas alternativas de organización y dirección, sobre todo cuando ha desarrollado la capacidad de movilizar sus fuerzas para cristalizar el proyecto, y crea las condiciones para la consolidación, el arraigo y la cristalización de un movimiento. Un movimiento que no pasa a la factualización de sus ideas se convierte en o es, simplemente, opinión crítica en la esfera de lo público (p. 4).*

Por su parte, Dussel (2006) plantea que “*las acciones y las instituciones a desarrollar deben ser posibles*”, marcando así las diferencias con el “anarquista” y con el “conservador”:

*Lo posible del político crítico, liberador, responsable de las víctimas, está más acá de la posibilidad del anarquista (en realidad, imposible) y consiste en una imposibilidad conservadora (posible, entonces, si se transforman las condiciones de opresión y exclusión vigentes) (p. 107).*

El pueblo –que Dussel vincula al concepto de “bloqueo” de Gramsci–, en tanto

*conjunto integrable y desintegrable (...) procede desde los conflictos de los campos materiales –o sea, tienen diversas reivindicaciones materiales vinculadas a sus diversas opresiones y, por lo tanto, en ellos reside la potencia– que lentamente pasa por el umbral de la sociedad civil y de allí al segundo umbral de la sociedad política dándose instituciones –potestas– que dan respuesta a sus demandas (p. 92).*

Ello implica aceptar que la democracia es, esencialmente, una institución de las mediaciones, y que ella contiene la tensión permanente

entre el poder obediencial –del que manda obedeciendo– y el poder fetichizado (Dussel, 2006). En síntesis, esta tensión es constitutiva de la naturaleza de la democracia.

A partir de dichos conceptos nos interesa presentar algunas reflexiones en torno a las estrategias de apelación e interpelación al Estado por parte de las organizaciones sociales, teniendo presente que las mismas son prácticas situadas en tiempo y espacio, por lo que son analizadas en vinculación con las condiciones sociohistóricas en las que tiene lugar la experiencia social.

Existen diferencias entre el escenario político pos crisis 2001 y la década del '90. Ésta última es el contexto de surgimiento de organizaciones territoriales cuyas estrategias estuvieron ligadas a la atención de las necesidades de sobrevivencia, como así también aquéllas que permitían defender los débiles lazos de integración que quedaban; en tal sentido, los procesos de escolarización, la capacitación para el trabajo, junto a la alimentación fueron centrales en la agenda de las organizaciones en ese momento.

Las decisiones y acciones concretas de la primera década del siglo XXI contrarrestan aquel ideario noventista y, en el marco de la crisis de las recetas neoliberales, fueron acompañadas de una batalla ideológica sustancial en torno a las visiones sobre el papel del Estado, entre otras cuestiones. El escenario en el que estudiamos dichas organizaciones habilitó el ingreso de estos nuevos actores sociales –organizaciones nacidas sobre una base territorial– en la agenda estatal, generando condiciones de factibilidad para una lucha reivindicativa que se instala en la lógica del ascenso y ampliación de derechos.

Avanzando en un sistema de categorías e indicadores empíricos propios de una praxis política contrahegemónica, Dussel (2006) propone tres dimensiones a tener en cuenta: 1) la **esperanza**, que implica la convicción acerca de que otro mundo es posible y es, por lo tanto, un postulado político; 2) un **modelo** de transformación posible que se va delineando en la práctica y que incluye: *factibilidad* –lo que implica explicitación de metas o fines concretos en cada una de las áreas de Gobierno, para lo cual se considera necesario el aporte de técnicos, especialistas, científicos, etc.–; *estrategia* –que requiere sabiduría práctica donde se incluye prudencia, decisiones consensuadas y desde abajo; *tácticas eficaces* –formación de cuadros, elección de candidatos, propaganda, orientación y sentido de la información, etc.; y, por último, 3) los **medios apropiados** para llegar a

adelante los aspectos políticos, estratégicos y tácticos, ya que no vale cualquier medio. Si no son coherentes con todo lo explicitado destruyen el proceso de transformación que se busca.

Por su parte, García Linera (2010) plantea tres componentes necesarios en el estudio de los movimientos sociales, los que, a nuestro criterio, se relacionan con el sistema propuesto por Dussel, aunque con otro criterio clasificatorio:

1) *La estructura de movilización o sistema de toma de decisiones, deliberación, de participación, de tareas, procedimientos, de jerarquías y mandos, que permite llevar adelante la agenda política de la organización. Ello incluye tanto estructuras formales (estructura orgánica, modos de adhesión, de representación, modos de toma de decisiones, forma de organizar la movilización, papel de los dirigentes, divisiones internas) como menos formales (modo de hacer cumplir lo que se decide, quienes se ocupan de este papel, sistema de control y sanción, sistema de liderazgo)* (p. 22 y 23).

También resalta prestar atención a la división de tareas, métodos de luchas, modos de comunicación entre los dirigentes y las bases, modos de tomar decisiones durante el conflicto o la lucha, etc.

2) *La identidad colectiva o registros culturales que le permiten diferenciarse colectivamente, articular experiencias pre existentes, cohesionar a sus miembros, legitimar acciones, identificar oponente (...) [y] 3) Los repertorios de movilización o métodos de lucha, que incluye la Justificación moral de las causas de los movilizados, motivos principales de la movilización, demandas sectoriales e inmediatas, consignas, modos de vinculación con el cotidiano de los movilizados, percepción del gobierno y el Estado*

## 5.2 | Las estrategias de las organizaciones sociales con el Estado

Nos interesó identificar las estrategias por medio de las cuales, a partir de un reclamo del cual no existen, previamente, formas satisfactorias ni efectivas para el acceso, a través de políticas sociales estatales –como es

el acceso a la tierra y a la vivienda y el derecho de los trabajadores de la economía popular, las organizaciones sociales se proponen “desnudar” esta realidad y, a la vez, avanzar en respuestas.

Una de las estrategias significativas es la toma de tierra urbanas ociosas, desarrollando procesos de “producción social del hábitat”, generándose experiencias organizativas de base y de nivel intermedio como la Comisión Provincial de Tierras. La otra es la constitución de organizaciones que ponen el foco en la cuestión del trabajo, a nivel de base, como son las Cooperativas de Trabajo y, a nivel intermedio, como la Central de Trabajadores de la Economía Popular.

Tanto en los temas vinculados a tierra y vivienda como en trabajo, ambos niveles organizativos se vinculan con ámbitos estatales, construyen alianzas entre sí y con otros actores, disputan espacios de gestión, producen información estratégica sobre la necesidad-reivindicación y revisan procesos particulares de tomas de decisiones que marcan nuevos modos de acción colectiva para responder a tales necesidades.

A continuación, reconstruimos aspectos centrales de las mismas: una experiencia cooperativa de base; una organización de nivel intermedio, ambas con foco en la cuestión social del trabajo; y una experiencia organizativa de perfil político.

### **5.2.1 | Surgimiento de la Cooperativa “Trabajo y Dignidad”: el trabajo en el marco de los procesos de apelación al Estado**

En el año 2010 nace la cooperativa “Trabajo y Dignidad”, en el marco del Programa de Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja”, del Ministerio de Desarrollo Social del Estado Nacional, creado en el 2009. Su propósito se define como *“la promoción del desarrollo económico y la inclusión social, generando nuevos puestos de trabajo genuino, con igualdad de oportunidades, fundado en el trabajo organizado y comunitario, incentivando e impulsando la formación de organizaciones sociales de trabajadores”* (Res. MDS 3182/09). Con dicho programa se propone la creación de cooperativas destinadas a la realización de obras públicas, principalmente, mejoramiento de infraestructura de los barrios más vulnerables, generando, al mismo tiempo, trabajo. Las jornadas laborales son de entre cuatro y cinco horas diarias. Las tareas están ligadas a la construcción, el mantenimiento de espacios

públicos, la administración de huertas comunitarias y la atención de comedores, entre otras.

El Programa se articula con las organizaciones sociales territoriales a partir de un proyecto de infraestructura. El presupuesto para materiales no es manejado por los socios de las cooperativas, sino que son órdenes de pago para ferreterías y corralones, mientras que los salarios están bancarizados. Su implementación, para el caso estudiado, finaliza en el año 2015, por lo que la organización se propone, actualmente, iniciar la producción de adoquines a partir de la capacidad que quedó consolidada como consecuencia del acceso al programa.

La cooperativa Trabajo y Dignidad cuenta con una Comisión Directiva, presidida –al momento de la investigación– por un referente que jugó un rol importante en el proceso de la toma de tierra. El trabajo desarrollado por los miembros de dicha Comisión puede sostenerse, en tanto perciben un ingreso mínimo, cuyos fondos son aportados por el Programa de Ingreso Social con Trabajo “Argentina Trabaja”. La retribución recibida no es considerada un subsidio, sino un adelanto en concepto de anticipo de excedente, ingreso garantizado por el Estado y se transfiere de manera directa a una cuenta bancaria de titularidad de cada trabajador.

Esta nueva forma organizativa asentada en una estrategia de apelación al Estado, a través de una política estatal del ámbito nacional, permitió trabajar sobre reivindicaciones del sector referidas al acceso al trabajo y a la infraestructura social del barrio. El desarrollo de la experiencia colectiva promovió “nuevas maneras de estar y vivir” en el espacio social (el barrio) donde se producen los procesos de reproducción, generó nuevas relaciones con otras organizaciones e instituciones sociales –incluido el Estado– ampliando los capitales sociales, y abrió expectativas y proyecciones a futuro. Pero todo ello convive y coexiste con el temor sobre el destino de la experiencia organizativa una vez finalizada la intervención estatal a través del Programa. En palabras de una entrevistada: *“miedos, exige organizarse... capacitarse”*.

La existencia de la cooperativa implica el desarrollo de estrategias para la resolución de necesidades y reivindicaciones vinculadas al trabajo –tanto en la dimensión de la formación como de la generación misma de puestos de trabajo– lo que impulsa a nuevas apelaciones a otros programas sociales, fundamentalmente, a nivel local (Estado provincial y

municipal) vinculados a la disputa por la concesión de la obra pública en el territorio y las normativas que regulan el acceso y uso de la tierra. Es así que se desarrollan acciones conjuntas con otros movimientos urbanos y rurales en la búsqueda por aumentar su poder para instalar la disputa en el espacio público y, particularmente, en la esfera de la política.

La conformación de cooperativas del Plan Argentina Trabaja supone la generación de puestos de trabajo autogestionado por los mismos sectores sociales que se han visto excluidos del mercado formal, a partir de aportes financieros y técnicos para montar infraestructura y cubrir becas durante un período acotado de tiempo. Si bien las tareas laborales que desarrollan son consideradas en todos los casos un trabajo, la participación en estas cooperativas, parece habilitar la posibilidad de construir una identidad colectiva, vinculada con el trabajado asociativo y autogestionado en el marco de la Economía Popular. En este marco, algunas organizaciones sociales de base territorial que participan del Programa, comienzan a poner en el centro del debate la relación capital-trabajo como eje nodal. De este modo pretenden ser orientadas las experiencias cooperativas que se agrupan en la CTEP (Central de Trabajadores de la Economía Popular): como una organización sindical surgida en el marco de una estrategia de las organizaciones sociales para incidir en la política pública.

El proyecto del desarrollo de las cooperativas, en la perspectiva de los dirigentes es constitutivo de un modo de producir riqueza y trabajo para los sectores populares que ellos identifican como “economía popular”, diferente al sistema productivo formal.

### **5.2.2 | Confederación de Trabajadores de la Economía Popular(CTEP): arrancando conquistas al Estado**

La CTEP es una herramienta organizativa impulsada a nivel nacional desde finales del año 2013 por distintas organizaciones sociales, con el objeto de “unificar demandas de trabajadores de la economía popular en defensa del trabajo en una escala no capitalista a través del trabajo digno, el salario social, el reconocimiento sindical y la paritaria popular” (CTEP, cuadernos de capacitación 2014).

En sus fundamentos aparece un claro reconocimiento del Programa Argentina Trabaja, en tanto respuesta por parte del Estado a problemas

de trabajo de los sectores más humildes, pero, al mismo tiempo, una fuerte interpelación en torno a su carácter “subsidiario”, como así también a los niveles de autonomía que se plantean entre el programa y las cooperativas. En este sentido, uno de sus dirigentes expresa:

*La CTEP es una herramienta de lucha reivindicativa para la restitución de los derechos laborales y sociales que nos arrebató el neoliberalismo y que aún no hemos recuperado. La CTEP es necesaria porque tras diez años de crecimiento ininterrumpido en nuestra región, aprendimos que el mejoramiento de los indicadores macroeconómicos, el aumento de la productividad, el desarrollo de la tecnología y el incremento en las inversiones no se traduce en trabajo formal y dignidad para todos nuestros compañeros. Comprendimos que, en el mercado capitalista, no hay ni habrá lugar para nosotros. Observamos cómo desde el Estado, quizás con buenas intenciones, se aborda el problema estructural de la exclusión socio-laboral con asistencialismo encubierto y recetas de 'flexibilización progresista', la nueva cara de las 'teorías del derrame' que esperan que a la larga el crecimiento del PBI nos resuelva la vida a todos. Frente a este panorama, tenemos dos opciones: conformarnos con subsistir como 'ciudadanos de segunda', magramente asistidos por el Estado en las periferias del mercado, o construir una nueva economía que rompa con la lógica de la ganancia, la Economía Popular (CT. 1: 1).*

Se postula como “una organización gremial independiente de todos los partidos políticos, representativa de los trabajadores de la economía popular y sus familias” (ver [www.ctep.org.ar](http://www.ctep.org.ar)), en el que participan múltiples organizaciones de base.

Uno de los referentes de la CTEP entrevistado es un habitante del barrio Villa Libertador, con una fuerte trayectoria de participación. Su infancia transcurrió en dicho barrio, vinculándose desde niño a la parroquia y a un centro cultural, organizaciones caracterizadas por un alto nivel de participación en el contexto de los años '60. Es invitado a sumarse a la organización de la CTEP, capitalizando su histórica experiencia territorial para potenciar emprendimientos productivos desde la cooperativa, la infraestructura que ésta dispone y la política nacional

de impulso a estos emprendimientos. Los testimonios recogidos de las entrevistas mantenidas con él, dan cuenta de un dirigente formado en la temática en cuestión y con un posicionamiento político definido:

*El hecho de lograr unificar tanto intereses como reclamos por derechos de una masa de trabajadores totalmente dispersa en diferentes sectores, en diferentes actividades productivas o de servicio o, incluso, aquéllos no reconocidos como trabajadores como los vendedores ambulantes y un montón de gente (...) ahí me pega o se hermana con la actividad que yo venía haciendo con el tema de reciclado que normalmente no era tenido en cuenta a la hora de acompañar en organización, en espacios que potenciaran (CT.1: 2).*

La organización de los trabajadores informales y su reconocimiento para lograr derechos laborales es lo que desafía a este espacio ubicándolo como herramienta organizativa que, si bien reconoce la importancia de las estrategias de apelación para sostener sus organizaciones (cooperativas), se posiciona, principalmente, desde la crítica e interpelación al Estado, entendiendo que los avances producidos por el mismo a nivel nacional –en el periodo estudiado– respecto de la expansión en la estructura del empleo, no alcanzaron para modificar las condiciones en las que se encuentran muchos trabajadores que permanecen por fuera del mercado formal del trabajo, en tanto la lógica de su (re)producción se inscribe en el sistema capitalista:

*La mayoría de la gente, mayoritariamente de los sectores populares, tiene como práctica para sobrevivir la búsqueda de trabajo y trabajar en aquello que le sea posible hacerlo. Son trabajos no formales, incluso, alguien que, yo lo considero un trabajo, mendigar o limpiar vidrios, a alguien que tiene un ingreso superior y que puede darle la limosna de una moneda. La gente, en general, cuando no obtiene a través del Estado o a través de los espacios de inserción laboral que les deja el sector privado, se autogenera determinadas actividades (...) Al sistema capitalista le sobra, aproximadamente, un treinta por ciento de población. Entonces ese treinta por ciento no merece que se la inserte socialmente; son los marginales,*

*aquellos que terminan en villas de emergencia, aquellos que terminan haciendo cualquier tipo de actividad para colgarse de la sociedad para sobrevivir (CT. 1:3).*

Se evidencia un debate político en las argumentaciones del testimonio citado anteriormente, como en la denominación por la que optan para nombrar la experiencia organizativa: “Nosotros decimos *economía popular*; otros hablan de la *economía social*; no es lo mismo, nosotros tenemos un debate sobre eso” (CT.1: 5). Esta construcción de sentido de la propia organización remite a la comprensión acerca del problema del trabajo, de su identidad como trabajadores y los modos de intervención estatal:

*El Estado tiene una visión de que hay que ayudar a los compañeros más vulnerables para volver a insertarlos en el mercado porque quedó afuera; entonces, se ve cómo sectores vulnerables que con un poco de ayuda van a dejar de ser, en cierta forma, el sector que son ahora. Nosotros tenemos otra visión, que si bien la crisis del capitalismo se está viniendo encima, este capitalismo que funciona con mucha exclusión y va dejando a muchos trabajadores en la marginalidad, va a permanecer por un tiempo, y lo que nosotros tenemos que hacer es un espacio dentro de eso, como se vienen planteando en Venezuela, en Ecuador con el Ministerio de la Economía Popular y avanzar con otra lógica que no es la del mercado. Creemos que esta economía se tiene que empezar a insertar en un Ministerio de Economía Popular y no el Ministerio de Desarrollo Social (CT.1:7).*

Hay una asociación entre la política social de la asistencia con “el no derecho” y del carácter transitorio de lo que el Estado otorga con la condición de “vulnerabilidad”.

La negociación es un elemento central reconocido por los entrevistados:

*Diferentes organizaciones sociales, las cooperativas que fueron organizadas en la Túpac, las cooperativas que fueron organizadas acá, CORCOR y otras cooperativas que aunaban lo social y lo político. Se dieron cuenta de que estar desperdigadas no les permite, por ejemplo, sentarse a negociar con el Gobierno local (CT.1: 3).*

Por otra parte, tal como lo expresa uno de nuestros entrevistado: “*al Gobierno de la ciudad le lograron arrancar muchas conquistas, digamos*”(CT.1: 3).

El concepto “arrancar” conquistas, por parte del dirigente de la CTEP, se construye desde un posicionamiento de interpelación al Gobierno local; así mismo, desde la construcción y mantenimiento de una posición de autonomía respecto a otros actores políticos. El análisis político y la formación e información disponible para sustentar dichos análisis está presente en la práctica de la organización, por lo menos, entre quienes ocupan posiciones de dirigentes, lo que se expresa claramente en el siguiente testimonio:

*A nivel gremial siempre se pensó a los gremios como los representantes ante la patronal, y tan asumido está ese rol dentro del gremialismo y es que no se plantean la propiedad de los medios de producción, no se plantean dejar de ser dependientes y generar espacios productivos que no tengan que ver ni con el Estado ni con lo privado, sino que sea un proceso de autogestión. Si realmente se viera el desarrollo, la capacidad que tiene, cómo lo hacen grandes países capitalistas como Canadá. Canadá tiene más de treinta por ciento de su producción corporativizada. Y es un país casi imperialista. (...) Italia le sirve de base al modelo que impulsa Lula con mucha fuerza, que resurge el cooperativismo con una alianza que tenía que ver con el conocimiento tradicional de las cooperativas italianas, con la participación de los estudiantes que estaban vinculados con la economía y de llevar a la práctica esa herramienta como parte del desarrollo local de Brasil. En el mismo tiempo, casi, Argentina crea una serie de cooperativas de modo inverso, digamos. En vez de ser por autogeneración las cooperativas, fueron generadas para que sean una herramienta para que no le lleve conflicto al Estado, el hecho de bajar recursos a través de las instituciones y que le genere una relación de dependencia. En este caso, el Estado, Brasil, aportaba recursos a las cooperativas, pero que de ese modo cuando se consolidaban las cooperativas, los recursos volvían hacia el Estado de modo indirecto, pero lograba la incorporación de trabajadores que luego le tributaban al Estado. En este caso, el plan La Argentina Trabaja fue, si bien el último colchoncito para evitar la exclusión de un montón de gente y llevar a la práctica desarrollar unas ideas habitacionales para los planes que se tenían en las diferentes provincias... no le brindó la impronta de autonomía que tiene originalmente el cooperativismo, nació de otro modo (CT. 1: 6).*

Estas consideraciones sobre el papel del Estado en el tipo de cambios y transformaciones necesarias, están lejos de estrategias de apelación únicamente; por el contrario, se reclama y se interpela al Estado –reconociendo un papel activo e imprescindible a jugar por parte de las organizaciones sociales en esta interpelación– la generación de nuevos modos de producción de la vida social, que se fugan de la esfera del mercado y que involucran, tanto al poder estatal como al poder de quienes han sido puestos por el sistema dominante en el lugar de las víctimas. Esta perspectiva puede ser leída desde el planteo de Dussel, “*los excluidos no deben ser incluidos en el antiguo sistema, sino que deben participar como iguales en un nuevo momento institucional*” (Dussel, E., 2006:106).

La expresión “popular” aparece reiteradamente en nuestros entrevistados, en el sentido de aquello que les es propio, que dota de identidad y los diferencia de otros, condición central para pensar en los procesos de politización sus necesidades a través de la articulación de sus organizaciones y el despliegue de estrategias de interpelación y apelación al Estado que incluyen acciones tendientes a reclamar el dictado de leyes, la creación de Ministerios y las paritarias (dispositivo normativo que sólo puede disponer el Estado).

Para el caso particular de Tierra y Vivienda digna, se explicitan aspectos tales como: declaración de la emergencia habitacional (registro unificado en torno a la demanda hábitat), pedido del paso de asentamiento a barrio (búsqueda por la urbanización de los territorios), la producción de suelo urbano con servicios y loteo social y políticas de crédito, entre otras. Nuevamente recurrimos al documento de presentación de la CTEP:

*Cuando hablamos de los trabajadores de la economía popular, no sólo nos referimos a un sector de la sociedad, sino a un concepto socio-económico. Creemos que este sector de la sociedad no sólo debe organizarse económicamente, sino que debe hacerlo políticamente en la construcción de una herramienta de transformación social (...) Debe haber articulación en este aspecto. El acceso a la tierra debe ser pensado tanto para el hábitat, como también para la producción de alimentos, es indispensable generar una base de sustento para el empoderamiento y desarrollo sostenible del sujeto de transformación, la tierra es cuestión de soberanía (Economía Popular: 1.5).*

Establecer las reivindicaciones en lo público implica que en su discurso y en su acción se reconozca a “otros con intereses opuestos”: los que concentran las riquezas producidas en contraposición a los trabajadores de la economía popular, y quienes concentran la tierra en contraposición a los trabajadores sin vivienda y productores urbanos.

La CTEP nos permite visualizar la perspectiva desde la cual estas organizaciones entienden el modo en que los sectores populares pueden construir poder, apelando al Estado y sus políticas, pero interpelando las concepciones de las mismas:

*Esto de la economía popular no se trata de una preocupación de un momento, para que los compañeros salgan y 'progresen' y listo; creemos que esto nos va a dar la fuerza en políticas públicas, y si hay esas políticas públicas va a generar un sector que va a tener un poder real de transformación y organización, participación política, empoderamiento, en definitiva, que le permita ser, digamos, un protagonista de un cambio, protagonista político de un cambio. Por eso decimos la diferencia, por eso decimos popular porque es una construcción más popular que un problema de beneficios sociales, asistencias sociales (...) Se empieza a convertir en sujeto que le ponga dinámica a la transformación, sujeto de cambio (N. 1: 6).*

Se trata de una estrategia que incorpora la mirada acerca de la importancia del papel del Estado en los procesos de desmercantilización de las necesidades y reivindicaciones de las mayorías populares, y esto es posible en la medida en que exista una estrategia de presión de los excluidos en tal sentido. Es interesante el planteo acerca de cómo el Estado concibe el problema del trabajo y plantea su intervención, en este caso para aquellos que quedan por fuera del mercado formal del trabajo:

*Si sos cooperativa de trabajo, ¿por qué estas dependiendo de la órbita de Desarrollo Social? Si bien no son contradictorias porque el desarrollo implica el tema del trabajo. Pero quizás se radica más en una visión de que el sector organizado en pequeñas cooperativas de trabajo siempre fue como un espacio de la organización de los pobres. Las cooperativas más importantes, Sancor, por decir alguna, agrupaban a productores agropecuarios y tamberos; tenía, fundamentalmente, algo*

*que el cooperativismo no tiene, que el cooperativismo de trabajo no tiene, que es capital. Quizás con esa mirada paternalista con la que se ve a la pobreza, hace que continúe hoy, el cooperativismo de trabajo bajo la órbita de Desarrollo Social. No ha cambiado a pesar de que ya lleva, este proceso político más de diez años. (CT. 1: 9)*

El testimonio anterior da cuenta de un capital cultural y social respecto al tema cooperativismo, que ofrece herramientas para marcar diferencias aun con la línea política a la que adscribe el entrevistado; capital que le permite, lejos de generar rupturas, pararse con un mayor capital simbólico en las estrategias de apelación y/o interpelación con el Estado.

El reconocimiento de dicha situación y los objetivos propuestos “reivindicar derechos y generar espacios de concertación para mejorar las condiciones de producción del trabajador...” los ubica en el campo de la disputa por la redistribución y el reconocimiento de aquellos que viven del trabajo autogenerado, por lo que construir la organización es una tarea política de relevancia. Es posible pensar, citando la concepción de García Linera (2010) sobre los movimientos sociales, que la CTEP pretende constituirse

*como estructura de acción política en la medida en que busca interpelar al Estado y al sistema de instituciones supraestatal de definiciones de políticas públicas, sobre la base de defender algún interés material para lo cual se organiza y despliegan acciones públicas (p. 21).*

Es interesante, mirando en clave histórica, resaltar las modificaciones que se van produciendo tanto en la estructuras de necesidades y reivindicaciones que se abordan territorialmente, como las estructuras organizativas que se despliegan. Uno de los principales dirigentes de la CTEP, relata acerca de los sentidos, metas, objetivos y proceso de conformación:

*Nosotros venimos trabajando ya hace varios años, desde una fuerte base territorial; inicialmente, haciendo estos pasos de responder, organizarnos, para poder dar respuesta a las primeras necesidades más básicas, como fue desde un principio organizativo (...) subiendo las escalas, los techos, la organización, metas y objetivos más políticos, se fueron construyendo distintas instancias más colectivas; en un principio, eran las instancias la preocupación en la propia territorialidad,*

*cómo se va organizando y cómo se va efectuando en la orgánica más general, una orgánica más amplia (...) a partir de la práctica de la necesidad, se fueron articulando con otras organizaciones que tenían algún elemento en común, algún elemento en la base, sobre las cuales nosotros podemos construir una agenda en común o impulsar una agenda común y, a la vez también tener más espalda para dar respuesta a las necesidades del territorio (...) ese eje es lo que está articulado, a lo que es educación y trabajo... nuestros trabajadores están en la base de nuestro territorio de nuestra organización, de nuestra localización, de nuestros espacios, son trabajadores que pertenecen a lo que se llama economía informal (...)* (T. 1: 5).

### 5.2.3 | El Movimiento Evita (ME): la herramienta política

Comprender el crecimiento y articulación de las organizaciones sociales implica reflexionar sobre su potencial como sujetos políticos, es decir, sobre *“las formas de intervención en relación a la participación, los mecanismos de representación y los dispositivos que conforman la comunidad política, así como también su relación con el Estado”* (García Linera, 2010: 21).

El Movimiento Evita (ME) es definido por el dirigente entrevistado como un movimiento político social en el que confluyen distintas organizaciones sociales y políticas. Tanto en su testimonio como en la portada del blog del ME, en el apartado *Quiénes somos*, se destacan algunas definiciones que dan cuenta del sentido político que le atribuyen a la construcción de dicha herramienta, y su vinculación con la defensa y ampliación del interés material de los sectores populares que representan:

*El movimiento que soñamos debe ser capaz de ser síntesis de las luchas de resistencia al modelo neoliberal y las construcciones políticas que no claudicaron en las banderas históricas, debe ser capaz de rescatar los actores y las prácticas históricas y actuales del movimiento obrero organizado en su lucha por la distribución de la riqueza Por qué movimiento? [Sic] El movimiento es acción. La forma histórica de organización que adoptó nuestro pueblo en sus luchas emancipatorias. Movimiento es unidad en la diversidad. Contiene a las diversas expresiones sociales y políticas y a la vez las articula en una política única, estratégica (...)* (<http://www.movimiento-evita.org.ar>).

En tal sentido,

*la construcción social tiene ese límite, o sea, uno puede juntar los compañeros para que conversen sobre el problema concreto y es totalmente necesario ya que de ahí surgen cuáles son las propuestas de cambio, pero si después uno no tiene la posibilidad de llevarlas adelante, que se hagan realidad, se vuelve en contra, nos defrauda, nos quedamos en la nada y la política nos sirve para eso... (N:1: 6)*

El énfasis de estas expresiones da cuenta del umbral que implica traspasar de lo social a la política, sin abandonar el primero. En este proceso tiene un lugar significativo la construcción de la “agenda del pueblo” (que es de la organización); en la que se expresan las disputas centrales de los contenidos sustanciales de las políticas del Estado dirigidas a *“aumentar la producción, reproducción y aumento de la vida de sus miembros”* (Dussel, E., 2006: 23). Vinculado con el principio político material del ejercicio de poder desde una perspectiva liberadora, para que la *potentia* (pueblo como fuente de poder) se convierta en potestas (ejercicio del poder): *“La voluntad de vivir, consensual y fáctica debe intentar por todos los medios permitir a todos sus miembros que vivan, que vivan bien, que aumente la calidad de sus vidas”* (Dussel, E., 2006: 102).

*Lo que nosotros estamos construyendo es la agenda del pueblo, y la política nos sirve para discutir cuál es la agenda que nosotros tenemos que llevar adelante desde el Estado nacional conduciendo, cuáles serían las políticas públicas necesarias, y esa agenda la fuimos construyendo, esto de la economía popular: tierra, vivienda y producción de alimento (T. 1: 4).*

Otro dirigente expresa: *“Se va perfeccionando la idea, tal es así que ahora entre los postulados del candidato a presidente que es Jorge Taiana, es que exista un ministerio para lograr esto”* (N.1:5). En la misma dirección encontramos distintos artículos de la Revista del Movimiento Evita, en donde se expresa: *“Es posible representar los intereses de los últimos de la fila y hacerlos Gobierno, construyendo poder popular (...) Con el oído en el pueblo y la voz en la legislatura”* (Visanni, R., 2015: 3).

Las estrategias de apelación (que se expresan con mayor énfasis en el caso de la cooperativa, organización de base) y las de interpelación al Estado en las que las acciones están orientadas al reconocimiento de derechos, son complementadas al mismo tiempo por estrategias tendientes a mejorar la posición en la campo de la política desde los intereses del sector, otorgando, de esta manera, legitimidad al proceso democrático. Si acordamos que “*la democracia es un sistema institucional que está siempre en proceso de legitimación, en un proceso de participación y lucha de reconocimiento de derechos porque el sistema mismo genera víctimas*” (Dussel, E., 2006: 105), es importante la mirada respecto del Estado como terreno de disputa, al decir de García Linera, en una conferencia dictada en 2015:

*Si el Estado es otra institución de lo común, es una forma de comunidad, al mismo tiempo que es una comunidad ilusoria porque es monopolio, concentración de decisiones, es necesario el cultivo de la autonomía de la sociedad, al mismo tiempo una nueva correlación de fuerza de lo popular (García Linera, 2015).*

Y para el caso del ME hay una mirada estratégica en ambos sentidos, construcción de poder territorial a través de la cooperativa y la CTEP, y participación en la contienda electoral que los articula con otros actores del campo, como lo es el Frente para la Victoria.

Respecto al eje de la acción política lo que aglutina es la esperanza de un nuevo modo de producción de la vida social, entendiendo que la crisis del capitalismo y sus efectos sobre el mercado laboral genera las condiciones de (re)producción de existencia de los sujetos, en una posición de no acceso al trabajo, a la tierra y a la vivienda, siendo necesario la intervención del Estado. La posición del movimiento a pensar-construir una política pública estatal que se encuadre en otro modelo, proponiendo una nueva manera de organización social y política asentada en una perspectiva desmercantilizada del trabajo, de la producción de alimentos y servicios públicos necesarios en la producción de la vida social en la comunidad. En este sentido, afirma: “(...) *La economía popular debe ser parte fundamental de la etapa que viene, de la profundización de la justicia social (...) que debe tener en sus manos el acceso a la tierra, de viviendas y toda la infraestructura básica*” (T: 1: 4).

Desde este modo de pensar la producción, el movimiento proyecta nuevos mecanismos de inclusión laboral que salga de la lógica del mercado. Esta inclusión se da en el marco de un Estado que debe asegurar los derechos en disputa a través de un proceso redistributivo y solidario:

*La política del movimiento, esa división que hago es porque creemos que sin incidencia del Estado a través de la política no resolvemos los problemas de fondo, sin tener políticas públicas y compañeros que la lleven adelante (...) eso se construye desde la lucha de los compañeros y de la propuestas de los compañeros, pero tiene que tener, para que se convierta en política, y esas reivindicaciones no sean sólo sociales, tienen que tener una representación política, y que los compañeros a la hora de votar y su participación política tengan su referencia de lo que han ido construyendo (N.1:7).*

La lucha por mejorar las condiciones de los sectores populares incluye estrategias de interpelación a las políticas públicas, al mismo tiempo que se disputa espacios de representación política en la esfera estatal.

### **5.3 | Reflexiones**

El vínculo que los sectores populares establecen con el Estado es fundante en los sentidos que los mismos construyen acerca de la política y su participación, en tanto sus prácticas sociales están directamente vinculadas con la resolución de los problemas de la pobreza.

*Los sectores pobres urbanos –con su particular (difícil e inestable) inserción en el mercado de trabajo y, por lo tanto, con obstáculos para la satisfacción de sus necesidades– hacen uso y son destinatarios de políticas sociales particulares que los Estados y sociedades han concebido a tal fin, que los instala en una tensión central: ser ciudadanos (por derecho) sin serlo (de hecho), expresándose en ellos y en sus condiciones de existencia las contradicciones más crudas del sistema. Entonces el 'acceso', su opuesto (el no-acceso) y los mecanismos puestos en funcionamiento para acceder serán un eje de análisis fundamental (Peralta, 2006: 42.)*

En el escenario post 2001 en Argentina y, especialmente, desde el año 2005 en adelante (hasta el 2015), estas organizaciones volvieron a poner expectativas respecto del rol del Estado en la atención de sus necesidades, demandas y reivindicaciones, produciéndose a nuestro entender un intento de reversión del *“repliegue de las expectativas de los sectores populares hacia sus entornos más próximos y la institucionalización de prácticas puestas a interrogar las necesidades más básicas e inmediatas”* (Delamata, G., 2004: 7). Observamos esta reversión en el desarrollo de articulaciones con otras organizaciones, en la construcción de nuevas herramientas organizativas y en consecuencia en *“la emergencia de una identidad política nueva”* (Groppo, 2012: 37).

La potencialidad del proceso iniciado y su proyección, más allá del cambio abrupto en el escenario político argentino y latinoamericano post 2015, puede ser comprendido desde el concepto de “traducción” de Boaventura de Sousa Santos (2005): *“Un procedimiento capaz de crear una inteligibilidad mutua entre experiencias posibles y disponibles sin destruir su identidad”* (p. 175).

El trabajo de traducción posibilita conferir sentido a la transformación social ante el problema de la fragmentación o atomización de lo real que se origina en la diversidad de las experiencias sociales disponibles y posibles, y posibilita pensar los significados de la política y sus procesos de construcción en los movimientos sociales que investigamos.

Estas organizaciones surgen diferenciadas de los partidos políticos y explicitando cierto rechazo a las prácticas políticas partidarias tradicionales; también, como se mencionó anteriormente, surgen para resolver necesidades vitales y luchar por la reivindicación de derechos. Desde nuestras investigaciones podemos afirmar que hemos asistido a un proceso de traducción; esto es: de diálogo, praxis militante, comunicación de relatos, valores, de prácticas organizativas y redes, a través del cual cada movimiento constituye su identidad colectiva, incluyendo las reivindicaciones de otras, es decir, que se construyen nuevas categorías a partir de las prácticas sociales.

Un rasgo que reconocemos en las acciones colectivas de las organizaciones sociales estudiadas es la creencia de que “otro mundo es posible”. La esperanza es una dimensión presente en los miembros de las organizaciones, aun cuando los resultados materiales no son los esperados;

su existencia está en estado de iniciativa por parte de un conjunto de organizaciones sociales y políticas. Sin embargo, en el relato de los entrevistados se expresa el proyecto de ilusión (la esperanza) acompañado de una preocupación por la factibilidad, asentada en una práctica ya instalada en el territorio, sobre la cual ellos se proponen una acción política con fundamentos estratégicos y tácticos, donde se incluye como actor central al Estado:

*Ésas son prácticas [se refiere a las distintas prácticas laborales y de subsistencia] que se tienen en Villa El Libertador. Pensar, digamos, que se puede formar una central de trabajadores que reúna a todos esos trabajadores informales o a aquellos sectores que por diferentes motivos han sido expulsados del mercado, pero que sí necesitan tener la asistencia del Estado porque con su esfuerzo, de algún modo, han contribuido al sostenimiento de la sociedad en sí (CT 1: 6).*

Otra expresión de la esperanza, en este caso del ME: *“Ahí nace el Movimiento Evita, cuando empezamos a ver que el proceso político acompañaba a la construcción popular y digamos se conforma el Movimiento Evita”*. El recorrido que el entrevistado realiza de la organización (ME) y sus antecedentes se remonta a un inicio como interpelación a la política económica y al modelo neoliberal, de “resistencia”, fundamentalmente de subsistencia, en tanto está comprometida la sobrevivencia misma de los sujetos individuales y colectivos. Luego, la lectura que hace sobre el contexto nacional (2003-2015) expresa una nueva configuración sobre proyectos políticos vigentes –y viables– en debate, lo que lleva a reconocer la necesidad de otros niveles de organización, de ampliación de la agenda de demandas y reivindicaciones, y de la relación con el Estado, relación que se reconoce en permanente construcción y disputa, tal como se evidencia en el siguiente testimonio:

*Nosotros decimos que si el Evita no sirve para eso no tiene sentido que exista, el día que el Evita se despegue de construir política, construir salidas colectivas sobre los problemas concretos que tienen los compañeros, no tiene razón de ser (...) nosotros creemos que en la Argentina todavía falta mucho y la construcción de lo que falta es con los pies en el barro (N.1: 6).*

Luego, en otra entrevista, el mismo referente comparte “*éste [en referencia al momento histórico actual] es un nuevo punto de partida, que-remos superar la contención (...) nosotros partimos de experiencias como las fábricas recuperadas, la agricultura familiar, del buen vivir*” (N.2:8). Esta esperanza (Dussel, 2006) o justificación moral de la causa de los dominados (García Linera, 2010) adquiere distintas expresiones en los distintos miembros de acuerdo a las posiciones que ocupan al interior de la experiencia organizativa, marcadas por sus distintas trayectorias en la acción política, pero está siempre presente marcando un “hacia donde”, “proyecto de ilusión” o “utopía”.

Se asistió a una consolidación de las estrategias colectivas de una organización de la mano de las políticas estatales, situación reconocida y valorada por los miembros de la organización, generando un contexto propicio para nuevos movimientos que traspasan los límites de la propia organización: la relación creciente y solidaria con otras organizaciones sociales de base territorial con las que se comparten necesidades, demandas y reivindicaciones similares; y la inclusión de su organización en una identidad mayor (movimiento que se erige apoyando a una organización político partidaria y juega activamente en instancias electorales) en la que el rasgo de identidad ya no se centra únicamente en la resolución de sus necesidades materiales, sino en el apoyo explícito y activo a un actor político, incorporándose a una estructura de partido sin perder una relativa autonomía, manteniendo una lógica de acción más participativa y menos jerárquica.

Toda acción social conjuga las dimensiones material y simbólica; dentro de la primera se pueden resaltar, en nuestro caso de estudio, acciones tendientes al acceso a transferencias indirectas de recursos a partir de la vehiculización de políticas públicas –lo que incluye tanto procedimientos de gestión como medidas de presión– tendientes a atender las necesidades priorizadas por la organización. Existe por parte de los dirigentes una lectura de las necesidades vinculadas con la inclusión al mundo del trabajo de un sector significativo de trabajadores informales, desde la cual conciben al movimiento con un rol protagónico en la construcción de una política pública del Estado que se encuadre en otra “lógica” económica y productiva. Estas características se enmarcan en la “*voluntad de vida*”, en la definición por la mejora de la calidad de vida “*al pueblo*” (Dussel, 2006); es en esta

búsqueda donde se hacen efectivas acciones concretas, mediaciones institucionales que expresan el “*pasaje de la potencia a la potestas*”. Las estrategias organizativas desarrolladas están orientadas a visibilizar sus demandas y reivindicaciones en la esfera pública que les exige la articulación con otros, con los que se comparten reivindicaciones y los desafía en la disputa por el acceso a cargos de representación en el aparato estatal, como vía de mejorar las condiciones de vida de los sujetos que representan.

Se trata de una lógica de acción colectiva que transita la tensión entre apelar e interpelar al Estado, a través de acciones confrontativas o de diálogo, y de la problematización sobre la definición política-ideológica del Estado y su papel en el abordaje de la cuestión social. Aparece con fuerza una disputa sobre la centralidad del actor Estado, intentando superar discursos –y prácticas– propias del período neoliberal; a decir del referente del movimiento:

*Hoy entendemos dos o tres cosas (...) en el momento del neoliberalismo, discutíamos que no hacía falta ocupar el Estado, decíamos nos vamos a meter en el barrio. Otra cosa, nosotros no vemos oportunidades en las crisis, sí entendemos el conflicto y queremos meterlo en el Estado. Un modelo alternativo, con construcción popular, una sociedad justa, empoderando compañeros para la unidad (...) No hay manuales, está todo por escribirse (...) queremos recuperar el lugar del Estado, no repartido por pedacitos. Debe ser una solución global, partiendo de otra economía, con cooperativismo, capacitación, certificación que supere la contención (...) hablamos de desarrollo económico, de democracia, de democratizar la economía (N: 2).*

El objetivo es lograr crecientes grados de reconocimiento dentro de la agenda estatal y societal. Una mención especial relativa a las estrategias de articulación e incidencia es la iniciativa de la CTEP, que expresa una mediación, una factualización que aglutina fuerzas sociales y políticas con distintas lecturas sobre el Gobierno nacional del período estudiado, condensando agendas crecientemente críticas. Es una iniciativa ambiciosa e instituyente, y como tal, constituye “*una fase activa (...) la historia en acción. La institucionalización es un proceso difícil de ser observado aunque es la instancia más concreta, más real de la institución*” (Garay, 2007).

Las sostenidas acciones para la incidencia pública y política que perseguen la CTEP, la conquista de espacios formales en los poderes legislativos o ejecutivos y la postulación de la creación del Ministerio de Economía Popular por parte del Movimiento Evita, expresan una concepción sobre la democracia en permanente transformación-disputa. Las condiciones políticas del periodo estudiado favorecieron cambios en las estructuras de necesidades que se tradujeron en reivindicaciones y fueron leídas en clave de derechos, cambios en los repertorios de lucha, en las identidades colectivas y las estrategias de interpelación y apelación de las organizaciones y sus miembros, abriéndose nuevos interrogantes respecto del periodo político actual.

Los movimientos sociales se encuentran con la tarea de consolidar conquistas –tanto “sociales” como “políticas”–, tareas indelegables por parte de este tipo de organizaciones: “*los movimientos sociales suelen hablar de algo que no tiene lugar en la sociedad, sobre la ausencia de algo deseable, cuya consecución se busca y conquista en el movimiento y en la reforma de los espacios políticos existentes*” (Tapia, 2009).

Hacemos nuestras las palabras de García Linera, respecto a que lo nuevo de América Latina

*radica en el reconocimiento de que las democracias no se pueden reducir únicamente al voto, requieren paralela y complementariamente del enriquecimiento de lo democrático, de la plaza, la calle, las comunidades, es decir, de la democracia plebeya. Por lo que las fuerzas sociales y políticas preocupadas por los procesos de emancipación social deben apostar a construir espacios de libertad y emancipación en la sociedad, al mismo tiempo que disputar y construir poder en el Estado (...) [Y acerca de la voluntad y la esperanza afirmaba] la pobreza por sí sola no genera emancipación, puede generar aislamiento y desesperanza. Es importante a los efectos de que la gente se movilice y despliegue acciones colectiva creer que es posible luchar y que luchando se cambia la realidad, es decir la esperanza (García Linera, 2015).*

## Bibliografía

- AQUÍN, N. (2004). **Trabajo Social y Cuestión Social en la Región**. *Escenarios*, núm. 8. Publicación Institucional de la Escuela Superior de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.
- BARROS, S. (2012). **La presencia obnubilante del populismo**. *Utopía y Praxis latinoamericana*, año 17, núm. 58, pp. 39-51. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social. CESA-FACES-Universidad de Zulia. Maracaibo, Venezuela.
- DELAMATA, G. (2004). **Los barrios desbordados**. Bs. Aires: Editorial Eudeba.
- DUSSEL, E. (2006). **20 tesis de política**. México DF: Ed. Siglo XXI.
- DUSSEL, E. (2007). **Cinco tesis sobre el Populismo**. México: Mimeo.
- FOLLARI, R. (2011). **La alternativa neopopulista: el reto Latinoamericano al republicanismo liberal**. Serie Estudios Sociales. Rosario, Argentina: Ediciones Homosapiens.
- GARCÍA LINERA, Á. (2015, marzo). **La emancipación y la igualdad. América Latina y Europa en espejo**. Disertación presentada en el Foro Internacional por la Emancipación y la Igualdad, organizado por el Ministerio de Cultura de la Nación, en la ciudad de Buenos Aires. Recuperada de: <https://youtu.be/giVG177z9gk>.
- GARCÍA LINERA, Á. (Coord.), CHÁVEZ LEÓN, M. y COSTAS MONJE, P. (2010). **Sociología de los movimientos sociales: Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política** (4ª ed.). Plural editores / AGRUCO /NCCR Norte-Sur.
- GARCIA LINERA, A., PRADA, R., TAPIA, L. y VEGA CAMACHO, O. (2012). **El Estado. Campo de lucha**. La Paz, Bolivia: texto coproducido por Muela del Diablo Editores, Comuna y CLACSO.
- GROPPO, A. (2012). **La Lógica Sublime del Populismo: un enfoque Post- estructuralista**. *Utopía y Praxis latinoamericana*, año 17, núm. 58, pp. 27-38. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social. CESA-FACES-Universidad de Zulia. Maracaibo, Venezuela.
- LACLAU, E. (2005). **La razón populista**. Bs. Aires: Ed. FCE.
- PARISÍ, Alberto (2012). **Populismos Radicales y construcción de hegemonía**. *Utopía y Praxis latinoamericana*, año 17, núm. 58, pp. 77-83. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social. CESA-FACES-Universidad de Zulia. Maracaibo- Venezuela.
- PERALTA, M. Inés (2006). **Las estrategias del clientelismo social**. Bs. Aires: Espacio Editorial.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2007). **El milenio huérfano**. Madrid: Ed. Trotta.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2006). **Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social**. Bs. Aires: Ed. CLACSO.
- VISANNI, R. (2015, abril). **Querer es poder**. *Revista Evita. Nacional, popular y federal*, año 1, núm.1, pp. 3.

## Reflexiones finales

**María Inés Peralta**

Los avances en teoría de la intervención del Trabajo Social han sido significativos desde la recuperación de nuestra democracia en la Argentina y en Latinoamérica, momentos plenos de debates y discusiones sobre los proyectos profesionales.

Nuestras investigaciones sobre movimientos sociales son “con” movimientos sociales. Están cargadas del lugar que ocupa el Trabajo Social en el concierto de las disciplinas sociales. Al decir de Acevedo:

*En un sentido amplio, ninguna investigación tiene un comienzo concreto; por el contrario, existen una serie de circunstancias, conocimientos y habilidades previas, que hacen más proclive que ciertas ideas florezcan en determinados ámbitos que en otros. La, o las preguntas en cuestión, y las acciones que se derivan de ella, se gestan en un marco de relevancia, que es histórico, social, político y que reconoce acumulaciones individuales y colectivas. La investigación tiene lugar dentro de una comunidad científica, a la cual el investigador pertenece, y con la cual interactúa; es este proceso dinámico el que determina la relevancia y la pertinencia de las preguntas y las respuestas (Acevedo, 2016).*

El trabajo directo, cuerpo a cuerpo con los sujetos, forma parte de la cotidianeidad de una institución académica como la Escuela de Trabajo Social –hoy Facultad de Ciencias Sociales– de la UNC. La especificidad profesional nos ubica, siguiendo a Nora Aquín, en la compleja y conflictiva intersección entre tres esferas: a- los procesos de reproducción cotidiana de la existencia; b- la distribución secundaria del ingreso (que se plasma en las políticas sociales); y c- sujetos con derechos vulnerados que obstaculizan la posibilidad de atender con sus propios medios a las necesidades derivadas de su reproducción cotidiana.

Por ello, sociedad, Estado y sujetos singulares y situados están en nuestras reflexiones teóricas y en nuestras prácticas fundadas. No hay

formación ni producción en Trabajo Social que pueda darse sin la práctica “con el otro”, lo que tiene riquísimas implicancias en la producción de conocimiento desde la perspectiva de esos “otros”. En el caso de nuestro universo están organizados territorialmente y reclaman por sus reivindicaciones, disputando en el espacio público, transitando la tensión dialéctica entre “lo social” y “lo político”.

Esta característica profesional instala como dimensión central a la ético-política. El hacer junto a ese “otro”. La acción es la mirada compartida, por ello nos interpela Boaventura de Sousa Santos (2006) al decir:

*En las ciencias sociales nos quedamos atrapados en la histórica discusión entre estructura y acción. La preocupación exclusiva por las condiciones objetivas nos condujo a una trampa: desmoralizamos la voluntad de transformación social. En la cultura occidental nuestra voluntad está muy relacionada con las condiciones objetivas y yo estoy más preocupado por la reflexión que las ciencias sociales han dejado afuera: la distinción entre acción rebelde y acción conformista (p. 19).*

Estas son las perspectivas desde las cuales nos interesó y nos interesa pensar los movimientos sociales, producir conocimientos y formar profesionales del Trabajo Social.

La preocupación por la acción nos lleva al centro de la acción colectiva de los movimientos sociales ya que objetos de la necesidad y satisfactores remiten a la pregunta acerca de cómo resuelven los sujetos sus necesidades. Al respecto, hemos señalado tres aspectos siempre presentes en nuestro tema de investigación: la vida cotidiana como espacio tiempo-espacial donde sucede esta resolución; los capitales con que se cuenta como punto de partida para la búsqueda de respuesta; y los procesos de lucha en torno a las necesidades como constitutivos de dicha resolución.

Los ámbitos doméstico y público donde se despliegan las estrategias de reproducción cotidiana, imbricados y mutuamente influyentes, son espacios sociales de intervención del Trabajo Social, desde sus orígenes: allí ejercemos el oficio, allí desarrollamos tareas de promoción, prevención, elucidación y gestión con las organizaciones y movimientos sociales; allí recuperamos saberes y producimos conocimiento que enriquecen y forman parte de la teoría social sobre movimientos sociales.

El proceso de politización de las necesidades, esto es su irrupción como problema público, se asienta ineludiblemente sobre la disputa y la lucha. La lectura que hace Nora Aquín (1996) sobre los aportes de Nancy Fraser, respecto a los tres momentos en la lucha por las necesidades, ha sido de una gran riqueza para dar fundamento teórico a la intervención social y profesional, ya que no se trata solamente de prestar atención al momento de la lucha por los recursos que las satisfacen; antes de ello, hay dos momentos centrales: aquel marcado por la inclusión de la necesidad en la agenda pública y el que le sigue, referido a cómo definir la necesidad puesta en agenda. Tres momentos de la politización de las necesidades en los cuales la profesión de Trabajo Social con el sujeto principal de dicha lucha, ocupa un lugar estratégico.

En relación al lugar que ocupamos desde la intervención, llamamos la atención sobre el estudio de las políticas sociales desde “la perspectiva de la implementación”. Esta perspectiva, reconoce al “proceso de implementación como un objeto de conocimiento independiente, entendiendo que los actos, las prácticas y las rutinas administrativo-burocráticas hacen política pública y la modifican al intentar implementarla” (Chiara, Di Virgilio, 2005: 30). El problema de la implementación radica en la complejidad de la cooperación; o sea, en la multiplicidad de participantes y perspectivas que define qué cosa se satisface, de qué modo y con qué. Se trata de un espacio social complejo en el cual los movimientos sociales se proponen impactar, reformar, revolucionar con sus reclamos de resolución de necesidades hacia el Estado, y frente al cual los profesionales del Trabajo Social pueden posicionarse como aliados o como adversarios.

Se constituye así un campo donde los sectores subalternos se posicionan como sujetos portadores de necesidades y carencias (aunque también de recursos, potencialidades y estrategias), y las instituciones de políticas públicas como sujetos portadores de recursos y satisfactores (aunque también cargados de dificultades); interactuando a través de un sujeto social que interviene como intermediario en los procesos de encuentro de los sujetos con los satisfactores pertinentes a su necesidad: aquí ubicamos a nuestra profesión de Trabajo Social.

En este punto, adquiere un lugar especial el concepto de demanda, ya que ésta es la que expresan los sujetos con derechos vulnerados al requerir un servicio público, responsabilidad del Estado, y muy

comúnmente, a través del profesional de Trabajo Social. Al respecto, Cristina González (1999) precisa que “demanda efectiva” es la noción acuñada por Marx para designar aquel tipo de demanda que tiende a las oportunidades objetivas de la satisfacción de la necesidad, inclinándose a vivir de acuerdo a las condiciones dadas, al mundo conocido y establecido:

*De ella forman parte aquellas necesidades que típicamente demandan los usuarios de los servicios a las instituciones del bienestar social: dentro del cúmulo de necesidades insatisfechas, seleccionan las que se cubren con recursos que forman parte –según tiempo y lugar– del stock de satisfactores institucionalmente ofrecidos, y que de antemano saben que pueden demandar (...) (p. 38).*

Cuando los sujetos demandan “efectivamente” de esta manera, también están poniendo en juego sus saberes, es decir, sus recursos informacionales (culturales) respecto de qué instituciones proveen qué cosas o servicios, a la vez que ponderan cuándo y cómo solicitar, a través de qué o quienes, etc.; así como también están reestructurando su propia jerarquización de valores en función de la “oferta efectiva”.

Así, la acción rebelde o conformista de los sectores subalternos es definitoria en los dos primeros momentos de lucha por las necesidades, en tanto confrontan e interpelan los límites de lo “posible” del aparato estatal y sus políticas. Tal como los define García Linera (2010) los movimientos sociales son

*un tipo de acción colectiva que busca modificar los sistemas sociales o defender algún interés material por el cual se organizan y despliegan acciones públicas, son sistemas organizativos de participación social, de formación de discursos identitarios y de elaboración de propuestas capaces de afectar la arquitectura institucional de los Estados (p.21).*

De lo que se trata es de aportar, desde la producción de conocimientos y desde la práctica profesional fundada, a fortalecer las capacidades de las organizaciones sociales representativas del campo popular para ampliar los márgenes de la demanda y oferta “efectivas”.

El siglo XX nos legó el paradigma de los derechos humanos y con ello la cuestión de la justicia y de la exigibilidad de los derechos en el centro de la escena pública. Los amplios aportes de Fraser (1993) son esclarecedores cuando se pregunta por las políticas sociales en la era de la justicia: la dimensión económica-política se traduce en políticas de redistribución y la dimensión cultural en las políticas de reconocimiento; pero, el desarrollo de este tipo de políticas requiere como condición la paridad participativa; o sea, un arreglo social dentro del cual todos los miembros participen entre sí como pares. Toda estrategia de intervención social y profesional que aporte a los procesos de lucha por la redistribución y por el reconocimiento de los sectores subalternos en sociedades profundamente desiguales como las nuestras, requiere poner en un primer plano el problema de la participación como práctica imprescindible para la factibilidad política, lo que nos exige prestar atención a los procesos organizativos y educativos de los sujetos ubicados en una posición de subalternidad, de modo de aportar su empoderamiento ya que

*los impedimentos informales a la paridad en la participación pueden subsistir incluso después de que todos hayan sido autorizados formal y legalmente a participar. [Entonces] una tarea que debe asumir la teoría crítica es la de hacer visibles las maneras en la que la desigualdad social infecta las esferas públicas formalmente inclusivas existentes y contamina la interacción discursiva que se da entre ellas (1993: 57).*

Este mismo énfasis es el que le asignamos a los derechos sociales ubicándolos en la base de los derechos humanos, alejándonos de perspectivas liberales dominantes en la estructuración de la noción de ciudadanía en nuestros países. Los derechos sociales, siguiendo a Bustelo, fueron concebidos como “habilitaciones para la lucha”; de allí el peso que tienen en el más amplio tema de los derechos humanos, ya que

*ellos están en el punto de tensión más fuerte del cruce de los derechos humanos y el sistema capitalista porque condicionan la posibilidad de acceso de los individuos concretos a los distintos niveles de la ciudadanía. En definitiva, el paso de la ciudadanía formal a la ciudadanía real o de la declaración de los derechos, al acceso efectivo a los derechos humanos,*

*es posible en una sociedad que ha incorporado en forma efectiva la defensa de los derechos sociales de los ciudadanos (Bustelo, 1998).*

En consonancia con la cuestión de la justicia y los derechos, la relación movimientos sociales-Estado es tan compleja como ineludible, conteniendo al mismo tiempo la interpelación como su apelación en la disputa por el acceso a derechos y reconocimientos.

Cerrando estas reflexiones finales, reafirmamos la actualidad de las preocupaciones ético-políticas que orientan nuestras búsquedas teóricas y nuestras investigaciones empíricas, y retomamos las palabras de Parísí, al comienzo del libro, cuando dice:

*Este vaciamiento profundo de la política y la democracia ha obscurecido peligrosamente la necesaria e irrenunciable articulación que debe producirse entre la acción colectiva llevada a cabo en el "terreno social" (lugar donde se conjugan demandas y se construyen consensos parciales) y las confrontaciones desplegadas en el ámbito de la política (lugar donde los consensos parciales deberán generalizarse, traduciéndose en mayor fuerza hegemónica que participe de la disputa global que la sociedad mantiene en torno al sentido y gestión del poder colectivo). Sin esta articulación, la política se vacía y pervierte, se vuelve autorreferencial, como lo ha señalado Dussel; a su vez, los esfuerzos desplegados en el ámbito social pierden eficacia, trascendencia y tienden a permanecer aislados, meramente testimoniales.*

En este camino seguimos nuestro trabajo académico-universitario.

## **Bibliografía**

- ACEVEDO, M. P. (2016). **Afectar lecturas y prácticas: Reconstrucción y relación entre investigación e intervención con jóvenes.** Prácticas de Oficio. Investigación y reflexión en Ciencias Sociales. En revista *IDES* (en prensa).
- AQUÍN, N. (1996). **La relación sujeto-objeto en Trabajo Social. Una resignificación posible.** En *La especificidad del Trabajo Social y la formación profesional*. Bs. Aires: Espacio Editorial.
- BUSTELO, E. (1998). **Expansión de la ciudadanía y construcción democrática.** En Bustelo, E. y Minujin, A. (editores), *Todos entran. Propuestas para sociedades incluyentes*. Bs. Aires: UNICEF.
- CHIARA, M. y DI VIRGILIO, M. M. (2005). **Gestión Social y Municipios. De los escritorios del Banco Mundial a los barrios del Gran Buenos Aires.** Universidad Gral. Sarmiento y Prometeo Libros.
- FRASER, N. (1997). **La Justicia interrumpida.** Bogota: Siglo del Hombre editores. Universidad de los Andes.
- FRASER, N. (1993). **Repensar el ámbito público: una contribución a la crítica de la democracia realmente existente.** *Revista Debate Feminista*, núm. 7, México.
- GARCÍA LINERA, Á. (Coord.), CHÁVEZ LEÓN, M. y COSTAS MONJE, P. (2010). **Sociología de los movimientos sociales: Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política** (4ª ed.). Plural editores / AGRUCO /NCCR Norte-Sur.
- GONZÁLEZ, C. y otros (1999). **Informe Proyecto de Investigación de la Cátedra de Trabajo Social con Familias.** ETS-UNC.
- SANTOS, Boaventura de Sousa (2006). **Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social.** Bs. Aires: CLACSO.

### **Se agradece**

A Daniel, Roxana, Mario, Natalia, Sandra, Olga, Patricia, Pucho, Fabiana, José, Paula, Don Lore, Anita, Félix, Rosalía, Vero, Agustina, el Tucu, Carlos, Nori... por haber compartido sus vidas, sus experiencias, sus logros y sus frustraciones, sus esperanzas y sus temores. Y a la par de todo ello, por el incansable trabajo y la rebelde convicción de que otro mundo, más justo, es posible.

**colofón**

